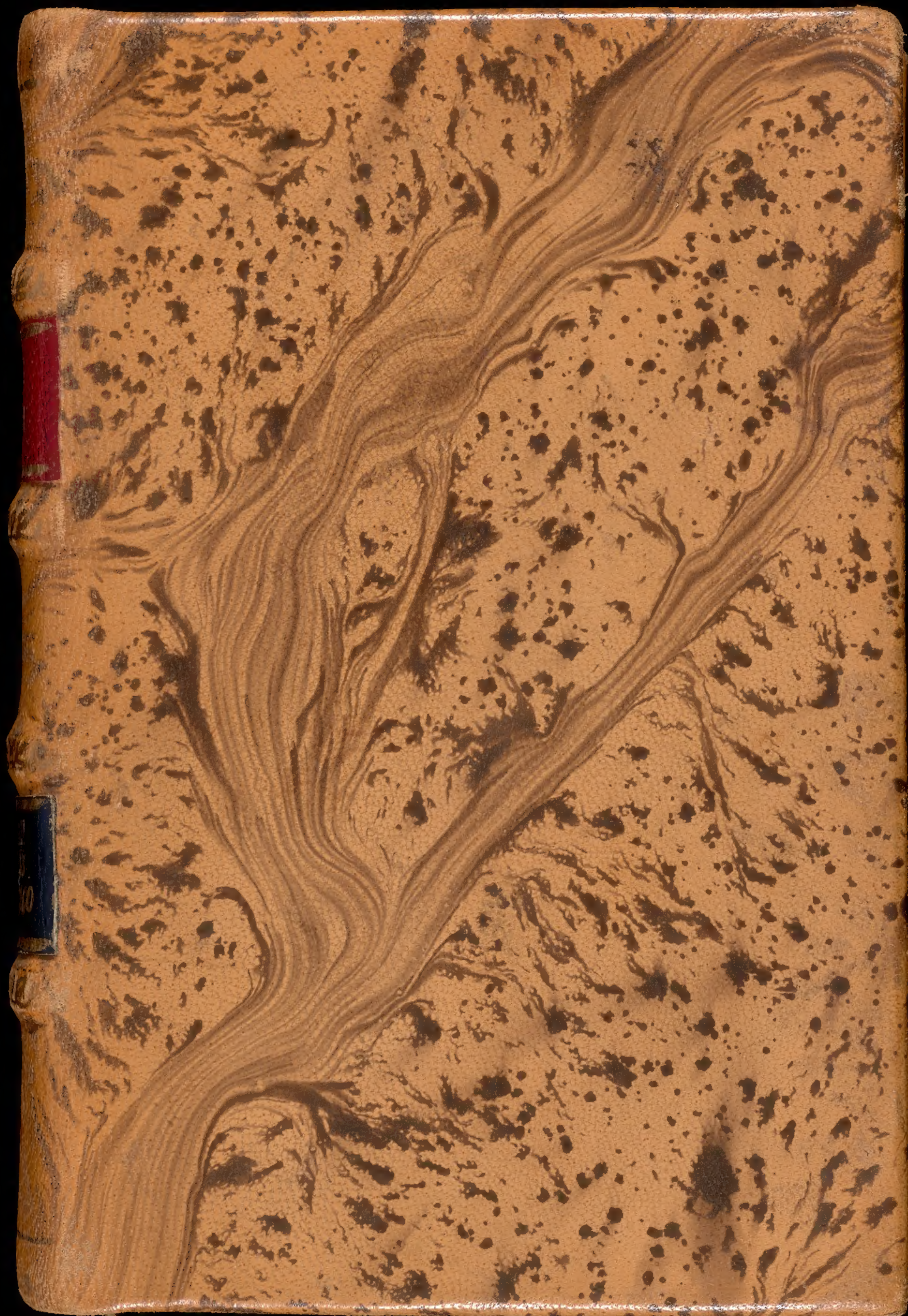
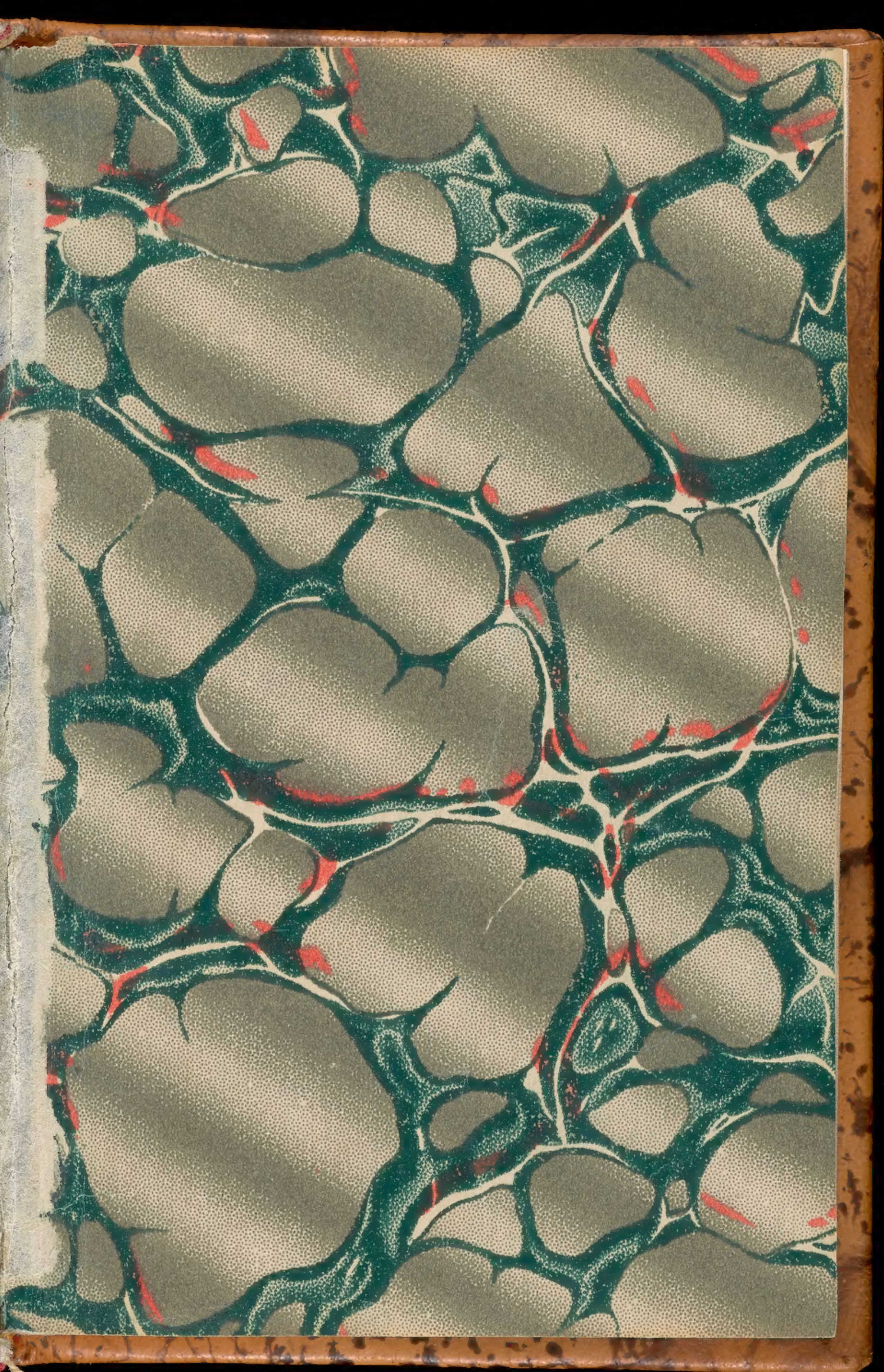






AVENTURAS Y CONQUISTAS

DE

HERNAN CORTES

EN MEXICO

POR UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.

Obra traducida del francés

POR

D. A. Alrich y Elias.

EDICION DEL OMNIBUS.

MÉXICO: 1853.

IMPRENTA DE VICENTE SEGURA,
Calle de Cadena núm. 10.

EL TRADUCTOR.

NAPOLEON y HERNAN CORTES! hé aquí dos hombres grandes y eminentes que en distintos tiempos nos ha presentado la historia; hé aquí dos héroes ilustres, esclarecidos, que han figurado en la gloriosa carrera de las armas, que han tentado empresas vastas y colosales que no está en manos de todo mortal el tentarlas. Grandeza de espíritu, carácter enérgico y valiente, génio activo y resuelto, eran las prendas que adornaban al primero; estas mismas tambien resplandecian en alto grado en nuestro Hernan Cortés. Pero ¿quién de los dos merecerá mas nuestras simpatías, nuestros elogios, nuestras admiraciones? Se nos dirá en seguida que á nosotros no nos toca hacer este exámen, por cuanto Napoleon era francés, y Hernan era español; se opinará que nosotros no podemos mirar esto por la prisma de la imparcialidad y de la justicia, en cuanto nos inclinaremos naturalmente á nuestro conquistador de México, en cuanto tributaremos á él nuestros mas sinceros y respetuosos homenages. Esto se dirá, bien; no negaremos nosotros que bastante puede el solo hecho de ser es-

pañol para cegar nuestra vista y no ver por consiguiente los defectos de nuestro héroe y sí los de Napoleon; no lo negaremos puesto que el orgullo español es bastante grande, cuando se trata de examinar las glorias de sus antecesores. Pero eso no obstante, si queremos, tambien sabemos ponernos en un terreno aislado, libre de toda pasion, de todo resbaladero que pueda arrastrarnos mas á una parte que á otra; tambien sabemos dejar obrar á la inteligencia sola y reprimir los afectos del corazon; hagámoslo ahora, pues, dejemos hablar solamente los hechos, y decidamos cual de estos dos héroes es mas digno de nuestra consideracion y aprecio.

Napoleon batallaba con aguerridas huestes, Napoleon batallaba con ejércitos innumerables, Napoleon sacrificaba millones de sus soldados; toda clase de armas mas ó menos funestas, mas ó menos destructoras estaban á su disposicion, Napoleon peleaba, se puede decir, con la fuerza bruta, Napoleon conseguia victorias por medio de traiciones, de amaños, Napoleon en fin, triunfaba derramando á torrentes la sangre humana y cubriendo el lugar de sus conquistas de multitud de cadáveres: hé aquí lo que hacia Napoleon; mas Hernan Cortés conquistó un imperio con un puñado de hombres, conquistó un imperio sin derramar sangre apenas, conquistó un imperio sin grande aparato de armas; todo su ejército se reducia á unos quinientos soldados.....¡Oh! admirable, admirable parece que un hombre con tan pocas tropas pudiese alcanzar tan envidiables triunfos! Imposible parece que en los dominios de un rey tan poderoso, tan rico y á cuya disposicion estaban naciones enteras como era Motezuma, pudiese penetrar un hombre con tan poca milicia!....¡oh! esta gloria estaba reservada á Hernan Cortés!....Él solo es el que podia llevar á cabo una empresa tan superior á las fuerzas humanas!....No es pues estraño que al-

gunos autores pios hayan acompañado la relacion de las conquistas de Cortés con algunas manifestaciones de milagros, ni que al cielo hayan atribuido el buen éxito de tan gigantesca como heróica empresa, porque en verdad traspasa los límites humanos. Pero no atribuyamos á milagros lo que se debe á la constancia, á la decision, al arrojo de Hernan Cortés. En efecto, los triunfos que alcanzó, las victorias que obtuvo, las preocupaciones que venció, las bárbaras costumbres que logró desterrar, los inminentes peligros en que se vió, rodeado por aquellos barbaros tan celosos de su religion y de sus falsos ídolos; tan fanáticos y supersticiosos y tan resueltos repetidas veces en querer acabar con él y con los suyos, las fases todas y las diferentes alternativas y vicisitudes por las que pasó, y otras mil y mil cosas notables que en su vida militar se leen, parecen mas bien un parto de una imaginacion viva y exaltada, parecen mas bien una série de sucesos sobrenaturales que una mente concibió y despues espuso, que no una verdadera historia, que no unos hechos por un mortal consumados. ¡Tanta y tan grande era la elevacion de Cortés, tan altos sus servicios! No hemos hecho por consiguiente mal en manifestar que fué necesaria toda la constancia y toda la energía de nuestro héroe, para vencer obstáculos tantos, para hacer frente á tantas dificultades, para salvarse de tantos escollos, de tantos precipicios como amenazaban su preciosa existencia. Dígase pues cuanto se quiera; para nosotros nos parece mas digno de admiracion y elogio Hernan Cortés que Napoleon, porque si bien este hizo temblar al mundo, si bien este ejecutó grandes empresas, lo hizo todo disponiendo de la fuerza bruta, aglomerando cual los salvajes, digámoslo así, tropas y mas tropas, reemplazando otras á las que iban falleciendo hasta vencer ó morir, y Hernan Cortés con un puñado de hombres conquistó

vastos reinos, con la circunstancia empero de perder muy pocos de ellos. Pero sea como fuere, no evoquemos recuerdos que tal vez á algunos les causarian resentimientos; respetemos la memoria de estos dos hombres grandes y distinguidos cada cual por su estilo, y grabemos sobre sus sepulcros honoríficas inscripciones que ni los siglos puedan tan solo destruir.





PRÓLOGO.

La conquista de México, el mas rico y mas poderoso de los reinos que formaban parte de la provincia de Anáhuac, conocida despues con el nombre de Nueva-España, es uno de los acontecimientos mas grandes que figuran en la vida de *Hernan Cortés;* mas, antes de contar los hechos que han dado lugar á esta gigantesca empresa, debemos dar algunos detalles relativos al estado en que se encontraba el país cuando lo invadieron los españoles.

Los primeros historiadores, arrastrados por el amor de lo maravilloso y por el deseo de realzar la gloria de una conquista tan importante, tan difícil, han hecho un cuadro exagerado de la civilizacion de los

mexicanos; nosotros, pues, vamos á trazar un bosquejo rápido de su religion, de su gobierno, de sus costumbres.

En primer lugar, ¿cuáles fueron los primeros habitantes de Anáhuac? Esta cuestion rodeada todavía de espesas tinieblas, ha dado orígen á ingeniosas teorías que poco la han esclarecido: nosotros por consiguiente prescindirémos de ella para no ocuparnos sino de los hechos mas auténticos.

Los toltecas, tribu belicosa y salvaje de Anáhuac, son los primeros que fueron á establecerse en este país. Fundaron una monarquía que duró cuatro siglos, pasados los cuales su territorio fué invadido por otras tribus; estas lo cedieron á su vez á los aztecas ó mexicanos, quienes, venidos del golfo de California, se establecieron cerca del gran lago de Tezcuco y fundaron la famosa ciudad de Tenochtitlan ó México.

Este pueblo introdujo un estado de cosas mas perfecto. Cuando la conquista, parecia que su imperio no databa de largo tiempo, porque las tradiciones de los naturales hacian remontar solamente á tres siglos la venida de los aztecas y el estable-

cimiento de su gobierno; segun ellos, nueve reyes ocuparon sucesivamente el trono, y Motezuma, el último, reinaba todavía cuando la llegada de Cortés.

Parece imposible que en tan corto espacio de tiempo los mexicanos hubiesen llegado á la altura de civilizacion de la cual hablan con entusiasmo los historiadores primitivos; sin embargo, es cierto que este pueblo aventajaba á todos los demas que habitaban el Nuevo Mundo. El derecho de propiedad que las tribus salvajes desconocian y que constantemente violaban, era definido y limitado en México; sus naturales tenian algunos conocimientos en el comercio, y segun afirma Mr. de Humbold, servian para los cambios tres especies de moneda. El número y la hermosura de las ciudades prueban igualmente la superioridad de los mexicanos; la descripcion de la capital que hacemos en el capítulo XII, la grandeza y la magnificencia de las ruinas descubiertas en muchos parajes, demuestran claramente una civilizacion muy adelantada, incompatible, preciso es confesarlo, con el estado de las costumbres de ese pueblo.

Si pasamos á examinar su religion, nos

llenará de asombro y de horror; nada puede imaginarse mas bárbaro y mas sangriento que las tristes ceremonias con que honraban á sus divinidades. Pero la atrocidad de los sacrificios humanos se aumentaba mas y mas con el sistema que dirijia todas sus costumbres religiosas. Tenian templos magníficos, servidos por un gran número de sacerdotes, quienes ocupaban un rango distinguido en el Estado y cuya influencia en los consejos era muy poderosa; en estos sobresalian dos grandes magnates, elegidos de entre los personages mas ilustres por su nacimiento, talento y virtudes; el monarca los consultaba en todas ocasiones y no podia declarar la guerra sin su autorizacion. Despues de estos figuraban los santificadores, los adivinos, los guardianes de los templos y los poetas encargados de componer los himnos sagrados; todos formaban órdenes distintas, cuyas atribuciones eran definidas por las leyes.

El sistema mitológico de los mexicanos estaba en armonía con su carácter feroz y guerrero. Su dios principal era el dios de la guerra, á quien apellidaban *Huitzilopochtli*. A él dirigian especialmente sus votos y oraciones y para tener propicia á

esta terrible divinidad, se imponian ellos mismos las penitencias mas severas y los tormentos mas terribles que podia sugerirles la supersticion. Pero por horrorosos que fuesen estos castigos corporales, estaban muy lejos de poderse comparar á los sacrificios humanos con los que estaban ensangrentados continuamente sus templos y altares. Es imposible calcular el número de víctimas que cada año se inmolaban, pero, segun las conjeturas mas moderadas, pasaban de veinte mil.

El género de muerte variaba segun la importancia de las fiestas y la calidad de las víctimas. Algunas veces se las ahogaba, ó se las hacia perecer de hambre, encerrándolas en lóbregas cavernas; en otras circunstancias, se obligaba á estos desdichados á combatir entre ellos á la manera de los gladiadores romanos. Esta muerte se consideraba como la mas honrosa, y los que á ella se esponian, confiaban salvarse, porque ordinariamente se concedia la libertad al vencedor. Pero la costumbre mas habitual, mas constante, era degollar sobre el altar á las desgraciadas víctimas de esta atroz supersticion (1).

Los ministros destinados para hacer los

sacrificios eran seis; el principal de entre ellos, llamado *topilzin* iba cubierto con un vestido encarnado y ceñida su cabeza con una corona de plumas verdes y amarillas; los vestidos de los otros cinco eran amarillos, guarnecidos de negro. Despues de haber desnudado completamente á la víctima, la colocaban sobre el altar; cuatro de los sacrificadores la agarraban los piés y manos, el quinto sujetaba la cabeza por medio de un instrumento de madera que tenia la figura de una serpiente, y el *tapilzin* abria el pecho con un cuchillo, arrancaba el corazon y lo ofrecia palpitante aún al idolo, quien, segun opinaban, se alimentaba de él. Teñian con sangre los labios del dios y las puertas del templo. Si se inmolaba un prisionero hecho en un combate, luego de consumado el sacrificio, se le cortaba la cabeza y se daba el cuerpo á aquel que lo habia tomado; este lo hacia cocer y se lo comia en reunion de su familia y de sus amigos, ávidos de tomar parte en tan horrible festin. Los otomitas, tribu la mas feroz de todo el país, cortaban los cadáveres y esponian los pedazos en las plazas públicas (2).

Semejante culto se daba á las divinida-

des inferiores. Siempre se las representaba bajo formas asquerosas y repugnantes, capaces de escitar el espanto y el horror. Cuando la superstición produce dioses crueles y vengadores, el culto que se les tributa, debe ser precisamente sanguinario y feroz. El de los mexicanos, pues, tenia por base el temor inspirado por unas divinidades á las cuales tan solo se podia aplacar con sangre. Eso era un obstáculo insuperable para el desarrollo de las cualidades morales del hombre y para la estension de las relaciones sociales. Así, por una estraña anomalía, los mexicanos, los mas civilizados habitantes del Nuevo Mundo, eran al mismo tiempo los mas feroces, y la crueldad de sus ceremonias y de sus costumbres superaba á la de las tribus enteramente salvajes.

En cuanto al sistema de gobierno de los mexicanos, si bien no podia competir con el de las naciones mas civilizadas de la Europa, sin embargo se notaban en él algunas disposiciones que indicaban un cierto grado de perfeccion y desarrollo.

Ellos tenian una policía regularmente organizada; las órdenes del emperador pasaban rápidamente de una estremidad del

imperio á otra (3); todas las noticias de mas importancia se trasmitian inmediatamente á México. Se pagaba á un gran número de empleados públicos para inspeccionar los caminos, recibir las contribuciones y administrar justicia. La equidad servia de base para el establecimiento de los impuestos sobre las propiedades, sobre los productos de la industria y sobre los artículos que se esponian en los mercados; esos impuestos eran proporcionados á la estension de las posesiones y al valor de los objetos vendidos. Cada uno sabia que debia contribuir á aumentar las rentas públicas y se conformaba á ello sin restriccion. Los impuestos se pagaban en géneros; se proveian los almacenes públicos no solamente de todas las producciones naturales de las diferentes partes del imperio, sino tambien de todas las obras de la industria y de las artes. Con esos vastos depósitos podia el emperador abastecer á su numerosa corte durante la paz, y á sus ejércitos durante la guerra, de municiones, vestidos, armas, etc., etc.

El gobierno de México era monárquico, pero no subsistió siempre bajo la forma que lo tenian los españoles. La autoridad real

era muy limitada y el poder del soberano era mas paternal que despótico; pero á medida que el territorio se estendió, que las riquezas se aumentaron, que la civilizacion tomó un nuevo desarrollo, ese poder acreció gradualmente y se convirtió en despótico y absoluto; en ese estado lo encontraron los españoles.

Las conquistas y el talento de Motezuma, engrandeciendo el imperio, dieron un golpe mortal á la independencia de los pequeños príncipes limítrofes, quienes, despues de haber ejercido sobre sus vasallos un poder limitado, se vieron obligados á ser feudatarios de Motezuma. La corona era electiva, y el derecho de eleccion pertenecia á seis electores de elevada categoria, famosos por su valor y talento; los señores de Tezcuco y de Tacuba entraban de derecho en el número de estos, pero los otros cuatro cambiaban á cada eleccion. Esta recaia siempre sobre un miembro de familia del soberano que habia fallecido; elegian al de mejores disposiciones, sin ararse en el órden de su nacimiento.

Cuando la exaltacion al trono de un nuevo soberano, se celebraba con la práctica de muchos usos; el mas comun con-

sistia en la guerra que debia hacer el monarca elegido, á fin de procurarse las víctimas que se inmolaban en este importante acontecimiento.

El trono de Motezuma estaba rodeado de una magnificencia estraordinaria; su corte era muy numerosa y le servia con una etiqueta y un ceremonial que jamas se habia visto en el palacio de ningun otro príncipe del Nuevo Mundo. El emperador tenia tres consejos, compuestos de los personages mas eminentes, quienes daban su dictámen sobre todas las cuestiones que afectaban á la salud y á la prosperidad del Estado; empleaba á muchos ministros y á los principales dependientes de su corte en la administracion de las rentas públicas, despues que estas habian sido recogidas por los funcionarios de un órden mas inferior. El tesotero general disfrutaba de una consideracion superior á la de sus cólegas y se entregaban á su cuidado todos los tesoros de la corona.

Las funciones de embajador eran de la mas alta importancia; para desempeñarlas, se elegia á los principales del imperio; su carácter era sagrado; en todas las ciudades por donde pasaban se les tributaban los

mas grandes honores y los mas finos obsequios; se les trataba del mismo modo que se hubiera tratado al monarca; pero no les era permitido separarse del camino que se les habia señalado.

La distincion de categorías establecida en México prueba evidentemente la adelantada civilizacion de este país. En la vida salvaje, la fuerza física constituye solo el mérito de los hombres; pero cuando las sociedades están regularmente organizadas, se concede la preferencia á otras cualidades, á otras ventajas; las facultades morales son tenidas en mayor consideracion que las facultades físicas y sirven para clasificar á los individuos. En México, la ley fijaba de una manera cierta y determinada esta distincion de categorías; los nobles estaban divididos en varias clases que los españoles han confundido bajo la denominacion general de *caciques*. Estos pertenecian al mas elevado rango; para obtener tan honrosa distincion, el candidato no solamente debia descender de una familia ilustre, sino tambien acreditar un mérito superior; pasaba un año entero en una especie de noviciado para dar un testimonio irrefragable de sus virtudes, constancia y

valor. Generalmente los títulos de nobleza se heredaban, y en la época de la conquista, existian en México muchas familias descendientes de los aztecas, quienes daban una importancsa muy grande á este orígen.

El monarca, á cuyo cargo estaba el mantener el culto de los templos y pagar á sus sacerdotes, los nobles y las comunidades se repartian las tierras entre sí, y á fin de que se conociesen exactamente las propiedades de cada clase, se colgaban en los templos unas pinturas en las cuales estaba marcado lo que pertenecia á los unos y á los otros. En esa especie de mapas, estaban pintadas con púrpura las tierras de la corona, con escarlata las de la nobleza y con amarillo las de las comunidades. Esas demarcaciones sirvieron muchísimo á los majistrados españoles para decidir las disputas originadas entre los indios. Las propiedades de la nobleza eran hereditarias; á escepcion de las que estaban destinadas para ciertos gastos, puesto que se consumian con ellos. Las propiedades pasaban al primogénito de la familia, pero en ciertos casos de incapacidad física ó moral, el padre podia escoger al hijo mas

predilecto é instituirle heredero, con la obligacion empero de mantener honradamente á sus hermanos.

Las leyes de los mexicanos eran simples, pero severas; se castigaban con la pena de muerte casi todos los crímines y ciertas faltas que en otras naciones hubieran pasado desapercibidas; así es que se ahorcaba al que se cubria con vestidos que á su sexo no pertenecian; se descuartizaba al que hacia traicion á su soberano; maltratar á un embajador ó á un empleado público era una ofensa que solamente se expiaba con la muerte. Igual castigo se imponia á los rebeldes, á los revolucionarios, á los que violaban la disciplina militar; el mismo rigor se empleaba contra aquellos que cometian crímenes contra las costumbres. La pena capital sufria el asesino, aun cuando la víctima fuese un simple esclavo; el marido que sorprendiendo á su muger en adulterio, se contentaba con una reparacion pecuniaria, recibia junto con los dos cómplices el mismo castigo; se aplastaba entre dos piedras su cabeza (4).

La forocidad pues, era el carácter distintivo de los mexicanos; se manifestaba

en sus guerras, en sus leyes penales, en sus ceremonias religiosas.

La perfeccion que en las artes habian alcanzado los mexicanos, es una cuestion que ofrece muchas controversias. Sus ingeniosas pinturas que causaron la admiracion de algunos, están lejos de producir el mismo efecto sobre un espectador juicioso; sus alhajas de oro y plata, las obras de su industria tan alabadas, no son sino informes representaciones de objetos conocidos y de groseras figuras de hombres y animales, sin gracia ni naturalidad: pero sin embargo no era de estrañar que todo eso causara admiracion, atendido á que nada semejante se habia encontrado en el Nuevo Mundo. Pero los medios de que los mexicanos se valieron para defender la capital, las diferentes especies de fortificaciones que emplearon durante su memorable sitio, las estratajemas que pusieron en juego, prueban una grande perspicacia y una pronta resolucion nada comunes del estado salvaje.

En fin, para reasumir todo lo que precede, debemos decir, que los mexicanos marchaban, es verdad, por el sendero de una civilizacion enteramente desconocida en-

tonces en el Nuevo Mundo, pero estaba muy lejos de poder ser comparada á la menos adelantada de las naciones europeas. Cuando la conquista, ese pueblo era belicoso y feroz; poseia las primeras nociones de la agricultura, de la legislacion y de las artes, pero estaba sumergido en una completa ignorancia, y la barbarie de sus costumbres no permitia que fuese contado en el número de las naciones civilizadas.



AVENTURAS Y CONQUISTAS

DE

HERNAN CORTES

EN MEXICO.

CAPÍTULO I.

Nacimiento, educacion y juventud de Hernan Cortés.

El fin del siglo décimo quinto y la mayor parte del décimo sesto fueron notables y distinguidos por el ardor para los descubrimientos y las empresas gigantescas. Luego que el inmortal Colon reveló la existencia de un Nuevo Mundo, los españoles se lanzaron en seguida á la carrera que se les acababa de abrir y que ofrecia á todos inmensas riquezas, grandes reinos que conquistar. Todo hombre por humilde que fuese su cuna, por corto que fuese

su talento, por escasa que fuese su fortuna, se creia asaz apto para tentar las empresas mas colosales y atrevidas; la pasion para las espediciones militares aisladas, digámoslo así, sucedió á las brillantes guerras de las Cruzadas.

El Nuevo Mundo era un gran teatro en donde los espíritus belicosos podian desplegar todo su valor, y en el momento en que se les abrió este vasto campo, lo esplotaron con diligencia. En la inmensa multitud que se abalanzó á esta empresa para conquistar gloria y fortuna, muchos capitanes han alcanzado el alto honor de que fuesen inscritos sus nombres en las páginas de la historia; pero en esa larga lista de hombres ilustres, el que ocupa el lugar mas distinguido despues del inmortal Colon es, sin disputa alguna, el célebre conquistador de México, Hernan Cortés.

Hernan Cortés nació en Medellin, villa de Estremadura, en el año de 1485; era hijo de don Martin Cortés de Monroy y de doña Catalina Pizarro de Altamirano, ambos descendientes de familias ilustres y antiguas, pero cuyos haberes eran insuficientes para sostener su rango Es probable que Cortés, si se hubiese hallado favorecido por la fortuna, educado en medio de los regalos de la vida, falto de estímulos para desarrollarse, hubiera permanecido siempre oscuro; ahora empero á causa de su posicion, se vió obligado á emplear

todos los recursos de su espíritu para echar los fundamentos de su propia grandeza. Don Martin, notando en su hijo el gérmen de un talento que bien cultivado podia hacerle florecer y conducirle á grandes resultados, resolvió hacerle emprender una carrera en la que pudiese adquirir consideracion y riqueza; creyó que el foro seria conveniente para ese jóven. En efecto, estaba dotado de una vivacidad y sagacidad de espíritu, de una elocuencia y moderacion tales, que le auguraban un brillante porvenir, si se entregaba al estudio de las leyes.

A la edad de 14 años pasó á estudiar en la célebre universidad de Salamanca. Aunque poseia todos los dones necesarios para hacer rápidos progresos, sin embargo no quiso entregarse con asiduidad y perseverancia al estudio; su génio fogoso y activo no queria sujetarse á la rigurosa disciplina de la escuela; la vida tranquila y estudiosa le era insoportable. Al cabo de dos años, cuando hubo adquirido algunos conocimientos, vió que la carrera que habia emprendido era incompatible con sus gustos é inclinaciones, y desde entonces empezó á astidiarse de esta vida inactiva y de todo trabajo sério. Vióse pues obligado á abandonar á Salamanca y regresar á Medellin; allí, arrastrado del ardor de su carácter, abandonóse á los ejercicios activos; aprendió á manejar

las armas, á domar los caballos, en una palabra, los juegos guerreros y violentos fueron sus ocupaciones favoritas.

El ímpetu de sus pasiones le arrastraba frecuentemente fuera de los límites de la moderacion, y durante ese periodo de su vida estuvo muy lejos de demostrar aquella política prudente, aquel imperio sobre sí mismo, de que dió despues pruebas tan evidentes. La naturaleza le habia dotado de las mas brillantes ventajas; su aire era gracioso y atractivo, su elocuencia persuasiva, su estatura alta y bien proporcionada, su buena constitucion y su robustez física le hacian capaz de resistir las mas grandes fatigas y su profundo espíritu le proporcionaba recursos para vencer las mas grandes dificultades. Pero algunos defectos que todos dependian en gran parte de su fogoso temperamento eclipsaban tan distinguidas cualidades, de modo que su padre temia que jamas llegaria su hijo á saber refrenarse él mismo.

El jóven Cortés solo tenia un pensamiento; ofuscado por el resplandor de la gloria militar, solo anhelaba distinguirse en medio de los combates; su padre se opuso abiertamente á ese nuevo deseo; pero despues de haber perdido la esperanza de verle ocupar un empleo civil, consintió en dejarle seguir la carrera de las armas. La época era muy favorable para

prosperar en poco tiempo; las guerras de la Italia llamaban la atencion pública, y la fama de Gonzalo de Córdoba, á aquien apellidaban tambien, el gran capitan, sobrepujaba á la del mismo Colon. El estar cerca de Italia y de la gloria de Gonzalo decidieron al jóven Cortés á alistarse bajo su bandera, pero en el momento de embarcarse para ir á reunirse con la armada, cayó enfermo y no pudo ejecutar su proyecto.

En aquel entonces, fué nombrado gobernador de Hispaniola don Nicolas de Obando; esa eleccion dió á Martin Cortés esperanzas para el porvenir de su hijo. Obando era su pariente; confiaba pues en que bajo su poderosa proteccion, el jóven Hernan encontraria medios para desarrollar su talento y llegar á un puesto honroso y lucrativo. Luego que presentó esta nueva idea á su hijo, la acogió este con avidez; desde aquel instante no pensó mas que en el dia de partir para el Nuevo Munmas que en el dia de partir para el Nuevo Mundo; en seguida se reunió con los soldados que Obando habia reclutado; pero un desgraciado acontecimiento sobrevenido á Hernan pocos dias antes de su viaje, púsole en la imposibilidad de embarcarse, obligándole por tanto á permanecer algun tiempo mas en el seno de su familia.

Antes no volvió á partir una espedicion para el Nuevo Mundo, trascurrieron dos años,

de modo que en 1504 llegó Cortés á la isla de Sto. Domingo; Obando le recibió con amistad, le trató como á hijo propio y no perdió ocasion alguna para demostrarle el grande afecto que le profesaba; confióle muchas empresas no solo brillantes sino tambien lucrativas; mas tan alto favor que á sus compañeros les hubiera satisfecho en gran manera no era bastante aun para satisfacer su ambicion; solo soñaba en aventuras estraordinarias y arriesgadas, y como la situacion en que se encontraba la colonia, no ofrecia á Cortés ocasion favorable para seguir sus inclinaciones militares, de aquí es que estaba mal contento de su suerte.

La ambicion y el ardor de los numerosos guerreros que se encontraban en aquella ocasion en Hispaniola, tomaron mayor incremento, cuando Ojedo y Nicuesa propusieron emprender su espedicion para hacer algunas investigaciones en el continente que querian conquistar y en donde confiaban fundar algunos establecimientos. Cortés que acababa de perder á su protector Obando, se hubiera unido con sus amigos á no estorbarlo una enfermedad grave que le detuvo en Hispaniola: así, por tercera vez, una circunstancia imprevista alteró sus proyectos. Su preciosa vida estaba reservada para mas altos y gloriosos destinos.

No nos entretendremos aquí en esplanar las fatales consecuencias de esta espedicion; se en-

contrarán en la *Historia de Cristóbal Colon;* con el solo espacio de un año perecieron todos los que formaban parte de aquella empresa, y el único resultado de tantos erfuerzos y valor fué el establecimiento de una miserable y pequeña colonia, fundada por Nuñez de Balboa, en el golfo de Darien.

Cortés pudo dar gracias á Dios de haberle librado de una muerte casi segura, privándole de seguir á sus amigos; sin embargo se entristecia de ver como pasaban los hermosos años de su juventud en una absoluta inaccion. ¿Que le importaban las riquezas? Disfrutaba de ellas en abundancia, puesto que se le habian concedido ricas tierras é indios; mas, ¿era eso lo qué queria?

Cuando en 1511, Diego Colon que habia sucedido á Odando, se propuso conquistar la isla de Cuba, Cortés no podia dejar pasar por alto una ocasion tan oportuna, tan propicia para él; puso todo su empeño, practicó todas las diligencias imaginables á fin de que le emplearan en esta espedicion y logró ser colocado en calidad de secretario cerca de Diego Velazquez que era el jefe. Velazquez, durante su permanencia en Hispaniola, habia adquirido una grande y alta reputacion debida á su carácter bondadoso, á su justicia y á su prudencia. Bajo la direccion de tan hábil preceptor, el talento de Cortés pudo desarrollarse mas y

mas, adquiriendo un grado tal de perfeccion que le sirvió muy mucho en los momentos mas crítiros de la brillante carrera que emprendió.





CAPÍTULO II.

Conquista de Cuba.—Cortés es nombrado capitan general de la armada.

De todas las conquistas que hicieron los españoles en el Nuevo Mundo, ninguna fué llevada á cabo con mas facilidad como la de la grande isla de Cuba; es por cierto bien admirable y sorprendente que, para conquistar una isla de mas de setecientas millas de estension y de un gran número de habitantes, Velazquez se hubiera contentado con la pequeña partida de trescientos hombres, y mas sorprendente es todavía que ese puñado de soldados hubiese bastado para llevar á cabo tan grande empresa. Mas no lo es tanto como á primera vista parece, si se atiende á que los naturales no eran belicoso, y ningun preparativo, ninguna medida habian tomado para oponerse á la in-

vasion; únicamente se encontró alguna pequeña resistencia en la estremidad oriental de la isla. Esta partida era capitaneada por un cacique llamado Hatuey, que se habia escapado de Santo Domingo; este pues, al saber la llegada de los españoles á Cuba, quiso oponerse á su desembarco; mas todas sus tentativas fueron inútiles, puesto que bien pronto se vió dispersada su tropa y él mismo hecho prisionero. Ese simulacro de defensa no retardó en nada la entera conquista de la isla y al punto se fundó la colonia de Santiago.

Poco tiempo despues se pasó á conquistar la Jamaica, (5) y el buen éxito de tan difícil empresa se atribuyó en gran parte á las brillantes disposiciones de Hernan Cortés.

Velazquez le apreciaba en gran manera á causa de sus finos modales y de su habilidad; estaba satisfecho de ver reunidas en aquel jóven la sabiduría y talento, con el valor y la intrepidez.

Cortés, conociendo todas las ventajas de su posicion, procuraba con actividad valerse de ellas; esforzóse sobre todo en atraerse la amistad de Andrés de Duero, secretario del gobernador. Desgraciadamente Cortés, á causa de su impetuoso carácter, veia contrariadas casi siempre sus mas felices disposiciones; tuvo lugar un cierto accidente que le espuso á hacerle perder el fruto de sus constantes esfuerzos.

Muchos colonos de Santiago, mal contentos de Velazquez, pretendieron esponer sus quejas á Diego Colon; fué nombrado para esta espedicion, enteramente arriesgada el intrépido Cortés: era necesario ir á Hispaniola (6) en una mala embarcacion. El gobernador informado de este proyecto y ofendido de la ingratitud de su secretario, habia decretado su muerte; pero Cortés avisado á tiempo, pudo escaparse de las manos de los que le perseguian, y se refugió en una iglesia, lugar de asilo inviolable segun las ideas de aquella época; debia pernanecer allí hasta que Andrés de Duero y sus otros amigos hubiesen apaciguado la cólera del gobernador y alcanzado su perdon. Por una estraña coincidencia, al lado de esta iglesia habia la casa de doña Catalina Suarez de Pacheco, jóven de ilustre nacimiento, á quien Cortés solicitaba para esposa. Salió una noche para irla á visitar, pero como le vigilaban los alguaciles, le echaron mano en seguida y le condujeron á la cárcel. Entonces reconoció toda la estension de su falta; pareció tan sincero su arrepentimiento que el gobernador mandó ponerle en libertad y le dió permiso para su matrimonio. Llegó á tan alto grado su generosidad que al cabo de cierto tiempo consintió en ser padrino del primer hijo que tuvo Cortés; olvidó entonces todos sus agravios, portándose con la mas fina atencion y delicadeza. Empe-

ro no consintió jamas en restituirle el empleo de secretario. Desde este momento, Cortés obró como profundo político; afectó la mas grande humildad y desempeñó con celo todos los negocios que interesaban al gobernador; en fin, se esforzó en mostrarse útil y agradable, confiando que se le tendria en consideracion ese cambio

En 1515, el gobernador dió órden á Fernandez de Córdoba para poner en pié un pequeño ejército de voluntarios y colocarse á su frente embarcándose para hacer nuevos descubrimientos. Esta espedicion costó la vida á los guerreros que tomaron parte en ella, dando por resultado el reconocimiento de Yucatan. A pesar de este mal éxito, Velazquez exaltado por las relaciones que se le hicieron acerca de la riqueza de este país, envió á Juan de Grijalva con una escuadra de cuatro navíos tripulados por doscientos cuarenta hombres, á fin de continuar una investigacion que parecia prometer muy felices resultados. Llegaron los españoles á la isla de Cozumel, siguieron la costa de Yucatan, en donde tuvieron muchas entrevistas con los naturales, quienes cambiaron una grande cantidad de oro por piezas de vidrio de diferentes colores. Grijalva abordó en San Juan de Ulúa, (7) isla sujeta al imperio de México. Los naturales se sorprendieron en gran manera á la vista de esos estrangeros;

su aspecto, su figura, sus vestidos, sus armas, eran para ellos objetos enteramente nuevos; atemorizados al ver este espectáculo, enviaron á toda prisa algunos indios para dar noticia á su soberana de una cosa que les parecia sobrenatural y maravillosa.

Los españoles permanecieron pocos dias en esta isla; entre tanto pudieron reunir una cantidad de oro bastante considerable. Grijalva pudo saber que la tierra mas vecina pertenecia á un grande continente. Este descubrimiento lisonjeaba en gran manera sus esperanzas; empero le faltaban los medios para aprovecharse de él; juzgó pues conveniente pedir á Cuba refuerzos y aguardar su llegada. Sus compañeros aprobaban esta resolucion porque conocian que ellos no bastaban para fundar una colonia y mantenerse en el país. En consecuencia, Grijalba envió á Alvarado, uno de sus oficiales, quien llegó muy á propósito para calmar las inquietudes de Velazquez. Temiendo este que aquella espedicion no sufriera la misma suerte que la de Córdoba y no recibiendo ninguna noticia, habia enviado ya una pequeña embarcacion para ir en busca de sus compañeros; pero al cabo de una corta navegacion desarbolado el navío á causa del temporal, vióse obligado á volver á entrar en Santiago, sin poder dar la menor noticia de Grijalva: esos temores iban aumentando cada dia; ya no

sabia que partido tomar, cuando la llegada de Alvarado le sacó de esa angustiosa posicion.

Ese oficial hizo una hermosa descripcion del país descubierto; el oro con que venia cargado era un testimonio irrecusable de la verdad de sus palabras. El gobernador al escuchar tan feliz nueva, le recibió con grande amistad y le trató al mismo tiempo con la consideracion y el respeto debidos á su mériro y á su inteligencia. Las relaciones de Alvarado se estendieron con prontitud entre todos aquellos que se habian quedado en Cuba y exitaron un vivo entusiasmo, pero ninguno por cierto esperimentó las sensaciones de Cortés, quien veia que iba á abrírsele un teatro digno de sus talentos; porque no dudaba que se le conferiria algun encargo en esta próxima espedicion y su corazon le decia que ocuparia el lugar mas distinguido.

Velazquez no perdió tiempo; envió comisionados á Europa para anunciar este grande acontecimiento y destinó una armada para hacer la conquista del continente que se acababa de descubrir. Hacíanse los preparativos con la mayor celeridad; los soldados se presentaban en multitud; fué urgente nombrar un gefe. Esa eleccion traia solícito á Velazquez; sabia que el buen éxito de semejantes empresas depende de la habilidad y valor de los que las dirijen; preveia que á tan grande distancia,

ese gefe se haria bien pronto independiente de su autoridad y obraria por su propia cuenta.

Los candidatos eran muy numerosos; cada uno de ellos contaba con la proteccion de elevadas personas, lo cual aumentaba la incertidumbre é indeterminacion de Velazquez. Pero llegó en fin el instante que habia de decidir del porvenir de Cortés. Hacia largo tiempo que tenia entrañable amistad con Andrés de Duero y con Amador de Lariz, tesorero real; sabia que ambos ejercian una poderosa influencia sobre el espíritu de Velazquez, quien nada emprendia sin pedirles antes su parecer. Cortés tuvo con ellos una entrevista y les prometió una suma bastante considerable, si por medio de su influjo y apoyo llegaba á obtener el mando (8).

Los dos amigos recomendaron en gran manera su protegido á Velazquez; los elogios que de él hacian, dictados en parte por la grande amistad que le profesaban, eran amplificados mas aún por motivo de su interés personal (9). El gobernador aprobó esta eleccion; creyó haber encontrado lo que en vano pretendia desde mucho tiempo, á saber, un hombre dotado de talento militar, un hombre en quien pudiese fundar sus mas lisonjeras esperanzas Opinaba que la categoría y la fortuna de Cortés no le permitian aspirar á la independencia; tenia motivo para esperar que en vista de la

facilidad con que habia olvidado sus antiguas desavenencias con Cortés, este se mostraria agradecido y le tributaria durante su vida los mas respetuosos homenajes y las mas grandes pruebas de adhesion y amor.

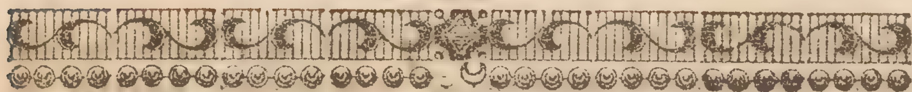
Aunque Cortés habia tenido jamas el mando ccmo gefe, su talento y felices disposiciones que habia demostrado ya, daban lugar á las mas grandes esperanzas, y todos sus compatriotas le miraban como un hombre capaz de llevar á cabo las mas colosales empresas. Su ardor, propio de la juventud se habia calmado por grados, cambiándose en una actividad infatigable; su génio impetuoso, refrenado en parte por la disciplina y suavizado con el trato de sus iguales, no era mas que la enérgica sinceridad de un soldado. Tales cualidades iban acompañadas de una tranquila prudencia en los planes, de una alta constancia en la ejecucion y del arte de ganar la confiancia y gobernar el espíritu de los hombres, lo cual es por cierto el carácter de todos los génios superiores. Así la edad y la esperiencia desarrollaban sucesivamente los dones naturales que poseia.

Recibió Cortés su destino con las mas vivas demostraciones de respeto y sumision hácia el gobernador. Enarboló al instante la bandera en la puerta de su casa, se presentó entre los suyos con todas las distinciones de su nue-

va dignidad, empleó toda su actividad, todo su valimiento para hacer determinar á muchos de sus amigos á que le siguiesen y á adelantar los preparativos de su viaje. Sus caudales y el dinero que pudo recojer hipotecando sus tierras é indios, sirvieron para comprar pertrechos y provisiones y para satisfacer las necesidades de aquellos oficiales que no podian equiparse de una manera correspondiente á su posicion. Este proceder era inocente y aun laudable, mas sin embargo, sus tropas le atribuyeron un fin desfavorable; le representaron como á un tirano que pretendia alcanzar un dominio absoluto sobre sus vasallos grangeándose su amistad por medio de liberalidades interesadas; dieron á Velazquez grandes quejas acerca del hombre á quien acababa de demostrar una tan ciega confianza; dijéronle que Cortés se valdria de su nuevo poder, mas bien para vengar las antiguas injurias que habia sufrido que para reconocer el benefiieio que se le habia dispensado (10). Estas pérfidas insinuaciones produjeron tan profunda impresion en el sospechoso espíritu de Velazquez, que Cortés no tardó en reconocer en su conducta señales de desconfianza y desprecio, y por consiguiente se apresuró á marchar antes que estallasen con violencia las disposiciones del gobernador. Conociendo los peligros que de un retardo se ocasionaban, arregló sus negocios

con prontitud y se hizo á la vela en 18 de Noviembre de 1518. Velazquez le acompañó hasta la playa y se despidió de él aparentando confianza y amistad, mientras que Cortés renovaba sus protestas de sumision y respeto (11).





CAPÍTULO III.

Parte la espedicion á la conquista de Nueva-España.

La precipitada marcha de Cortés aumentó las sospechas de Velazquez y llegaron al mas alto grado de exaltacion sus celosos temores, á pesar de las evidentes pruebas de amistad que habia recibido en su última entrevista. El jérmen de la discordia y del odio que los enemigos de Cortés habian sembrado en el seno del gobernador, estaba á punto de producir sus terribles efectos; todas las precauciones que habia tomado para asegurar el buen éxito de sus especulaciones, le parecian fuera de proporcion con los peligros que iban á nacer con el pretesto de dar a Cortés un segundo ayudante, colocó á su lado á Diego de Ordaz, con la mision secreta de vigilar las ope-

raciones del comandante y de dar cuenta de sus acciones y discursos. Apenas partió la espedicion, cuando Velazquez, cuyo espíritu tantas sospechas abrigaba, dudó de la fidelidad de su ajente, y sus temores y recelos se aumentaron mas y mas, pensando que aquel no cumpliria su mision desde el instante en que estuviese apartado de su presencia.

Los ocultos y continuos manejos de los enemigos de Cortés contribuyeron á aumentar mas la desconfianza de Velazquez; siempre le pintaban á nuestro héroe como meditando el proyecto de hacerse independiente luego que encontrase ocasion, y su carácter bastaba para dar á esas suposiciones una apariencia de verdad. Como estos medios, estos discursos no acababan de decidir á Velazquez, se resolvieron entonces á emplear las poderosas armas de la supersticion. Un cierto Juan Millan, sujeto muy fanático y supersticioso que se creia versado en los misterios de la astrología, fué elegido por esos hombres implacables para mantener la credulidad del gobernador Produjeron un efecto tal en el espíritu de Velazquez las siniestras predicciones de ese adivino, que determinó quitar el mando á Cortés. En consecuencia envió mensajeros á la Trinidad, en donde estaba estacionada la armada, con órden para Francisco Verdugo, principal magistrado de ese pequeño establecimiento, á fin

de que destituyera á Cortés y ocupara su puesto un oficial á quien designaba espresamente. Semejantes instrucciones pasó el gobernador á Diego de Ordaz, á Francisco de Morla y á todos cuantos eran de su mayor confianza. Pero los dos amigos Lariz y Duero observaron atentamente todos los pasos de Velazquez é instruyeron á tiempo á Cortés de las tramas que contra él se urdian, antes que los otros tuviesen ningun conocimiento de tamañas medidas Cortés trató entonces de defender sus intereses; por medio de su natural elocuencia y sobre todo con las brillantes esperanzas que hizo concebir á Ordaz, logró separar á ese incómodo agente de Velazquez, cuyos presentimientos, cuyos temores quedaron en parte realizados.

Ordaz declaró á Verdugo los inminentes peligros que corria obedeciendo las órdenes que habia recibido de Cuba: en efecto, el general ya se habia granjeado el aprecio y la amistad de sus tropas; estas confiaban en su talento, de él esperaban que la espedicion tendria un éxito favorable. Verdugo intimidado, ó tal vez secretamente sobornado, no cumplió su mision; Cortés escribió entonces á Velazquez una carta en la que le aseguraba su entera obediencia, y partió en seguida para la Habana.

El objeto que se proponia era reclutar en esta colonia mas soldados y comprar provisio-

nes para su flota; juntáronsele allí muchos oficiales deseosos de distinguirse bajo su bandera; los principales eran Gonzalo de Sandoval, Francisco de Montejo y Diego de Soto, quienes se obligaron á abastecerle de todo lo que le faltaba aun. Mientras esto pasaba, Velazquez volvió otra vez á tomar sus medidas, para despojar á Cortés del mando. Censuró altamente la conducta de Verdugo, acusándole de una debilidad pueril, ó mas bien de una traicion manifiesta, por haber permitido que la flota saliese de la Trinidad. Envió á la Habana un hombre de confianza, encargado de remitir á Pedro de Barba, órden positiva para prender á Cortés y enviarle preso á Santiago con una buena escolta, suspendiendo al mismo tiempo la espedicion; escribió tambien á varios oficiales á fin de que se unieran con Barba y le ayudaran en la ejecucion de las disposiciones que mandaba; pero antes de llegar el comisionado, un monje de la órden de San Francisco habia dado ya noticia de esto á Bartolomé de Olmedo, religioso de su compañía y capellan de la flota. Cortés advertido del peligro, tuvo tiempo de tomar sus precauciones; de entre sus oficiales, dos tan solo le infundian sérios recelos, Velazquez de Leon, pariente del gobernador y Diego de Ordaz. Este último en cierta circunstancia, habia proferido algunas palabras que parecian indicar un cam-

bio de idea, tal vez alimentaba la esperanza de reemplazar á Cortés. Encargóle este el mando de una embarcacion destinada para ir á recojer víveres en Guanicanico, poblacion situada en la otra parte del cabo de S. Anton; de este modo supo alejar de sí un hombre que le era sospechoso. En cuanto á Velazquez de Leon, como era un jóven activo, de un génio amable y franco, poco trabajo le costó á Cortés para atraerle á su partido.

Pedro de Barba mostró tanta indiferencia en la ejecucion de su mandato, como la habia mostrado Verdugo en la Trinidad, y escribió á Velazquez una carta diciéndole que no podia cumplir sus instrucciones sin incurrir en grandes peligros, que el pueblo estaba á punto de rebelarse contra su autoridad y que tenia buenas razones para hablarle de esta suerte. Luego que Ordaz partió, reunió Cortés sus tropas, y con aquella elocuencia natural que en tan alto grado poseia, les manifestó la celosa conducta de Velazquez y las tentativas que hacia para privarle del mando. Oficiales y soldados al saber estas circunstancias, se indignaron altamente; estaban impacientes para volar á una conquista que les prometia cubrirse de laureles y riquezas, habian empleado todo cuanto poseian para equiparse, y por consiguiente el menor obstáculo era para ellos una causa de privaciones y pérdidas considerables. A esos

poderosos motivos debian añadirse tambien el rgande afecto que profesaban á Cortés y las altas esperanzas que en su capacidad y talento tenian formadas; todos pues unánimemente le suplicaron, que no abandonase el destino al cual tenia tantos derechos, prometiéndole que le seguirian en todas partes y que derramarian hasta la última gota de su sangre para mantenerle en el poder.

Mucho agradó á Cortés la espresion de estos sentimientos tan analogos á los suyos; prometió á sus soldados conducirles inmediatamente á aquel rico lugar que era desde largo tiempo el objeto de sus pensamientos y deseos; juró tanbien solemnemente que jamás abandonaria á unos hombres que acababan de darle pruebas tan manifiestas y palpables de su amor y respeto. Estas promesas fueron acogidas con la mas viva alegría y en medio de las aclamaciones de todos.

Seguro ya Cortés de la fidelidad de sus tropas, sin embargo no quiso partir sin manifestar al gobernador una especie de deferencia; escribióle renovándole las protestas de su entera obediencia y terminó la carta diciéndole que su intento era hacerse á la vela al dia siguiente. En efecto, todos sus preparativos estaban concluidos y nada se oponia á su marcha.

Lo colosal de la empresa y las dificultades que á ella iban accompañadas eran muy supe-

riores á las fuerzas de esta armada. Aunque los españoles de Cuba hubiesen reunido todos sus recursos, aunque cada poblacion hubiese proporcionado hombres y provisiones, aunque el gobernador hubiese dispensado sumas considerables y aunque cada uno de los soldados hubiese empleado todos sus caudales, sin embargo todo hubiera sido insuficiente respecto de un tan grande objeto á que se destinaba, como era la conquista de un vasto imperio. La flota consistia en once navíos, de los cuales el mayor era de cien toneladas, tres, de ochenta, y en siete pequeñas embarcaciones sin puentes; el número de los marineros era 109 y el de los soldados 508, divididos en once compañías. Si ese pequeño número de hombres era objeto de asombro, los medios y los recursos de que disponian, eran, por razon de su debilidad, mas dignos de asombro aun. Sus fuerzas consistian en 16 caballos, 413 mosquetes, 32 arcabuces, dos pequeñas piezas de campaña y cuatro falconetes; los soldados iban armados con picas y espadas, y en lugar de armas defensivas, cada uno de ellos iba cubierto con una cota de algodon que juzgaban suficiente para resistir las flechas de los americanos.

Con tan débiles recursos, Cortés se hizo á la vela para ir á declarar la guerra á un monarca cuyos dominios eran mas dilatados que los de la corona de España, reino en aquella

ocasion, el mas poderoso de toda la Europa. Pocos ejemplos ofrece la historia de una empresa tan atrevida, y la imaginacion apenas puede figurarse que esperanzas de buen éxito podian abrigar esos soldados tomando parte en una espedicion que, parecia mas bien una estravagancia caballeresca que una empresa militar razonablemente concebida.

Las pasiones empero que animaban á los castellanos, eran un estímulo muy poderoso. Cada soldado se creia ser un héroe que volaba por su propia cuenta y por su propio peligro, á una conquista que necesariamente debia coronar sus osados esfuerzos. Cortés era, á su modo de pensar, uno de sus compañeros cuyos talentos y habilidad eran necesarios para mantener la disciplina y obrar en favor del interés comun; no le miraban como un jefe absoluto cuyos menores caprichos fuesen órdenes que irremisiblemente debiesen cumplirse. Cortés mismo no intentaba destruir sus ideas; su magnánimo corazon no conocia los celos ni la vanidad; sabia muy bien que mas facil era ejercer un poder absoluto sobre esos hombres lisonjeándolos y contemplándolos, que adquirirse su benevolencia por medio del temor; y las escenas que habian pasado ya en el Nuevo-Mundo, habian probado que la amistad recíproea entre el jefe y sus súbditos era mas necesaria allí que en ninguna otra parte.

Mas estos intrépidos soldados estaban animados aun por un poderoso entusiasmo que arrastrándolos á las empresas mas temerarias, mantenia su energía y valor en medio de las dificultades que á cada paso encontraban; se consideraban como los misioneros de la religion cristiana, encargados de propagar las luces de la verdadera fé. Cortés principalmente se figuraba digno de tan gloriosa mision, y haciendo brillar á los ojos de sus compañeros las riquezas que iban á adquirir, les manifestaba la santidad de la causa que se habian comprometido á defender. A fin de mantenerles en esta disposicion, hizo construir un magnífico estandarte de terciopelo ricamente bordado de oro; en medio estaban esculpidas las armas reales y sobre estas una larga cruz, con una inscripcion latina, cuya version era: *Sigamos la cruz, que en esta señal venceremos.*

Despues de haber invocado Cortés la divina proteccion de N. S. J.-C., y teniendo dividida ya su gente en once compañias, destinó para su gobierno capitanes cuyos nombres ha conservado la historia; esas personas ya ilustres en aquel entonces eran: Velazquez de Leon, Pedro de Alvarado, Alonso Hernandez Portocarrero, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid, Juan de Escalante, Francisco de Morla, Francisco Saucedo, Juan Escobar y Ginés de Nortes; para sí se destinó el mando del navio

almirante: el piloto principal de la flota era el hábil Alaminos; en fin, se confió la artillería á Orozco, capitan esperimentado.





CAPÍTULO IV.

Pasa la espedicion á la Isla de Cozumel.— Llegada á Tabasco.

PARTIÓ Hernan Cortés el 10 de Febrero de 1519, dirigiéndose inmediatamente á la isla de Cozumel. Al llegar allí, encontró el país enteramente desierto; sus habitantes llenos de espanto al ver la armada, se habian retirado en el interior. La compañía de Alvarado que saltó en tierra la primera, lejos de disipar los temores de los naturales y ganarse su confianza, los aumentó mas y mas; los soldados estaban persuadidos de que cuanto encontraban podian aplicárselo como bienes sin dueño; en consecuencia, empezaron á despojar los templos y los ídolos de todos los adornos de oro con que estaban cubiertos. Pero atendiendo Cortés á todo lo que podia perjudicar sus pla-

nes ó impedir su ejecucion y queriendo evitar el venir á las manos con los naturales, reprendió severamente la conducta de la compañía de Alvarado y mandó que se restituyera todo el botin (12).

Esas medidas conciliadoras produjeron el efecto deseado: calmaron sus temores los habitantes y entraron en relaciones con los estranjeros. A causa de una feliz casualidad, fué muy provechosa á Cortés su permanencia eu Cozumel. Habiendo advertido que los naturales pronunciaban con mucha frecuencia el nombre de *Castilla*, pensó que algunos de sus compatriotas estarian tal vez en esta isla; procuró informarse de ello y por último pudo rescatar un español, cuya presencia causó una agradable sorpresa. Andaba casi desnudo, algunos andrajos cubrian solamente sus espaldas, traia en la mano un arco y sobre el hombro un pequeño lio que contenia víveres y las *Horas* de la santa Vírgen que siempre habia conservado preciosamente y á cuya devocion atribuia su libertad. Se llamaba Gerónimo de Aguilar, nacido en Ecija y estaba ordenado de evangelio; aunque era muy escasa la instruccion que habia recibido, sin embargo estaba dotado por la naturaleza de una cierta vivacidad, de una cierta penetracion. Durante su larga permanencia en ese pueblo, habia podido aprender su idioma, lo cual sirvió muchísimo á Cortés

para tener á su lado un intérprete. Ocho años antes, habia naufragado con una pequeña embarcacion que pasaba del Darien á la isla de Santo Domingo. Sus infortunados compañeros habian intentado salvarse en un esquife, empero habiéndolos arrojado el mar á la costa de Yucatan y habiendo caido en poder de los naturales, muchos fueron sacrificados á los ídolos, otros perecieron de miseria; Aguilar pudo escaparse y encontró otro cacique mas humanitario quien le salvó la vida.

En 4 de Marzo, emprendió Cortés su navegacion hácia la embocadura del rio de Grijalva ó Tabasco; confiaba que seria recibido con la misma amistad que Grijalva y que como él obtendria gran cantidad de oro. Frustradas salieron sus esperanzas, pues desde el instante en que echó el áncora, observó que se habian cambiado las disposiciones de los habitantes; en vez de una cordial acojida, vió que se hacian preparativos para oponerse á su desembarco. Envióse á Aguilar á fin de ofrecerles la paz, empero este volvió por contestacion, que los enemigos eran en gran número y que se habian negado á escucharle. Si bien no queria Cortés empezar sus conquistas por esta provincia, sin embargo le pareció importante no cejar ante el primer peligro que se le presentaba; mandó que durante la noche se preparara la artillería, y al apuntar el alba, hizo colocar los

bajeles en forma de media luna la que se iba disminuyendo en su mismo tamaño y remataba en los esquifes. Como el rio era bastante espacioso, se adelantó en este órden con una especie de sosiego que convidaba á la paz. Aguilar fué por segunda vez á pedirla á los indios, pero su respuesta fué la señal del ataque. Se adelantaron á favor de la corriente, hasta ponerse á distancia proporcionada con el alcance de sus flechas, y de repente dispararon desde las canoas, tan grande cantidad de ellas, que los españoles anduvieron algo apresurados en la necesidad de cubrirse y cuidar de su defensa, mas despues de haber recibido el primer golpe, dispararon estos á su vez tan terrible descarga de artillería que los indios espantados con un ruido del que no tenian noticia, y al ver la muerte de una infinidad de sus compañeros, abandonaron las canoas para saltar en el agua. Entonces los bajeles se adelantaron sin obstáculo hasta la orilla y Cortés intentó desembarcar; el resultado fué sostener aquí un segundo combate, porque los indios que estaban emboscados y los que habian saltado de las canoas, se habian reunido para volver á atacar. Al instante viéronse los españoles rodeados por todas partes de flechas, dardos y piedras. Envió Cortés un destacamento de cien hombres á fin de que se apoderaran de la villa de Tabasco, pero los indios

corrieron á su defensa. Estaba fortificada con una especie de muralla compuesta de troncos de árboles muy corpulentos en forma de empalizadas, en medio de las cuales habia aberturas para el paso de las flechas. Llegó Cortés antes que el destacamento, cuya marcha se habia retardado á causa de los pantanos. Reuniéronse entretanto las dos fuerzas y sin dar tiempo al enemigo de reconocerse, adelantaron rápidamente hasta el pié de la empalizada; las aberturas sirvieron de troneras para los arcabuses y bien pronto los indios no tuvieron otro recurso que el de huir. Cortés no quiso perseguirlos; mandó á sus tropas que hicieran alto en la poblacion, en donde pasaron la noche en unos templos cuya situacion las ponia al abrigo de una sorpresa.

Difundióse bien pronto la alarma entre la multitud con la noticia de que los indios volvian á atacar; efectivamente, lejos de estar abatidos y atemorizados á causa de su primera derrota, hicieron los preparativos mas formidables para rechazar á los españoles. Cortés por su parte, tomó las medidas convenientes para defenderse con buen éxito; mandó desembarcar los caballos y los distribuyó á los mejores jinetes. El general mismo estaba á la cabeza de este pequeño número de soldados; la infantería estaba bajo las órdenes de Diego de Ordaz y la artillería estaba bajo las

de Mesa. Despues de haber oido Cortés la santa misa, se adelantó con toda confianza hácia una llanura en donde estaba reunido todo el ejército de los indios. Parecia que estos guerreros eran de los mas bárbaros; numerosas plumas adornaban sus cabezas; cubrian su cuerpo con una especie de escudo; las armas de que se valian, eran lanzas, espadas de dos cortes, mazas, arcos y flechas, y á fin de parecer mas horribles, á fin de infundir mayor espanto, pintaban su piel con diversos colores.

Ocultóse Cortés con sus compañeros en un parage cercano á aquella llanura, desde donde se proponia atacar al enemigo por el lado, si era necesario, ó cortarle la retirada, en caso de que huyese. Durante ese tiempo resistió la infantería con valor la primera descarga de los indios, la cual causó mucho estrago, puesto que hirió á sesenta hombres y mató á uno; entonces volvieron los indios á atacar con la mas viva intrepidez á pesar de la mortandad que causaba la artillería en sus filas. Pero la presencia de Cortés y de la caballería decidió en un instante de la suerte de esta batalla: ocupados los naturales con los enemigos que enfrente tenian, no se apercibieron de que iban á ser atacados terriblemente por detras; como el terreno era igual y llano, favorecia mucho la marcha de los caballos; los indios se encontraban destrozados por los españoles, antes

que hubiesen reparado en su llegada. Sorprendiólos en gran manera este súbito ataque, mas aun, al ver aquellos seres estraordinarios y sobrenaturales; creianse que el caballo y el jinete no eran mas que un solo y formidable monstruo, á quien apenas se atrevian á mirar. Escapáronse por todas partes, ocultándose en los bosques y en los pantanos vecinos y dejando en el campo ochocientos muertos. La pérdida de los españoles consistió en dos hombres (13).

Esta sangrienta accion, seguida de otras muchas escaramuzas en las cuales quedaron derrotados siempre los indios, abatió el valor de los mas bravos obligándoles á pedir la paz. Vinieron á arrojarse á los piés de Cortés quince hombres con la cara pintada de negro en señal de luto, y con un presente de aves, de maiz y de peces asados; el digno general los recibió con la mas grande amabilidad. Animados con tan benéfica acojida, presentáronse al dia siguiente treinta naturales, pidiendo permiso para recojer los muertos, el que se les concedió inmediatamente. Desde ese momento se establecieron las relaciones, pero Cortés temia la ligereza y la inconstancia propias de las naciones salvajes; recelaba que los indios una vez pasado el terror y cesada la admiracion, no volviesen á tomar las armas con tanta facilidad como las habian abandonado, y por con-

siguiente resolvió valerse de su sumision para aumentar su horror. Mandó que á su presencia se presentaran los principales de entre ellos, y con una voz fuerte y severa pintóles los terribles efectos de su venganza, en caso de que maquinaran alguna traicion ó trastorno, y á fin de dar mayor apoyo á sus palabras, mandó disparar un cañonazo: el ruido de la esplosion, el estrago que en los bosques causó la bala, llenaron sus almas de asombro y estupor. Aterrorizóse su imaginacion á la vista de esas destructoras máquinas de la guerra, las cuales no habian podido examinar con atencion durante la batalla. A fin de dejarlos mas vivamente pasmados, la caballería practicó diferentes evoluciones y la infantería hizo variados ejercicios. Con tales artificios, cumpliéronse fácilmente los designios de Cortés; miraron los naturales á los españoles con una especie de temor respetuoso y reconocieron por soberano suyo al rey de Castilla.

Estableciéronse con prontitud amistosas relaciones, trocáronse regalos y los dos partidos vivieron en buena armonía. Entre los presentes que se hiceron á Cortés, se notaban muchos objetos fabricados con gran primor. Habia tambien veinte esclavas, cuyo regalo fué despues de la mayor importancia, porque entre ellas se encontraba la ilustre doña Marina que representó un gran papel en la conquista de

México. Bautizóla inmediatamente el padre Olmedo y la puso el nombre que acabamos de manifestar. La parte que tomó esta muger en el resto de la espedicion y los eminentes servicios que prestó á Cortés, nos obligan á decir cuatro palabras acerca de su persona y de su historia singular.

Pertenecia doña Marina á una alta categoría; su aire, su carácter, denotaban que estaba habituada al mando; distinguiase entre sus compatriotas por su espíritu dócil y vivo; su valor era propio de los mas bravos guerreros. Habia dado pruebas de él en mas de una ocasion: hija de un cacique tributario del emperador de México, habia perdido su padre en los floridos años de su juventud; su madre, habiendo tenido un hijo de un segundo matrimonio, la habia aborrecido, y para asegurar á este hijo la herencia de Marina, la habia vendido á unos comerciantes de Cicalango; estos la entregaron á uno de los gefes de Tabasco, por cuyo medio vino á parar á Cortés. Manifestó bien pronto un sincero y profundo reconocimiento hácia su nuevo señor; enteramente consagrada á sus intereses, le acompañó en todos sus peligros, prestándole los mas grandes servicios. Hablaba muy bien el idioma que sabia Aguilar; así es que sirvió de intérprete entre él y los mexicanos, cuya lengua la era igualmente familiar; aprendió tambien el cas-

tellano, lo que facilitó las entrevistas de Cortés con los mexicanos y estrechó mas sus relaciones.

No solamente como intérprete fué de grande utilidad doña Marina: habituada á las costumbres, usos y defectos de los mexicanos, conocia muy bien su carácter; en consecuencia, fué destinada muchísimas veces para negociaciones delicadas, descubrió muchos complots y desbarató muchos de sus maquiavélicos planes. No tardó Cortés en reconocer el valor de esa muger, y así en su espíritu inteligente y en su noble corazon depositó toda su confianza. El profundo afecto y admiracion que ella le profesaba, era una prenda segura de su fidelidad.

Permaneció Cortés algunos dias en Tabasco, no tan solo para cuidar de los enfermos y heridos, sino tambien para obligar á los naturales á que prestasen toda su obediencia á su nuevo gefe. Renovaron estos sus promesas con todas las apariencias de la sinceridad y demostraron su buena voluntad, accediendo á todo cuanto exijian de ellos los estranjeros. Ayudáronle á erijir una hermosa cruz, la que se plantó en el campo de batalla. El Domingo de Ramos, todas las tropas en forma de procesion fueron á visitar ese sagrado signo de la redencion, y muchos de los naturales fueron bautizados por el misionero. Despues de

esta piadosa ceremonia, se despidió Cortes de los indios, quienes le acompañaron hasta la playa y dió en seguida la señal de levar el ancla.





CAPÍTULO V.

Entrevista con los embajadores de Motezuma.

Prosiguió Cortés su viaje hácia el Oeste sin perder de vista la ribera, á fin de observar el país; empero no pudo encontrar ningun parage á propósito para desembarcar sino en San Juan de Ulúa. El 22 de Agosto, cuando entraba en la ensenada, acercóse á su bajel dando señas de paz y amistad, una canoa muy grande, llena de indios, entre los cuales se notaban dos personas de distincion. Subieron algunos al navío sin temor ni desconfianza, con un ademan respetuoso dirigieron á Cortés algunas palabras que Aguilar no pudo comprender. Afortunadamente se presentó doña Marina y traduciendo en lengua de Yucatan lo que decian en mexicano, se supo entonces que estos dos personages eran enviados por el go-

bernador de esta provincia, sujeta á un grande y poderoso monarca, llamado Motezuma; venian para informarse qué intenciones abrigaba Cortés al visitar aquella costa y para ofrecerle al mismo tiempo los socorros que necesitase.

Manifestó Cortés á estos comisionados que él y los suyos estaban muy satisfechos de sus ofertas y que sus sentimientos eran de paz y de amistad; díjoles tambien que estaba encargado de hacer á su soberano Motezuma algunas proposiciones ventajosas para él y para su pueblo, y terminó dándoles algunas bugerias y otras cosas de poco valor. Contentos con ese regalo los embajadores, hicieron al gobernador una relacion muy favorable de todo cuanto habia mediado, de modo que este no se opuso al desembarco de los estrangeros. Cuando vieron los indios que desocupaban los bajeles, les ayudaron con mucha diligencia y agrado. Gracias á su socorro, Cortés estuvo establecido en poco tiempo en tierra con sus soldados, caballos, artillería, etc. etc. Su primera diligencia fué arreglar tiendas de campaña y fortificarlas. Los naturales contribuian á su construccion, mientras que otros traian provisiones, de todo género de aves y frutas. No tardó mucho tiempo en anunciarse al general, que el gobernador queria hacerle una visita; esta noticia le causó la mas viva satisfaccion.

Al dia siguiente por la mañana, presentóse ese personage, llamado Teutile, iba acompañado de Pilpatoe, general de sus tropas; seguíales una numerosa escolta. Considerándole Cortés como un ministro de un gran rey, le recibió con mas ceremonia y etiqueta de la que usaba con los caciques; hízole decir que Cárlos de Austria, rey de Castilla y el mas poderoso monarca de la tierra, le enviaba en calidad de embajador, y por tanto estaba encargado de comunicar al mismo emperador unas proposiciones de la mas alta importancia; por consiguiente pedia que le condujeran á su presencia sin pérdida de tiempo.

Esta demanda llenó de asombro á los embajadores mexicanos, causándoles mucho disgusto. Espresó Teutile los sentimientos que le animaban con un acento muy arrogante. Aumentábanse sus temores personales en vista de otra consideracion; sabia muy bien que Motezuma en ninguna manera queria tener comunicaciones ni tratos con los estranjeros, cuya presencia en los dominios de su territorio habia llenado de agitaciones y temores; por otra parte, negando positivamente la demanda de Cortés, temia escitar su cólera; pero antes de disuadirle de su proyecto, creyó oportuno ganarse primero su voluntad y benevolencia, obligándole á aceptar los regalos que le traia en nombre de Motezuma.

Ofreciólos Teutile con mucho aparato; Cortés quedó sorprendido de su magnificencia; consistian en unas ropas de algodon muy ricas y hermosas, en plumas de diferentes colores y en adornos de oro y plata de un trabajo muy precioso y de un inestimable valor.

A fin de conservar Cortés las buenas relaciones, quiso mostrarse tambien generoso; entregó á Teutile algunos diamantes artificiales, un sillon ricamente esculpido y una gorra de terciopelo carmesí, adornada con una medalla de cobre en la que habia grabada la imagen de San Jorge, advirtiéndole que lo presentara á Motezuma, como una prueba de amistad del rey de España; en seguida con un tono firme y con grande autoridad volvió á pedir una entrevista. No pudiendo Teutile alegar mas escusas, vióse obligado á prometerle que le haria conducir pronto á la capital.

Durante ese acto, estaban ocupados algunos pintores que vinieron con el acompañamiento de los mexicanos en dibujar sobre largos lienzos de algodon muy blanco, todos los objetos que escitaban su sorpresa y admiracion; no solamente sacaron fielmente el retrato de Cortés, sino que copiaron tambien los bajeles, caballos, cañones y todo cuanto á su vista se presentaba. Cuando supo Cortés que se hacia este trabajo por órden de Motezuma, á fin de poderse formar una exacta idea de las cosas estraordinarias

que tenian los españoles, se valió de esta circunstancia para dar á los mexicanos y por consiguiente al emperador, una idea mas verdadera y mas imponente de sus fuerzas y poder. Con este fin mandó que se tomasen las armas; en un instante se colocaran las tropas en órden de batalla; hizo la infanteria variados ejercicios; la caballería practicó diferentes evoluciones para manifestar su agilidad; en fin, la artillería disparando contra los espesos bosques vecinos que en el campo habia, hizo pedazos de algunos árboles. Miraron los mexicanos los ejercicios militares con aquel silencio y admiracion propios de un espíritu que comtempla objetos nuevos que le parecen formidables; pero al horrísono estruendo del cañon, huyeron muchos, cayeron otros de terror, y en general todos se espantaron tanto al ver lo que hacian estos hombres cuyo poder les parecia divino, que Cortés tuvo mucho trabajo para consolarlos, para hacerlos volver en sí. Los pintores pusieron en práctica todos los medios de su arte para representar estos objetos nuevos y todos los recursos de su imaginacion para inventar figuras y caractéres que espresasen al vivo aquellos sucesos estraordinarios que acababan de presenciar.

Dijo Teutile que en medio de estos ejercicios habia visto una especie de casco semejante al que adornaba la cabeza del dios de la

guerra y se determinó á pedirlo al general á fin de ofrecerlo al emperador. Cortés accedió á su demanda; en seguida se despidieron los embajadores, asegurando que dentro breve tiempo se sabria la contestacion de Motezuma. Efectivamente recibióse al cabo de siete dias la respuesta que con tanta impaciencia se esperaba

El monarca mexicano quedó sorprendido estraordinariamente de las pinturas y de las relaciones que le dieron sus embajadores; los regalos de Cortés escitaron vivamente su curiosidad y el casco que tanto agradó á Teutile, llenó su alma de un misterioso temor; veia en este emblema un secreto anuncio del fin de su reinado, supersticion originada de una antigua creencia bastante arraigada en el país. Se tenia por cierto que el *dios del aire* habia desaparecido de México desde muchos años, y que habia prometido que volveria pasado algun tiempo, á tomar el gobierno de aquel reino y proporcionar á sus habitantes la paz y la tranquilidad. Esta antigua tradicion, combinada con la presencia de los españoles, cuyo aspecto era semejante al que daba su mitologia al dios del aire, dió márgen á hacerles creer que habia llegado el momento en que venia su dios á empuñar las riendas del imperio.

Afligieron á Motezuma los rumores populares, aumentaron su temor y contribuyeron á que se negase de firme á la entrevista que con tanto empeño pedía Cortés. Su contestacion por consiguiente no fué muy agradable; pero temiendo que su formal negativa no escitara la cólera de los españoles, mandó á Teutile que les enviasen aquellos magníficos presentes que algunos meses antes habia preparado para Grijalva. Al cabo de ocho dias, se presentó al campo Teutile, acompañado de cien indios cargados con los presentes de Motezuma. Admitidos estos en presencia de Cortés, despues de haberle saludado respetuosamente, le entregaron los regalos que de órden de su soberano le traian, los cuales escitaron vivamente la admiracion de todos los españoles. Consistian en diferentes ropas de algodon tan delgadas y tan bien tejidas que parecian de seda; cuadros representando animales, árboles, diferentes paisajes, formados con plumas de diferentes colores, colocados con tal gracia y elegancia que podian competir con las mejores obras del pincel á causa de su naturalidad y hermosura; pero lo que mas atrajo la atencion fueron dos grandes láminas de forma circular, la una de oro maciso en cuyos relieves estaba grabada la imágen del sol, la otra de plata, emblema de la luna; segun refiere Bernal Diaz del Casti-

llo (*), esta última costaba mas de veinte mi-pesos. Por fin, habia una considerable cantidad de brazaletes, collares, anillos y otros adornos de oro, perlas, piedras preciosas etc., todo producto del país y trabajado con el mas delicado gusto.

Recibió Cortés los regalos con grandes muestras de aprecio y alegria, con un profundo respeto hácia el príncipe que tan generoso se mostraba. Estas disposiciones obligaron á los embajadores á cumplir con la segunda y mas dificil parte de su mision. Valiéronse de las palabras mas atentas y conciliadoras para manifestar que el emperador no queria admitir á los estranjeros en su corte; pusieron en juego diferentes medios y rodeos para esplicar el motivo de esta conducta, ya describiendo las grandes dificultades que tendrian que vencer, si atravesaban los áridos desiertos que á la capital conducian, ya ponderándoles los terribles combates que tendrian que sostener contra las

---

(*) Bernal Diaz del Castillo á quien tendremos ocasion de citar algunas veces, era un simple soldado sin instruccion, que estuvo al lado de Cortés todo el tiempo de su permanencia en Nueva-España: en 1568 publicó Diaz una historia de la conquista, escrita con mucha verdad y sencillez. Robertson dice que su libro es uno de los mas curiosos que se pueden leer en cualquier idioma en que esté impreso.

N. del A.

numerosas tribus alarmadas ya con la sola noticia de su desembarco. Mientras que el intérprete traducia estas palabras, conoció Cortés cuan necesario le era esplicarse con un tono bien firme y positivo, y así les contestó en alta voz; que le era imposible volverse á su país sin haber cumplido la mision que le habia encargado tu soberano y en consecuencia pedia otra vez que le presentaran al palacio de Motezuma.

En vista de la constancia con que persistia Cortés en su resolucion, los embajadores mexicanos quedaron en gran manera indecisos. Sabian de positivo que el intento de su soberano era reusar la demanda, pero por una parte temian desobedecerles, por otra escitar la cólera del caudillo español; así determinaron escoger un término medio, con el cual, sin rechazar positivamente las pretensiones de Cortés, pudiesen dar á Motezuma el tiempo necesario para oponerse á la marcha de los españoles hácia la capital. En consecuencia exigieron del general, que no saliese de su actual posicion hasta que volviesen los mensajeros destinados á buscar nuevas instrucciones.

Al saber Motezuma el empeño de Cortés, se vió perdido; el tono con que se habia espresado, no le permitia abrigar esperanza alguna para vencer su determinacion; no le quedaba otro recurso sino recibirle con la consideracion

y respeto debidos á un embajador, ó tratarle como enemigo, oponiéndose á su marcha. Mas ambos medios repugnaban al monarca mexicano. La causa de esta duda no era el verse privado de socorros, porque el reino que despóticamente gobernaba era inmenso y rico en recursos de todo género. Si bien la tradicion únicamente hacia remontar este imperio á ciento treinta años de existencia, no obstante habia llegado á un tan alto grado de esplendor, que no se habia visto en ningun otro pueblo en tan corto espacio de tiempo. Se estendia desde la mar del norte hasta la mar del sur, sobre un territorio de mas de quinientas leguas del Este al Oeste, con mas de doscientas del norte al sur, y comprendia muchas provincias que en fertilidad, en poblacion y en riquezas, aventajaban á todos los demas países de la zona tórrida. La nacion era guerrera é intrépida; el número de hombres á quienes Motezuma podia hacer tomar las armas, era inmenso y su autoridad ilimitada. Si con tan poderosos recursos se hubiese echado encima de los españoles, cuando estaban acampados sobre una costa estéril y mal sana, no teniendo en el país ningun aliado, no pudiendo hacer una retirada y careciendo de provisiones, á pesar de todas las ventajas de su disciplina y de sus armas, no habrian podido resistir semejante choque, y ó hubieran perecido todos en tan desigual com-

bate, ó habrian desistido de su empresa. Motezuma podia tomar muy bien ese vigoroso partido; estaba dotado de grande talento para concebir un plan y tenia el valor necesario para ponerlo en ejecucion y constancia para llevarlo á cabo. Habíale adornado la naturaleza de todas las cualidades guerreras que entre las naciones belicosas son tenidas en alta consideracion, por consiguiente era naturalmente violento. Su poder despótico, aumentado por el hábito y por la confianza en sus propias fuerzas, le hacia arrogante; sus numerosos vasallos le miraban con temor y sus enemigos con terror. Las repetidas victorias que habian alcanzado sus armas, bastaban para hacerle temible; mas ese monarca altanero y poderoso, este monarca cuya sola presencia en un campo de batalla bastaba para poner en desórden un ejército entero, estaba lleno de terror al acercarse un puñado de españoles. Desde los primeros instantes en que se presentaron estos en sus dominios, manifestó síntomas de indecision y timidez; lejos de tomar medidas que á entrambas partes fuesen convenientes, obró constantemente con una duda, con una oscilacion que fué muy perjudicial á sus intereses.

El motivo de esta conducta vacilante era debida á la influencia de la supersticion: entre odos los mexicanos estaba difundida la opinion

de que les amenazaban terribles calamidades originadas por una raza de valientes conquistadores. Estos temores sobrenaturales que al pueblo traian agitado, obraban tambien poderosamente sobre el espíritu del emperador. Estas antiguas tradiciones, esas fatales profecias, las recojia con avidez un monarca capaz de gobernar una nacion salvaje, pero que no poseia el desarrollo de inteligencia necesario para mirar esas voces, esas predicciones, como quimeras de las que no debia ocuparse.

Pero cuando vió Motezuma la obstinacion de Cortés, se indignó de que unos estranjeros intentaran penetrar en medio de su rico imperio, despertáronse sus pasiones y en los trasportes de su furor, juró sacrificar á sus dioses á todos aquellos aventureros. Esa cólera empero calmóse por grados, y determinó por último hacer reunir su consejo y escuchar los pareceres de sus cortesanos. Su resultado fué dar órden formal á los españoles para que evacuasen el territorio mexicano, y á fin de obligarles mas, les hicieron algunos magníficos regalos.





CAPÍTULO VI.

Primeros establecimientos en Nueva España.

Mientras que Motezuma permanecia inactivo, indeciso y temeroso, segun acabamos de esplicar, Cortés mismo no estaba tampoco en una posicion muy favorable. Habia aparecido entre los españoles un gérmen de desunion y disgusto y amenazaba acarrear los resultados mas funestos y deplorables. Conocia Cortés todas las dificultades de su situacion; á pesar de su incontestable talento, de su imparcialidad, de su valor y de la confianza que habia sabido inspirar á sus soldados, mirábanle los partidarios de Velazquez con cierta envidia, sin cuidarse aun de ocultar sus mismos sentimientos. Habia empleado Cortés desde su partida la mas esquisita vigilancia y todos los recursos de

su espíritu para hacer desaparecer los peligros intestinos de que se veia rodeado; empero aunque tuviese un numeroso partido de amigos, sin embargo no se sentia bastante fuerte para saber despreciar la opinion de algunos de sus oficiales, que continuaban en mirar á su general como un simple comisionado de Velazquez. Este pensamiento que Cortés no podia destruir, le causaba una grande inquietud y le sujeria graves reflexiones; en efecto desde largo tiempo habia meditado el proyecto de hacerse independiente; su espíritu activo y fogoso, el gran concepto que de su genio se habia formado y sus ardientes inclinaciones, todo, todo contribuia á que sufriese con impaciencia la autoridad de un superior que no poseia ni sus brillantes cualidades, ni sus talentos militares. Sentia vivamente que en la situacion en que se encontraba, se veria contrariado á cada paso en todas sus operaciones á causa de los celos del gobernador y que por consiguiente se veria comprometido en sus empresas. Bien pronto esas reflexiones le determinaron á seguir la inclinacion de su carácter y á realizar el proyecto que su espíritu habia concebido.

Grandes dificultades se presentaban á su ejecucion; era de temer, si no se apresuraba, que viese destruir en un solo instante todo lo que habia hecho hasta entonces. Hemos indicado ya, como por dos veces se habia libra-

do de las persecuciones de Velazquez, gracias á su prudencia y á su buena fortuna; fácil era que volvieran á renovarse esos peligros y anularan por consiguiente todos los esfuerzos que empleado habia para granjearse la confianza de sus soldados; porque á pesar de todos sus adelantos, no habia logrado aun atraer á su partido á Diego de Ordaz, á Escobar y á algunos otros favoritos del gobernador. Algunos soldados malcontentos buscaban una ocasion favorable para manifestar que desaprobaban la conducta del general, habian observado que cuando se habia tomado posesion de la isla de Cozumel, no se habia pronunciado el nombre de Velazquez; veian en las órdenes que Cortés espedia, que obraba siempre como si hubiese recibido su comision de manos del rey y no de las del gobernador de Cuba. Altamente ofendió á Ordaz y á su faccion este olvidó de las formas ordinarias, porque observaban en ello las secretas intenciones de Cortés, y aguardaban por tanto el momento de que se revelaran. No tardó mucho en llegar ese deseado momento, y el pretesto de que echaron mano, era bastante grave para justificar sus recelos y temores.

Sumidos estaban los soldados en el seno de las mas terribles calamidades, propias para irritar espíritus ya mal dispuestos. Estaba acampado el ejército en un terreno arenoso y rodea-

do de pantanos, de donde salian miles de mosquitos que incesantemente estaban mortificando con sus picaduras á esos desdichados; algunos caian enfermos por razon del clima, otros no podian curar de sus heridas á causa del calor, todos en fin se lamentaban de los penosos trabajos á que estaba empleados. Empezaban á faltar ya provisiones, habíanse echado á perder los panes y el tocino salado; el temor de perecer de hambre preocupaba todos los espíritus; era urgente pues, necesario é indispensable, tomar una determinacion cualquiera. Propuso entonces Cortés apoderarse de Chianhuitzlan y fortificarse allí. Sublevó esta proposicion á los partidarios de Velazquez y dió márgen á que se presentaran en posicion enemiga; decian que adelantarse en el país era una empresa temeraria y que rayaba en locura, que el pequeño ejército disminuido notablemente por las enfermedades, esperimentaria pérdidas de consideracion, sin obtener resultado alguno. Mientras esto pasaba, llegó Teutile; era portador de la órden formal que daba Motezuma á los estranjeros, para que abandonaran inmediatamente sus estados. Disponia Cortés su respuesta, cuando de repente oyó resonar la campana de la capilla que en medio del campo se habia construido; valióse inmediatamente de este incidente é hincóse de rodillas, despues de haber señalado á los suyos que leimi-

tasen. Habiendo parecido que causaba grande asombro al embajador este acto de un silencio sepulcral acompañado. Doña Marina le esplicó que reconociendo los españoles un Dios soberano y eterno que detestaba á los adoradores de los ídolos y que tenia el poder de destruirlos, se esforzaban en aplacarlo en favor de Motezuma, contra quien temian estallase su cólera. En seguida Cortés con un tono muy imponente y severo declaró: "Que el principal motivo de su rey para contraer vínculos de paz y amistad con el emperador de México, era la obligacion en que estaban los pueblos cristianos de oponerse á los errores de la idolatría; que uno de sus mas ardientes deseos era darle las instrucciones necesarias para conducirle al conocimiento de la verdad; que no podia dispensarse de hacer nuevas instancias para obtener una entrevista, en tanta mas razon en cuanto veian para alcanzar la paz, como podia juzgarlo y conocerlo por el solo aspecto de los que le acompañaban, cuyo pequeño número no podia hacer infundir sospechas de otras miras, de otros designios." Cuando estuvo concluido el discurso, Teutile que lo habia escuchado con impaciencia, se despidió bruscamente de Cortés y salió del campo dando ciertas miradas y haciendo ciertos gestos, que daban á comprender toda su sorpresa y resentimiento.

Al dia siguiente no se presentó ninguno de los indios que acostumbraban á frecuentar el campo y traer provisiones. Habia cesado todo cambio y esperaba Cortés á cada instante ver empezar las hostilidades. Si bien este acontecimiento podia haberse previsto, sin embargo, causó entre los españoles una consternacion tal, que sirvió para alentar á los partidarios de Velazquez, no solamente á murmurar y conspirar contra el general, sino tambien á que uno de entre ellos se encargara de manifestarle la imprudencia que cometia en querer permanecer en tierra, y la gran necesidad que habia en volverse á Cuba, para abastecer allí su flota y aumentar sus tropas. Desempeñó esta mision Diego de Ordaz con toda la libertad y la groseria de un soldado, asegurando que él era el eco fiel de los sentimientos que á todos los demas compatriotas animaban. Escuchóle Cortés sin la menor apariencia de emocion; habia previsto ya esta escena y se habia preparado desde largo tiempo á recibirla; porque si Ordaz era esperto en la intriga, en nada le cedian los partidarios de Cortés; estaban unidos á su general con los lazos de la fidelidad y sobre todo de la amistad. Portocarrero, Sandoval, Alvarado, Escalante, Olid y Lugo, defendiendo estos la causa del gefe, sostenian los intereses del amigo. Fácil les habia sido atraer á su partido la mayor parte de los sol-

dados que á Cortés estaban adictos ya por su afabilidad y generosidad. Habian resuelto estos apasionados amigos en muchas reuniones secretas, investir á Cortés de amplias facultades, á fin de que obrara independientemente de Velazquez, y buscaban por tanto soldados que se pronunciaran en favor de ese plan.

Instruido Cortés de estos manejos y de la disposicion de las tropas, desplégó en esta ocasion una admirable destreza; escuchó con calma el arrogante lenguaje de Ordaz, y afectando acomodarse á las medidas dictadas por el interés general, dió órden á los soldados para que estuvieran dispuestos á embarcarse al dia siguiente. Luego que se supo esta determinacion, viendo los aventureros frustradas sus esperanzas, se lamentaron amargamente y prorumpieron en amenazas; vino á ser unánime la fermentacion; pidieron todos con empeño ver al general. Cotés no se hizo rogar mucho tiempo: puestos á su presencia manifestaron el asombro y la indignacion que les causaba la órden de la partida; vergonzoso es para los castellanos, decian, desmayarse al primer aspecto del peligro y huir antes de haberse mostrado el enemigo; en cuanto á nosotros, estamos determinados á no abandonar una empresa que hasta ahora tan favorable se ha mostrado y que tiende tan manifiestamente á propagar las luces de la verdadera fé. Dichosos de marchar

bajo las órdenes de Cortés, dispuestos estamos á seguirle al través de todos los peligros; pero si quiere volverse á Cuba y ceder vergonzosamente su gloria y sus esperanzas á un envidioso rival, nos elejiremos nosotros mismos al instante, otro general que nos conduzca al camino de la gloria y de la prosperidad.

Admirado Cortés de arrogancia tanta, poco se ofendió del descaro conque espresaban unos sentimientos que él mismo poseia, y con el calor de sus espresiones conoció cuan penetrados estaban de ellos. Afectó sin embargo sorprenderse de lo que acababa de escuchar; declaró que habia dado la órden del embarco en la persuacion de que tal era el voto general, y que en ello sacrificaba su opinion particular; que siempre habia formado el designio de fundar un establecimiento en la costa para penetrar en seguida en el interior del país; que se habian engañado en persuadirse que sus miras eran diferentes de las suyas, que sentia una indecible satisfaccion al verles de entusiasmo llenos; que esta certidumbre contribuiria á hacerle volver á emprender su primer plan con nuevo ardor, y que estaba seguro de conducirles á la victoria y á la fortuna, á su valor debidas. Al oir esta declaracion, pobláronse los aires de aplausos y de gritos de alegría; unánime pareció la resolucion, porque los que secretamente la condenaban, viéronse obligados á

agregarse á la mayoría, no solo para ocultar su oposicion, sí tambien para no atraerse la nota de infamia.

Sin dejar tiempo á sus soldados para reflexionar, ocupóse pronto Cortés en fundar una colonia, á la cual dió el nombre de *Villa Rica de la Vera Cruz*, reuniendo de este modo los sentimientos religiosos con las esperanzas de la fortuna. Consagróse esta villa el Viérnes Santo con las mas solemnes ceremonias de la religion. No tardó mucho Cortés, segun el plan en su espíritu trazado, en proceder á la instalacion de las autoridades de la nueva colonia. Reunió los oficiales á fin de elejir los magistrados, y tan bien tomadas fueron estas medidas, que esclusivamente sobre sus partidarios recayeron las elecciones. Fueron los primeros miembros del consejo Portocarrero, Alvarado y Olid, cuyo afecto jamas se habia desmentido. Enviáronse al rey los actos del nombramiento y no se hizo mencion del de Velazquez. Seguro Cortés de sus oficiales y queriendo afianzar el poder del naciente consejo, intentó dar un paso que á primera vista parece arriesgado, pero cuyos motivos nos suministrará la reflexion; ese paso fué el de depositar sus poderes en las manos de los magistrados elejidos, á fin de dar el primer ejemplo de sumision á su autoridad; porque sabia cuan respetadas son siempre entre los hombres las for-

mas de la justicia; tenia necesidad de un gobierno fuerte, esperaba que obedeciéndole él, los demas le imitarian. Conocia muy bien que era precaria su elevacion al mando, y que aunque fuese ilegal el nombramiento de la junta, en caso que de ella recibiese una nueva comision, estarian sus soldados mas dispuestos á obedecerle sin dificultad, puest que en algun modo habian contribuido á su engrandecimiento. En consecuencia, cuando se reunió la junta por primera vez, pidió Cortés permiso para asistir á la sesion, presentóse en ella con ademan muy respetuoso y grave y recitó un discurso lleno de elocuencia, en el que manifestó algunas cosas muy lisonjeras para los majistrados que entraban en el ejercicio de sus nuevas funciones; prometió someterse enteramente á sus decisiones, considerando su jurisdiccion sobre la colonia, revestida de un carácter tan sagrado como si la hubiesen recibido del rey mismo; dijo que él habia sido agraciado con el mando por el gobernador de Cuba, pero que habiendo despues revocado este su nombramiento, se podia poner en duda la legalidad de su poder, y que temia por consiguiente ejercer una autoridad fundada tan solo en un título controvertido; que estaba dispuesto á abandonar su destino; que serviria con el mismo celo en calidad de simple oficial, probando así á sus compañeros que aunque acostumbrado á

mandar sabia tambien obedecer; en seguida dejó sobre la mesa el título de Diego Velazquez, besó el baston, entrególo al presidente y se retiró.

Nó tardó mucho Cortés en conocer el resultado de esta accion; no se contentó el consejo en restituirle el gobierno del ejército, sino que le nombró tambien primer majistrado de la colonia, reuniendo de este modo el poder militar y civil, del que tanta necesidad tenia igualmente; y á fin de que no pareciese que este nombramiento habia resultado de una cábala secreta, reunieron los miembros de la junta las tropas, para notificarlas la determinacion que acababan de tomar; pero antes de manifestarla, emplearon los partidaros de Cortés todos los medios para obtener los votos de los soldados: ensalzaron el talento militar del general, las victorias que habia obtenido y las que iba á alcanzar. Dispuestos así, supieron los españoles el nombramiento de Cortés con muestras del mas vivo entusiasmo, y ratificando la eleccion de la junta, juraron obedecer ciegamente á su general. Vió por fin Cortés colmados sus deseos y satisfecha su ambicion; estaba libre de allí en adelante de las trabas que á sus operaciones se habian impuesto; independiente del gobernador, habia sido unánimemente aprobado el poder que le habia concedido el consejo; ningun obstáculo se oponia

á que se abandonara á las inspiraciones de su génio, seguro de que seria respetada su persona y enteramente obedecidas sus órdenes.

Tan grande acontecimiento no pudo verificarse sin que se despertaran la indignacion y resentimiento de algunos; si bien se habia disminuido considerablemente el número de los partidarios de Velazquez, los pocos que habian quedado, persistieron en su oposicion; protestaron los gefes contra el decreto del consejo y contra la sancion del ejército, tacharon esos actos de ilegales, de rebeldes y traidores, y empezó á fermentar en la colonia un fatal espíritu de discordia. Advertidos estaban Cortés y sus amigos y fijando al instante su atencion sobre los simples soldados que se habian rebelado, no tardaron en hacerles unir con sus compañeros, captándose su voluntad por medio de presentes, manifestándoles la fortuna que les aguardaba y diciéndoles que la mayoría estaba decidida á sostener á Cortés, que por consiguiente su pequeño número no seria un obstáculo para realizar sus designios, y por último que se arrepentirian de su obstinacion. Diego de Ordaz, Velazquez de Leon, Escobar y algunos otros oficiales, intimidados con el abandono de los soldados, en cuyo apoyo habian contado, manifestaron sus sentimientos de adhesion á Cortés con no acostumbrado calor; empero conociendo el general la ne-

cesidad de prevenir cualquiera tentativa, mandó prenderlos y enviarlos á la armada, cargándolos de cadenas. Calmada quedó la rebelion con esta enérgica y severa medida, y cocomo era inútil el rigor, pocos dias despues fueron los prisioneros puestos en libertad. Portóse Cortés acerca de ellos con la franqueza de un soldado y la cordialidad de un amigo; ofreció conducir á Cuba á los que con él no quisiesen quedarse; rehusaron todos; fué tan completa la reconciliacion, que defendieron despues con gran energía sus intereses, y estuvieron siempre adictos á su persona y á su causa.

En este entonces, empezaba á hacerse sentir la carestía. Partió Alvarado con un destacamento para procurarse víveres en el interior. Despues de algunos dias de ausencia, vino á anunciar que en todas las poblaciones que acababa de recorrer, habia encontrado provisiones en abundancia, pero que al acercarse él con su gente habian huido los naturales. Vió Alvarado en un templo los cadáveres de muchos hombres que, segun las apariencias, habian sido inmolados no mucho tiempo habia, porque el cuchillo del sacrificio estaba cubierto de sangre recientemente derramada.

Seguro Cortés de estar proveido de víveres, determinóse á abandonar el campo y adelantarse en el país. Animóse á llevar á cabo ese proyecto por un acontecimiento tan dichoso en

sí mismo, como por la circunstancia en que tuvo lugar. Diaz, el historiador, estando un dia de centinela en un puesto avanzado, vió descender de una colina cinco indios sin armas, que daban señas de paz; acompañóles al campamento y observó que su aire y sus vestidos denotaban ser de una nacion diferente de la mexicana. Doña Marina no pudo comprender muy fácilmente su lenguaje; sin embargo pudo colejir que eran enviados por el cacique de Zempoala, á fin de invitar á Cortés á que se avistara con él, asegurándole su alianza y amistad.

Semejante embajada podia abrigar siniestras intenciones; era de temer que el cacique, meditando una traicion, convidase á los españoles á que pasasen á su residencia, no para contratar una alianza, sino para matarlos alevosamente. Hizo Cortés á los enviados una multitud de preguntas, con el objeto de poder descubrir la verdad por medio de sus respuestas; supo que Zempoala era una provincia muy poblada, que el cacique sufria con impaciencia la tiranía de Motezuma cuyo vasallo era, y que deseaba unirse con los estranjeros, á fin de poder librarse de la opresion en que gemia.

Conoció vivamente Cortés todas las ventajas que estas disposiciones le prometian; vió reinar la desunion en ese grande imperio y aborrecer al emperador la mayor parte de los ha-

bitantes; conjeturó que no se reducirian á una sola provincia las causas del descontento y que en otros lugares encontraria hombres cansados de la sumision, ó deseando un cambio y dispuestos á seguir la bandera del primer libertador que se presentara. Abundando en esas ideas, y empezando desde entonces á trazarse un plan que podia ejecutar, cuando le hubiese proporcionado mas datos el exacto conocimiento del estado del país, recibió muy bien á los zempoales, prometiéndoles que no tardaria en ir á visitar á su cacique.





CAPÍTULO VII.

Sumision de los Zempoales y de algunas otras tribus.—Su alianza con los españoles.

Siendo bajo muchos aspectos muy poco favorable la posicion de Villa Rica, vino á ser indispensable escojer otro punto para establecer el sitio principal de la colonia. Se envió á Montejo para examinar la costa y encontrar un paraje cómodo y seguro. Al volver manifestó que cerca de cuarenta millas del norte, habia encontado una poblacion llamada Quiabislan, situada en medio de una tierra fértil, cerca de una ensenada, en donde estarian los navíos en completa seguridad. Determinóse Cortés á trasladarse allí y á cumplir la promesa que al cacique de Zempoala habia hecho, puesto que esta provincia se encontraba cabalmente en el camino que á Quiabislan conducia.

Al cabo los tres dias de marcha, entró en la capital é hizo adelantar sus tropas hasta las plazas; sorprendiéronse los españoles á la vista de aquellas hermosas casas que manifestaban claramente el bienestar y aun la riqueza de que disfrutaban los naturales. Todas las calles y plazas estaban llenas de un inmenso pueblo, pero estaba desprovisto de armas capaces de infundir sospechas. Estaba el cacique sentado en la puerta de su palacio; era gordo en estremo; acercóse lentamente, apoyado en los brazos de algunos indios nobles; iba cubierto con una manta de fino algodon, ricamente adornada de oro; dirigió algunas palabras al general, suplicándole que fuese á descansar, y prometiéndole tratar al dia siguiente con él acerca de sus intereses comunes.

Los alojamientos que se les habian mandado disponer, estaban bajo los pórticos de muchas casas, en donde se colocaron los españoles sin embarazo de ningun género y encontraron en abundancia todo lo que podia satisfacer sus necesidades. Al dia siguiente, fué anunciada la visita del cacique con un presente cuyo valor ascendia á dos mil pesos de oro. Acompañado Cortés de todos sus capitanes, pasó á recibir al gefe y lo condujo á su alojamiento, en donde no estaba sino doña Marina, á fin de dar á esta conferencia una misteriosa importancia. Despues de haber proferido al-

gunas palabras acerca de la grandeza de su rey y de los errores de la idolatria, añadió que la religion de los españoles les obligaba á destruir la injusticia, reprimir la violencia y socorrer al débil oprimido; con este medio podia conocer las verdaderas disposiciones del cacique; en efecto, el cambio que en su semblante apareció, dió á entender al general que habia tocado en la herida. Antes de contestar, lanzó algunos suspiros; en fin, pareciendo ceder á los impulsos del dolor, confesó que jemian todos los caciques bajo una vergonzosa esclavitud, bajo el peso de la tiranía y de las crueldades de Motezuma, y que no tenian fuerza suficiente para sacudirla, ni aun conocimiento ó penetracion bastante para imaginar los medios; que ese inhumano Señor obligaba á sus vasallos á que le adoraran como uno de los dioses del país, y que queria fuesen respetadas sus injusticias y violencias como decretos del cielo; que no les permitia la razon pedir auxilio á los estranjeros, no solamente porque el emperador era muy poderoso, sino tambien porque Cortés no tenia bastante obligacion para declararse en favor de los zempoales.

Mucha sorpresa causó al general semejante lenguaje; aparentó sin embargo haber atendido; aseguró al cacique que temia muy poco las fuerzas de Motezuma, porque las suyas eran favorecidas del cielo; pero que estando llama-

do por otras consideraciones en Quiabislan, aguardaria allí á aquellos que se creyesen oprimidos y tuviesen alguna confianza en los socorros que podria concederles; añadió que podia libremente comunicar esta proposicion á sus amigos. "Estad seguro, le dijo, que cesarán los insultos de Motezuma y que servirán únicamente para su propia vergüenza, cuando trate yo de protejeros." Despues de esta esplicacion, se despidieron y dió al instante Cortés la órden para proseguir su marcha hácia Quiabislan.

Parecióle tan favorablemente situado y tan bien elejido el lugar que Montejo habia indicado, que trazó eu seguida el plan para una poblacion; las casas no debian ser sino humildes chozas, pero las murallas convenia fuesen bastante fuertes para resistir el ataque de un ejército de indios. Por lo demas, esas fortificaciones eran indispensables, fuese para proporcionarse un lugar de retirada, fuese para conservar una comunicacion con la mar; es por ese motivo que oficiales y soldados pusieron manos á la obra. Cortés dió ejemplo de actividad y perseverancia en el trabajo: ayudáronle los indios con mucho gusto, y luego estuvo este pequeño recinto en estado de defensa. Durante la ejecucion de estas operaciones, tuvo Cortés muchas entrevistas con los caciques de Zempoala y de Quiabislan, quienes se esforzaron

en describir los terribles actos del tirano Motezuma; los mas horrorosos y crueles se habian perpetrado en el territorio de los totonaques, en donde los bárbaros mexicanos habian sacrificado un gran número de personas de ambos sexos. Estando en una de esas conferencias anuncióse la llegada de seis ministros de Motezuma, quienes eran enviados para cobrar los tributos anuales. Comparecieron estos comisarios con estraordinaria pompa y aparato y sin saludar siquiera á Cortes; reprendieron severamente á los caciques porque habian recibido á los estranjeros á pesar de la formal prohibicion del emperador, amenazáronles con energía, pidiéndoles que les entregaran veinte hombres, cuyo sacrificio serviria de espiacion por el crímen que se habia cometido.

Esta demanda llenó á los caciques de consternacion y llanto; horrorizábanse á la idea sola de no cumplir las órdenes de su soberano: ¡tanto imperio sobre ellos ejercia el hábito de la esclavitud! Reparando Cortés en su espanto y presumiendo que estarian muy contentos en alejar de sí la gran catástrofe que les amenazaba, y de la cual no podian librarse ellos mismos, mandó á sus tropas que prendieran á aquellos ministros y prohibió á los indios que pagaran el tributo. Recobraron el valor los caciques con estas enérgicas medidas, quienes, segun el carácter de los pueblos salvajes,

pasaron de un estremo á otro. A estos hombres á quienes no se habian atrevido desobedecer, por considerarlos como representantes del emperador, los miraron entonces como ciegos ministros de sus arbitrariedades; en medio de su indignacion y despecho querian ofrecerlos en holocausto á los dioses; todo estaba dispuesto ya para el sacrificio, cuando interpuso Cortés su alta autoridad, declarando que aquellos comisarios estaban bajo la salvaguardia de sus tropas; y á fin de darles una idea de su generosidad, mandó que se pusieran á dos de ellos en libertad.

Comprometidos en tanto gravemente los caciques, mostráronse sensibles en gran manera á los peligros que corria Cortés, esponiéndose á la venganza del emperador, peligros que les parecian muy horrorosos segun el conocimiento que tenian de las intenciones del soberano; presumian que no titubearia este en poner en pié un numeroso ejército, luego que supiese la conducta que se habia observado con sus ministros. Esforzóse Cortés en calmar sus temores prometiéndoles su proteccion y socorros. Obligáronse los caciques por su parte á ayudar á los españoles con todo su poder, y á fin de sancionar ese mutuo contrato, declaráronse vasallos del rey de España. Se recibió auto solemne de este reconocimiento ante el escris bano de la espedicion, y manifestó Cortés á su-

tropas el gran cambio que se acababa de verificar en la administracion de la provincia. No tardaron mucho los totonaques en imitar á los zempoales. Erales imposible sufrir por mas tiempo las crueldades de Motezuma; su espíritu guerrero no les permitia ser cprimidos y esclavizados tan insolentemente y les obligaba á tomar una sangrienta venganza; eran estos por consiguiente los mas interesados en fomentar la rebelion; comprometiéronse entonces las tres tribus á seguir á Cortés en todás sus espediciones.

Dirijióse la primera empresa de los españoles y de sus nuevos aliados contra el pueblo de Zimpacingo; el cacique de Zempoala estaba muy quejoso de las crueldades que sobre su territorio ejercian las tropas mexicanas que estaban de guarnicion en aquel lugar; pusóse Cortés en camino seguido de mil indios. A su llegada, vinieron á recibirle ocho de los principales jefes, suplicándole, arrasados de lágrimas sus ojos, que les dejara libres, puesto que la guarnicion habia partido, y el ódio que les profesaban los Zempoales, provenia de antiguas controversias sobre su respectivo territorio. Cortés, cuyas miras eran aumentar el número de sus aliados, procedió con la mas sensata conducta; ordenó en consecuencia que se respetaran las propiedades de los habitantes y consiguió reconciliar á los dos caciques.

Tenia el mas grande cuidado en mantener la buena inteligenciá y armonia entre españoles é indios, vigilaba incesantemente á fin de que ningun atentado cometiesen sus soldados, castigaba con rigor el pillaje por insignificante que fuese el valor del objeto robado. Mandó ahorcar á dos soldados, porque se les habia sorprendido en el acto de robar unas gallinas; mas, gracias á la intervencion de Alvarado, se impidió la ejecucion de la sentencia. En vista de esas pruebas de imparcialidad y de justicia, se atrajo Cortés en poco tiempo el respeto y la admiracion de los indios; sin embargo tuvo lugar un incidente que parecia deber ocasionar un rompimiento, pero que aumentó por el contrario, el ascendiente que sobre sus aliados habia adquirido.

Cortés no dejaba pasar desapercibida ninguna ocasion favorable para manifestar sus ideas religiosas ;horrorizóse de tal manera al ver el culto que daban los indios á los ídolos y los abominables sacrificios que á sus falsos dioses ofrecian, que proyectó en su mente destruir tan bárbara costumbre; puras, muy puras fueron sus intenciones, pero los medios de que echó mano, fueron muy imprudentes. Empleó la fuerza cuando debiera haberse valido de la persuacion; mas de una vez habia obligado al cacique á que abjurara de las prácticas de la idolatría; sus ruegos no habian podido con-

vencerle; creia el pagano que sus dioses protejian su autoridad y que si los abandonaba, perderia su apoyo.

En una de sus mas grandes festividades, reuniéronse los indios secretamente en el templo para celebrar un sacrificio de muchas víctimas. Apresuráronse á informar al general de esta horrible escena algunos españoles que por casualidad habian sido testigos de ella; estalló su cólera; las razones que habia de emplear para con sus aliados cedieron ante la consideracion de un deber mas justo y mas poderoso. Mandó al instante á sus soldados que tomaran las armas y apoderándose del cacique y de sus principales dependientes, se dirigió con ellos hácia el templo. Salieron á la puerta los sacrificadores, llevados del temor prorumpieron en horrorosos gritos para llamar al pueblo en socorro de sus dioses; vióse presentarse inmediatamente algunos hombres armados, á quienes se habia sobornado de intento y cuyo número aumentó de tal manera que llegó á infundir sospechas y recelos al general. Por medio de doña Marina les manifestó que á la primera flecha que dispararan, mataria al cacique y daria licencia á sus soldados para que castigaran á sangre y fuego aquel atrevimiento. Calmaron estas amenazas á los mas activos y mas atrevidos; el cacique mismo con una voz trémula les mandó que depusieran las

armas y se retiraran, lo que verificaron al instante. Pidió Cortés en seguida que á su presencia le condujeran á los sacrificadores; aseguróles sobre su suerte, pero les declaró que estaba resuelto á destruir sus ídolos, exhortándolos á que se dispusieran á esta ejecucion; á este efecto, prometióles su amistad é intentó persuadirles á que subieran las gradas del templo para echar abajo aquellas estátuas que habian adorado. Tiernos gritos y copiosas lágrimas fueron su única respuesta: arrastráronse por tierra, diciendo que sufririan mil veces la muerte, antes que consentir en derribar sus dioses. Mandó Cortés á sus soldados que destrozaran los ídolos; vióse al instante rodar por el suelo el principal de aquellos mónstruos, tras de este los menores, junto con los altares y los instrumentos de su culto. Mirábanse los indios como pasmados al ver que el cielo no se vengaba, sino que permanecia tranquilo y nada de estraordinario se verificaba; así fué que opinaron que no merecian ser adoradas unas divinidades que no tenian poder para vengarse. Habian mirado siempre á los españoles como hombres de una naturaleza superior; desde entonces empezaron á creerlos mas poderosos que sus dioses. Aprovechándose Cortés del nuevo ascendiente que acababa de adquirir sobre sus espíritus, mandó á los sacerdotes que limpiaran el templo, lo cual ejecuta-

ron con tanta alegría y celo que hasta echaron al fuego los pedazos de los ídolos. Laváronse las paredes, borráronse las manchas de sangre humana que eran el principal adorno, blanqueáronse con una capa de yeso muy resplandeciente que usaban en sus edificios y por último construyóse un altar en el que se colocó una imájen de la santísima Vírgen María en medio de una profusion de flores. Al dia siguiente y con toda la solemnidad y ceremonia posibles, celebró allí el padre Olmedo el santo sacrificio de la misa. Cuidóse con mucho esmero este altar, y cuando partió el ejército, un soldado anciano quiso quedarse solo en medio de los indios para encargarse del culto de la santa imájen, coronando su vejez con este santo ministerio; este hombre tan valiente como piadoso, llamábase Juan de Torres, natural de la ciudad de Córdoba (14).

Tres meses habian trascurrido desde que Cortés permanecia en Nueva España, sus soldados por consiguiente se quejaban de la inaccion en que estaba su valor; iban á terminarse los trabajos de Veracruz y pedian todos al general que les condujera á México. Este lo mismo que los otros estaba impaciente para proseguir su empresa, pero como jefe hábil, no habia querido comprometer el buen éxito procediendo con precipitacion. Si bien habian obtenido un resultado favorable sus pri-

meras operaciones, sin embargo no se habian destruido sus temores y eran marcados todos sus planes con el sello de la duda; tenia siempre presente la imájen de Velazquez, y antes de emprender la guerra contra los mexicanos, queria ponerse al abrigo de los peligros suscitados por el gobernador de Cuba, quien, segun le habian informado, acababa de conseguir el título de adelantado general; deseaba ver sancionado por el rey su nombramiento. En atencion á esto, persuadió á los miembros del consejo, que se enviaran á España comisarios á fin de que diesen cuenta á S. M. de su conducta, de sus primeros trabajos y de sus planes para el porvenir, y para asegurarse la benevolencia del rey, le envió todos los tesoros que hasta entonces habia reunido. Ordaz y Montejo fueron elegidos para preparar á los soldados á esta última medida; Cortés no quiso encargarse de ello.

El proyecto de despojar á todas esas tropas de los primeros frutos de sus trabajos para enviarlos á un soberano de quien nada habian recibido y de quien ninguna recompensa esperaban, á primera vista parece que debiera tacharse de locura, pero autoriza á juzgarlo de una manera diferente el novelesco espíritu que animaba á todos los conquistadores del Nuevo-Mundo. Concurrieron generosamente todos los soldados á satisfacer las intenciones de su jefe

y á deshacerse de las riquezas ciertas que tenian con la esperanza de que obtendrian otras mucho mas considerables. Luego que se dió á conocer la determinacion de ofrecer al rey todos los tesoros y alhajas, abandonó cada uno su parte del botin sin sentimiento ni pesar. Escribieron los miembros del consejo una carta, justificándose de haberse hecho ellos mismos independientes de Velazquez y de haber nombrado á Cortés general. Nada omitieron en sus despachos de lo que podia patrocinar su causa cerca del trono; contenian un pomposo elogio del talento militar de Cortés, una brillante relacion de las conquistas que se habian hecho y de las que se iban á hacer. Describiéronse con los términos de la mas profunda admiracion la estension del país; su numerosa poblacion, la hermosura del clima, la fertilidad del suelo, la riqueza de sus producciones, en fin, concluyeron suplicando al rey que confirmara el nombramiento de Cortés, y para dar en cierto modo mas importancia á esta demanda, fué firmada la carta por todos los oficiales y soldados que sabian escribir. Añadió en ella Cortés un billete particular, en el que hacia relacion de sus acciones en términos propios para hacer resaltar mas su valor; hablaba de las conquistas que iba á emprender con la certidumbre del buen éxito. Encargóse esta importante mision á Portocarrero, uno

de los mas fieles amigos de Cortés, y á Montejo, prohibiéndoles espresamente que tocaran en la isla de Cuba en su derrotero hácia Europa.

Hemos insinuado mas arriba que habia sabido Cortés la elevacion de Velazquez á la dignidad de adelantado; vamos á decir ahora como llegó á sus oidos esta noticia. Cuando partió de Zempoala, encontró en la rada de Vera-Cruz, un bajel de poco porte, procedente de Cuba, su capitan don Francisco de Saucedo, natural de Medina de Rioseco: traia este bajel diez hombres y dos caballos, cuyo socorro pareció muy considerable en aquellas circunstancias. La historia no nos esplica el motivo que condujo á Saucedo; es probable que él y sus compañeros no tenian otro objeto sino tomar parte en la fortuna de Cortés, porque si hubiese abrigado malas intenciones, no le habria dado noticia del nombramiento de Velazquez y de las terribles amenazas que contra él proferia. Fué este aviso de la mas alta importancia y luego que se hizo público, se determinó hacer partir inmediatamente á los comisionados, del modo que acabamos de referir.



CAPÍTULO VIII.

Primera rebelion en el ejército.—Destruye Cortés su flota.—Vuelve á emprender su marcha.

Mientras se ocupaba Cortés en los medios de asegurar su porvenir, vióse amenazado de un terrible peligro. Proyectaron algunos soldados y algunos marineros apoderarse de uno de los bajeles y pasar á Cuba, á fin de instruir á Velazquez de lo que acababa de acontecer en Vera-Cruz y ponerle en estado de prender á Portocarrero y á Montejo. Ese complot con mucho misterio tramado, no pudo descubrirse sino pocas horas antes de ponerse en ejecucion (15). Coria, uno de los conspiradores iba á embarcarse, cuando temiendo ser descubierto, ó arrepintiéndose tal vez de su traicion, se separó de sus compañeros alegando un pretesto cualquiera y corrió á avisar á Cortés de

lo que se maquinaba. El general no dejó perder un instante, obró con mucha prontitud y mucha prudencia, apoderándose de los conjurados que en el bergantin estaban reunidos, en el momento mismo en que iban á hacerse á la vela. Luego estuvo hecho su proceso; castigóse con la pena de muerte á Escudero y á Cermeño, principales autores del complot, cortóse al piloto uno de los piés y se dió de azotes á dos marineros; á los demas se les perdonó, considerándolos como hombres que habian sido sorprendidos y engañados; se alegó este motivo á fin de no tener que deshacerse de todos los culpables.

Con estos motines pudo que convencerse Cortés de que no estaba apagada aun la tea de la discordia. Las secretas maquinaciones que en torno suyo se agitaban, si bien poco fuertes para destruir su poder, podian sin embargo debilitar sus recursos: era necesario pues que empleara toda su prudencia, toda su vigilancia para librarse de las intrigas de sus tropas, lo mismo que de los ataques de los enemigos; porque mas temores y ansiedades le causaba el pensamiento de una traicion oculta que los preparativos de sus adversarios declarados. Eran en verdad, poco numerosos los partidarios de Velazquez, pero conservaban siempre la esperanza de ejecutar sus primitivos designios: fácil era que se les presentara una ocasion en

que pudieran poner dificultades á la espedicion y disminuir sus esfuerzos; conoció por tanto Cortés la urjente necesidad de prevenir el pêligro que temia, y para conseguirlo, creyó que el medio mas seguro era quitar á sus tropas no solamente la esperanza sino aun la posibilidad de volver á su patria. Concibió entonces este grande hombre el inaudito proyecto de destruir su flota, privándose de este modo de toda retirada posible; así tambien pudo aumentar sus fuerzas, engrosando las filas de los soldados con marineros y las demas personas que en los bajeles estaban empleadas; este refuerzo, si bien poco considerable, era sin embargo de la mas alta importancia.

Cortés empero con su habitual política, deseó que tan estraordinaria medida no pareciese de él emanada, sino en cierto modo sujerida por sus tropas. Comunicó su plan á sus mas íntimos amigos, quienes lo aprobaron vivamente, encargándose al mismo tiempo de convencer á los soldados de la necesidad de esta medida; seducidos los marineros por sus discursos y por sus dádivas, publicaron que los navíos estaban en un estado muy deplorable é incapaces por consiguiente de servir; vieron los soldados con placer que serian en mayor número, puesto que de allí en adelante nadie tendria necesidad de guardar la flota; todos pues estuvieron de acuerdo para pedir su destruccion.

Trasladáronse á tierra los bajeles y se hicieron pedazos de ellos, despues de haber quitado las velas, jarcias, el hierro y todo cuanto podia ser de alguna utilidad. "Por un esfuerzo de valor, del cual ningun ejemplo nos ofrece la historia, dice Robertson, quinientos hombres consintieron de buena voluntad en encerrarse en un país enemigo, poblado de naciones poderosas y desconocidas, quitándose todos los medios de salvarse del peligro por medio de la fuga y no reservándose ningun otro recurso que su valor y su perseverancia." (16)

No teniendo Cortés nada mas que hacer en Vera-Cruz, se puso en marcha para México. Reunió en Zempoala todas sus tropas, y despues de haber celebrado una solemne misa, las revistó; consistian en quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de campaña. Servian para conducir los bajeles y provisiones doscientos indios de una clase inferior llamados, *tamenes;* el cacique que los habia proporcionado, habia ofrecido tambien un considerable número de soldados; escojió Cortés cuatrocientos. Incluyó asimismo en ellos cuarenta indios de distincion para servirle de rehenes y responder de la conducta de su gefe, á quien habia mandado espresamente que obedeciese á Escalante, cuyo sujeto de muy buenas circunstancias se habia quedado en Vera-Cruz con una guarnicion de 150 hombres, compuesta de to-

dos aquellos soldados inútiles para el servicio á causa de su edad ó su poca salud.

Estando ya dispuesto todo para la marcha, llegó un correo de Escalante á fin de notificar á Cortés que se habia presentado un bajel español con quien ninguna comunicacion habia tenido. Pensó luego el general que ese navío seria enviado por Velazquez; para asegurarse de ello, encargó el gobierno del ejército á Alvarado y á Sandoval, y partió con algunos soldados. Al llegar á Vera-Cruz, vió el navío á una cierta distancia de la costa y luego despues apercibió cuatro españoles que se adelantaban en ademan de pedir una entrevista; uno de esos hombres era el escribano; los otros venian para ser testigos de una notificacion que intentaban hacer á Cortés en nombre de su capitan. Estaba escrita; hé aquí su contenido: "Que Francisco de Garay, gobernador de la Jamáica, teniendo órden del rey para descubrir tierras y fundar colonias, habia fletado tres navíos con 260 españoles, á cargo del capitan Alonso de Pineda, y como estaban dispuestos á establecerse en la costa, cerca de la ribera de San Pedro y San Pablo, le intimaban y requerian que no se alargase con sus poblaciones por aquel parage." (17) Respondió Cortés que estaba dispuesto á entrar en negociaciones con el capitan, pero que no queria le hablasen de notificacion; insistia el escribano con

muy poca reverencia y urbanidad, y mandó Cortés prenderlo junto con los testigos; despues se ocultó con su gente entre unas montañuelas de arena, muy frecuentes en aquella playa, en donde pasó toda la noche, esperando que desembarcaran los soldados de Garay, para tomarlos por sorpresa y decidirlos á alistarse bajo su bandera. No habiéndole salido bien esa estratajema, probó otra; hizo vestir á cuatro de sus soldados con las ropas de los prisioneros; con sus señas y gestos habian de llamar la atencion de los del bajel; efectivamente, luego que los observaron, echóse á la mar un esquife con quince hombres; tres solamente saltaron á tierra, quienes fueron cojidos al instante; los demas se volvieron al navío.

Regresó Cortés á Zempoala (18) con el espíritu mas tranquilo y lleno tambien de alegría por su viaje, puesto que habia podido recojer siete soldados mas. "Un español, dice Diaz, era en estas circunstancias de tanto valor, que fueron recibidos estos siete hombres con estremo contento y considerados como una numerosa recluta."

Partió Cortés el 16 de Agosto, siguiendo el camino de Tlascala, cuyos habitantes, antiguos amigos de los Zempoales, estaban, segun decia el cacique, continnamente en guerra con los mexicanos. Pasó el ejército por algunas poblaciones, en las que se les dispensó muy bue-

na acojida; pero no tardaron los españoles en esperimentar los trabajos que les aguardaban; por espacio de tres dias tuvieron que atravesar por unas montañas cuyos estrechos senderos estaban al borde de inmensos precipicios; era intenso el frio á causa de las contínuas lluvias. No encontrando los soldados un solo árbol para construir un pequeno albergue, se veian precisados á dormir sobre el húmedo suelo. En fin, la falta de víveres contribuia á aumentar el horror de su situacion; pero al llegar á la cumbre de la sierra, varió la naturaleza de aspecto: se apercibió una vasta llanura muy bien cultivada y una poblacion situada al pié de la montaña. La deslumbradora blancura de las paredes de los edificios despertó á los soldados el recuerdo de los pueblos de su patria, olvidaron todos sus cansancios y penalidades, abandonándose á la mas viva alegría.

Cortés hizo dar cuenta de su llegada al cacique de Zocothlán; no tardó en presentarse ese jefe con un numeroso acompañamiento, pero se observó que su agasajo y su finura procedian mas bien del artificio que de la voluntad. Recibiólo Cortés con una mezcla de franqueza y de majestad y creyendo encontrar en él resentimientos contra Motezuma, le preguntó si era súbdito suyo. "¿Hay alguno sobre la tierra que no sea esclavo ó vasallo de Motezuma?" respondió bruscamente el indio.

Echándose Cortés á reir, le dijo que en Zocothlán se conocia muy poco el mundo, puesto que los españoles eran vasallos de un monarca tan poderoso, que contaba entre sus súbditos muchos príncipes mas grandes que Motezuma. Tomó el cacique un tono bastante grave. "Es Motezuma, le dijo, el mas poderoso monarca que nosotros hemos conocido; nadie es capaz de retener en su memoria el nombre de las provincias que á su imperio están sometidas; tiene establecida su corte en una ciudad inaccesible, fundada en el agua, rodeada de lagunas; la entrada es por algunos diques ó calzadas interrumpidas con puentes levadizos sobre diferentes aberturas por donde se comunican las aguas." Exajeró, prosigue Diaz, las inmensas riquezas de su señor, la fuerza de sus armas y sobre todo la desgracia de aquellos que á él no querian someterse; era la suerte de estos últimos servir de víctimas para los sacrificios. Se inmolaban todos los años sobre los altares de sus dioses mas de veinte mil de sus enemigos ó de sus vasallos que se habian insurreccionado. Con la contestacion que hizo Cortés, pronunciada con un aire de cólera, dió á comprender que poco le intimidaba este cuadro; ensalzó la fuerza de sus soldados, de los cuales el mas débil era capaz de derrotar un ejército entero. "Yo jamas, dijo, desenvaino mi acero, si no se me

ataca; pero desde el momento en que estará desnudo pasaré á sangre y fuego todo cuanto se me presente. Producirá la naturaleza monstruos en favor mio y lanzará el cielo sus rayos, puesto que vengo á defender su causa y á destruir los errores de vuestra religion, lo mismo que esos sacrificios humanos que citais vosotros como una de las grandezas de vuestro rey." Despues levantándose con vivacidad y dirigiéndose á sus soldados: "Amigos, díjoles con una voz enérgica, eso es lo que buscamos, grandes peligros y grandes riquezas: esas prometen fortuna, aquellas gloria." Produjeron estas palabras el efecto deseado; mostróse menos orgulloso el cacique, aparentando una grande deferencia á los españoles; gracias á su cuidado, llegaron provisiones en abundancia, y durante los cinco dias que permaneció Cortés en esta poblacion, no cesó de dar pruebas de sus buenas intenciones, las que no se atribuyeron á su amistad, sino á su temor. En efecto, todo lo que estaba viendo, contribuia á darle una alta idea de la superioridad de los españoles. El aire marcial de los guerreros, la docilidad de los caballos, la esplocion de los mosquetes, los vestidos, las armas eran otras tantas causas de admiracion para los espíritus tímidos de los indios. Lo que mas aterrorizaba al cacique, era el ver como á pesar de las relaciones que habia hecho del poder del tira-

no Motezuma, los estranjeros sin embargo no dudaban en combatirle; á su modo de pensar no eran hombres, sino dioses.

Consultó Cortés al cacique sobre el camino que habia de emprender; este le aconsejaba el de Cholula, rica é industriosa provincia, cuyos pueblos dedicados mas á la agricultura y comercio que á las armas estarian mejor dispuestos á recibirle; los zempoales empero eran de contrario parecer; decian que los habitantes de Cholula eran una tribu pérfida de la cual no debia fiarse; manifestaban tambien que la capital estaba ocupada por una numerosa guarnicion de mexicanos, mientras que la provincia de Tlascala era mas poblada, mas valiente y estaba continuamente en guerra con Motezuma; que sus habitantes tenian confederacion y amistad con los totonaques y zempoales.

En esta incertidumbre, creyó el general deber dar la preferencia al consejo de sus aliados que le habian dado ya otras pruebas de fidelidad, mientras que el cacique podia meditar una traicion; en consecuencia ordenó á sus tropas que estuvieran dispuestas á marchar hácia Tlascala.





CAPÍTULO IX.

Guerra con los tlascaltecas.

La vasta y populosa provincia de Tlascala, aunque menos civilizada que México, estaba mas adelantada en las artes que ninguna otra poblacion de las que habian visitado los españoles. Su fértil territorio encerraba muchas ciudades situadas generalmente sobre alturas, ofreciendo de este modo á los habitantes la doble ventaja de estar en una buena posicion para defenderse y poder cultivar su llanura. Casi se alimentaban no mas que de la caza; la costumbre de este ejercicio habia aumentado la fiereza y la independencia de su carácter; continuamente estaban batallando con las huestes de Motezuma. Gobernados primitivamente por reyes, habian echado abajo el trono y

vivian en una especie de república federativa; estaba dividida la provincia en muchos distritos, cada uno de los cuales obedecia á un gobernadar separado, elegido por el pueblo, quien representaba el distrito en el senado de Tlascala.

Luego que conoció Cortés el carácter guerrero de esta nacion, se persuadió que su intento de librar á estos indios de la tiranía de Motezuma, unido al ódio que profesaban estos á los mexicanos, contribuiria á que le dieran buena acogida. Para disponerles á ello, envió cuatro zempoales de los mas distinguidos en calidad de embajadores; traian en la mano derecha una saeta muy larga con las plumas en alto y en el brazo izquierdo una rodela de concha; se conocia por el color de las plumas el intento de la embajada: las blancas denotaban la paz, las rojas la guerra. Intruducidos en el senado, dieron á conocer el objeto de su mision, que consistia en obtener un libre paso por las tierras de la república; la contestacion fué negativa y sin respetar el sagrado carácter de embajadores, se apoderaron de sus personas, llegando á tanto su atrevimiento que querian inmolarlas á sus dioses; pero lograron engañar ó seducir sus centinelas y huyeron; se apresuraron á advertir á Cortés que el pueblo se ponia en actitud hostil y que estaba determinado á esterminar no solo á los españoles

sino tambien á los que les habian socorrido, y que estaban reunidas considerables fuerzas para resistir á la invasion (19).

Quedó sorprendido Cortés en gran manera de esta determinacion con la que no contaba por cierto; no podia concebir qué razones tenian los tlascaltecas para obrar de este modo: sin embargo, varias eran las que les impulsaban á ello. Ese pueblo ignorante, sospechoso, amante de su independencia, se creia que los españoles obraban ocultamente de comun acuerdo con Motezuma, á pesar de sus contrarias protestas; su deseo de visitar la capital, el número de los mexicanos que les acompañaban, contribuian á que tuvieran por cierta esta suposicion. Por otra parte, los tlascaltecas celosos de su religion, estaban indignados de la conducta de los españoles por haber destruido los ídolos de Zempoala; ardian en deseos de sacrificar á esos impíos estrangeros para vengar la ofensa que á sus divinidades habian hecho; en fin, poco caso hacian de su pequeño ejército juzgando que fácilmente seria derrotado por numerosas fuerzas destinadas á combatirlo.

Penetró Cortés en el territorio de Tlascala el 30 de Agosto, y como temia á cada instante un choque, hizo formar sus tropas, enarbolóse al frente del ejército el estandarte de Castilla, agitólo violentamente el almirante y con

una voz terrible esclamó: "Españoles, sigamos con valor el estandarte de la santa cruz, él nos conducirá á la victoria." Y repitieron todos los soldados: "Marchemos, marchemos bajo la invocacion del santo nombre de Dios, en quien hemos puesto toda nuestra confianza y todas nuestras esperanzas." No habian andado dos leguas, cuando encontraron una muralla muy alta, construida de piedra labrada, y unida con argamasa de rara tenacidad; la entrada era torcida y angosta, dividiéndose por aquella parte la muralla en dos paredes, que se cruzaban circularmente por espacio de diez pasos; ese tránsito era libre. Mucha dicha fué el que los tlascaltecas no se cuidaran de impedirlo, sea que no hubiesen tenido tiempo de salir de la poblacion, sea mas bien que hubiesen preferido esperar al enemigo á campo descubierto, á fin de poder emplear todas sus tropas y quitar al mas pequeño número la ventaja de combatir en un lugar estrecho. Vencieron pues este obstáculo los españoles, adelantándose en buen órden sobre un terreno mas espacioso; los soldados que habian pasado delante, advirtieron que se habian presentado algunos hombres armados: no tardó en empezarse una escaramuza, la que fué seguida de una lucha mucho mas séria, porque salieron de una emboscada unos tres mil guerreros, disparando una lluvia de flechas. Corrió al ata-

que la infantería pero los indios resistieron al choque con intrepidez; mas al primer disparo de los cañones, habiendo sido heridos muchos de sus compañeros y habiendo desmayado al mayor número su horrísono estruendo, se aprovecharon del desórden los españoles, persiguiéndolos con tanto ardor que les obligaron á huir precipitadamente.

Pensó luego Cortés que tenia enfrente enemigos mucho mas belicosos que aquellos que habia derrotado hasta entonces, así es que aumentó sus precauciones á fin de evitar una sorpresa. Pasóse la noche tranquilamente, pero al dia siguiente vióse acercarse dos ejércitos compuestos de seis mil hombres y al instante empezó el ataque. No calculando los tlascaltecas el alcance de sus flechas, las dispararon desde una enorme distancia y al mismo tiempo sin dejar de pelear empezaron á retirarse. Adivinó Cortés la estratajema, reunió sus soldados y marchó en órden de batalla; alcanzó la cumbre de una colina, detrás de la cual se habian escondido los fugitivos y desde allí pudo divisar el ejército entero de Tlascala, reunido bajo el mando del general Xicotencal: se pretende que este ejército constaba de unos cuarenta mil hombres. La caballería no podia maniobrar á causa de la naturaleza del suelo, así es que se vieron obligados los soldados á bajar la cuesta de la montaña en medio de las

flechas, de los dardos y de las piedras que de todas partes caian; pero luego que se hubo alcanzado la llanura, empezó la artillería á disparar, y la caballería pudo atacar sin ningun género de embarazo. Duró el combate mas de una hora; los hábiles capitanes de Cortés le libraron de ser cojido por los indios; el general mandó formar el cuadro y pudo hacer frente por todos lados al enemigo, mientras que los soldados de caballería acudian á dar prontos socorros á los puntos mas opuestos. Cesó de repente el espantoso ruido, oyéronse tan solo las bocinas tocando á retirada, vióse despues al enemigo recojerse en la ciudad, abandonando á los españoles el campo de batalla, quienes ó bien por cansancio, ó bien por prudencia, dejaron de perseguirlos. Bastante considerable fué la pérdida de los tlascaltecas, si bien fué imposible contar los muertos ó los heridos, porque tenian los indios la costumbre de esconderlos en el momento en que caian. Hicieron los españoles algunos prisioneros entre los cuales se encontraban dos gefes; de los suyos tuvieron quince heridos y un muerto, perdieron tambien un caballo, cuya cabeza fué llevada en triunfo y ofrecida al senado como un trofeo notable.

Concluido el combate, renovó Cortés sus proposiciones de paz. La resistencia de los indios podia disminuir sus fuerzas, podia acar-

rearle desastrosas consecuencias; la porfia de los tlascaltecas, en caso de prolongarse, obligaria quizá á las tribus vecinas á unirse á su partido, y el menor descalabro que sufrieran los estrangeros, descubriendo que son hombres ordinarios, exaltaria el valor de los indios. De nada le servirian entonces á Cortés las grandes ventajas que le daban las armas de fuego y la caballería, atendida la inmensa muchedumbre que se le echaria encima; así fué que se decidió á recurrir á los ardides de la política, antes que esponerse á nuevos combates. Envió pues á los dos gefes prisioneros para presentar al senado proposiciones de paz. El general enemigo respondió: "Quedará hecha la paz, cuando podremos ofrecer en sacrificio á nuestros dioses la sangre y el corazon de los españoles y cuando habrán servido sus cuerpos para nuestros festines." Esta horrible declaracion destruyó todas la esperanzas de Cortés, y dispúsose para un nuevo combate. Durante la noche las tropas se confesaron, recibieron la sagrada comunion y se resignaron santamente á vencer ó morir. El 5 de Setiembre, tres dias despues de la batalla, todo el mundo estaba con las armas en la mano, aun los heridos; el ejército enemigo dividido en cinco compañías y presentando cerca de 5,0000 combatientes, cubria una estension de dos leguas; en el centro se levantaba una hermosa águila

de oro que servia de estandarte: era la enseña sagrada que solo se presentaba en las acciones decisivas. Empezó el combate como de costumbre, por medio de disparos de innumerables flechas y de otros proyectiles. Causaba terribles estragos el continuo fuego de los españoles, pero inmediatamente eran reemplazados los que morian por masas compactas que llegaban con nuevo ardor. Duró largo tiempo la batalla de esta manera: por último, viendo los indios que perdian mucha gente, se precipitaron todos juntos como un inmenso torbellino sobre les españoles, cuyas filas fueron desbaratadas; en este conflicto fueron menester todo el valor de los soldados, toda la presencia de espíritu de los oficiales, las elevadas disposiciones y talentos de Cortés para volver á formar los batallones; se reunieron con mucho trabajo y secundados poderosamente por el ardor de los caballos, rechazaron con bizarria este desesperado ataque. Fuéles muy favorable una circunstancia, una division entera de tlascaltecas cesó de tomar parte en la accion por una venganza de su gefe, quien, decian, habia recibido de su general una atroz ofensa; amortiguóse el entusiasmo de los combatientes, apoderóse el pavor de las filas y el enemigo peleó precipitadamente en retirada. No perdió Cortes mas que un solo hombre, pero tuvo 62 heridos y

y todos los caballos tenian tambien heridas mas ó menos graves.

Al dia siguiente envió Cortés una nueva embajada á los senadores, á fin de pedirles el libre paso por su territorio, amenazándoles que desolaria todo su país, si se negaban á ello; pero los senadores, si bien desconsolados por sus pérdidas, estaban sin embargo firmes en su resolucion de no escuchar ninguna oferta de paz, esperando que cambiaria la fortuna, si lograban encontrar el medio de impedir el uso de las armas sobrenaturales de sus enemigos; reunieron al efecto sus sacerdotes y adivinos, exigiéndoles que declarasen los motivos por los cuales eran los estrangeros superiores á sus numerosas tropas y que indicaran al mismo tiempo el modo de poderlos combatir con ventaja. Dispusiéronse los sacerdotes á las ceremonias mágicas por medio de sacrificios humanos; aseguraron que los españoles, hijos del sol y producidos por la influencia de este benéfico astro en las regiones del Este, eran invencibles durante el dia, porque eran protejidos por la presencia de su padre, pero que atacándoles durante la noche, fácilmente se les podria destruir. Satisfizo á los tlascaltecas esta esplicacion misteriosa, resolviéronse á tentar un ataqne nocturno, aunque fuese contrario á sus usos militares. Debia empezar el combate despues de puesto el sol: el activo Cortés

no vivia descuidado, todo lo tenia prevenido; así es que luego que vió á los indios en movimiento, hizo tomar las armas á los soldados y aguardaron al enemigo en pié firme; este que se creia encontrar á los españoles desalentados y sin fuerzas quedó pasmado de su resistencia. La luna vino á alumbar esta escena de carniceria y en poco tiempo quedaron derrotados completamente los indios, abandonando el campo de batalla, dejándolo cubierto de heridos y muertos.

Esta victoria fué muy favorable, puesto que obligó á los tlascaltecas á desear sériamente la paz Está última tentativa les acabó de convencer que los españoles eran séres de una naturaleza superior, eran divinidades, *teules*, como los llamaba; acusaban á sus magos de haberles engañado; no conociendo límites la cólera que contra ellos estalló, sacrificaron á dos en los mismos templos en donde acostumbraban á dar sus oráculos. Cansado el pueblo de tanta fatiga y tanto servicio é intimidado por esta série de desastres, empezó á quejarse; conocieron los senadores la necesidad de entrar en relaciones con Cortés y ordenaron al general que suspendiera las hostilidades. Xicotencal se negó á obedecer, contestando con arrogancia que él y sus soldados formaban el verdadero senado, que sostendrian con empeño la gloria de su nacion, ya que la dejaban aban-

donada los padres de la patria; pero despues de varias embajadas consintió por último en deponer las armas

Inciertos estaban aun los tlascaltecas acerca del modo con que los tratarian los estrangeros; no sabian qué idea formarse de su carácter, ni si debian mirarlos como séres buenos ó malos. La conducta que en diferentes circunntancias habian observado los españoles, les daba márgen á esas opiniones encontradas; por una parte, habian enviado casi siempre libres á los prisioneros que habian hecho; este proceder tan diferente del modo cruel con que trataban los americanos á sus cautivos, á quienes sacrificaban ó devoraban sin piedad, bastaba para dar una favorable idea de la humanidad de los vencedores: por otra, se habia portado Cortés en cierta ocasion de una manera bien diferente: se habia apoderado de cincuenta espías que se habian introducido en el campamento con pretesto de traer provisiones; mandó cortar las manos á unos, y á otros los dedos pulgares; dió este castigo á fin de intimidar á Xicotencal, quien los habia enviado. La impresion que causó á los indios el espectáculo de esos desdichados, unida al terror que les habian inspirado las armas de fuego y los caballos, les hacia mirar á los españoles como una especie de divinidades monstruosas. Manifestóse esa incertidumbre en la siguiente aren-

ga que hicieron los ministros á Cortés: "Si sois vosotros, le dijeron, divinidades de una naturaleza cruel y salvaje, os ofrecemos cinco esclavos á fin de que os bebais su sangre y os comais su carne; si por el contrario, sois divinidades mas piadosas, aceptad estos presentes de perfumes y plumas; si por último, sois hombres, ahí teneis manjares y frutas para alimentaros." Acercóse luego un gran número de indios sumamente cargados, iban precedidos de cindo ancianos, postráronse estos á los piés de Cortés con muestras de la mas grande humildad, declarando solemnemente que habian tomado las armas contra él, porque se creia que obraba de acuerdo con Motezuma, que conocian ya su error y le suplicaban que los tomara bajo su proteccion. Interrumpiólos Cortés diciéndoles, que su mas ardiente deseo era unirse á ellos con lazos de la mas estrecha amistad y terminar una guerra que siempre habia querido evitar.



CAPÍTULO X.

Traicion y castigo de los habitantes de Cholula.

Entraron los españoles en la ciudad de Tlascala el 23 de Setiembre, 34 dias despues de su llegada á las tierras de esta república. Tan amistosa fué la acojida que les dispensaron, como habia sido llena de mortal encono su conducta anterior. Muy favorable fué para los españoles la suspension de las hostilidades, porque era sumamente deplorable el estado en que estaban sumerjidos; escesivo era el cansancio del servicio para este pequeño número de hombres rodeados de innumerables enemigos; la mitad de los soldados velaban cada noche, los demas dormian armados, á fin de estar dispuestos á correr á su destino á la primera señal. Los unos estaban llenos de heridas, los otros,

de cuyo número era Cortés, padecian una enfermedad particular del clima, que habia causado ya muchas víctimas; frecuentemente estaban faltos de víveres y carecian en tal manera de las cosas mas necesarias, que se veian obligados á curar sus llagas con la grasa de los indios. Cansados de tantos trabajos y sufrimientos, empezaron á quejarse amargamente, y cuando reflexionaban sobre la multitud y valor de sus enemigos, estaban próximos á abandonarse á la mas negra desesperacion. Tenia que valerse Cortés de toda su autoridad y artificio para impedir los progresos de ese desmayo y reanimar á sus compañeros, manifestándoles su superioridad sobre los hombres que acababan de combatir. La sumision de los tlascaltecas y la triunfante entrada de los españoles en la capital, en donde fueron recibidos como séres de superior condicion que los hombres, bastaron para desterrar de su memoria el recuerdo de las miserias y trabajos pasados, disiparon sus inquietudes sobre el porvenir y quedaron persuadidos de que de allí en adelante ninguna fuerza en América podria resistir á sus armas.

Permaneció Cortés 20 dias en Tlascala para dar descanso á sus tropas del que tanto necesitaban; durante ese tiempo se ocupó en los cuidados importantes para el buen éxito de sus proyectos. En sus entrevistas con los je-

fes, pudo informarse del estado de México y del carácter de su soberano; luego que conoció que la antipatía de sus nuevos aliados era tan fuerte como se le habia dicho, y vió al mismo tiempo que podia sacar de ellos grandes socorros, procuró ganarse su confianza: poco le costó conseguirlo, porque los tlascaltecas, con la ligereza natural de hombres poco civilizados, estaban dispuestos á convertir en la mas grande estimacion el ódio que primitivamente habian abrigado. Todo lo que veian escitaba su admiracion y asombro; convencidos de que los estranjeros tenian un orígen celeste, no solamente anduvieron diligentes en satisfacer todas sus demandas, sino tambien en cumplir todos sus deseos. Ofrecieron pues á Cortés acompañarlo á México con las fuerzas de la república, bajo las órdenes de sus mas esperimentados jefes.

No olvidaba Cortés la santa mision que le estaba encomendada; hizo construir una capilla en una de sus mejores habitaciones, y cada dia se celebraba en ella el santo sacrificio de la misa en presencia de los principales indios, quienes asistian allí con admiracion y respeto y notaban curiosamente todas las ceremonias, las que con la sorpresa de la novedad, contribuian á aumentar la gran consideracion en que tenian á los españoles. Aprovechóse Cortés de esas felices disposiciones para obligar á

los indios á renunciar al culto de sus ídolos y adorar el Dios de los cristianos; pero estaban tan adictos á la religion de sus padres, que les costaba mucho trabajo abandonarla de repente; sin embargo empezaron á poner en libertad á los cautivos que tenian destinados para los sacrificios. Esta condescendencia no acabó de satisfacer enteramente á Cortés; queria mas aun; ya estaba dispuesto á hacer pedazos de los ídolos, apoyándose en el buen éxito que semejante tentativa habia tenido en Zempoala. ya su celo le hubiera engañado, le hubiera conducido muy lejos, á no haberlo persuadido el padre Olmedo, manifestándole con entereza religiosa, que no estaba sin escrúpulo de la violencia que se habia hecho á los indios de Zempoala, porque no estaba en razon con la máximas del Evangelio, y que un acto de esta naturaleza era, hablando con propiedad, derribar los altares y dejar los ídolos en el corazon; que la empresa de convertir á aquellos infieles pedia mas tiempo y mas suavidad; que no era buen medio para darles á conocer sus errores malquistar la verdad atormentándolos, que antes de introducir el culto del verdadero Dios, era menester desterrar el demonio, y que esta guerra debia hacerse de otro modo y con otras armas. Rindió el general su dictámen á las razones y á la autoridad de este venerable hombre, reprimiendo los

ímpetus de su celo: desde ese tiempo, añade Solís, de quien hemos copiado este discurso, procuró ganarse por medio de su benignidad la voluntad de los indios, haciéndoles amable la religion por sus afectos, á fin de que comparándola con sus costumbres, conociesen cuán abominables eran y se persuadiesen de la deformidad y torpeza de sus dioses.

Habia recibido Cortés antes de su entrada en Tlascala, embajadores de Motezuma, quien consentia por último en admitir á los españoles á su presencia, recomendándoles que pasaran á Cholula, en donde recibirian de cerca sus órdenes. Cuando hubieron descansado las tropas y manifestó Cortés su intencion de seguir el camino indicado, sus nuevos aliados se opusieron vivamente á ello; decian que los habitantes de Cholula eran una nacion pérfida que obedecia ciegamente las voluntades y caprichos de Motezuma. Insistió Cortés en su proyecto, no tan solo para complacer á los embajadores del emperador, como tambien para probar á los tlascaltecas que temia poco á esos enemigos que tanto terror les causaban. Envióle el senado numerosas tropas á su disposicion, empero Cortés únicamente tomó seis mil hombres Este número le parecia suficiente para no estorbar su marcha y poder combatirlos con ventaja en caso de que intentaran unirse con los de Choluta.

Cholula, ciudad considerable, distante de Tlascala cinco leguas, era mirada por todos los habitantes de México como el santuario y querida residencia de sus dioses Iban á visitarla todos los forasteros; en sus templos se inmolaban muchas mas víctimas humanas que en los de México. Es probable que habia invitado Motezuma á los españoles á que pasaran allí, ó fundado en la supersticiosa esperanza de que no sufririan los dioses ser profanados en sus altares sin hacer estallar su cólera sobre los impios que iban á insultarlos en su mas venerado santuario, ó en la persuacion de que podria esterminarlos tanto mas facilmente, atacandolos bajo la vista é inmediata proteccion de sus dioses.

Habiendo llegado Cortés al caer la tarde cerca de Cholula, mandó hacer alto en la orilla de un pequeño rio, á fin de no entrar de noche en una ciudad, cuyas disposiciones le eran totalmente desconocidas. Poco tiempo despues, vinieron á saludarle varios sacerdotes y algunos de los principales jefes y le manifestaron que estaban dispuestos á recibirlo, pero que no podian admitir á sus aliados, porque eran sus antiguos enemigos. De ningun modo se ofendió Cortés de esta demanda, puesto que le parecia razonable; al dia siguiente entró en Cholula, habiendo visto el campamento de los indios á una pequeña distancia de las murallas.

Pasáronse los primeros dias con mucha tranquilidad, los jefes andaban diligentes en proporcionar provisiones y obsequiar al general; pero no tardaron en aparecer síntomas de cambio que no podian pasar desapercibidos á la natural perspicacia de Cortés y empezó desde luego á temer la traicion de la que habíanle advertido sus aliados: poco á poco dejaron los indios de traer provisiones, faltaron luego del todo y estuvieron reducidos los españoles á las que pudieron procurarse con grande trabajo. Dos tlascaltecas lograron introducirse disfrazados en la plaza é informaron despues al general que habian visto en muchas calles cercanas al cuartel español varios parapetos y zanjas ligeramente cubiertas de tierra, en cuyo fondo estaban fijadas unas estacas muy puntiagudas á fin de que pereciesen irremisiblemente los caballos cuando cayesen; dijéronle que habian observado que cada noche salian fuera de la ciudad muchos niños y mugeres y que se habian sacrificado en el templo seis víctimas humanas, práctica que ordinariamente siguen estos pueblos cuando meditan una empresa militar: en fin, que habian amontonado en las azoteas muchas piedras y dardos para poder acabar totalmente con los estranjeros. Las sospechas que en el espíritu de Cortés hicieron nacer estos informes, quedaron cam-

biadas en amargas verdades por las noticias positivas que le proporcionó doña Marina.

Por una feliz casualidad habia cobrado grande afecto á doña Marina una india anciana de elevada categoría; atraida por la benignidad y agrado de su persona, la visitaba frecuentemente. Quiso librar esta india á su amiga de los inminentes peligros que la rodeaban, la suplicó que abandonara á los españoles y se refugiara en su casa. Valióse de esta favorable circunstancia doña Marina; fingió aceptar esta oferta con tantas muestras de reconocimiento que llegó á conocer todo el plan de la conspiracion; supo que estaban escondidos por los alrededores de la ciudad veinte mil mexicanos, y que seis mil entrados ya en la poblacion, esperaban una señal para unirse con los habitantes y esterminar á los españoles. Suplicó doña Marina á su amiga que le protejiera, prometiéndola que volveria á su casa luego que hubiese recogido sus objetos mas preciosos. Bajo este pretesto corrió á advertir á Cortés de lo que acababa de descubrir. Mandó luego el general prender á la india y logró saber las mas exactas y minuciosas noticias: en seguida hizo conducir á su presencia á tres de los principales sacerdotes. Ignorando estos el modo como Cortés habia llegado á descubrir sus mas secretos designios, (porque las primeras palabras de éste versaron sobre el castigo

que queria dar á su perfidia), creyéndose que hablaban con una divinidad superior, no se atrevieron á negar su traidora conducta, confirmaron la existencia de esa terrible conspiracion, cuya idea habia concebido el mismo Motezuma. Mandólos Cortés aprisionar secretamente y reuniendo á sus oficiales, les pidió su parecer sobre la resolucion que se debia tomar á fin de castigar ejemplarmente este atentado.

Manifestó á los jefes que era su intento partir al dia siguiente y en consecuencia les pidió víveres para la manutencion de la tropa durante la marcha, tamenes para conducir los bagajes y dos mil guerreros para acompañarle. En cuanto á los víveres y á los tamenes pusieron los indios algunas dificultades, en cuanto á los soldados los cedieron con mucho gusto. A los aliados se les ordenó que durante la noche estuviesen sobre las armas y que al amanecer se acercaran á las murallas en ademan de querer seguir la marcha de los españoles, pero que permanecieran allí estando prevenidos para reunirse con el cuerpo del ejército á la primera descarga que oyesen. Entonces Cortés hizo llamar á los embajadores mexicanos, y como si les hubiese revelado un secreto, les dió noticia de la conspiracion y les manifestó todo el horror de la conducta de los habitantes de Cholula, quienes á fin de escusarse, suponian obrar acordes con el emperador:

añadió que un príncipe tan grande no podia ser cómplice en un proyecto tan criminal; que por consiguiente para vengar el insulto que se le hacia, se disponia á castigar á los de Cholula de una manera rigurosa. Fingieron diestramente los mexicanos ignorar el complot, mientras que Cortés alegre de verles saltar en el lazo, se felicitaba de hacer recaer sobre Motezuma mismo los amaños y ardides que contra los otros tenia preparados.

Al apuntar el alba, llegaron los tamenes, pero en pequeño número y con escasos víveres; vinieron en seguida los soldados divididos en filas. Mandó Cortés que se colocasen separadamente en diversos parajes de su cuartel, en donde eran vigilados de contínuo, despues montando á caballo, hizo llamar á los caciques bajo diferentes pretestos, declarando por medio de doña Marina á los que se presentaron, que se habia descubierto la traicion, que habia llegado el momento del castigo y que iban luego á conocer cuan preferible les hubiera sido conservar la paz. Terminóse esta arenga con el disparo de un mosquete; á esa señal convenida, cerró la infantería con los indios naturales que tenian divididos en los patios, y si bien estaban con las armas prevenidos para ejecutar su traicion é hicieron estraordinarios esfuerzos para reunirse y defenderse, quedaron derrotados con poca dificultad, logrando sal-

var la vida los que pudieron esconderse, ó saltaron precipitadamente á la otra parte de las murallas.

En seguida avanzó la infantería por la calle principal teniendo por guias á algunos de los zempoales, quienes iban descubriendo las zanjas. Desde el momento en que oyeron los mexicanos los gritos de los combatientes, se introdujeron en la ciudad, se reunieron en una gran plaza rodeada de muchos adoratorios; parte de esta gente ocupaba los atrios y torres, mientras que los demas se disponian á hacer frente á los españoles. Iba á comenzar el combate, cuando los tlasc ltecas cerraron por la retaguardia con los enemigos, quienes quedaron desmayados con este imprevisto ataque; los españoles no encontrando resistencia, pudieron derrotar á cuantos se encontraban y que no habian tenido tiempo de refugiarse en los adoratorios. Acercóse Cortés en buen órden al principal de estos edificios y por medio de doña Marina hizo publicar que perdonaria á cuantos voluntariamente se rindiesen; repitióse este aviso dos ó tres veces, pero viendo que era inútil, que ningun caso de él se hacia, ordenó que se pusiese fuego al templo y perecieron muchos al rigor de las llamas. Cuentan los historiadores que solo un indio se rindió voluntariamente. "Cesó la guerra, dice Solís, por falta de enemigos." Esparciéronse los alia-

dcs por la ciudad, cometiendo algunos escesos. En esta horrible jornada, ninguna pérdida tuvieron los estranjeros, mientras que quedaron muertos mas de 6000 hombres entre naturales y mexicanos.

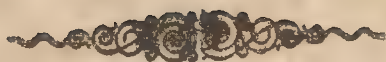
Retiráronse á su cuartel los españoles, acampándose en la ciudad los tlalcaltecas. Cortés hizo conducir á su presencia á los jefes de quienes se habia asegurado de antemano y tambien á los prisioneros que se habian hecho en el combate, declaróles que ya estaba satisfecho y que sentia en el alma que á tan severo castigo le hubiesen obligado los habitantes de aquella ciudad; en consecuencia los puso en libertad y concedió un perdon general, el que fué solemnemente publicado.

Al dia siguiente llegó Xicotencal con un ejército de 20,000 hombres, los que enviaba el senado de Tlascala para el socorro de Cortés; dióles este las mas espresivas gracias y les manifestó que se volviesen, puesto que no era ya necesaria su asistencia; valióse entretanto de esta circunstancia para hacer jurar á los dos pueblos un tratado de confederacion y alianza, la cual podia serle muy útil, puesto que aseguraba sus comunicaciones recíprocas, y como el gobernador de la ciudad habia sido muerto, nombró en su lugar á su hermano. Volvieron á sus casas aquellos que habian logrado salvarse, y fué tan altamente poderoso

el ascendiente de los españoles, que en pocos dias volvió á llenarse la ciudad de habitantes, quienes en medio de las ruinas de los templos, habiendo conocido cuán justo era su castigo, tributaron los mas respetuosos homenajes á aquellos que acababan de vencerles.

Los historiadores han juzgado de diversas maneras la conducta que desplegó Cortés en esta ocasion. Solís la disculpa completamente, pero su historia no es mas que un continuo pane gírico de Cortés, disimulando siempre sus faltas y callando sus errores. Segun Las-Casas, ninguna razon habia para desplegar semejante rigor, el único objeto era aterrorizar á los pueblos de la Nueva-España; pero se sabe muy bien que este virtuoso prelado, llevado de su celo en favor de los indios, exajera frecuentemente. El verídico Diaz afirma que los primeros embajadores que envió el emperador, hicieron exactas investigaciones á fin de aclarar este hecho; descubrieron que en realidad habia existido una conspiracion horrorosa y que las relaciones que acerca de ello dió Cortés eran verdaderas en todas sus partes. En fin Robertson, cuya parcialidad para los indios está fuera de duda, reflexiona de este modo: "Cortés estaba interesado en ganarse el espíritu y la confianza de Motezuma; dando este paso sin razon alguna, lejos de lograr su objeto, lo envenenaba mas, digámoslo así, luego

es probabilísimo que algun motivo muy poderoso, alguna prueba muy cierta tendria de la culpabilidad de los habitantes de Cholula, cuando les aplicó este severo castigo."





CAPÍTULO XI.

Continuacion de la marcha de Cortés.—Su entrada en México.

Al llegar el dia que estaba señalado para partir, una porcion de zempoales que servian bajo las órdenes de Cortés, le pidieron permiso para retirarse, sea que hubiesen desmayado al solo designio de penetrar en México, sea que el amor de la patria fuese para ellos mas poderoso que la gloria del buen éxito; el general no titubeó en acceder á su demanda. En esta misma ocasion llegaron nuevos embajadores de Motezuma. Informado ese monarca de lo que acababa de acontecer en Cholula, quiso disipar las desconfianzas, los recelos de los españoles; llegó á tan alto grado la ficcion de esos enviados que hasta llegaron á dar las gracias á Cortés por haber castigado á los de

Cholula; exajeraron la cólera y el resentimiento de su monarca y trataron á este desdichado pueblo de pérfido y rebelde, cuando no habia hecho otra cosa sino obedecer las mismas órdenes del rey. Iba acompañada esta esplicacion de un magnífico presente; pero no se tardó en conocer que esta embajada era un nuevo artificio á fin de que los españoles anduvieran mas descuidados en su marcha.

Despues de haber permanecido Cortés 14 dias en Cholula, partió de allí el 29 de Octubre. Se le advirtió que al bajar la cuesta de las montañas tropezaria indudablemente con inminentes peligros, porque desde muchos dias habian observado, que los mexicanos cerraban con grandes piedras y troncos de árboles el camino que conducia á Chalco, mientras que otros allanaban la entrada de una carretera inmediata. Se llegó á la cumbre de la montaña con mucha fatiga y trabajo, porque caia abundante nieve acompañada de un viento muy furioso. Encontráronse los dos caminos indicados, y Cortés los reconoció fácilmente. A pesar de la emocion que no pudo menos de sentir al ver esta nueva traicion, pidió tranquilamente á los embajadores que marchaban cerca de su persona, por qué razon estaban así aquellos dos caminos; respondieron que habian hecho allanar el mejor para que pasase su ejército, cegando el otro por ser mas áspero y di-

ficultoso. Repuso Cortés con la misma indiferencia: "Mal conoceis, les dijo, á los guerreros que me acompañan; ese camino que habeis embarazado es el que se ha de seguir por la misma razon de ser dificultoso, porque los españoles siempre nos determinamos por lo que mas riesgos y dificultades ofrece." Entonces sin pérdida de momento mandó á los aliados que pasasen á desembarazar el camino, lo cual ejecutaron prontamente, dejando en gran manera asombrados á los embajadores, quienes atribuyeron á una especie de adivinacion aquel feliz descubrimiento. Los indios emboscados, luego que reconocieron desde sus puestos que los españoles se dirigian por el otro camino, se dieron por descubiertos y huyeron precipitadamente; así es que Cortés pudo bajar á lo llano sin ninguna oposicion. Por todos los pueblos por donde pasaban los españoles eran recibidos como poderosos libertadores que venian á sacarlos de la opresion y tiranía en que estaban sumerjidos y eran considerados al propio tiempo como séres de una naturaleza superior. Los caciques y los gefes de los indios dieron á conocer á Cortés todos los vasallos que eran contrarios á Motezuma. Cuando vió el ilustre caudillo que este soberano era altamente aborrecido de sus súbditos en el centro mismo de sus Estados, se creyó seguro de trastornar un imperio, cuyas fuerzas estaban tan dividi-

das. Mientras que mantenian el valor del general esas reflexiones, el de los soldados estaba animado por el cuadro que á su vista se desplegaba. "A medida que iban bajando de las montañas, dice Diaz, descubrian la vasta llanura de México. Al aspecto de estos campos tan bien cultivados y fértiles que se estendian hasta perderse de vista, de un lago que parecia una mar á causa de su inmensidad y que estaba circuido de grandes poblaciones, de la presencia de la capital que se elevaba como una isla en medio de ese lago, adornada de templos y torreones, no pudo menos su imaginacion de exaltarse hasta el punto de creerse algunos ver realizadas las descripciones que hay en las novelas; los palacios, las torres les parecian otros tantos encantamientos; otros creyendo soñar, tomaban por fantasmas todo lo que á su vista se presentaba."

Mientras que adelantaban rápidamente los españoles hácia la capital, Motezuma continuaba en su irresolucion, en sus inquietudes y temores. Despues de la catástrofe en Cholula acaecida, se habia retirado en la parte de su palacio que estaba consagrada á los ejercicios religiosos; permanecia allí ocho dias habia, observando una severa abstinencia y estando postrado constantemente á los piés de sus dioses á fin de pedirles su vano apoyo y proteccion. Desde ese sagrado recinto, des-

pachó muchos personajes de distincion para que fuesen á disuadir á Cortés de su determinacion de entrar á México, obligándose á pagar al rey de España un tributo anual; prometia ademas, en caso de ser aceptada esta oferta, dar al general cuatro cargas de oro y una á cada soldado. Dió Cortés las gracias á los enviados de las magníficas proposiciones de su monarca, diciéndoles al mismo tiempo, que no podia volver atrás sin haber visto primeramente al emperador con quien deseaba tratar sobre los importantes negocios que habian conducido á los españoles á su país.

Aumentábase aun mas la perplejidad de Motezuma con los discursos de los sacerdotes, quienes á cada instante iban á participarle los siniestros presagios que por todas partes observaban. Legaron á ser tan vivos sus temores que sin aguardar la contestacion de sus comisionados, reunió en consejo á su hermano, á su sobrino que era el cacique de Tezcuco, y á un pequeño número de los mas distinguidos personages de su corte, á fin de consultarles sobre lo qué debia hacerse, qué partido debia tomarse. El resultado de esta reunion fué semejente al de los consejos precedentes; el hermano del emperador emitió con calor la opinion de rechazar á los españoles por medio de la fuerza, mientras que el jóven príncipe de Tezcuco fué de contrario dictámen. Motezu-

ma que habia participado siempre de las ideas del primero, de repente se sometió á las del segundo, enviándolo luego á encontrar á Cortés á fin de cumplimentarle, tentando nuevos esfuerzos para disuadirle de entrar en la capital, bien que ninguna esperanza tenia de lograr sus pretensiones.

Estaba detenido Cortés en Amecameca, poblacion situada en las orillas del lago, cuando se le notificó la llegada de Cacumatzin, sobrino de Motezuma, quién venia á suplicarle que suspendiera su marcha y le recibiera. En efecto no tardó en llegar ese príncipe: traíanle sobre sus hombros algunos indios de su familia en unas magníficas andas, adornadas con plumas verdes sostenidas con piezas de oro macizo, entremezcladas de alhajas del mismo metal; acompañábanle tambien ocho personas de distincion y una multitud de nobles de todas categorías. Cacumatzin era un jóven de 25 años, de una figura agradable; luego que se apeó, recibiólo Cortés con la consideracion debida á un embajador tan ilustre, hiciéronse recíprocamente algunas ceremonias, y el general le manifestó que entonces mas que en ninguna otra ocasion estaba interesado á entrar en México.

Volvió á emprender Cortés su marcha haciendo observar la mas exacta disciplina y tomando todas las medidas necesarias para su

seguridad. Adelantóse por la calzada de Iztapalapa hasta una plaza en donde se reunian las calles de México y de Cuyoacán; en medio de estas, á dos leguas poco mas ó menos de México, se veia una especie de fuerte coronado de dos torres y rodeado por un muro de ocho piés de elevacion. Ordenó Cortés hacer alto para recibir los saludos, y felicitaciones de una numerosa tropa de mexicanos de distinguida categoría, quienes desfilaron á su presencia tocando la tierra con las manos y besándoselas en seguida.

Despues de esta ceremonia pasó adelante Cortés, aunque estaba incierto de si iba á encontrar amigos ó enemigos. Cuando estaba ya cerca de las puertas de México, se le anunció la visita de Motezuma y no tardó en comparecer el séquito. Iban delante tres magistrados con unas varas de oro en las manos que levantaban sucesivamente; esta era la señal para indicar al pueblo la presencia de su soberano y ordenarle que se postrara en ademan de respeto. Venia Motezuma sentado en una magnífica silla de brazos cubierta de planchas de oro, la cual descansaba sobre los hombros de sus favorecidos, mientras que otros sostenian un palio guarnecido de plumas verdes, de piedras preciosas y de franjas de oro. A una cierta distancia venian doscientos nobles ricamente vestidos de librea y con grandes pena-

chos, marchaban de dos en dos, con los piés desnudos y la vista fija en el suelo.

Cuando estuvo el emperador cerca de Cortés se apeó de sus andas, y apoyándose sobre los brazos de dos de sus parientes, fuése acercando con paso lento y majestuso, mientas que se iban adelantando algunos indios para alfombrar el camino á fin de que no pusiese los piés sobre la tierra, la cual, á su parecer, era indigna de sus huellas. Su edad parecia ser de unos cuarenta años, su estatura era mediana, mas delgado que robusto, su nariz aguileña, su tez menos oscura que la del comun de los americanos, su cabello largo hasta el estremo de la oreja, sus ojos muy vivos y en toda su persona se notaba un aire de majestad con algo de afectacion.

Vestia un manto de sutilísimo algodon, puesto simplemente sobre los hombros, bastante largo de modo que cubria la mayor parte de su cuerpo y guarnecido de un galon de oro que llegaba hasta tierra. Traia sobre sí tantas joyas de oro, tantas perlas y tantas piedras preciosas, que le servian mas bien de peso que de adorno. Su corona era una especie de mitra de oro que por delante remataba en punta y la mitad posterior menos obtusa se inclinaba sobre la serviz; su calzado era unas suelas de oro macizo, cuyas correas tachonadas de lo mismo, ceñian el pié y abrazaban parte de la pierna, semejante al coturno de los antiguos.

Cortés que habia bajado de su caballo recibió con un aire respetuoso á tan distinguido personage, saludándole con una profunda reverencia; volvióle su saludo Motezuma al estilo del país, tocando la tierra con su mano y acercándola en seguida á sus labios. Echó el general sobre los hombros del emperador una cadena de oro, compuesta de varias piezas de vidrio de diferentes colores que imitaban muy al natural los diamantes y las esmeraldas; este regalo fué aceptado con sumo placer, pero cuando hizo el movimiento de abrazarlo, detuviéronle respetuosamente los nobles, dando á entender que era demasiada libertad el acercarse tanto á la persona del rey; mas este los reprendió y para dar muestras de su agradecimiento, hízose traer un collar que era considerado por la mas rica pieza de sus tesoros y lo regaló á Cortés.

Asistia á ese estraordinario espectáculo un inmenso gentío, las calles y plazas estaban obstruidas por un innumerable concurso, las ventanas de las casas y los terrados estaban llenos de mugeres y niños, todo el mundo miraba con la mayor atencion esta ceremonia, quedando altamente admirados y sorprendidos. Cuando vieron los mexicanos las muestras de respeto que daba Motezuma á los estranjeros, acabaron de convencerce que los españoles eran *teules*, puesto que á su presencia se humi-

llaba el poderoso y altivo emperador. Esta persuacion contribuyó á hacerles persistir en sus creencias lo mismo que la novedad de las armas y de los caballos. Por otra parte todo lo que se presentaba á la vista de los españoles escitaba á un alto grado su admiracion; la inmensidad del lago, la magnificencia de la ciudad, la hermosura de los edificios, la numerosa poblacion, las riquezas desplegadas por el monarca y su comitiva real eran otras tantas causas de novedad y de agradable sorpresa.

Adelantóse el acompañamiento cerca de una milla y media en el interior y llegó al palacio destinado para recibir á los estranjeros. Estaba situado á una pequeña distancia de la puerta y del templo principal, era tan grande que pudieron alojarse en él con mucha comodidad los españoles y sus aliados. Tomó Motezuma á Cortés por la mamo y le dijo: "Esta es vuestra casa, descansad hasta que vuelva á veros."La primera diligencia de Cortés fué mirar por su seguridad, colocando su artillería en frente de las principales avenidas y distribuyendo sus centinelas, en una palabra, haciendo observar una vigilancia tan exacta, tan escrupulosa, lo mismo que si estuviese ante un ejército enemigo.

Por la tarde volvió Motezuma á visitar á sus huéspedes con la misma pompa y aparato que la primera vez, dando al general y á los

soldados, presentes cuya magnificencia atestiguaba la liberalidad del emperador y la opulencia de su reino. Tuvo con Cortés una larga entrevista y le manifestó su opinion sobre los españoles; aseguraba que ellos eran los hombres destinados por los dioses á apoderarse del gobierno y cuya venida habia sido anunciada muchos años antes por el lejislador de México, cuando abandonó ese país para dirijirse al Norte de donde habian de volver un dia sus desendientes. Dió Cortés gracias al emperador de su generosidad y de su benéfica acojida; no dejó perder tampoco la ocasion para hacerle creer que era celeste el orígen de los españoles. Esta conviccion podia servirle para sus designios futuros; en seguida pasó á esplicar la grandeza y el poder del rey de España, quien le habia enviado para celebrar un tratado de alianza con el gran Motezuma; obligóle á hacer algunos cambios en las leyes y costumbres de su imperio y sobre todo á abolir los sacrificios humanos. Duró largo rato esa conferencia, y por último se despidieron los dos gefes prodigándose las mas espresivas muestras de una mútua amistad.

Hicieron los españoles su memorable entrada en México el dia 8 de Noviembre de 1519, siete meses despues de haber penetrado en el país de *Anahuac*, conocido bajo el nombre de *Nueva España*.



CAPÍTULO XII.

Descripcion de México.

Al dia siguiente pidió Cortes una audiencia al emperador la que le fué inmediatamente concedida; acompañáronle cuatro oficiales y seis de sus mas valientes soldados. Aguardábanle en la puerta los principales ministros quienes le recibieron con mucha cortesía; en seguida se despojaron de los vestidos que llevaban y se cubrieron con ropas muy simples, porque no permitia la costumbre del país presentarse ante el monarca can un rico traje. Fueron introducidos los españoles con mucho silencio, mandóseles sentarse y empezó la conversacion; fué esta muy larga; hizo Motezuma varias y numerosas preguntas sobre las costumbres, usos y leyes de los europeos, contestando á ellas Cor-

tés con mucho agrado, por último, pidió el general permiso para visitar la ciudad que estaba ansioso de conocer; consintió en ello el emperador y quedó levantada la audiencia.

Tres dias pasó Cortés en reconocer esta grandiosa y estraordinaria ciudad destinada á ser reducida á escombros y cenizas: la descripcion que de ella ha hecho nuestro héroe en sus cartas y la de Diaz son las únicas que hay renactadas por testigos oculares, puesto que nadie ha podido ver despues á México en su estado de magnificencia y esplendor. La veracidad de esos dos historiadores ha sido confirmada por algunas ruinas que se han descubierto en muchos parajes. Mr. de Humboldt ha reunido esos diferentes documentos y de su comparacion ha formado un cuadro del cual hemos estraido los puntos mas capitales.

Adornada la antigua Tenochtitlán de numerosos *teocallis* que se elevaban en forma de pirámides, rodeada de calzadas y diques, situada casi en medio del lago de Tezcuco sobre unas islas llenas de verdor, se parecia á ciertas ciudades de la Holanda ó de la China. Uníanla con el continente tres calzadas principales, cuya lonjitud era de dos leguas; hermosos acueductos conducian el agua dulce á la ciudad. Las calles mayores eran espaciosas y bien alineadas; algunas, como en Venecia, eran la mitad secas y la otra mitad ocupadas por cana-

les navegables, guarnecidos de puentes de madera muy sólidos y tan anchos que podian pasar de frente diez hombres á caballo. Las casas bajas eran construidas las unas de madera, las otras de una tierra muy esponjosa y ligera. Estaba dividida la ciudad en cuadros regulares formados por las calles principales y por los canales; en cada cuadro se elevaba majestuosamente un templo ó *teocalli*.

El templo principal estaba consagrado á Huitzilopochtli, dios de la guerra; habia sido erijido seis años solamente antes del descubrimiento de la América; estaba situado en el centro de la capital, y en el círculo de las murallas que lo rodeaban formando un cuadro, habria podido fundarse una poblacion de quinientas casas. Las murallas construidas de cal y piedra eran muy gruesas, constaban de 8 piés de altura y estaban adornadas ademas de unas almenas en forma de nichos y de numerosas figuras de piedra que representaban serpientes, así es que se denominaban las murallas de las serpientes. El templo tenia cuatro puertas que correspondian á los cuatro vientos principales; en el centro de este recinto se elevaba una pirámide truncada, con los tres lados pendientes y en el otro habia la escalera que conducia á la cumbre, era tan alta que constaba de 120 gradas y tan ancha que terminaba en un plano de 40 piés cuadrados. Se

veian allí dos magníficas capillas, abiertas por delante y cubiertas por encima con un techumbre de maderas muy preciosas; los dos ídolos que en estas capillas habia colocados, eran de piedra, de una colosal estatura y de una espantosa deformidad. En el centro de este espacio se elevaba una losa verde piramidal que distaba del suelo cinco palmos y servia para atar en ella por las espaldas al infeliz que habian de sacrificar y sacarle el corazon abriéndole el pecho. Cinco mil personas estaban empleadas para el servicio del templo y tenian en él sus habitaciones. Entre los 39 templos que adornaban el principal, se distinguia el de *Quezalcoatl*, que era tenido por el dios del aire. Era de forma redonda y la puerta representaba la boca abierta de una serpiente. Delante la primera entrada del templo mayor, se veia un vasto edificio enteramente lleno de cabezas de víctimas humanas que habian sido sacrificadas.

El palacio principal, residencia ordinaria de Motezuma, era construido de cal y piedra y compuesto de un gran número de casas muy espaciosas, pero poco elevadas; veíanse cinco puertas muy grandes en cada una de las cuatro fachadas que lo adornaban; interiormente estaba dividido por tres uastos patios, en el del medio se encontraba una magnífica fuente. Daban gran realce á este edificio unos espa-

ciosos y bien adornados solones con mas de mil aposentos. Algunas de estas piezas estaban embutidas de unos mármoles muy finos, otras de piedras muy raras y preciosas; los techos y pavimentos eran de cedro, de ciprés y de otras varias maderas perfectamente trabajadas y esculpidas; habia tambien una sala tan grande que era capaz de contener tres mil personas. Tenia ademas Motezuma un serrallo, habitaciones separadas para cada uno de sus ministros, de sus consejeros y para todos los dependientes de su casa y de su corte que era tan numerosa como brillante. Tenia asimismo grandes casas de placer y recreo, destinadas la una para las aves mansas y domésticas, la otra para las de rapiña, para los cuadrúpedos y reptiles, de modo que parecia habian sido las mas hermosas del mundo. La primera contenia muchos aposentos y unas galerías sostenidas por medio de columnas de mármol de una sola pieza; las galerías daban al jardin, en el cual en medio de arbustos veíanse diez estanques, los unos de agua dulce, los otros de agua salada que contenian toda clase de animales acuáticos tanto de los rios ó lagunas como de mar. Alimentábanse en otras partes del edificio un número considerable de aves de toda especie, estando destinados 300 hombres para cuidarlas y recojer sus plumas en ciertas estaciones, las cuales servian para formar las telas, pintu-

ras y demas adornos tan celebrados y admirados de todo el mundo. Eran en tan prodijioso número las salas y aposentos de esta casa admirable, que no duda Cortés en asegurar que habrian podido alojarse en ella dos grandes monarcas con toda su corte. El otro edificio destinado para las bestias feroces contenia vastos patios cuyo piso era de baldosas cuadradas y dividido en varios aposentos. En uno de estos patios estaban las fieras de todas clases encerradas en distintas habitaciones subterráneas de mas de seis piés de profundidad y de 16 en amplitud y lonjitud; matábanse cada dia para su alimento mas de quinientos pavos. Habia asimismo en este odificio un gran número de salas bajas, llenas de fuertes jaulas de madera que contenian lobos, gatos salvajes, leones, tigres y una multitud de otras bestias feroces, veíanse tambien cocodrilos, serpientes é infinitos peces nadando en magníficos estanques. Todos estos palacios estaban rodeados de hermosísimos jardines de una vastísima estension.

El arsenal era un gran edificio lleno de toda especie de armas ofensivas y defensivas de las que se servian estos pueblos, y de toda clase de adornos y enseñas militares; estaban empleados muchos operarios en la fabricacion de esas armas y de otros objetos.

Estaba rodeado el mercado de un pórtico

inmenso bajo el cual se esponian las mercancías; consistian estas en comestibles, en adornos de oro, de plata, de piedras preciosas, en conchas, en plumas, en vasos de mucho primor, en cueros y en telas de todo genero fabricadas con mucho gusto. Hallábanse tambien tejas, vigas, clavos, toda especie de útiles para un edificio; habia puestos destinados para la venta de objetos de caza, otros para legumbres, frutas y todo cuanto es necesario á la manutencion del hombre; veíanse asimismo casas destinadas para afeitar con sus dependientes necesarios. Observábanse ademas uñas habitaciones bajas que parecian boticas de farmacéuticos, en las cuales se vendian medicinas preparadas, ungüentos y emplastos; del mismo modo habia otras casas á manera de fondas en las que se daba de comer y beber á precios convencionales. A fin de evitar la confusion, cada género de mercaderia se vendia en un lugar separado. En medio de esta gran plaza estaba situado un edificio, en donde habia constantemente un tribunal compuesto de doce personas, quienes tenian el encargo de decidir las controversias y diferencias que se suscitaban en la venta de las mercaderías. La mayor limpieza reinaba en el mercado lo mismo que en toda la ciudad, todas las mañanas estaban empleados mil hombres en barrer y limpiar las calles.

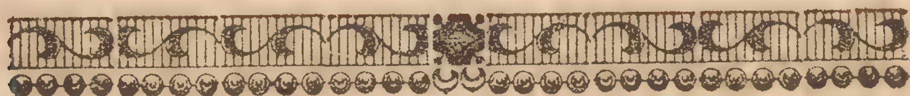
Mucho han discrepado los historiadores primitivos al fijar el número de moradores de Tenochtitlán cuando la conquista, versa la diferencia sobre sesenta mil á un millon y quinientas mil almas. Pero M. de Humboldt, quien ha tratado esta cuestion con su acostumbrada superioridad, dice que ascendian á trescientos mil los habitantes: siendo esto así, se ve que era México la ciudad mas poblada de todo el Nuevo-Mundo y que en aquella época solamente podian rivalizar con ella tres ó cuatro capitales de los estados europeos.

No hemos querido interrumpir la relacion de las maravillas de México para hablar de algunas circunstancias sobrevenidas durante la visita de Cortés; una hay sin embargo que merece ser contada aquí y que tomaremos testualmente de Solís. "Quiso Motezuma, dice, por un sentimiento de vanidad, enseñarles el mayor de sus templos, mandó á Cortés, al padre Olmedo y á algunos capitanes que les acompañaban, que se detuvieran á pocos pasos de la entrada y se adelantó á fin de consultar con los sacerdotes sobre si seria lícito que compareciese ante la presencia de sus dioses una gente que no los adoraba. Resolvieron que se les podria admitir y salieron al instante tres ó cuatro sacrificadores, quienes introdujeron á los estranjeros. Abriéronse en un mismo tiempo todas las puertas de este vasto y magnífico

edificio y encargóse Motezuma de esplicar todo cuanto habia allí de misterioso. Enseñábales los lugares destinados al servicio del templo, el uso de los instrumentos y lo que cada ídolo representaba, todo lo cual esplicó con tanto respeto y tantas ceremonias, que no pudieron menos los españoles de reirse, pero afortunadamente no lo apercibió ó al menos fingió no apercibirse de ello; sin embargo no tardó en lanzarles una mirada penetrante como en ademan de reprimir con ella su irreverencia. Entonces dejándose llevar Hernan Cortés del celo que en su corazon ardia, le dijo: "Permitidme, señor, fijar una cruz de Cristo delante de esas imájenes del demonio y veréis si son dignas de adoracion ó de menosprecio." Enfureciéronse los sacerdotes al oir esta proposicion y Motezuma quedó confuso y mortificado, faltándole á un tiempo la paciencia para sufrirlo y la resolucion para enojarse; pero luego que tomó un partido entre su primer resentimento y su celo hipócrita y á fin de satisfacer al uno y al otro: "Pudiérais, díjoles, conceder á este lugar las atenciones y respetos, por lo menos, que debeis á mi persona." Al acabar de pronunciar estas palabras salió del templo para que le siguiesen, pero se detuvo en el átrio, en donde pronunció con menos emocion: "Ya podeis ahora, amigos mios, volveros á vuestro alojamien-

to, porque quiero quedarme aquí para pedir perdon á mis dioses del esceso de mi paciencia.” Notable palabra causada por el embarazo y confusion en que se hallaba y espresada en términos que daban á conocer su determinacion y cuanto le costaba reducirse á los límites de la prudencia y moderacion.

Sin embargo fácilmente obtuvo Cortés en seguida permiso para convertir en capilla una de las salas de su alojamiento y asistió muchas veces Motezuma al santo sacrificio de la misa con decoro y recojimiento.



CAPÍTULO XIII.

Apodérase Cortés de Motezuma y lo conduce á su cuartel.

Podia llenar de asombro á los españoles la novedad de los objetos que á cada paso encontraban, pero sin embargo no dejaban de esperimentar una gran inquietud sobre el peligro de su situacion. Un concurso de circunstancias inesperadas y favorables les habia permitido entrar en el centro de un gran imperio y se hallaban establecidos en la capital sin ningun género de oposicion declarada por parte del monarca. Los tlascaltecas habian hecho constantes esfuerzos para disuadirles de que entraran en una ciudad tal como México, cuya posicion singular les abandonaba á merced de Motezuma, quien ninguna confianza les inspiraba y de donde les seria imposible escaparse:

habian advertido á Cortés que si el emperador estaba determinado á recibirlos, era por consejo de los sacerdotes, quienes en nombre de sus dioses le habian sujerido este medio para destruir de un solo golpe y sin peligro alguno á todos los españoles. Veia entonces el general claramente que no eran sin fundamentro los temores de sus aliados, que si se rompian los puentes que de distancia en distancia habia construidos sobre las calzadas y se destrozaban partes enteras de ellas, era imposible su retirada y estaria encerrado en medio de una ciudad enemiga y atacado y derrotado por su inmensa muchedumbre sin que tuviesen sus aliados tiempo para auxiliarle. Motezuma en verdad habíale recibido con grandes muestras de respeto; pero ¿podian ser miradas como sinceras? Dependia la salvacion ó ruina de los españoles de la voluntad de un príncipe sobre cuyo afecto no se podia contar y quien podia causar irremisiblemente su pérdida con una sola órden dada por capricho ó una sola palabra proferida en medio de su cólera.

Esas reflexiones que al mas rudo soldado se presentaban, no podian menos de agitar vivamente el espíritu de Cortés; tenia un motivo muy poderoso y desdichadamente muy verdadero para dudar de la sinceridad de Motezuma. La junta de la Vera-Cruz le habia enviado unos pliegos cerrados que le causaron gran

sensacion; en ellos se le noticiaba que Qualpopoca, general mexicano y gobernador de una ciudad que estaba situada sobre la costa, habia recibido órden de Motezuma para atacar á los totonaques y sojuzgarlos, que en consecuencia habia ya hecho muchas escursiones por su territorio y les habia castigado cruelmente por su alianza con Cortés, que los indios habian pedido socorro al gobernador de la Vera-Cruz, que Escalante despues de muchas tentativas para hacer cesar las hostilidades, se habia visto precisado á marchar contra Qualpopoca y dar una batalla en el plano de Naotlan, consistiendo sus fuerzas en dos mil indios, cuarenta españoles, dos caballos y dos cañones muy pequeños. Desde el principio de la accion quedaron derrotados los indios por los mexicanos, huyendo en todas direcciones, pero Escalante y sus valientes compañeros continuaron el combate con una intrepidez sin igual. Ayudado de su artillería les obligó á que tomaran la retirada, persiguiólos vivamente, causando la muerte de muchos de ellos, quedó en fin la victoria para los españoles, pero tuvieron que lamentar algunas pérdidas. Murieron siete soldados y el mismo Juan de Escalante murió tambien al cabo de pocos dias de resultas de sus numerosas heridas. Lograron los mexicanos apoderarse de un soldado herido quien no tardó en morir, en seguida le

cortaron la cabeza y la enviaron á Motezuma enseñándola en todas las poblaciones, á fin de probar que los españoles, ni eran inmortales ni invencibles. Leemos en las relaciones de Cortés que habia tenido ya conocimiento de esa desgracia antes de partir de Cholula y que habia procurado ocultarla á fin de no desmayar á sus compañeros.

Agravaba esta circunstancia en gran manera su situacion presente, porque preveia que no podia permanecer en México sin peligro, y que seria igualmente peligrosa la retirada. Aumentaban cada dia sus inquietudes y temores nuevos informes, nuevas relaciones, habia logrado ponerse en contacto con mexicanos de elevada categoría, y en las conferencias secretas que tuvo con ellos, supo que se tramaba contra él alguna conspiracion. Parecia que la gran masa del pueblo habia vuelto á entregarse á sus ocupaciones habituales y que permanecia tranquila, pero la conducta de los nobles y caciques daba á comprender que estaba preparando alguna empresa importante. Habian dicho algunos abiertamente que era preciso romper los puentes de las calzadas. Los espias de Cortés le noticiaron tambien que habia recibido Motezuma la cabeza del prisionero y tenia mucho cuidado en que este hecho no fuese conocido de los españoles.

Todos estos sucesos demostraron claramente

á Cortés la justicia de sus sospechas, y en tan inminente peligro conoció la necesidad que tenia de salir de esta deplorable situacion por un medio pronto y atrevido, retiróse á su aposento y pasó toda la noche en una terrible agitacion. Por último, despues de haber pensado sobre los planes que su génio activo y fogoso iba presentando sucesivamete á su imaginacion, se determinó por el mas arriesgado y estraordinario.

Al amanecer reunió á algunos de los oficiales y soldados que por su valor, por su esperiencia y afecto merecian esta muestra de alta confianza; manifestó al consejo los peligros de la situacion en que se hallaba, la poco confianza que inspiraba Motezuma y las grandes y poderosas razones que militaban para temer su perfidia; fundóse en el desastroso acontecimiento sobrevenido en la Vera-Cruz, esplicó detalladamente todas las circunstancias que probaban á su entender la parte que en este ataque habia tenido Motezuma, contó por último cuanto habia sabido acerca de los ocultos manejos de los mexicanos. Esas revelaciones que hizo Cortés con una emocion que iba aumentando á cada paso, causaron una profunda sensacion en el ánimo de los que las escuchaban. Llegó al mas alto grado su sorpresa, cuando volviendo Cortés á tomar la palabra, les dijo que únicamente veia un medio para poder evitar las

desgracias que les amenazaban, que consistia este en apoderarse de Motezuma y conducirlo al cuartel como un rehen sagrado, y por consiguiente que les pedia su parecer. Encontradas andaban las opiniones; reflexionaban los unos que esta medida seria funesta, que les acarrearia su completa destruccion; pensaban otros que seria mas prudente retirarse á la Vera-Cruz; pero el ardiente é intrépido Velazquez de Leon y el decidido Gonzalo de Sandoval aprobaron y apoyaron con gran energía el parecer de Cortés. En fin, despues de una larga y animada discusion, todos los miembros del consejo adoptaron unánimemente el plan propuesto por su general. Cuando se trató de ponerlo en ejecucion, Cortés ya lo tenia todo previsto. Dotado de una sagacidad estraordinaria habia concebido que no debia presentarse en el palacio con todas sus fuerzas; este aparato no acostumbrado habria despertado indudablemente las sospechas y comprometido el buen éxito de esta accion, era menester entrarse en palacio con algunos hombres resueltos y atrevidos del modo que tenian de costumbre sin escitar la curiosidad de los mexicanos, quienes estaban habituados á ver todos los dias al general que visitaba al soberano con una pequeña escolta. Elijió Cortés á Alvarado, á Sandoval, á Velazquez de Leon, á Francisco de Lugo y á Alonso Dávila, capitanes de

un valor esperimentado y que disfrutaban de toda su confianza; igualmente fueron designados para esta memorable empresa cinco soldados cuyo arrojo y entusiasmo eran de todos bien conocidos; entre ellos se hallaba Bernal Diaz del Castillo. Debian estar esparcidos por los alrededores del palacio 25 hombres de lo mas escojido del ejército, dispuestos á manifestarse y á reunirse á la primera señal, mientras que todas las demas tropas españolas y aliadas puestas bajo las órdenes de Cristóbal de Olid y de Diego de Ordaz se aguardarian en el cuartel, prontas á marchar al combate, en caso de que lo hiciera necesario la resistencia de Motezuma.

Estando todo bien convenido, dirijiéronse al palacio Cortés y sus compañeros, quienes fueron admitidos sin dificultad en presencia del monarca: despues de los primeros cumplimientos, de las primeras ceremonias, empezó el general con un tono severo y amenazador á quejarse de la conducta de Qualpopoca, manifestó el gran asombro y admiracion que le habia causado el que el emperador que se habia mostrado en apariencia amigo de los españoles, hubiese dado órdenes secretas para su total esterminio. Describió asimismo con alguna exageracion las crueldades que con los totonaques se habian cometido y acusó formalmente á Motezuma de haber escitado la traicion de

los de Cholula; díjole que por motivos de respeto y de prudencia no se habia quejado hasta entonces, pero que al saber los nuevos proyectos formados por los mexicanos, se habia decidido á tomar medidas eficaces para su seguridad y la de sus compañeros. Cuando doña Marina y Aguilar hubieron traducido á Motezuma la acusacion contra él formulada, se quedó perplejo y confuso, guardó silencio algunos instantes y perdió el color, sea que se considerase culpable, sea que se hubiese indignado del insulto en su persona cometido. Venciendo al fin su emocion negó que hubiese dado órdenes á Qualpopoca y para probar su sinceridad, ordenó inmediatamente á uno de sus capitanes que le trajese preso á Mexico. Afectó Cortés estar satisfecho y que estaba del todo convencido de que un monarca tan poderoso ninguna parte habia tomado en aquel crímen, pero que era menester calmar los temores de los españoles, quienes eran capaces de abandonarse á los actos de la mas terrible desesperacion, que para convencerles de la rectitud de sus intenciones y para darles una prueba de su confianza era necesario que abandonara su palacio y fuera á morar algunos dias en el cuartel español. Quedó mudo y sin movimiento Motezuma, quedó estupefacto al ver que un hombre en quien ninguna superioridad debia reconocer, se atreviera á hacerle una proposicion tan es-

traña, tan absurda. Cobrando en fin brios con la indignacion, respondió con orgullo, que no estaban acostumbrados los monarcas mexicanos á hacerse ellos mismos prisioneros y que si tuviese la debilidad y bajeza de consentir en ello, no permitirian sus vasallos que quedase impune tal afrenta hecha á su soberano.

Empleó Cortés todos los recursos de su elocuencia para persuadirle que andaba equivocado en creer que volviéndose al cuartel seria prisionero, cuando era su intencion tratarlo con el respeto debido á su categoría; á mas de que el cuartel era uno de sus palacios y habia servido de residencia á uno de sus antecesores y por consiguiente ninguna alarma ni sorpresa causaria al pueblo el verle estarse allí algunos dias. Permanecia Motezuma firme y constante, duraba ya la discusion mas de tres horas siendo muy viva, muy animada; estaban impacientes Cortés y los suyos de este largo retardo que podia serles muy funesto, cuando de repente Juan Velazquez de Leon echóse á decir en alta voz: "Por qué perder el tiempo en vanas palabras? Que consienta en hacerse prisionero, ó le atravieso de parte á parte el corazon." La amenazadora y tumultuosa voz de Velazquez, el gesto terrible con que acompañó estas palabras, llenaron a Motezuma de espanto, quien preguntó á doña Marina que era lo que decia este hombre con tanta cólera. Al

instante esta muger con tanta sagacidad como dulzura le respondió en voz baja, como si tan solo él debiese oirlo: "Yo soy, príncipe, súbdita vuestra, deseo vuestra felicidad, soy confidente tambien de esos estranjeros, y conozco á fondo su carácter, haced por consiguiente lo que os piden y sereis tratado con la mayor consideracion y respeteto, pero si haceis resistencia, ningun escrúpulo tendrán en quitaros la vida."

Estas palabras de doña Marina acabaron de determinar al monarca y sin dar tiempo á ninguna réplica, se levantó diciendo: "Apresurémonos pues á partir para vuestro cuartel puesto que así lo quieren los dioses; yo me fio en vuestro honor." En seguida llamó á sus capitanes y cortesanos y les comunicó su determinacion A pesar de su asombro y dolor ninguna representacion hicieron al soberano, cuya voluntad era para ellos sagrada. Colocáronle en unas andas y lo acompañaron al cuartel en medio del mas profundo silencio y con los ojos bañados en lágrimas. Apenas se esparció por la capital esta noticia, cuando se observó un tumulto en el pueblo, amenazando esterminar á los estranjeros para castigarlos de su audacia impía. Pero luego que vieron á Motezuma comparecer con la sonrisa en los labios, haciéndoles señas con la mano y declarándoles que iba por su gusto á residir por al-

gun tiempo en medio de sus amigos, apaciguóse el motin y se dispersó el pueblo tranquilamente.

"Así es, dice Robertson, que un monarca poderoso se vió en medio de su capital y en medio del dia, arrebatado por un puñado de estrangeros y conducido prisionero sin resistencia y sin combate. Nada presenta la historia que pueda compararse á este acontecimiento, y si no fuesen probadas todas las circunstancias de este hecho por los mas auténticos testimonios, parecerian tan estrañas y tan increibles que ni siquiera se encontrarian en el grado de verosimilitud necesaria para admitirlas en una novela."





CAPÍTULO XIV.

Suplicio de Qualpopoca.—Humillacion de Motezuma.

Fue recibido Motezuma con las muestras de respeto que Cortés habia prometido, nada se mudó en su método de vida, se le trató con el mismo coremonial que si hubiese estado en medio de su palacio, acercábanse libremente á su persona sus ministros y cortesanos, ejercia por último lo mismo que antes todas las funciones de su gobierno. Eran servidas con gran magnificencia sus comidas, convidaba siempre á sus banquetes á sus mas íntimos amigos y hacia distribuir á sus soldados los platos que quedaban. No tardó en acostumbrarse á ese nuevo género de vida y pareció complacerse de estar en medio de los españoles, elijiendo con preferencia á los mas distinguidos por su naci-

miento, por su educacion y talento; pero sus mas favoritos eran Cortés y Alvarado, de cuyas gracias, de cuyos méritos físicos estaba altamente admirado. Algunas tardes jugaba con Cortés al *totoloque*, especie de juego que consiste en derribar ciertos pequeños bolillos de oro puestos á una proporcionada distancia por medio de bolas del mismo metal. Repartia Motezuma sus ganancias con los soldados españoles y Cortés por su parte daba las suyas á los mexicanos.

Procuraba el general hacer la prision del cautivo no solamente soportable sino agradable, llegando hasta á lograr que el emperador se uniese á él con los mas estrechos lazos de sincera amistad; entonces se le concedió un poco de libertad; permitiósele visitar los templos é ir á cazar, diversion á la cual se abandonaba con una alegría infantil, aunque estuviese rodeado siempre de una considerable guardia. "En fin, dice Diaz, sea que fuese naturalmente pacífico y liberal, sea que la desgracia le hubiese hecho mudar de carácter, sea que se hiciese él mismo violencia para agradar á los españoles, lo cierto es que se atrajo las simpatías de todos y logró que se hiciera amar como un hermano, dando aun á dos de sus hijas en matrimonio á los estranjeros."

Veinte dias habian ya trascurrido, cuando condujeron á México á Qualpopoca, á su hijo

y á sus principales oficiales, todos cargados de hierros y cadenas. Presentóse Qualpopoca ante su soberano con la respetuosa confianza de un servidor que sabe no haber merecido la desaprobacion de su superior, pero Motezuma lo recibió con menosprecio y mandó entregarlo á Cortés a fin de que se formase su proceso y se castigase si se probaba ser culpable. Habiendo sido interregados Qualpopoca y sus oficiales, confesaron con repugnancia que no habian obrado sino en virtud de las órdenes de Motezuma; el consejo de guerra los condenó á pena de muerte. Dió Cortés al monarca conocimiento de este decreto diciéndole que los criminales le habian acusado de ser él el primer autor de su atentado, que en atencion á su dignidad, á su conducta recientemente observada, se le perdonaria la vida, pero que era preciso expiase su participacion en el crímen con un castigo personal, y sin darle tiempo de replicar mandó á un soldado que pusiese en prisiones al emperador.

Persuadido el monarca de que su persona era inviolable y sagrada y considerando esta profanacion como un preludio de su próxima ruina, esprimió sus sentimientos con grandes jemidos, sus cortesanos enmudecidos de horror, arrojáronse á sus piés bañándolos con lágrimas, y sosteniendo sus cadenas, se esforzaron con respetuoso cariño y ternura, á alijerarle

del peso. Apresurábanse entretanto los preparativos para la ejecucion de la sentencia de los condenados; en la plaza, en frente del palacio se levantaba una inmensa hoguera con todas las armas amontonadas en los arsenales para la defensa pública. Qualpopoca y sus tres cómplices fueron arrojados á las llamas y qnemados vivos. Vió un innumerable pueblo sobrecejido de terror y lleno de asombro, el doble insulto hecho á la majestad de su emperador; uno de sus generales castigado severamente por una autoridad estranjera y devoradas por las llamas las armas construidas y rejidas por sus antepasados para la seguridad del Estado.

Despues de la ejecucion de la sentencia quitó Cortés con sus propias manos los grillos á Motezuma, asegurándole que de allí en adelante todo quedaba olvidado. El príncipe que habia mostrado una debilidad indigna de un hombre, se abandonó instantáneamente á la mas viva alegría y pasó de repente del esceso de la desesperacion á los trasportes del agradecimiento y respeto hácia sus libertadores. El general cuya política era tan profunda, mandó quitar todas las centinelas, anunciándole que estaba libre y que podia volverse á su palacio Respóndiole Motezuma que el interés mismo de los españoles no le permita abandonarlos, porque su nobleza y su pueblo le

obligarian á tomar las armas contra ellos. Esta contestacion era fingida y ocultaba un engaño, porque habia sabido Cortés por medio de doña Marina sus ocultos pensamientos: no era decoroso á su dignidad separarse de los españoles, hasta que se hubiesen retirado de su corte, porque perderia mucho de la estimacion de sus vasallos, si llegaban á persuadirse que obtenia la libertad de mano ajena; así quedaron los dos igualmente contentos y satisfechos.

La muerte de Qualpopoca y la humillacion de Motezuma despertaron la enerjía de algunos bravos mexicanos, quienes quisieron vengar el honor de la nacion y sacarla del estado de abatimiento en que estaba sumerjida. Cocumatzin, sobrino del emperador, intentó sublevarse contra los españoles; al efecto reunió todos los nobles de Tezcuco y les propuso declarar la guerra á los estranjeros, lo cual aceptaron los concurrentes con unanimidad. Estos síntomas empezaron á alarmar á Cortés; conocia muy bien los terribles efectos que produce sobre los hombres tímidos y oprimidos una reaccion moral, veia claramente que su resolucion y valor superarian á su apatía pasada y que la violencia de su ódio se mostraria abiertamente cuando la apoyaran fuerzas suficientes. Motezuma mismo no estaba tranquilo, porque se decia que Cacumatzin queria

apoderarse de la corona bajo pretesto de que no siendo libre el emperador, no podria hacerse obedecer. En consecuencia envió el monarca á su sobrino una órden formal para que abandonara sus proyectos, y al propio tiempo hízole decir Cortés que cesara en sus preparativos; pero Cacumatzin despreció estas órdenes, declaró que estaba firme en su resolucion, que no queria ser engañado ni intimidado por los españoles, y por consiguiente les intimaba que abandonaran prontamente á México y se volvieran á su país, si no querian desafiar la tormenta que iba á estallar sobre sus cabezas.

Alarmado Cortés con esta enérgica determinacion, se preparó para ir á hacer frente al enemigo; pero impidiósele Motezuma, manifestándole los inminentes peligros que corria si intentaba atacar una ciudad tan fuerte como era Tezcuco, segunda plaza de México por su esplendor y magnificencia. Invitó el monarca á su sobrino á que pasara á la capital, en donde tendria una entrevista con Cortés, en la cual se resolverian con facilidad sus disputas y querellas.

Indignado altamente Cacumatzin al ver el gran interés que tomaba su tio por los estranjeros, rechazó con desprecio la oferta que se le hacia, diciendo que iba á presentarse allí, no para perder el tiempo en inútiles conferen-

cias, sino para poner á salvo el honor nacional que habian mancillado los españoles.

Conoció Motezuma que al mas mínimo incidente que aconteciese, era responsable de la conducta de su sobrino, y por lo tanto resolvió oponerse á sus designios apoderándose de su persona, logró formar una conspiracion secreta contra el mismo conjurado, y en el momento en que menos lo esperaba Cacumatzin, fué preso, conducido á México y puesto á disposicion de Cortés. Eligió en seguida el general un sucesor, propuso á Motezuma nombrar al hermano de Cacumatzin, quien afortunadamente algunos dias antes habia logrado escaparse de los golpes de sus asesinos enviados por aquel, diciendo que era jóven de talento, digno de ocupar el puesto á que se le destinaba. Consintió el monarca en esta demanda y manifestó al nuevo príncipe que debia este alto favor á la intercesion de Cortés. Privados los nobles de su jefe, licenciaron sus tropas y pidieron un perdon, el que les fué al instante otorgado. "Esta tempestad que contra el héroe español se habia formado, dice Solís, fué disipada tan felizmente, que salió del peligro con nueva magnificencia, parte por su habilidad, parte porque le favorecieron las mismas circunstancias, puesto que Motezuma mismo creyó que á él debia la quietud y reposo de su estado. El primer príncipe del imperio fué

elegido por el favor de Cortés á esta alta dignidad y encontró así un medio de trasformar en amigos á los mismos que habian intentado destruirle, adquiriendo por tanto mayor ascendiente y prestigio.”

Continuó Cortés en dirijir los consejos de Motezuma y á ejercer en su nombre un absoluto poder, elijió á algunos españoles, encargándoles que visitaran las diferentes partes del imperio en compañía de muchos mexicanos nombrados por el emperador para servirles de guias y defensores. Recorrieron muchas provincias, examinando la naturaleza del suelo y sus producciones, observaron con mayor cuidado los terrenos que podian suministrar oro y plata, reconocieron diferentes parajes propios para fundar en ellos colonias y se esforzaron en disponer los espíritus al yugo de la España, mientras que Cortés en nombre y con autoridad de Motezuma, despojaba de sus empleos á los principales funcionarios del imperio, de quienes recelaba á causa de su talento ó carácter independiente, se opusieran á su voluntad, reemplazándoles por hombres sin capacidad ni instruccion, ó mas dispuestos á sufrir la esclavitud.

Animado Cortés con tantas pruebas de servil obediencia del monarca á todas sus voluntades y caprichos, intentó dar un paso mas elevado, incitó á Motezuma á que se recono-

ciera por vasallo del rey de Castilla, reuniendo las dos coronas y á pagarle un tributo todos los años. Sometióse Motezuma á este sacrificio, llamó á todos los magnates del imperio y en una estudiada arenga les contó las tradiciones y profecias que anunciaban desde largo tiempo la llegada de un pueblo de la misma raza que ellos y que debia tomar posesion del poder supremo; declaróles que creia ver ese pueblo en los españoles, que reconocia los derechos de su soberano sobre el imperio de México, que queria depositar la corona á sus piés y ser desde luego tributario suyo Al pronunciar este discurso, echóse de ver cuan dolorosamente afectado estaba de la humillacion que sufria, los suspiros y las lágrimas le interrumpieron con frecuencia la palabra. A pesar del abatimiento de su espíritu y de su valor conservaba aun bastante sentimiento de su dignidad para esperimentar las angustias é inquietudes que desgarran el corazon de un soberano que se ve reducido á despojarse del poder. Así que articuló las primeras palabras que dieron á conocer su determinacion, participó la asamblea de un mudo asombro y no tardó en oirse un confuso murmullo que manifestaba á la vez el dolor y la indignacion; parecia que los mexicanos querian lanzarse á cometer algun acto de violencia, mas Cortés apaciguó á proposito ese movimiento, declarando que las

intenciones de su rey no eran privar á Motezuma de su corona ni causar innovacion alguna en las leyes del imperio. Esta seguridad sostenida con el temor que inspiraban los españoles y con el ejemplo de sumision que daba el emperador mismo, dió márgen á que la asamblea manifestara su consentimiento unánime y espontáneamente.

Al dia siguiente celebróse con toda la solemnidad que se emplea en semejantes ocasiones el acto de fé y de homenaje. Tuvo lugar la ceremonia á presencia de todos los oficiales y de la mayor parte de los soldados españoles, quienes parece sentian profundamente la emocion y la afliccion del monarca. Renovó Cortés la promesa que habia hecho á la asamblea de los nobles, declaró que no intentaba su rey quitar á Motezuma la posesion de su imperio, antes al contrario que esta quedaria aumentado con todos los demas paises que de allí en adelante podrian conquistar los españoles.

Hecho ya vasallo el emperador del rey de España, poco le costó á Cortés persuodirle de que habia de pagarle un tributo. Fué el presente de una estraordinaria magnificencia, contribuyendo los nobles á ello con mucha liberalidad. Reunieron entonces los españoles objetos de inestimable valor; fundiéronse las joyas de oro y plata, cuyo producto ascendió á 600.000 pesos, sin contar las alhajas que se

conservaron intactas por estar trabajadas con mucho primor y hermosura. Esperaban los soldados con impaciencia que se repartiera este tesoro.

He aquí cómo se procedió á ello; de la suma total se apartó el quinto para los derechos del rey, y del resíduo, segundo quinto para Hernan Cortés, general en jefe; se destinó en seguida otra cantidad para satisfacer las deudas contraidas para los gastos del ejército; todo lo demas se repartió entre las tropas á proporcion de su rango; despues de tantas divisiones, de tantos descuentos, no pasó de cien pesos la parte que tocó á cada individuo. Esta suma correspondió muy poco á sus esperanzas, así es que algunos soldados la rehusaron con desden, otros se quejaron amargamente, y para apaciguarlos, vióse obligado Cortés á arengarles prometiéndoles un porvenir mas brillante, asegurándoles nuevas aventuras. Así, aunque los españoles hubiesen usado de todo su poder y hubiesen puesto en juego toda clase de medios para conseguir oro, y Motezuma mismo hubiese agotado todos sus tesoros y todos los de sus antepasados, no hubieran podido recoger sino la suma arriba citada, considerable, es verdad, con relacion á la época, pero bien insignificante, si se compara con las grandes riquezas que ha derramado México despues en el tesoro español.

Habia llegado el momento en que la fortuna que habia conducido á Cortés como por la mano, digámoslo así, en un instante iba á dejar de serle favorable. Empezaban los nobles á avergonzarse de su inaccion, reflexionando sériamente sobre las desgracias que pesaban sobre su país; veian á su monarca prisionero, insensible aun á su envilecimiento, á Cacumatzin y á otros jefes célebres por su valor ó talento, envueltos en la desgracia, diariamente insultada la majestad de sus dioses y todo su imperio sometido á las huestes estranjeras. Apresuró Cortés sin quererlo la manifestacion de esos sentimientos. Habia solicitado en sus frecuentes comunicaciones con Motezuma renunciar á esos falsos dioses y abrazar la fé cristiana: cansado y fastidiado de tanta obstinacion, se puso al frente de sus soldados para ir á derribar los ídolos del gran templo; al ver esto los sacerdotes tomaron las armas y corrió el pueblo en tropel para defender sus dioses; iba á trabarse una accion sangrienta, si el general no hubiese renunciado á su proyecto; limitóse á hacer colocar en el templo un crucifijo y una imájen de la santa Vírgen.

Valiéronse hábilmente los sacerdotes de esta circunstancia para despertar la energía de los nobles, tuvieron con Motezuma una entrevista secreta y le pidieron autorizacion para obrar, pero el emperador en lugar de emplear

la fuerza, prefirió poner en juego medios mas suaves: mandó llamar á Cortés y le dijo que seis meses habia que estaba en México y que habiendo cumplido ya el objeto de su mision, no tenia motivo alguno para prolongar su permanencia; que tanto los dioses como el pueblo querian que abandonara inmediatamente su país, pues de lo contrario peligraria su seguridad. Conoció Cortés por el tono determinado con que pronunció el monarca esta proposicion, que era el resultado de algun gran proyecto convenido entre Motezuma y los nobles, comprendió que mucho mas ventajoso seria fingir ceder á los deseos del monarca, que esforzarse en vano en combatirlos. Respondió sin titubear y sin perturbarse que estaba ya ocupado en los preparativos de su marcha, pero que como habia destruido sus bajeles necesitaba tiempo para construir otros. Fué acogida favorablemente esta respuesta, en efecto era dificil contestar á ella. Abrazó Motezuma á Cortés y le concedió todo el tiempo necesario, manifestando que no queria precipitar la marcha de sus amigos, puesto que era ya su intencion abandonar á Mexico. Enviáronse á la Vera-Cruz obreros mexicanos á fin de que recorriesen los parajes en los que se podria cortar madera; estaban bajo la direccion de carpinteros españoles, quienes debian construir los navíos, pero Cortés les habia encargado

ocultamente que hicieran nacer obstáculos, nuevas dificultades á fin de ganar tiempo y aguardar á Portocarrero y á Montejo, quienes habian de volver de España con numerosos refuerzos. En efecto, ocho dias despues, declaró Motezuma á Cortés que eran ya inútiles sus preparativos, puesto que podia embarcarse en bajeles de su nacion: enseñóle al mismo tiempo las pinturas que habia recibido por sus correos, se leia en ellas la llegada á la costa de 18 navíos españoles. Escuchó Cortés esta noticia con trasportes de la mas viva alegría, cuyos motivos eran bien diferentes de los que se presumia Motezuma, y se retiró al instante esperando con ansiedad cartas de la Vera-Cruz (20)





CAPÍTULO XV.

Espedicion de Pánfilo de Narvaez.

Unos nueve meses habian trascurrido desde que Portocarrero y Montejo se habian hecho á la vela para España. Esperaba Cortés con impaciencia su vuelta, confiando recibir de manos del rey la confirmacion de su autoridad, la cual sin este requisito era incierta y precaria. Por gigantescos y rápidos que hubiesen sido sus progresos, no podia contar en llevar á cabo la conquista de un gran imperio con las pocas tropas que le quedaban, ni recibir tampoco ningun auxilio de los establecimientos de las islas sin haber obtenido del rey la aprobacion de su pasada conducta. Mientras que permanecia en esta cruel y angustiosa situacion, inquieto sobre lo pasado, incierto sobre

el porvenir, mientras que iban aumentándose sus temores por las declaraciones hechas por Motezuma, la presencia en la costa de navios europeos le infundió esperanzas que debian ser pronto destruidas. Vino á notificarle un correo de Sandoval que habia sucedido á Escalante en el mando de la Vera-Cruz, que aquella armada habia sido organizada por el gobernador de Cuba, y que lejos de traerle socorros, venia para declararle la guerra. No habia podido equivocarse Velazquez por largo tiempo sobre las verdaderas intenciones del hombre que habia puesto al frente de la espedicion: corroboráronse sus sospechas, cuando vió que no se le daba cuenta alguna de las operaciones, llegando por último á quedar profundamente convencido por la imprudencia de Portocarrero y de Montejo, quienes, por motivos desconocidos, habian tocado en la isla de Cuba á pesar de las órdenes positivas y terminantes del general. Conmovido estaba Velazquez por las dos pasiones que mas agitan el corazon humano; la venganza de haber quedado engañado y la rabia de ver inutilizada su ambicion; queria castigar á Cortés por su conducta que graduaba de traidora y satisfacer al propio tiempo su venganza despojándole de toda su autoridad. Los medios para conseguirlo, se los proporcionaba el nuevo poder del que acababa de estar revestido.

Habia sido nombrado presidente del consejo de las Indias el obispo de Búrgos, hombre eminente é íntimo amigo suyo, en el momento en que se habia recibido en España la relacion del descubrimiento de Grijalva junto con algunos tesoros del país. Velazquez habia adquirido por la influencia de este prelado poderes y privilegios muy ámplios. Altivo con esas muestras de alto favor y mirando á Cortés no solamente como un usurpador de su gobierno sino tambien como un rebelde, se determinó á vengar por medio de las armas los derechos y la autoridad del soberano, satisfaciendo principalmente su resentimiento personal; en poco tiempo organizó un ejército que constaba de ochenta caballos, 800 infantes y doce piezas de artillería con abundante provision de bastimentos, armas y municiones. Puso al frente de ese cuerpo formidable en aquellas circunstancias, á Pánfilo de Narvaez con órden de apoderarse de Cortés junto con sus principales oficiales y enviarlos prisioneros, y con el permiso de que llevase á cabo el descubrimiento y la conquista del país.

Despues de un viaje dichoso, desembarcó Narvaez sus tropas cerca de San Juan de Ulúa, encontraron estas á tres soldados que estaban empleados en el descubrimiento de las minas, quienes se unieron á su partido; informaron al capitan de la situacion de Cortés, la cual

pintaron como desesperada y hecha mas crítica aun por el descontento de las tropas. Aumentaron esas relaciones las esperanzas de Narvaez: resolvió desde luego tratar con Sandoval á fin de que le rindiese la fortaleza de la Vera-Cruz, y encargó esta mision á un clérigo llamado Juan Ruiz de Guevara, hombre activo, resuelto, pero brusco, de un carácter furioso, colérico, muy impropio por cierto para un sacerdote. Comunicó Guevara á Sandoval las órdenes que acababa de recibir; este permaneció constante en su fidelidad á Cortés, lo cual escitó la cólera del enviado hasta el punto de tratar al general y á todos sus amigos de traidores, dignos del último suplicio, manifestando que no se tardaria en imponérseles; al ver esto Sandoval y perdiendo toda esperanza de hacerle entrar en razon, se apoderó de él y de todos los que le acompañaban enviándolos inmediatamente á México.

Cortés que no ignoraba que se gana mas bien la confianza de los hombres tratándolos afectuosamente que no como enemigos, recibió á Guevara como un compatriota, como un amigo; mandó que le quitaran los grillos, censuró la severidad de Sandoval, prometiendo castigarle por haber despreciado la dignidad de un hombre tan respetable. Con este acto de cortesía, acompañado de agasajos y presentes, logró captarse la confianza de Guevara, consi-

guió informarse fácilmente de todo lo relativo á las fuerzas y proyectos de Narvaez; supo que ese jefe habia representado á él y á sus compañeros como proscritos, culpables de rebeldia hácia su soberano y de injusticia hácia los mexicanos, invadiendo su país y teniendo prisionero al emperador; supo igualmente que habia venido Narvaez con el objeto de manifestar á Motezuma, que el rey de España censuraba en gran manera la conducta que en su nombre se observaba, y que su mision era restituirle la libertad y la autoridad, prerogativas de las que tan injustamente habia sido despojado. Habiéndose estendido por medio de los agentes del monarca mexicano estos siniestros rumores, operaron en las provincias un gran cambio, disponiéndose á sublevarse abiertamente y á protejer á Narvaez, considerándolo como un hombre de espíritu que tenia fuerza y voluntad al propio tiempo para librarles de la opresion y envilecimiento en que estaban sumerjidos.

Jamas habian estado sometidos á una prueba mas crítica el valor, la firmeza y la habilidad de Cortés; eran necesarios todos los recursos del ingenio humano para sacarlo de la cruel y triste posicion en que se hallaba (21). Si aguardaba en México la llegada de Narvaez, su pérdida parecia inevitable, porque mientras estaria combatiendo las fuerzas supe-

riores de su adversario, no dejarian los mexicanos de aprovecharse de esta favorable ocasion para derrotar á los estranjeros. Si abandonaba la capital restituyendo al monarca la libertad, perdia del todo á la vez el fruto de sus trabajos y victorias, renunciando en caso de triunfo, á ventajas que no podia volver á recobrar sin estraordinarios esfuerzos é infinitos peligros. Quedábale por último un tercer partido; era este el mas arriesgado, pero le ofrecia mas esperanzas para el porvenir; consistia en dejar en México una parte de sus soldados para asegurarse de Motezuma y manifestarle que no se tenia temor alguno, en seguida con otro puñado de hombres marchar contra Narvaez y atacarlo con decision y valor. Prefiriendo Cortés este último partido, confiaba en su fortuna: quizá su profundo conocimiento del corazon humano le permitia concebir ocultas esperanzas, en las cuales tal vez estaria lejos de contar.

Pero antes de decidir la cuestion por las armas, pensó que seria obrar criminalmente si atacaba á sus compatriotas sin haber probado antes la via de las negociaciones, con las cuales podria enterarse del estado de las tropas de Narvaez, establecer relaciones con ellas y encontrar algunos amigos. Para desempeñar esta importante mision, érale indispensable elegir un hombre de entera probidad y profundas

disposiciones, érale indispensable echar mano de un hombre con cuyas brillantes dotes pudiese contar, porque el destino que iba á encargarle era de alta importancia, como que iba á ensayar los medios para lograr una reconciliacion, y si el éxito no era favorable, ó si alguna perfidia cometia, echaba á perder todo el ejército. Mostró Cortés en esta eleccion su tacto habitual; no designó á ninguno de sus mas valientes oficiales, sino al venerable Olmedo. El carácter de eclesiástico del cual estaba revestido, respetado siempre en aquella época, era en las circunstancias presentes realzado por su calidad de embajador, lo cual debia contribuir á que Narvaez mirase su persona como noblemente sagrada. Ademas de las instrucciones verbales del general, era portador Olmedo de cartas secretas para antiguos amigos de Cortés, tales como Lucas Velazquez y Andrés de Duero Contenian esas cartas magníficas promesas, y el padre Olmedo iba cargado de ricos presentes, destinados á probar que aquellas promesas eran reales y efectivas.

Recibió Narvaez á Olmedo con orgullo y altanería, desechando con menosprecio sus proposiciones; confiado en sus numerosas fuerzas y no dudando del buen éxito, poco se curó en disimular su insolencia: desatóse en amenazas contra Cortés, afirmando que dentro de pocos dias tendria en su poder su cabeza y la de to-

dos sus partidarios. Inútiles fueron los esfuerzos del padre Olmedo para manifestarle con dulzura y elocuencia lo impolítico y criminal que era encender una guerra civil, para persuadirle de que una reconciliacion entre ambas partes seria mucho mas ventajosa para la madre patria y para sus hijos, puesto que en lugar de emplear las armas los partidos contendientes para su recíproco daño, podrian reuniéndose conquistar todo el país con facilidad. Ninguna de esas razones quiso escuchar Narvaez, opinaba sin duda que haria mal en repartir con un odioso rival ventajas y riquezas que podia reservar para él solo.

No habiéndole salido bien al padre Olmedo este medio, ensayó otro para atraerse á los soldados; acompañada su habilidad de las generosidades de Cortés logró los mas felices resultados. Habiéndose ya pronunciado Andrés de Duero decididamente á favor de Cortés, acabó de dejarse seducir con facilidad por un magnífico presente: imitaron su ejemplo muchos otros oficiales y mientras que Narvaez perdia en vano el tiempo en brillantes discursos y arrogantes demostraciones, empleaba el hábil religioso sus momentos en hacerle perder el afecto y la confianza de sus soldados.

Llegaron el licenciado Guevara y sus compañeros, cuyo viaje habia sido muy favorable á la causa de Cortés, alabaron la afabilidad y

generosidad del general, manifestaron que estaba dispuesto á todo ajustamiento, á toda reconciliacion y que estaba únicamente celoso de acrecer la gloria y la fortuna de los españoles. Ganaron estos sentimientos una gran parte de los soldados, declararon que una guerra civil era desastrosa y sobre todo injusta, como que se dirigia contra un hombre que habia hecho tantos y tan señalados servicios. Malcontento Narvaez de esas demostraciones, proh bió á Guevara hablar de los pormenores de su mision; pero el golpe estaba ya dado; lo que se sabia de Cortés iba circulando de boca en boca, y en términos parció tan grande el mal, que creyóse obligado Narvaez á manifestar en público que Cortés y los suyos eran declarados rebeldes á su rey y traidores á su país. Intentó tambien prender al padre Olmedo, pero habiendo desistido de esta violenta medida á instancias de Duero, contentóse en hacerle salir inmediatamente de su cuartel general.

Instruido Cortés de la inutilidad de los esfuerzos del padre Olmedo para obtener un ajustamiento, determinóse marchar contra Narvaez, dejó en la capital 150 hombres bajo las órdenes de Alvarado, confiando á esta pequeña guarnicion la custodia de una gran ciudad, de todos los tesoros y del monarca prisionero. Empleó toda su política en ocultar á Motezu.

ma la verdadera causa de su partida, esforzóse en persuadirle que los estranjeros que acababan de llegar eran amigos suyos, y que despues de una corta entrevista regresarian todos juntos á su patria.

No pudiendo Motezuma penetrar las intenciones de los españoles, ni conciliar lo que se decia con las declaraciones de Narvaez, juzgando que seria peligroso dejar ver respecto de Cortés alguna muestra de sospecha ó de desconfianza, prometióle permanecer tranquilo y profesar á Alvarado la misma amistad que habia tenido con él. Afectó el general dar crédito y fiarse de esta promesa, pero contaba mucho mas con la diligencia de Alvarado para velar á su prisionero; seguro de esto determinó partir en los primeros dias del mes de Mayo del año 1520, seis meses despues de su entrada en México.

Como ponia Cortés su principal confianza en la celeridad de sus movimientos, marchó muy poco provisto de bagajes y de artillería, pero temia mucho la caballería de Narvaez, cuyo ataque apenas podrian sostener sus soldados; para olvidar ese inconveniente, les hizo dar unas lanzas muy largas y muy fuertes de las que se servian los indios de la provincia de Chinantla, las cuales bien manejadas podrian impedir á los caballos el que se aproximasen. Adelantóse entonces rápidamente hácia Zem-

poala, en donde habia establecido Narvaez su cuartel general; á 30 millas de esta ciudad unióse con Sandoval y con la guarnicion de la Vera-Cruz. Esas tropas formaban juntas unos 250 combatientes, siendo de particular que ningun peligro, ningun fracaso temian á causa de su escaso número, ¡tan grandes eran su resolucion y valor! Despacho Cortes de nuevo al padre Olmedo para hacer á Narvaez proposiciones de paz: dijo este que en nada queria consentir hasta que Cortés le hubiese reconocido como gobernador y se hubiese sometido enteramente á sus órdenes. La comunicacion que entre los dos ejércitos se estableció fué de grande utilidad á Cortés, permitiéndole aumentar el número de sus partidarios. Secundóle poderosamente Narvaez mismo; como tenia noticia de las instrucciones que habia dado el gobernador de Cuba á su jóven pariente Velazquez de Leon y como creia encontrarle aun en los mismos sentimientos, escribióle una carta á fin de persuadirle que abandonara una causa totalmente perdida; pero Velazquez de Leon, valiente y generoso soldado, quien á causa de sus méritos y servicios era considerado como el primer ayudante de Cortés, cuyos intereses habia noblemente defendido, se condujo con mucha franqueza y dignidad; así que recibió la carta, fué á presentarla á su general. Conmovido quedó este al ver tamaña

prueba de leal fidelidad, pero no se admiró por ello; como hacia ya largo tiempo que tenia puesta toda su confianza en Velazquez de Leon y en Sandoval, así es que no temia verles ceder á las instigaciones de Narvaez. Dió permiso al primero para ir á Zempoala, el cual lo concedió con tanto mas gusto, en cuanto juzgaba que tal vez durante su permanencia en esta poblacion, podria ganarse el afecto de algunos oficiales. antiguos amigos suyos.

Fué recibido Velazquez con la mas viva alegría y tratado con el mas grande respeto; hízole Narvaez brillantes ofertas, si consentia en abandonar á Cortés, las cuales rechazó con dignidad y energía. "El temor de perder la vida, dijo, no me haria abandonar á un general, á quien miro como el único capaz de llevar á cabo una empresa tan gloriosamente empezada." Tomó luego la palabra un jóven oficial, pariente del gobernador de Cuba, y esclamó que el que sostenia con tanto entusiasmo la causa de un traidor, no tenia sangre de Velazquez y que por consiguiente era digno de cualquier castigo. Sacó al instante la espada Velazquez de Leon, preparándose á dar un sangriento mentís al imprudente jóven, pero impidiéronselo los concurrentes y obligaron á Velazquez y al padre Olmedo á que se volviesen á los reales de Cortés á fin de evitar los accidentes que podia hacer nacer su presencia. Pe-

ro la visita de estos habia reportado ya sus frutos; deslumbradas las tropas por las riquezas que ante su vista habian desplegado los soldados de Velazquez, censuraban á Narvaez por su obstinacion en querer encender una guerra civil, cuando tan fácil seria un ajustamiento, un convenio. Esas observaciones no pudieron menos de irritar su carácter violento y exacervar mas sus odios personales, y determinó acabar con Cortés, pues habiendo sabido que estaba á una legua de Zempoala, miró este arrojo como un insulto que merecia un ejemplar castigo y marchó precipitadamente para trabar la batalla.

Luego que supo Cortés que estaban acampados los enemigos en un gran llano fuera de la ciudad, creyó oportuno y conveniente no combatir hasta haber tomado una posicion favorable y ventajosa, á fin de compensar en cierto modo la inferioridad numérica de su ejército. Dejó el rio de Canoas entre él y Narvaez, aguardando el momento propicio para ejecutar el plan de ataque que habia concebido. Habia empezado entonces la estacion de las lluvias que caian ya abundantemente; poco acostumbrados los soldados de Narvaez á las fatigas y trabajos del servicio militar y despreciando el corto número de sus adversarios, se quejaban porque se les esponia sin necesidad al rigor de los elementos, manifestaron muchos ofi-

ciales al general que no era probable empezase Cortes el ataque y que seria por tanto prudente hacer descansar á los soldados retirándose á sus respectivos cuarteles. En consecuencia ordenó Narvaez á las tropas que entraran en Zempoala, dejando tan solo en las márgenes del rio dos sentinelas para vigilar al enemigo. Entretanto pasaba la noche el ejército de Cortés á cielo descubierto y en medio de la lluvia que caia á torrentes sin dar la menor señal de impaciencia. Vió el magnánimo general con gran satisfaccion esta prueba de la disciplina de sus veteranos, convencióse de que con tales hombres nada habia imposible y determinóse por tanto á aprovecharse de la oscuridad de la noche para atacar á Narvaez, previendo que los soldados de este se abandonarian naturalmente al descanso despues de las fatigas del dia y se creerian estar al abrigo de una sorpresa á causa de un tiempo tan impropio para el combate.

Antes de ponerse en marcha, hizo Cortés un discurso que copiamos testualmente, á fin de dar una idea de la elocuencia y de las brillantes dotes de ese gran hombre; lo tomaremos del exacto y verídico Diaz. "Esta noche, amigos mios, dijo el general, ha puesto el cielo en nuestras manos la ocasion mas favorable que pudieran figurarse nuestros mismos deseos. Vais á tener al instante pruebas irrefragables

de la confianza que tengo en vuestro valor, y voy á declararos hasta qué punto eleva mis pensamientos y designios. Un solo momento hace que aguardábamos á nuestros enemigos y juzgábamos vencerlos á favor de ese arroyo que nos defiende, y ahora los tenemos dormidos, fiados en el menosprecio que hacen de nosotros y que nos proporciona estas ventajas. Esa vergonzosa impaciencia que les ha hecho abandonar el campo para evitar el rigor de la tempestad que es un mal necesario y poco considerable, debe enseñarnos cuáles son los frutos que del descanso reportan aquellos que con tanta molicie lo buscan y que lo toman sin sospecha alguna. Ignora Narvaez la diligencia que exije la guerra; sus soldados poco acostumbrados á los azares de la milicia y sorprendidos con este choque y con la oscuridad de la noche, no podrán reunirse sin grave desórden, siendo inevitable su derrota. A mas de esto, muchos están malcontentos de su comandante, algunos están inclinados á nuestro partido, y los mas consideran funesta esta guerra y la tienen horror por ser dirijida contra nosotros, sin razon ni motivo alguno, y sabeis vosotros muy bien que los brazos, cuando obran contra el movimiento de la voluntad, se vuelven pesados é inactivos. Debemos tratar á los unos y á los otros como enemigos, hasta que se declaren, puesto que es la victoria la

que debe decidir quienes son traidores, si ellos ó nosotros. Es verdad que está á favor nuestro la razon, pero en la guerra es siempre la razon enemiga de los negligentes y se pone ordinariamente de parte del vencedor. Vienen nuestros adversarios á usurparnos todo cuanto con harto trabajo hemos adquirido; no aspiran á otra cosa sino á hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras riquezas y de vuestras esperanzas. Suyas llamarán vuestras victorias, suyo el pais que habeis conquistado á espensas de vuestra sangre, y suya toda la gloria de vuestras hazañas. Pero lo que hay aun de mas cruel y mas digno de reprobacion es, que esforzándose en imponer el yugo á vuestras cervices, intentan pasar mas allá, intentan perjudicar el servicio del rey y atajar los progresos de nuestra sublime religion que se perderán junto con nosotros, y si bien serán ellos responsables y autores de ese crímen, se dudará sin embargo quienes han sido los culpables. El solo, el único medio que tenemos para prevenir esos males, es combatir en este momento con todo el valor y denuedo que en otras ocasiones hemos mostrado; sabreis, creo, ejecutarlo mejor de lo que lo digo. ¡A las armas, compañeros, á las armas!.... La victoria se ha declarado siempre á favor vuestro, animaos á vista del servicio que debeis á Dios y al rey. No dejeis mancillar vuestro honor, y tenedlo

siempre por divisa, pensad en que vais á combatir por una causa justa y sacrosanta. Yo os acompañaré en todos los mas grandes peligros, y tened bien entendido que mas intento persuadiros con mi ejemplo, que animaros con esas palabras.”

Cuando estuvo concluida esa arenga, estallaron con vivo entusiasmo las aclamaciones que en su decurso muchas veces la habian interrumpido. Altamente electrizados los soldados, no pudieron menos de esclamar: ¡vencer ó morir! Y aun algunos dijeron que si se pensaba en transigir con Narvaez, por ningun estilo querrian obedecerle. Ningun desagrado causaron al general estas palabras de determinadas personas, porque eran hijas del corazon y no de un espíritu de discordia y desacato.

Formó Cortés tres pequeños escuadrones; confió el mando del primero á Sandoval, quien se puso al frente de la artillería. Era compuesto de soldados de valor y de muchos oficiales, entre los cuales se encontraba el insigne Pizarro, quien fué mas tarde conquistador del Perú. Encargó á Cristóbal de Olid, quien mandaba la segunda division, que atacase la torre en la cual habia establecido Narvaez su cuartel; capitaneaba Cortés la tercera, la cual por ser la menos numerosa, formaba una especie de reten, destinada á acudir á aquellos puntos que demandasen socorro. Fué necesa-

rio desde luego pasar el rio, lo cual practicaron los soldados con mucha dificultad, puesto que estaba engrosado por las lluvias y llegaba el agua hasta la cintura. Habiendo alcanzado la orilla opuesta, se adelantaron guardando el mas profundo silencio; iba armado cada individuo de una espada, un puñal y una lanza de Chinantla; apoderóse la vanguardia de una de las centinelas colocadas por Narvaez, pero la otra logró escaparse y corrió á dar el grito de alarma. Informado Cortés de esta circunstancia, precipitó la marcha observando el mas grande órden y la mas escrupulosa vigilancia. Despertado Narvaez por la centinela, la trató de cobarde, considerando como una quimera la advertencia que le daba, no pudiendo imaginarse que se atreviese Cortés á atacarlo con tan desiguales fuerzas.

Llegó el ilustre general á Zempoala cerca de media noche sin haber encontrado el mas mínimo obstáculo, y dirigióse inmediatamente hácia el templo en donde se hallaba Narvaez. Estaba defendido este lugar por una batería, pero fué tal la prontitud del ataque, que se apoderó de ella Sandoval despues de haber sufrido dos ó tres disparos de cañon. Convencido Narvaez cuyo valor rayaba á imprudencia de la realidad del ataque, se arma á toda prisa y se dispone á una tenaz resistencia; reunidos los soldados en las gradas del templo se

oponen vivamente á los progresos de Sandoval, quien combate con una intrepidez admirable; va ya á ceder al mayor número, va á quedar vencido, pero vuelan felizmente á su socorro Olid y sus compañeros; Cortés mismo se lanza en medio de la refriega, y unidos sus esfuerzos con los de aquellos, logran desalojar al enemigo, retirándose al interior; entonces redoblan los españoles su ardor para echar abajo las puertas del edificio. Pone un soldado fuego al lugar donde está escondido Narvaez, se ve éste obligado á salir, huye, es perseguido, recibe un picazo en el rostro, esclama: *Me han muerto!* y cae sin movimiento. Echanse luego encima de él los enemigos y lo cargan de hierros y cadenas. Habiéndose difundido al instante la noticia de su muerte, contribuyó á paralizar la defensa de sus compañeros, enérgicamente atacados por sus adversarios que habian tomado mayores brios y aliento con los gritos de victoria. En medio del terror y de la confusion lograron los españoles apoderarse de los que estaban encerrados en pequeñas fortificaciones; la oscuridad que reinaba era tan grande, que no se podian distinguir amigos, ni enemigos. Las armas de estos servian contra ellos mismos; á cualquier parte que dirigiesen su vista, los insectos luminosos que abundan en este hemisferio, parecian á su imaginacion exaltada otros tantos enemigos

que se adelantaban llevando encendidas asl mechas de sus arcabuces. Empleó Diego Velazquez toda su energía, todos sus esfuerzos para reanimar el valor de esos hombres, pero todo fué en vano, obligáronle á capitular.

Estaban confiados Narvaez y los demas oficiales prisioneros al cuidado de Sandoval. Fué Cortés á visitar á su antagonista; no queria darse á conocer para no aumentar su afliccion, pero descubriéronle los soldados. Dirijiéndose hácia él Narvaez, dijo con un tono bastante grave: "Debereis estimar en mucho sin duda, señor capitan, la aventura por la cual he quedado prisionero vuestro." A esto contestó Cortés: "Amigo mio, es menester dar á Dios gracias de todo; pero puedo juraros sin vanidad, que cuento esta victoria y vuestra prision entre los menores acontecimientos que se han operado en este país.

Al apuntar el alba, habiendo cesado toda señal de hostilidad, rodeado Cortés de sus oficiales, pasó revista de los vencidos; pidieron estos permiso para besarle la mano, pero tendió sus brazos á los principales, abrazándolos con la mas franca cordialidad. Dió órden de que los pusieran á todos en libertad, esceptuando á Narvaez. A fin de impedir el que tuviese notica el gobernador de Cuba de este suceso, pasó un oficial á la flota para asegurarse de los que habian quedado en los bajeles. Per-

dió Cortés en esta memorable victoria dos hombres, mientras que de la parte contraria perecieron quince soldados y dos oficiales.

Despues de algunas horas de descanso, mandó Cortés reunir á todos los vecinos y les dejó la libre eleccion de, ó volverse á Cuba, ó alistarse bajo su bandera, á fin de participar de los peligros y de la gloria lo mismo que sus antiguos amigos. Todos los oficiales y soldados, escepto empero algunos celosos partidarios de Narvaez, aceptaron esta proposicion, la cual abrió un vasto campo á sus esperanzas. Escitaban su codicia los ricos adornos de oro que lucian los compañeros de Cortés, mientras que la generosidad, la afabilidad, el valor que acababa de mostrar su nuevo general, todo contribuia á que pensaran no podrian encontrar un gefe mas digno de mandarlos.

Data la victoria de Cortés del 27 de Mayo de 1520; ella le acarreó inmensos resultados; con la union de las tropas de Narvaez pudo ponerse al frente de un ejército que pasaba de 1000 soldados y logró proveerse de municiones, las que empezaban ya á faltar. "Así es, dice Rebertson, que á consecuencia de una série de circunstancias, tan estraordinarias como dichosas, libróse Cortés de su destruccion que casi parecia inevitable, viéndose en el momento en que menos podia esperarlo, á la cabeza de mil españoles dispuestos á seguirle á cual-

quier parte que quisiese. Considerando la facilidad con que obtuvo esta insigne victoria y la prontitud y unanimidad con que los soldados de Narvaez pasaron á las filas de su rival, no se puede menos de atribuir estos felices acontecimientos al talento de Cortés, lo mismo que á sus armas y á la traicion de los compañeros de Narvaez."

Sean cuales fueren las causas de ese imprevisto resultado, no pueden menos de hacer honor á Cortés y á sus valientes partidarios. La simple narracion de los hechos prueba al lector imparcial cuán poderoso era el génio de Cortés. En medio de un país enemigo, con un puñado de hombres, ataca un ejército numeroso; en pocas horas se cobijan bajo sus banderas los mismos soldados destinados á desbaratarlas. Lo árduo de esta empresa y el feliz éxito que la coronó, merecerán siempre un puesto importante y distinguido en la historia de ese hombre grande y eminente, y causarán la admiracion y el asombre de los que la estudiarán.



CAPITULO XVI.

Revolucion de los mexicanos.

No queriendo Cortés regresar á México con todas sus tropas por temor de que no se alarmasen los habitantes y pensando por otra parte que si dejaba algunas en la Vera-Cruz, perjudicarian á los soldados mas disciplinados la ociosidad y la inaccion, determinó destinarlas á nuevas conquistas, mientras que él acompañado de 600 hombres se dirigia hácia la capital. Esas disposiciones fueron tan pronto cambiadas como concebidas; pocos dias despues de la derrota de Narvaez, llegó un correo de Alvarado portador de las mas tristes noticias sobre el estado de México. Habian tomado los habitantes las armas y atacado á los españoles, á quienes tenian sitiados en su cuartel;

habian ya muerto siete hombres, y era probable que sucumbiesen todos, si no se corria á darles inmediatamente socorro.

Afligió muchísimo á Cortés esa relacion; sabia que Alvarado no podia resistir por mucho tiempo á los ataques de un enemigo furioso, y que aun cuando lograse rechazarlo, pereceria al cabo de poco tiempo falto de provisiones. Bastante urgente era el peligro para no admitir ni deliberacion ni demora, así es que inmediatamente se determinó á partir. La tarde misma de la salida de Zempoala, se recibieron mensajeros de Motezuma, eran portadores de las mas graves acusaciones del monarca contra Alvarado, quien por su mala conducta habia sido la causa de lo que habia acontecido. Esas contradictorias relaciones y las profundas reflexiones de Cortés, le dieron motivo para pensar que seria esa revolucion de las mas sangrientas y atroces. Con efecto, hacíanla muy alarmante los motivos que la habian escitado. Luego que salió Cortés de la capital, opinaron los mexicanos que se presentaba en fin la ocasion tan largo tiempo esperada de restituir á su monarca la libertad y de sacar á su país de la tutela de los estranjeros, que mientras estaban tan divididas las fuerzas de sus conquistadores y dirijidas sus armas contra ellos mismos, seria muy fácil destruir ambos partidos; en este supuesto, en esta con-

sideracion tenian los indios sus juntas y tramaban sus planes; conocian los españoles sus cortas fuerzas y estaban llenos de sospechas y temores, y desgraciadamente Alvarado á causa de su conducta, en lugar de conjurar la tormenta, precipitó su esplosion.

Era Alvarado, como hemos dicho ya, un jóven valiente é intrépido: por su actividad, por su resolucion, por sus felices disposiciones habia merecido la confianza de Cortés; pero si poseia cualidades que le hacian útil á un gefe hábil y esperimentado, estaba falto por otra parte de la capacidad necesaria para mandar solo. Se habia hecho mal ver de los mexicanos á causa de la ligereza con que obró respecto de algunos. Un valor ciego era una ventaja muy insignificante por cierto para hombres entre quienes estaba elevada esta virtud á un grado poco comun. Habia adquirido Cortés un inmenso ascendiente sobre el pueblo por un admirable conjunto de cualidades opuestas; su intrepidez, tan pronto ardiente como pacífica, su prudencia y resolucion, su suavidad y firmeza habian impresionado mas á aquellos espíritus groseros que todas sus brillantes y magnificas hazañas; jamas habia empleado el rigor sino en los últimos apuros y á falta de otros recursos. Alvarado por el contrario, no conocia otro medio que este para hacerse obedecer; así es, que luego que tuvo conocimiento

de los preparativos de la insurreccion, en lugar de emplear cierta destreza, cierta habilidad para desbaratar los proyectos y calmar las exaltadas pasiones de los mexicanos, obró como si hubiese querido precipitar el efecto.

Se celebraba en aquel entonces en medio de un inmenso concurso de pueblo, de nobles y de sacerdotes la principal fiesta del imperio, la del dios de la guerra, de *Huitzilopchtli.* Segun costumbre, estaba reunida la multitud en el patio del gran templo para ejecutar las danzas en honor de su divinidad protectora. Los principales nobles habian pedido á Alvarado que permitiese al soberano asistir á la fiesta; se nego éste á ello, lo cual no pudo menos de causar cierta irritacion en los espíritus; sin embargo, empezaron los mexicanos sus cantos y danzas, abandonándose á sus ejercicios religiosos. Apoderóse Alvarado de todas las avenidas y tentado por la riqueza de los adornos con que comparecieron los nobles y por la facilidad de acabar de un solo golpe con los autores de la conspiracion que temia, ordenó á sus soldados echarse sobre este pueblo desarmado y que ningun género de desconfianza abrigaba: rápido y terrible fué el ataque; no pudiendo los indios defenderse, fueron asesinados desapiadadamente; con todo pudieron escaparse algunos por los techos de los edificios contiguos al templo (22). Perfidia y crueldad

tanta inflamaron la indignacion y el encono de los mexicanos, no solamente en la capital, sino tambien en las provincias vecinas. Respiraban todos venganza, y desafiando el peligro que á su soberano amenazaba y aquel al cual se esponian combatiendo un enemigo que tan grande temor les inspiraba, fueron á atacar á los españoles en su cuartel con una feroz impetuosidad, derribaron una parte de las murallas é incendiaron los almacenes. No tardó en cambiarse este ataque en un sitio regular, rechazado con ardor y sostenido con el coraje y brios que inspira la desesperacion, porque los españoles no tenian otro recurso que el de la llegada de Cortés.

Como ya hemos dicho, habia dispuesto este ilustre general su plan con la prontitud que acostumbraba y púsolo en ejecucion con una rapidez estraordinaria, á la cual debió un éxito altamente satisfactorio. Uniéronsele en Tlascala dos mil indios y con este refuerzo creyó podria calmar sin dificultad la rebelion. Al entrar en el territorio mexicano, reconoció que era general el ódio que se tenia á los españoles. Abandonadas estaban las principales ciudades por las que tuvieron que pasar; ningunas provisiones habia preparadas para las tropas, y aunque nada se oponia á la marcha, la soledad y el silencio que por todas partes reinaban y el horror con que el pueblo parecia evitar

todo comercio con los españoles, le demostraban claramente que tan solo la fuerza de las armas podria atajar una insurreccion que con caracteres tan horrorosos se presentaba.

Volvió á entrar Cortés en México el dia 24 de Junio. Nadie fué á recibirle, por todas partes se notaba un aspecto triste y silencioso, lo cual no pudo menos de alarmarlo vivamente; pero confiando en el valor de sus tropas, no tardaron en disiparse sus temores; cesó en las prácticas y ceremonias de las que solia revestir su política, no quiso ir á visitar á Motezuma, y cuando éste fué á felicilarle por su victoria y su regreso, le volvió las espaldas con menosprecio, negándose á contestar á sus preguntas. Esplícase por dos motivos esta conducta tan estraña y tan diferente de la que habia observado hasta entonces, por una parte se creia que estaba instruido Motezuma de los proyectos y maquinaciones de sus vasallos, por otra estaba orgulloso de su poder; lo cual hizo decir á Herrera imitando á Tácito: "Los prósperos sucesos hacen insolentes á los grandes capitanes" (23). Mandó Cortés que se presentara Alvarado, procediendo á un severo exámen de la conducta que observado habia durante su ausencia. Procuró Alvarado justificarse manifestando que habia obrado en fuerza de la necesidad, díjole que habia sabido estaban tomadas diabólicas medidas para la to-

tal destruccion de los españoles y que por tanto se habia aprovechado de la fiesta para atacar á los mexicanos; en pocas palabras, que estaba cierto de que iba á estallar el complot y que habia querido prevenirlo acabando de un solo golpe con todos los gefes reunidos. Desagradó mucho á Cortés esta defensa, censurando con severidad la accion de su teniente.

Pero el mal estaba ya hecho; era imposible ya atajar con palabras ni reconvenciones los progresos de una conspiracion que iba tomando proporciones gigantescas; los nobles habian tomado las armas con un furor y encarnizamiento nada comunes, empezándose desde entonces una guerra que no podia terminarse sino por la total destruccion de uno de los dos partidos.

Habia encargado Cortés á un soldado que acompañara á Tacuba la esposa de Motezuma y muchas otras mugeres de elevada categoría á fin de entregarlas á la proteccion del cacique: este soldado presentóse de repente en el cuartel, herido, cubierto de sangre y rendido de fatiga, dijo que habia sido preso por los indios en el camino, que lo habian maltratado y que por fortuna logró escaparse en el momento mismo en que iban á sacrificarlo á sus falsos dioses. Manifestó asimismo que todo el país estaba sobre las armas y que de todas partes se dirijian los habitantes hácia el cuartel. Cor-

tés hizo salir inmediatamente un destacamento, el cual no pudo llegar sino hasta la plaza principal, en donde vió caer sobre sí una lluvia de flechas, dardos y piedras. Gritos furiosos poblaban los aires, ocupaba el pueblo las calles, los techos de los templos y de las casas, lanzando incesantemente sobre los españoles todo género de proyectiles. Ordaz que mandaba el destacamento fué arrollado por los enemigos, fuéle necesario desplegar una admirable presencia de espíritu y un gran valór para salir de esta peligrosa situacion. En fin, despues de muchos esfuerzos hábilmente dirigidos ,operó su retirada ganando el cuartel; en esta accion perdió ocho hombres segun Solís, y 23 segun Diaz, quedando ademas heridos un gran número de soldados.

Convencidos desde entonces los mexicanos de que los españoles no eran invencibles, comparecieron otro dia con toda su pompa guerrera á atacarlos en su cuartel. El espanto que causaba su gran número, se aumentaba aun mas y mas por su actitud salvaje y feroz. Animábales una especie de frenesí, un asombroso entusiasmo; aunque la artillería apuntada contra las principales calles que ocupaban los enemigos, hacia á cada descarga un horrible destrozo, y aunque cada golpe dado por los españoles era mortal, sin embargo en nada se disminuia el calor del ataque; precipitábanse nue-

vos combatientes á ocupar el vacio de los que iban cayendo y perecian éstos á su vez, en seguida eran reemplazados por otros tan intrépidos como sedientos de venganza. Cortés, á pesar de su táctica, á pesar del valor y de la disciplina de sus tropas, tuvo mucho trabajo para impedir al enemigo que penetrara en sus cuarteles.

Vió el general con sentimiento estos síntomas de una indomable energía, que llenaban de terror á sus valientes veteranos y dejaban asombrados á los compañeros de Narvaez. Incesantemente repetian los indios que sacrificarian en honor de sus dioses á los españoles del modo como habian prometido; decian ademas que habian encerrado en sus templos animales feroces á fin de destrozar los cuerpos de los que estaban destinados al sacrificio (24). Estas palabas no eran por cierto consoladoras para personas que habian presenciado sus espantosas carnicerías. Las continuas alarmas causadas por ataques que sin cesar renacian, los peligros presentes, los que veian para el porvenir, produjeron los mas funestos efectos en el espíritu de los soldados. Los compañeñeros de Narvaez que se habian imaginado seguir á Cortés en la division de los despojos de un país ya conquistado, se llenaron de espanto y de desesperacion al verse obligados á hacer una guerra de esterminio, una guerra san-

grienta con un enemigo cuyo valor no se debilitaba jamas, culpándose mútuamente por su crédula confianza en las fascinadoras promesas de su nuevo gefe; pero no era entonces tiempo de quejarse, era menester un esfuerzo sobrenatural para poder conjurar la ruina comun, y Cortés en medio de todos estos desastres, conservando su firmeza, su serenidad, resolvió tentarlo á fin de reanimar el abatido aliento de sus tropas; á la cabeza de 600 hombres resolvióse hacer una salida llegando á desbaratar las filas de sus adversarios.

No podia la feroz ceguedad de los mexicanos debilitar el génio de Cortés, ni domar su coraje, su valor, antes al contrario, parecia engrandecerse su energía á vista del peligro y aumentarse su fuerza de espíritu en medio de los mas graves riesgos; quiso probar á los enemigos que el arrojo de sus planes igualaba su intrepidez, en consecuencia dió órden de disponerse á una segunda salida. Habia observado que habian padecido mucho sus soldados á causa del sin número de piedras y flechas disparadas desde las ventanas y azoteas; á fin de librarles de este peligro mandó construir cuatro castillos de madera, que se movian sobre ruedas muy ligeramente; estaban guarnecidos los techos de gruesos tablones para poder resistir las piedras y en los lados habia troneras, para dar la carga sin descubrir el pecho. En cada

uno de estos castillos podian caber veinte ó treinta hombres. Luego que los soldados se guarecieron dentro, se puso Cortés al frente del resto de sus tropas y de dos mil tlascaltecas y salió en medio de la oscuridad de la noche. Por todas partes reinaba un silencio sepulcral, pero apenas se internó un poco el ejército, oyéronse horrorosos gritos y sonidos de instrumentos guerreros, todo lo cual dió á entender que no estaban descuidados los mexicanos. Sin esperar el ataque, se arrojaron sobre los españoles con denuedo y valor. Dieron y recibieron la primera descarga sin desbaratarse sus filas, mas no tardaron en apercibirse de sus pérdidas y se colocaron detras de los parapetos que en las calles habian formado, desde donde combatieron con feroz encarnizamiento, y cuando los desalojaba la artillería, iban á encerrarse mas lejos. Parecia que eran dirigidos todos sus movimientos por algun gefe hábil y esperimentado, disparaban todos á un mismo tiempo y muy bajo á fin de que no se malograran los tiros, defendian sus puestos sin confusion y se retiraban sin desórden. Causáronles al principio mucho espanto los castillos de madera, pero inmediatamente huyeron, haciendo subir á las azoteas grandes peñascos, los cuales arrojaron con furia sobre los dichos castillos, logrando hacer pedazos de ellos. Habia durado el combate todo el dia, habíase

derramado mucha sangre mexicana y una gran parte de la ciudad estaba incendiada, cuando los españoles rendidos de cansancio y atacados sin cesar y con el mismo ardor por nuevos combatientes que reemplazaban los primeros, viéronse por último obligados á retirarse con vivo sentimiento de no haber adelantado nada y de no haber podido compensar la desventaja poco ordinaria de haber perecido doce de sus soldados y haber tenido 60 heridos; Cortés mismo habia recibido una en la mano.

Conoció entonces el general el error que habia cometido en despreciar á los mexicanos, convencióse de que no podria hacerse dueño de la ciudad por medio de la fuerza y que los peligros de su situacion presente se aumentarian aun mas y mas por el hambre que empezaba ya á dejarse sentir. Por otra parte, salir de México, abandonar una conquista que tantas fatigas, tantos trabajos le habia costado y perder en un momento los frutos de un año entero de combates, era esto verdaderamente muy sensible, muy desconsolador. Sin embargo por peligrosa que fuese la retirada, era el único recurso que le quedaba; pero por fortuna, en este conflicto ofrecióle Motezuma otro medio con el cual no contaba por cierto y que no titubeó en aceptar, por cuanto presentaba visos de buen éxito.

Habia presenciado el emperador desde lo

alto de una torre todos los detalles del combate, habia visto al frente de las tropas á su hermano y algunos caciques muy poderosos, habia conocido que las cosas iban tomando un sesgo muy poco favorable y por tanto temió ver perdida su corona y quedar reducida la ciudad de México á escombros y cenizas. Estaban sus vallos muy sedientos de venganza, los españoles por otra parte mostraban mucho valor, muchos brios, para que pudiese confiar en que cesaran las hostilidades, y cualquiera que fuese el vencedor, habia de quedar México totalmente despoblada y destruida. Pidió al general una entrevista y manifestóle que en la coyuntura en que se encontraba, una retirada pacífica era el único partido que le quedaba; que él mismo estaba interesado en su marcha, porque entonces podria volver á empuñar las riendas del imperio y confundir los deseos de los ambiciosos que querian apoderarse de ellas. Dijo ademas que respecto de lo que por los españoles habia padecido, bien era acreedor á que hiciesen ese sacrificio, el cual debia de serles provechoso por todos estilos. Conoció al instante Cortés las grandes ventajas que de semejante proposicion podria sacar, prometió á Motezuma que saldria de la ciudad, pero con la condicion de que impidiese le molestasen en su retirada; para ello era menester que mandase á los mexicanos que depusieran las

armas. Consintió el emperador en esta demanda, disponiéndose á valerse de la influencia que sobre sus vasallos ejercia á fin de calmar sus espíritus exaltados y hacer cesar sus ataques.

Difiere totalmente Bernal Diaz de los otros historiadores en la relacion de esta notable circunstancia; segun él, ningun acuerdo hubo entre el monarca y Cortés, dice por el contrario, que cuando manifestó el general á Motezuma su intencion de abandonar la capital y le suplicó que interpusiera su autoridad á fin de que no fuese atacado en su retirada, se la negó rotundamente, prorumpiendo en amargas inculpaciones contra la conducta de los españoles, que el padre Olmedo y Olid se esforzaron en vencer la resistencia del emperador, quien les respondió que sus exórtaciones ningun efecto causarian en su pueblo, que habia ya elegido otro gefe y que habia resuelto no dejar ningun español.

Hemos hecho mencion de las dos versiones de este hecho; Solís ha adoptado la primera; Robertson no refiere ni la una ni la otra, sin embargo, parece indicar que accedió Motezuma á las solicitaciones, á las instancias de Cortés, pero es muy probable y muy natural que se valiese de esta ocasion para favorecer la salida de los españoles, porque, como hemos dicho ya, habia mostrado otras veces gran de-

seo de verles partir. Obrando de este modo aseguraba su propia fortuna, por cuanto sabia perfectamente que estaria identificada su vida con la suerte de los españoles, y que si éstos sucumbian, su pérdida seria tambien inevitable, en fin podia confiar aun en encontrar á los mexicanos fieles á su soberano, mientras que mas tarde victoriosos sus pueblos bajo un nuevo gefe no querrian obedecer al que les habia abandonado en el peligro.





CAPITULO XVII.

Muerte de Motezuma.—Terrible combate en el templo.

Desde la mañana los mexicanos habian vuelto á empezar el ataque, lanzando incesantemente una lluvia de flechas y otros proyectiles y mostrándose al mismo tiempo muy poco intimidados por las continuas descargas de la artillería; á cada instante iba engrosándose su número. Presentóse entonces Motezuma en la muralla, cubierto con sus vestidos reales y rodeado de toda la pompa y magnificencia que acostumbraba desplegar en ocasiones solemnes. Al ver los mexicanos á su soberano, á quien honraban y respetaban cual si fuese una divinidad, dejaron caer sus armas y guardaron un profundo silencio, inclinando todos la cabeza y doblándose algunos de rodillas. Di-

rigió Motezuma á la multitud un discurso encaminado á calmar su furor y obligándoles á que cesaran las hostilidades. Díjoles que intentaban los enemigos y tenian resuelto ya abandonar la capital, y que por tanto por ningun estilo consentiria en que se les molestara en su retirada. Contestaron los nobles, que se habian acercado á la muralla para oir con mas facilidad al emperador, que con la asistencia y ayuda de sus dioses, no tardaria en terminarse la guerra, porque habian jurado acabar con todos los españoles. Valióse Motezuma de argumentos los mas convincentes, los mas capaces de escitar su piedad ó sus temores, pero habian ya llegado las cosas á tal punto que no era dado escuchar los consejos de la prudencia. Oyóse luego un fuerte murmullo, manifestando los unos su indignacion en términos insultantes, tratando al emperador de cobarde, y prorumpiendo otros en amargas recriminaciones y aun en amenazas. Fué general el espíritu de insubordinacion y los mismos que hasta entonces habian mirado á su monarca como un dios, le cubrieron de maldiciones, llegando á tanto su furor que no quisieron respetarlo mas, ni tributarle ningun obsequio. Empezáronse á disparar en tan considerable número y con tanta violencia flechas y piedras, que antes que los soldados españoles que estaban al lado de Motezuma para cu-

brirle con sus rodelas, tuviesen tiempo de hacerlo, fué herido por dos flechas y mas gravemente por una piedra que le tocó en la sien cayendo en tierra sin sentido. Al verle en este estado los mexicanos, quedaron desmayados, sucedieron al insulto los remordimientos y huyeron precipitadamente horrorizados del crímen que acababan de cometer y persuadidos de que iba á caer sobre ellos la venganza del cielo.

Fué conducido el desdichado monarca á su aposento, y acto contínuo fué á visitarlo Cortés encargándose con la mas viva solicitud de consolarlo en su infortunio, dándole al propio tiempo muestras de su sentimiento, pero considerando el príncipe en qué abismo de humillacion habia caido y volviendo á recobrar la fuerza de alma que parecia haberle abandonado desde largo tiempo, rechazó á Cortés con indignacion y menosprecio, negóse aun á recibir los socorros del arte, no queriendo sobrevivir á esta última afrenta y prolongar una vida ignominiosa despues de haber venido á parar en objeto de ódio respecto de sus propios vasallos. Lleno de rabia y frenesí hizo pedazos de las vendas con que se habian cubierto sus heridas, negándose absolutamente á tomar alimento alguno con que pudiese alargar sus dias. Afligióse Cortés de esta obstinacion, la cual fué imposible vencerce; viéndose en

tonces que estaba cercano el fin del infortunado monarca, hizo todos los esfuerzos posibles para convertirlo á la religion cristiana; empleó el padre Olmedo todos los recursos de su elocuente piedad para determinarlo á recibir el bautismo, pero todo fué inútil. Despues de tres dias de horribles convulsiones y sufrimientos espiró, maldiciendo su destino y sus enemigos y pidiendo la venganza de sus dioses sobre sus rebeldes vasallos (25).

Tal fué el trájico fin de Motezuma II; murió á los 50 años de su edad, á los 11 de su reinado y al séptimo mes de su cautiverio. Se habia atraido el afecto y la amistad de los españoles por sus repetidos actos de generosidad y por sus nobles cualidades, así es, que estos sintieron sinceramente su pérdida. Era compuesto su carácter de virtudes y vicios opuestos los unos á los otros. Generoso y liberal desplegaba esos relevantes instintos en perjuicio de sus vasallos; justo y equitativo se abandonaba frecuentemente á actos de ferocidad. Los talentos militares que en diferentes ocasiones habia mostrado y que le habian valido considerables triunfos, no iban acompañados de moderacion ni de humanidad. Si en los primeros años de su reinado habia aumentado los límites de su imperio, parecia que por último habia olvidado de tal modo su carácter, que sus vasallos le acusaban de haber cam

biado de naturaleza, y el conquistador valiente y animoso convirtióse en un príncipe débil é irresoluto desde que pusieron la planta en su territorio los españoles. Su espíritu era cultivado, tenia suma aficion á la música, gustábanle mucho los ejercicios militares y la caza era una de sus distracciones favoritas. Su talle era esbelto, bien proporcionado, su figura agradable, sus ojos espresivos, su aire noble y majestuoso, el cuidado que de su persona y de sus vestidos tomaba, era escesivo, rayaba á mugeril. A pesar de sus errores, la mayor parte escusables, atendidos los tiempos, los lugares, las circunstancias y las costumbres de su país, á pesar de sus faltas, las cuales era bien difícil evitar en medio de los graves acontecimientos que tuvieron lugar en los últimos años de su vida, debe ser mirado Motezuma como el mas digno monarca de los mexicanos. Dejó muchos hijos, de los cuales tres murieron mas tarde, y sobrevivió uno, quien abrazó la religion cristiana y fué muy célebre bajo el nombre de don Pedro, despues de haber recibido el sacramento del bautismo. De él toman orígen los titulados condes españoles de Motezuma y de Tula. Un miembro de esta familia llamado José Villadarez, fué virey de México en 1697.

Luego que exhaló Motezuma el último suspiro, envió Cortés una comision para participar

esta triste y fatal nueva al príncipe Quetlavaca, su inmediato sucesor al trono, eligió en seguida seis de los principales nobles que no habian abandonado jamas á Motezuma para conducir su cadáver á la ciudad. Se notaba desde lo alto de las murallas que venian los mexicanos á reconocerle, y que abandonando sus puestos se reunian y le seguian. Pobláronse luego los aires de gemidos y profundos suspiros que duraron toda la noche, y al amanecer fué trasladado el cadáver con mucha pompa y magnificencia á la montaña de Chapulteque, última morada de los emperadores de México, en donde se conservaban religiosamente sus cenizas.

De allí en adelante quedaba ya desvanecida toda esperanza de convenio; los combates que durante los funerales de Motezuma se habian suspendido, volvieron á empezar y á renovarse con mas furor y encarnizamiento. Tomaron posesion los habitantes de una alta torre del gran templo, que dominaba el cuartel de los españoles, de modo que ninguno podia presentarse sin esponerse á sus tiros. Conocieron luego los mexicanos toda la importancia de esta posicion, y se encerraron en este castillo para custodiarlo quinientos soldados, hombres de arrojo y valor nada comunes; ademas lo llenaron de armas y de muchas provisiones, como si tuviesen que sostener un sitio. Juzgó Cor-

tés por su parte que le seria absolutamente imposible hacer una retirada, mientras quedasen dueños de este lugar los enemigos, era necesario hacerles salir de allí á costa de cualquier precio, de cualquer sacrificio. Encargóse de este ataque Juan de Escobar con el auxilio de un numeroso destacamento, pero aunque mostró esfuerzos hercúleos y aunque hicieron sus soldados prodigios de valor, fueron sin embargo rechazados tres veces.

Cortés que recorria todos los puestos en donde se trababa la batalla, habiendo reconocido el peligro de Escobar, bajól de caballo para dirigir él mismo el asalto. No era por cierto el afan de aumentar su gloria lo que le animaba, sino que veia que del buen éxito dependia la suerte de sus valientes y fieles compañeros, así es que sin titubear un momento, colocóse un escudo en el brazo que tenia herido y se precipitó sobre las gradas del templo con la espada en la mano. Pareció comunicarse su valor á los espíritus de sus soldados, con una intrepidez y arrojo admirables escalaron aquel sitio, llegando hasta el átrio superior ocupado por los mexicanos; empeñóse aquí una cruda y terrible refriega, viniendo á las manos á golpes de chuzos y espadas. Sufrieron los enemigos el choque con la mayor energía y resignacion, prefirieron dejarse hacer pedazos, antes que rendir las armas. Algunos

se arrojaron desde los pretiles, persuadidos de que una muerte de este género seria la mas gloriosa. Todos los sacerdotes del templo despues de haber llamado al pueblo á grandes voces para que corriera á defender sus ídolos, murieron noblemente combatiendo, y en un cuarto de hora quedaron derrotados los quinientos nobles que custodiaban este importante puesto. Pusieron los tlascaltecas fuego á la torre, la cual en pocos minutos fué consumida y devorada por las llamas. En las calles duraba aun el combate, sobre todo en la de Tacuba, la cual por ser ancha daba mas facilidad á los mexicanos para acercarse. Volvió Cortés á montar á caballo, y empuñando con el brazo herido las riendas, tomó una lanza y acompañado de los demas compañeros, voló á dar socorro á los suyos. Abrióse la caballería paso por entre la multitud enemiga, hiriendo y atropellando á diestro y siniestro, mas Hernan Cortés llevado de su ardor se adelantó tanto, que se encontró separado de los suyos, y no pudo retirarse, porque se lo impidieron los indios que estaban allí reunidos en gran número. En este conflicto, resolvióse á tomar otra calle, en donde hallase menos oposicion, mas á pocos pasos encontró una partida numerosa que conducia prisionero á su íntimo amigo Andrés de Duero. Habiendo caido de su caballo, fué á parar á sus manos y le

trasladaban al templo mas cercano para sacrificarlo á sus falsos dioses. Arrojóse inmediatamente Cortés sobre la escolta, poniéndola en confusion y desórden, y restituyendo la libertad á su compañero, quien pudo servirse de un puñal que le dejaron por descuido cuando le desarmaron. Causó Duero la muerte de muchos mexicanos, logrando de este modo abrirse paso y poder volver á recobrar su lanza y caballo. Entonces unidos los dos amigos y con el auxilio de sus armas pudieron pasar por en medio de la multitud, hasta llegar á incorporarse con el resto del ejército español, que habia hecho poner en fuga al enemigo. Celebró siempre Cortés esta aventura como una de las mayores felicidades de su vida. Mandó tocar la señal de retirada, comparecieron todos los soldados rendidos de cansancio, aumentándose la alegría de la victoria por no haber perdido un solo hombre y haber tan solo muy pocos heridos.

Este asalto notable por la intrepidez de los españoles y por el valor de los indios, fué considerado como un hecho de armas de una tan alta importancia, que los tlascaltecas y mexicanos quisieron tener de él un recuerdo por medio de sus pinturas. Se cuenta en este acaecimiento una interesante anécdota; nosotros hemos titubeado en enarrarla, porque no es de una autenticidad incontestable, sin em-

bargo la copiamos haciendo sobre ella algunas observaciones. Durante el espantoso combate trabado en el atrio superior del templo, reconociendo dos jóvenes mexicanos á Cortes que estaba animando á sus soldados con su voz y ejemplo, resolvieron sacrificar su vida para que pereciese el autor de las calamidades de su patria, se acercaron á él en ademan humilde, como si fuesen fugitivos que iban á rendir las armas y á implorarle misericordia, y agarrándose de su persona, se precipitaron todos á un mismo tiempo, confiando hacerle seguir, mas Cortés, gracias á su fuerza y agilidad, logró escaparse de sus manos, pereciendo aquellos valientes jóvenes en esta tentativa generosa é inútil para la salvacion de su país. Han contado ese notable rasgo de patriotismo Raynald y Robertson, apoyados en la autoridad de Herrera, de Torquemada y de Solís. Clavijero por el contrario lo niega positivamente. Ni Diaz, ni Gómara, ni Cortés mismo hacen mencion de este hecho; es bien singular y estraño por cierto que los historiadores *primitivos* hayan ignorado ó pasado en silencio esta circunstancia, en la que corrió tan inminente peligro la vida del general. Al contar Cortés en sus relaciones el modo con que puso en libertad á Duero, insistió en el riesgo que le habia amenazado, igualmente hubiera hecho observar que algunos minutos antes se

habia visto en crítica situacion, si fuese tal como se pinta, la accion de los dos mexicanos; lo mas probable es que conociendo estos jóvenes que su pérdida era inevitable y que debian necesariamente rendirse. prefirieron echarse de las gradas, buscando así una muerte mas noble, mas gloriosa, á su entender.





CAPÍTULO XVIII.

Funesta retirada de los españoles.—Noche triste.—Batalla de Otumba.

A pesar del buen éxito que en esta última escaramuza, segun hemos manifestado en el capítulo precedente, tuvieron los españoles, era sin embargo crítica y angustiosa su situacion. Motezuma ya no existia, muy escasas eran las provisiones, la pólvora empezaba á faltar tambien, la mayor parte de los soldados tenian heridas de consideracion y todos sucumbian á las fatigas. Mas animados que nunca los mexicanos habian destruido todos los puentes para hacer mas difícil la retirada, y en lugar de continuar los ataques, procuraron sitiar por hambre á los que no podian rendir por medio de las armas. Perecer de hambre, ó ser sacrificados á los ídolos, tal era la cruel alterna-

tiva que parecia amenazar á los valientes compañeros de Cortés. Entonces decidióse el general á abandonar una ciudad en la que no podia sostenerse por mas tiempo. Luego que resolvió en su espíritu retirarse, hizo reunir su consejo, para que manifestase cómo y en qué ocasion seria mas conveniente verificarlo. En dos pareceres, en dos dictámenes estaba dividida la asamblea: sostenian los unos que seria mejor operar la retirada de dia á fin de reconocer mas bien los peligros, de arreglar los movimientos y oponer una resistencia mas bien concertada á los ataques del enemigo; opinaban que seria preferible valerse de la oscuridad de la noche, por cuanto estarian descuidados los mexicanos y ningun obstáculo podrian encontrar en su marcha. Prevaleció este últims parecêr, debiéndose principalmente á la confianza que tenian las tropas en las predicciones de un soldado, quien ejerciendo mucho ascendiente sobre el espíritu de sus compañeros por algunos conocimientos superficiales y por su pretendido saber en astrología, les pronosticaba un buen éxito si elejian este tiempo para su retirada. Aunque no creia Cortés en semejantes quimeras, se inclinó á esta opinion y se dispuso partir la noche sigiente. Empleóse todo el dia en construir un puente que se pudiese trasportar fácilmente, juzgándose que podria servir para colocarlo en todos los parajes en-

donde estuviesen rotas las calzadas, despues mandó el general traer todo el tesoro del rey, el suyo propio y los numerosos adornos de oro y plata que no se habian repartido aun, apartó el quinto para el rey, entregándolo inmediatamente á los oficiales de la corona, á fin de quedar libre de toda responsabilidad; del resíduo tomaron los soldados la parte que quisieron. A pesar de esto no pudo menos Cortés de advertirles el peligro que corrian, si iban demasiado cargados de aquellas riquezas, por cuanto se entorpeceria su marcha y se comprometeria su seguridad.

Dispuso entonces el general el plan de retirada, tomando muchas precauciones que parecia debian abrazarlo todo y precaver todos los accidentes. Se encargó el mando de la vanguardia que estaba compuesta de 200 soldados los mas valientes y aguerridos, á Sandoval, á Ordaz y á Francisco de Lugo; la retaguardia formada la mayor parte de españoles estaba á las órdenes de Alvarado y de Velazquez de Leon. Capitaneaba Cortés el centro, en donde estaban colocados los hijos de Motezuma, los prisioneros de distincion, toda la artillería y el puente levadizo; los aliados estaban repartidos entre las tres divisiones. Poco despues de media noche (el 1º de Julio de 1520), empezó la vanguardia el movimiento, siguiéndola inmediatamente el resto del ejército. Muy

obscura era la noche, caia el agua á torrentes, y esta circunstancia que parecia de pronto favorable, acarreó los mas tristes y funestos resultados. En medio del mas profundo silencio se siguió la calzada que conducia á Tacuba, porque por aquella parte habia menos distancia de la ciudad al continente, y siendo al mismo tiempo mas apartada del camino de Tlascala y de la mar, los naturales no la habian destruido del todo ni habian puesto tampoco centinelas, como en otras partes. Llegaron hasta allí los españoles, creyéndose que el enemigo no se habia apercibido de su partida.

Los mexicanos empero sin manifestarse habian observado y seguido todos sus movimientos y preparado un ataque terrible. Mientras se ocupaban los españoles en establecer el puente y hacer pasar los caballos y la artillería, quedaron de repente sorprendidos y alarmados al oir los gritos de una inmensa muchedumbre y los sonidos de los instrumentos guerreros de aquellos indios, vieron de pronto cruzar por los aires infinitas flechas y piedras y precipitarse con furia el ejército enemigo; hundióse de tal modo el puente de madera con el peso de la artillería que fué imposible servirse de él. Turbados por este accidente los españoles, se adelantaron precipitadamente hácia la segunda brecha de la calzada, pero si bien se defendian con su ordinario valor, encerrados

en un paraje tan estrecho, servíanles muy poco su táctica y su disciplina, mientras que por otra parte perdian tambien la ventaja que les daba la superioridad de sus armas á causa de la grande oscuridad de la noche y de la mucha agua que caia.

Habianse dispuesto todos los habitantes de México á perseguir á los estranjeros y lo hacian con un ardor tal que aquellos que no podian acercarse, rechazaban á sus compatriotas con violencia. Sucedian sin cesar nuevos combatientes á los que iban falleciendo; no pudiendo sostenerse por mas tiempo los españoles, empezaron á ceder; en un instante fué general el desórden; la caballería y la infantería, los oficiales y soldados, los amigos y enemigos se encontraron confundidos, y los que perecian, apenas podian conocer de quienes recibian el golpe. Despues de desesperados esfuerzos logró Cortés acompañado de unos 100 soldados y algunos caballos atravesar las dos últimas brechas, saltando á tierra firme. A medida que iban llegando los soldados, los ponia en órden de batalla á fin de poder rechazar el ataque; en seguida fué recorriendo todos los lugares de la calzada para prestar socorro a los que habian quedado atras. Era en verdad esponerse á una muerte casi inevitable, pero la deplorable situacion de sus infortunados compañeros parecia aumentar la fuerza de espíritu

de ese magnánimo hombre y hacerle olvidar su peligro personal para no ocuparse sino del bien comun. Animaba á sus tropas á persistir en sus esfuerzos, sostenia su marcha y les ayudaba á ganar el territorio que era el teatro de la guerra. A pesar de esta intrepidez sobrehumana, á pesar de su contínua presencia en lo mas crudo de la refriega una sola herida recibió Cortés El Dios de los cristianos le protegia evidentemente.

Pero en medio de estos actos de valor, se abandonaba su espíritu á las angustias mas terribles, á los dolores mas atroces; veia como sucumbian sus compañeros de armas bajo las masas de los enemigos, ó se ahogaban en el lago sin poder prestarles el mas mínimo auxilio; oia los lamentos, los ayes de los heridos, y lo que era mas desgarrador aun, los gritos de aquellos que hechos prisioneros, eran conducidos en triunfo para ser sacrificados á los ídolos. Tales escenas no podian menos de traspasar de dolor su corazon. Por último, viendo que ya era imposible evitar estos males, determinó retirarse, recogiendo los que quedaban de la retaguardia, y despues de haber penetrado el segundo espacio de la calzada, llegó á incorporarse con él Pedro de Alvarado que estaba gravemente herido y apenas podia dar un paso; acompañábanle ocho españoles y muchos tlascaltecas cubiertos de sangre y llenos de he-

ridas. Todos los que habian formado parte de este destacamanto, españoles y aliados, soldados y oficiales, Velazquez de Leon mismo eran muertos ó prisioneros; Alvarado debió la vida á un milagro de su espíritu y de su actividad, porque hallándose detenido en la tercera brecha, muerto el caballo y siéndole imposible hacer frente á los que le hostilizaban, tentó un último esfuerzo, apoyó su lanza en el fondo de la laguna y lanzando en el aire su cuerpo sostenido con la sola fuerza de su brazo, saltó á la otra parte; maravilloso atrevimiento que fué mirado despues como una novedad monstruosa, ó fuera del curso natural, y el mismo Alvarado, cuando consideró la larga distancia que habia vencido, dudó aun de la posibilidad del hecho, pero como estaba confirmado por muchos testigos, dieron los españoles á este lugar el nombre de *Salto de Alvarado*, para perpetuar el recuerdo de una accion que habia salvado la vida á uno de sus mas valientes y hábiles oficiales.

Todos los que lograron escaparse de los horrorosos desastres de esta noche terrible, que se denomina aun en la Nueva España *noche triste*, se encontraron reunidos en Tacuba antes del amanecer. Pero cuando habiendo asomado la aurora vió Cortés los restos de sus tropas disminuidas en mas de la mitad, desalentadas, recelosas y llenas de heridas, cuando recapaci-

tó en los grandes trabajos que habian sufrido, los sacrificios sin cuento que habian arrostrado y en el sin número de valientes amigos y fieles compañeros que acababa de perder en esta sangrienta y fatal noche. penetraron en su alma tan vivos y agudos dolores, que prorumpieron sus ojos en copiosas lágrimas, al paso que con espíritu y resolucion estaba dictando disposiciones necesarias y dando órdenes oportunas. Vieron sus soldados con la mayor satisfaccion que los cuidados impuestos por los deberes del mando no cerraban su corazon á los sentimientos de la humanidad.

En está funesta noche perecieron muchos oficiales de distincion y á mas 600 soldados segun Solís, 840 segun Diaz. Perdiéronse las municiones, los bagajes, la artillería toda, murieron tambien casi todos los caballos y mas de dos mil tlascaltecas; de los tesoros se pudieron salvar muy pocos; habian sido estos como Cortes lo habia previsto, la principal causa de la desgracia de los soldados, porque estaban tan cargados de oro que les habia sido imposible combatir; en fin, se contaban asimismo en el número de los muertos, el hermano, el hijo y las dos mugeres de Motezuma; pero Aguilar y doña Marina que tan necesarios eran como intérpretes, tuvieron la fortuna de salir salvos de los peligros de la batalla, como tambien el venerable padre Olmedo que

tantos servicios habia hecho por su fervorosa y esclarecida piedad.

La primera diligencia de Cortés fué buscar un asilo para hacer descansar sus tropas, porque no podia quedarse en el paraje en donde se hallaba. Por todas partes le hostilizaban los mexicanos y todos los habitantes de la comarca empezaban á tomar las armas, así es que se determinó á mudar de sitio dirigiéndose hácia una cordillera de montañas, y á nueve millas de México, tomó posesion de un templo consagrado á los ídolos silvestres, á cuya invocacion encomendaban aquellos bárbaros la fertilidad de sus cosechas. Tenia el atrio bastante capacidad y estaba rodeado de una muralla, que unida con algunas torres podia ser puesta fácilmente en estado de defensa. Recobraron aliento los españoles al verse al abrigo de aquel lugar, que miraban como una fortaleza inexpugnable, dirigieron al mismo tiempo sus corazones hácia el cielo, considerando aquel alivio como socorro de su divina proteccion, y en memoria del gran beneficio que les reportó, librándoles del conflicto que á la vista tenian, fabricaron despues en aquel mismo sitio una ermita dedicada á *Nuestra Señora del Remedio.*

Mandó llamar Cortés á sus oficiales y capitanes y les consultó sobre el camino que deberian tomar. Encontrábanse entonces los espa-

ñoles en la parte de Oeste del lago de Tlascala, el solo paraje en donde podian confiar se les recibiria bien; estaba á 75 millas al Este de México, de manera que era menester pasar al rededor de la estremidad Norte del lago para tomar el camino que conducia á esta ciudad. Ofrecióse un tlascalteca á servirles de guia, y les condujo por un país ya pantanoso, ya montañoso, mal poblado y mal cultivado; anduvieron caminando por espacio de seis dias sin detenerse, y estando en contínuas alarmas, en contínuos sobresaltos. Acometíanles numerosos cuerpos de mexicanos, ya incomodándolos de lejos con sus tiros, ya tambien algunas veces formándose en especie de escuadrones y atacándolos de frente, por los lados y por la retaguardia con la mayor audacia y descaro. Fatigas, cansancios, infinitos peligros y contínuas alarmas no eran los únicos males que á los españoles aquejaban; el país por el que estaba atravesando no les proporcionaba recurso ni alimento alguno, veíanse precisados á vivir de las yerbas que en los campos encontraban y de tallos de maiz todavía verde. Abatia el hambre su valor y disminuia sus fuerzas, mientras que exijia su situacion toda su actividad, toda su energía.

En medio de su angustia, de su decaimiento estaban sostenidos y animados por la inalterable firmeza de su gefe; jamas le abandona

ba su presencia de espíritu, todo lo preveia con una admirable sagacidad y ni un solo instante suspendióse su vigilancia; era el primero en esponerse al peligro y arrostraba todos los sacrificios con una increible serenidad. Los soldados que sin él habrian probablemente desconfiado de su salud y hubieran maldecido su adversa suerte, iban siguiéndole con una confianza que lejos de cesar se aumentaba mas y mas.

Llegaron al sesto dia a Otumba, no lejos del camino que de México conduce á Tlascala; así que amaneció se pusieron en marcha; los enemigos estaban molestando contínuamente la retaguardia. Entre las injurias que á cada descarga repetian, advirtió doña Marina que muchas veces proferian: "*¡Andad, tiranos, andad, presto llegareis al lugar donde encontrareis el castigo á vuestros crímenes y tropelias debido!*" No comprendieron los españoles el sentido de esta amenaza, hasta que llegaron á una altura, desde donde pudieron descubrir una vasta llanura llena de un ejército inmenso. Mientras que un cuerpo de tropas enemigas iba fatigando á los españoles acosándolos en su retirada, habian reunido los mexicanos las principales fuerzas que estaban esparcidas por la otra parte del lago y siguiendo directamente el camino de México á Tlascala, se habian estacionado en el llano de Otumba, por donde Cortés debia pasar necesariamente. A la vista de es-

ta infinita muchedumbre que parecia ostentar mucha arrogancia, mucha animacion, se llenaron los españoles de estupor y asombro y los mas valientes é intrépidos empezaron á perder toda esperanza; pero Cortés, sin dar tiempo á que se fortificaran por la reflexion sus temores, ordenó sus tropas en disposicion de dar la batalla. La poca caballería que quedaba, puesta bajo las órdenes de Cortés protejia los flancos y estaba pronta á dar socorro á los puntos mas peligrosos. Entonces el general con una voz fuerte y animada por el entusiasmo: "Amigos, dijo: ha llegado el momento de vencer ó morir: elevemos nuestros corazones á Dios, pongamos en él toda nuestra confianza, todas nuestras esperenzas y lancémonos al combate con arrojo y decision!" Terrible fué la refriega: pelearon los españoles con un denuedo grande, con un ardor que rayaba á frenesí; los mexicanos por su parte los recibieron con una firmeza estraordinaria. Las tropas de Cortés iban abriéndose paso por entre los espesos batallones enemigos derrotándolos y dispersándolos completamente, pero mientras huian los unos, eran sucedidos por otros que llegaban llenos de rabia y sedientos de venganza. Despues de cuatro horas de una lucha sangrienta y desastrosa, los españoles, cuyas fuerzas se hallaban agotadas, no podian continuar por mas tiempo un combate tan desigual, cuando

á propósito se acordó Cortés de que el destino de las batallas dependia entre estos pueblos de la suerte del estandarte real, puesto que huian despavoridos luego que caia en poder de los enemigos, ó que moria el general que lo llevaba, así es que se determinó á apoderarse de aquella insignia. Estaba esta en manos de Cihuacatzin, general de los indios, quien iba en el centro del ejército colocado en unas magníficas andas; era su forma una red de oro macizo pendiente de una pica y coronado el remate de muchas plumas de diferentes colores, estaban destinados á su custodia unos cuantos guerreros, cuya sola presencia infundia respeto y terror.

Llama Cortés á los valientes capitanes Alvarado, Sandoval, Olid, Dávila y algunos otros que habian conservado aun sus caballos, marchan á escape, atropellando todo cuanto se les presentaba á la vista, empleando en este momento crítico toda su energía, todo su valor, toda su intrepidez para abrirse paso por entre las masas compactas y llegar hasta el paraje en donde se hallaba el capitan general. Llegan á pocos instantes á su lado; Cortés con un golpe de lanza le hiere y lo hace caer de las andas, al mismo tiempo baja del caballo uno de sus compañeros (26), se apodera del estandarte y acaba de quitar la vida al infortunado Cihuacatzin. Al ver perdida los mexicanos

aquella sacrosanta insignia hácia la cual se dirigian todas sus miradas, arrojan las armas y huyen en desórden hácia las montañas. Así fué llevada á cabo la mas esclarecida victoria que han alcanzado los españoles en el nuevo mundo. Fatigados los soldados de perseguir al enemigo, volviéronse al campo de batalla para recojer los despojos. Era formado el ejército enemigo de los mexicanos mas nobles y distinguidos, quienes iban adornados de ricos trajes y de otras preciosidades, así es que el botin fué bastante considerable y Cortés y los suyos pudieron reparar en cierto modo la pérdida que durante la retirada habian tenido (27).

Distinguiéronse mucho por su valor los españoles y tlascaltecas pero nadie tanto como Cortés. Segun sus oficiales, jamas habia desplegado tanta actividad, jamas habia mostrado tanta bizarria como en esta memorable jornada. Asegura Diaz que mereció igualmente Sandoval una distincion particular por su rara intrepidez. Citan tambien los historiadores con sumo elogio una muger llamada María Estrada, la cual armada de una lanza se arrojó sobre el enemigo con tal denuedo y ardor, que habrian sido considerados como estraordinarios aun en un hombre. Fué inmensa la pérdida de los mexicanos: dicen varios autores, que asciende á veinte mil hombres, y Solis cree que este número será exacto por-

que, segun afirma, pasaba el ejército vencido de 200.000 combatientes. Hay sin duda algo de exajeracion en estos cálculos, pero jamas los españoles habian luchado contra tan numerosas tropas y jamas habia sido tan terrible y tan grande la mortandad. Cortés por su parte perdió muchos aliados y muchos de sus compañeros, los que sobrevivian estaban llenos de heridas; él mismo habia recibido un golpe de piedra en la cabeza que le hizo caer del caballo.

Despues de esta grande y esclarecida victoria, entraron los españoles sin obstáculo en Tlascala el dia siguiente, 8 de Julio. Eran en número de 440, heridos los mas, cansados, desesperados y no teniendo ya confianza en el porvenir. Era por cierto su situacion bien diferente de la en que se encontraban, cuando salieron de esta ciudad un mes antes. Entonces el buen éxito parecia infalible: ahora era menester abandonar sus mas caras esperanzas y volverse á Cuba.



CAPÍTULO XIX.

Acontecimientos que tuvieron lugar durante la permanencia de Cortés en Tlascala.

No tardaron en disiparse los temores de los españoles por la confianza y cordialidad de los habitantes de Tlascala. Fué su entrada una pompa triunfal en medio de las aclamaciones de todo un pueblo, cuya fidelidad parecia aumentarse en razon de las desgracias de sus aliados. Disputáronse los principales caciques el honor de recibir á Cortés en su casa y admitió el hospedaje de uno de ellos, probando así que se entregaba á su lealtad. Tuvieron los españoles víveres en abundancia y encontraron todos los socorros necesarios para curar sus heridas ó descansar de sus fatigas. Pero mientras que con delicia disfrutaban de esta

agradable situacion, vino á turbar su seguridad una nueva catástrofe; la herida que en la cabeza habia recibido el general, se le agravó, los trabajos físicos y las aflicciones de ánimo que incesantemente le aquejaban, le causaron una violenta inflamacion cerebral que hizo temer por su vida. Llegó á su colmo la consternacion de los indios; los nobles llenos de tristeza y desconsuelo, iban á cada instante á informarse de la salud del Teule, nombre que, como ya dijimos, daban á los que consideraban como héroes ó semidioses. Todo el dia estaba la puerta llena de pueblo que iba á deplorar tambien aquella desgracia, de modo que fué necesario hacerlo retirar, por temor de que no llegaran á perjudicar la imaginacion del enfermo aquellos gritos y lamentos. Convocó el senado los médicos mas insignes, mas hábiles de la provincia, "cuya ciencia, dice Solís, consistia en el conocimiento y eleccion de las yerbas medicinales, que aplicaban con admirable observacion de sus virtudes y facultades, variando el medicamento segun el estado y accidentes de la enfermedad. Debió Cortés á ellas su restablecimiento, porque sirviéndose primeramente de unas yerbas saludables y benignas para calmar la inflamacion y mitigar los dolores de la calentura, pasaron por grados á las que hacian cicatrizar las heridas, todo lo cual practicaron con tanto acierto y felicidad,

que quedó restituido en breve tiempo á su perfecta salud." Apenas se halló en estado de volver á encargarse del mando, notó los síntomas de descontento que reinaban entre sus compañeros. Se quejaban altamente de sus infortunios y de la pérdida de sus esperanzas. Los soldados de Narvaez particularmente trataban de abandonar un servicio peligroso é infructuoso y querian volverse á Cuba. Desmayado Andrés de Duero á causa de las horrorosas escenas de que habia sido testigo y temiendo que se repitieran, instaba con mucho empeño á Cortés para que abandonara sus proyectos de conquista. Formóse en fin un partido numeroso, cuyos principales miembros pensando que nada se podria adelantar con fuerzas tan poco considerables, presentaron una demanda al general para obtener permiso de marcharse de un país, en donde ningun buen éxito podia esperarse, ninguna fortuna hacerse.

Escuchó Cortés estas representaciones con un vivo pesar, bien que procuró disimularlo. Convencido interiormente de la justicia de las quejas de sus soldados, no podia en verdad despreciarlas ni censurarlas. Afectábanle en gran manera las muchas pérdidas que habia esperimentado, su deplorable situacion y los males sin cuento que podian aun sobrevenirle; pero dotado de una alma grande, de un corazon magnánimo, resolvió hacer frente á las adver

sidades de la fortuna y persistió en su idea de conquistar á México. Sus recientes desastres habian en verdad amortiguado sus esperanzas, mas no las habian destruido del todo. Usó pues otra vez de su influencia sobre las masas, procuró calmar el espíritu de discordia, y para impedir que la ociosidad produjese funestos efectos, volvió á ponerse en campaña con tanto mas gusto, en cuanto estaba obligado á ello por las circunstancias.

Habian jurado los pueblos de Tepeaca fidelidad á Cortés, pero luego que conocieron por sus primeras derrotas que era un hombre como ellos, se sublevaron y atacaron un destacamento que iba de Zempoala á México; una partida menos numerosa que se dirigia á la Vera-Cruz, fué sorprendida y pasada á degüello.

Sintieron vivamente los españoles estas pérdidas, por acontecer cabalmente en unos momentos en que eran en tan corto número. Indignado Cortés de la perfidia y traicion de este pueblo, juró en su interior castigarlo é hizo sus preparativos; los soldados de Narvaez consistieron con mucho gusto en formar parte de la espedicion, porque las víctimas eran compañeros suyos que habian servido bajo las órdenes de un mismo capitan. Partió con ellos y en pocas semanas, despues de diferentes combates y de una terrible mortandad de tepeaqueses, los avasalló completamente. Tepeaca,

provincia importante, aseguraba el camino de la Vera-Cruz, su situacion era magnífica, bastaban algunos trabajos del arte para aprovecharse de sus medios de defensa naturales, reduciéndola á plaza fuerte. Conociendo Cortés las ventajas de este puesto, determinó mantenerlo; para ello hizo cerrar las avenidas con algunas trincheras de fajinas y tierra, con lo cual se formaron las murallas de la ciudad, derribáronse las rocas en ciertos parajes en donde se adelantaban, y en lo mas eminente de la montaña se levantó una fortificacion de materia mas sólida en forma de castillo, la cual bastaba para que la guarnicion estuviese al abrigo de los ataques de los indios. Púsose manos á la obra con tanto calor y acudieron á ella los naturales y circunvecinos con tanta solicitud y en tanto número, que fué llevada á cabo dentro de breves dias. Dejó el general algunos españoles para defender esta plaza, la cual se llamó *Segura de la Frontera* y fué la segunda poblacion española del imperio mexicano.

Reanimó este buen éxito el valor de los soldados; ya no hablaban mas de querer abandonar la Nueva España. Admirado Cortés de este resultado, juzgó que si los ocupaba en nuevas espediciones, podria poner en suspenso su ardor, su bizarría, siéndole mas fácil y seguro conducirlos á México; en consecuencia empleó muchos meses en recorrer las provincias veci-

nas, esperando que se aumentasen sus tropas con los refuerzos que le llegarian de la Española y de la Jamaica, á cuyos puntos habia enviado un oficial de confianza con cuatro bajeles de Narvaez, á fin de reclutar nueva gente y comprar caballos, pólvora y otras municiones de guerra. Por fin, considerando bien Cortés que serian inútiles cuantos esfuerzos hiciese para avasallar y dominar á México, mientras no fuese dueño del lago, mandó preparar madera en las montañas para construir doce bergantines, los cuales pudiesen ser trasladados á la ribera mas cercana del lago, y pudiesen reunirse cuando hubiese necesidad de ello.

Felizmente vino á secundar la fortuna el pensamiento y la fuerza de voluntad de ese magnánimo general. El gobernador de Cuba, que se habia creido que la espedicion de Narvaez habia surtido un efecto favorable, envióle dos bajeles con refuerzos de hombres y de municiones: el comandante de la Vera-Cruz logró hacer entrar estos bajeles en la ensenada, se apoderó de ellos, y persuadió fácilmente á los que los tripulaban á que se alistasen bajo las banderas de un gefe mu ho mas hábil y esperimentado que Narvaez. Poco tiempo despues entraron separadamente en la misma ensenada tres navíos, los cuales formaban parte de una escuadra armada por Francisco de Garay, gobernador de la Jamaica, quien largo tiempo ha-

Ca habia concebido el proyecto de partir con ciortés la gloria de la conquista de la Nueva España y las riquezas que de ella debian esperarse. Las tropas que habia enviado habian penetrado en una provincia pobre y cuyo pueblo era feroz y guerrero. Despues de una larga serie de crueles y lamentables desgracias, les habia obligado el hambre á refugiarse en la Vera-Cruz y abandonarse á la merced, á la compasion de sus compatriotas. Su fidelidad no duró mucho tiempo á pesar de las esperanzas lisonjeras y de las grandes promesas que se les habian hecho y que habian seducido á tantos otros antes que ellos, y como si hubiese sido entonces contagioso el espíritu de rebelion en la Nueva España, se entregaron al partido de Cortés. No era América solamente la única parte del mundo que le habia proporcionado recursos inauditos, pues llegó tambien á la Vera-Cruz un navío fletado por comerciantes de Sevilla, iba cargado de municiones de guerra que enviaban para vender, confiando hacer grandes ganancias en un pais, cuya riqueza empezaba á ser conocida en toda Europa. Aceptó Cortés con mucha alegria este cargamento que era para él de gran valor, y la tripulacion siguiendo el ejemplo de los demas, se alistó bajo sus banderas.

A pesar de todas estas provisiones, la cantidad de pólvora no era suficiente para durar

todo el tiempo de la campaña. Cortés, gracias á su prevision, logró socorrer esta nueva necesidad; cuando la primera permanencia en Tlascala, habia reconocido Ordaz en las montañas el cráter de un volcan que contenia azufre, de muy buena calidad; el comandante de artillería que se envió á este punto, se proveyó mucho de él para fabricar la pólvora necesaria para la guerra que iba á empezarse.

Con los refuerzos que se acababan de recibir, se habia aumentado el ejército en 180 infantes y veinte caballos. Pudo entonces Cortés desembarazarse de los compañeros de Narvaez, que permanecian en el servicio contra su gusto y voluntad, pues mandó publicar que aquellos que quisiesen marcharse del pais, tenian libertad para ello y que se les proporcionarian los bajeles necesarios. Tomaron este partido muchos soldados de Narvaez, mas los que se quedaron eran hombres aguerridos, resueltos á seguir á Cortés en todos los peligros, en todas las espediciones. Sintió mucho el general el que se retirara uno de sus mas fieles amigos, Andrés de Duero. "Aunque no se hayan publicado, dice Solis, los motivos de su separacion, se puede creer que hubo poca sinceridad en los pretestos de que se valió para cohonestar su retirada, porque le hallamos poco despues en la corte del emperador abogando en favor de Diego Velazquez. Si hubo alguna

queja entre Cortés y Duero, que diese lugar al rompimiento, estaria la razon de parte del general, porque no es probable que la tuviese quien hizo tan poco por ella y por sí, hallando salida para dejar á su amigo solo en una empresa en la que se hallaban igualmente repartidos el peligro y la gloria, y para tomar contra él una comision, en que se hallaba indignamente obligado á informar contra lo que sentia, haciéndose esclavo de la pasion y de la injusticia de Narvaez."

No habiendo recibido Cortés ninguna noticia de los oficiales que en el año anterior habia enviado á España y recelando que hubiesen perecido en alta mar, confió una mision semejante á Diego de Ordaz y á Alonso de Mendoza, entregándoles una completa relacion de todas sus espediciones, de todos sus trabajos hasta el 29 de Octubre de 1520 (28).

Como en los primeros despachos describió con toda brillantez la hermosura y las riquezas del pais, el heróico valor de sus compañeros y habló de sí mismo con suma modestia. Se esforzó principalmente en mostrar la imperiosa necesidad que habia de enviar eclesiásticos y religiosos de acrisolada virtud y ferviente celo, á fin de ayudar al padre Olmedo en la santa mision de convertir los indios al cristianismo, anunciando al propio tiempo que algunos de los mas distinguidos habian recibido el Sacramen-

to del bautismo y que se habian sembrado en el espíritu de los otros algunas luces, las cuales daban márgen á esperar que se recogerian ópimos y cuantiosos frutos. Como en la otra ocasion escribieron tambien al rey los dos ayuntamientos de la Vera-Cruz y Segura de la Frontera, manifestando cuán necesario era mantener á Cortés en aquel gobierno, por cuanto ninguno habria que pudiese dirigir como él aquella grande obra empezada, ni llevarla á cabo con perfeccion, y pidiendo en consecuencia se le revistiera de los mas ámplios y absolutos poderes.

Envió tambien con los mismos despachos dos oficiales (29) de confianza á los religiosos del órden de San Gerónimo, que eran presidentes de la real audiencia de Santo Domingo, cuya jurisdiccion única y suprema se estendia sobre las otras islas y sobre la tierra firme; participábales todas las noticias que habia dado al emperador, les pedia algunos socorros para poder proseguir su espedicion y les suplicaba en fin que le pusiesen a cubierto de las vejaciones, de las maquiavélicas intrigas de Velazquez y de Garay. La isla de Santo Domingo no se hallaba en aquella ocasion en estado de poder partir con Cortés los pocos recursos y ausilios que la quedaban; sin embargo, prometiéronle los religiosos que interpondrian su autoridad, su valimiento cerca del emperador, y procura-

rian por cuantos medios les fuese dable, reprimir las tentativas de sus dos émulos.

Cuando hubo terminado Cortés todo lo relativo á estas dos comisiones, empleó la mas grande actividad en apresurar y llevar á cabo sus peparativos, lo cual se consiguió en breves dias. Estaban dispuestas las maderas para los bergantines, habian llegado de la Vera-Cruz todos los útiles necesarios, nada se oponia pues á la marcha. Revistó Cortés sus tropas; consistian en 550 infantes, de los cuales 80 iban armados de mosquetes, y en 40 caballos: el parque de artillería se componia de 9 piezas que se habian sacado de los bajeles. Hízose esta revista en presencia de una admirable multitud de indios, que habian acudido para disfrutar de este espectáculo, al cual se dió toda la pompa y solemnidad posibles. Quiso el general tlascalteca imitar á Cortés, revistando tambien sus numerosos batallones, lo cual jamas se habia hecho en Anáhuac. "Pasaron delante los timbales y bocinas con los demas instrumentos de su milicia; despues los capitanes en hileras vistosamente ataviados con grandes penachos de varios colores y algunas joyas pendientes de las orejas y los labios; las macanas ó montantes con la guarnicion sobre el brazo izquierdo y con las puntas en alto: llevaban todos sus pajes de genita con los escudos ó rodelas, en que iban reducidos á varias figuras

los desprecios de sus enemigos, ó las jactancias de su valor. Cumplieron á su modo con la reverencia de los dos generales y pasaron despues las compañías en tropas diferentes, que se distinguian por el color de las plumas y por las insignias tambien de varias figuras de animales, que sobresaliendo á las picas, hacian oficio de banderas. Todo el ejército, añade Solís, de quien hemos copiado testualmente esta descripcion, constaba de hasta 10,000 hombres de los mas escojidos, debian acompañar á los españoles y hacer la guerra con ellos."

El 28 de Diciembre de 1520, dia destinado para partir, celebró el padre Olmedo el santo sacrificio de la misa, á la cual asistieron todos los españoles, y se hizo una plegaria particular para el buen éxito de la jornada. Al salir de la capilla, mandó el general á los indios formar sus batallones en la campaña, y luego que fueron puestos en órden, salió de la poblacion al frente de los españoles. Se tomó el camino de Tezcuco, ciudad destinada para ser el centro de operaciones; á causa de su situacion en las orillas del lago, ofrecia la mayor conveniencia para botar al agua los bergantines; por estar poco distante de México permitia hacer numerosas escursiones, acosar al enemigo, y en caso de derrota, era una plaza fuerte en donde podia retirarse sin temor de ser atacada ni rendida.



CAPITULO XX.

Ocupacion de Tezcuco.

Durante este tiempo se preparaba el enemigo á la defensa. Quetlavaca, como ya hemos dicho, habia sucedido á su hermano Motezuma. Su ódio conocido é inveterado contra los españoles habria sido un título suficiente para que lo elevaran á esta dignidad los mexicanos, si no hubiese sido por otra parte acreedor á ello por su bizarría y sus grandes y nobles cualidades. Inmediatamente despues de su eleccion mostró sus talentos dirijiendo en persona los vigorosos ataques que habian obligado á Cortés á abandonar la capital, adoptando en seguida los medios que pudiesen impedir su regreso. Reparó las partes de la poblacion que habian sido destruidas y mandó ha-

cer nuevas fortificaciones; hizo llenar ademas todos sus arsenales de las armas que se usaban entre los indios, construir largas lanzas guarnecidas del hierro de las espadas y de los puñales que habian tomado de los españoles á fin de servirse de ellas contra los caballos. Pero mientras que atendia á todos estos preparativos con rara escrupulosidad y cuidado, murió de resultas de las viruelas, enfermedad que se habia introducido en el Nuevo Mundo con los soldados de Narvaez. Nombraron los mexicanos por su sucesor á Guatimozín, sobrino y yerno de Motezuma.

Adelantóse Cortés hácia Tezcuco, entrando allí sin resistencia el último dia del año. El aspecto de esta poblacion era triste y lúgubre; la ausencia de las mugeres y de los niños parecia indicar disposiciones hostiles, mas no tardó en saberse que reinaba la discordia entre los habitantes y que el cacique y los principales ciudadanos habian ido á buscar asilo en México. El hallarse las cosas en este estado, sirvió mucho á Cortés. Se miraba al gefe fugitivo como un usurpador que habia asesinado á su hermano y debia su elevacion al poder á la influencia del monarca. Pasaron á cumplimentar á Cortés poco tiempo despues de su llegada muchos señores, quienes fueron á pedirle les admitiese en su ejército; acompañábanles un jóven de buena presencia, aire mar-

cial y dotado de una elocuencia brillante; era hijo del cacique. Unida esta circunstancia á la idea favorable que de él se habia formado Cortés, eligióle para reemplazar al gefe ausente. Fué aceptado este nombramiento con grande aplauso y en medio de las aclamaciones de todos, los españoles lograron de este modo tener á su favor no solo á él, sino á todo el pueblo. Dotado este jóven de mucha inteligencia y de muy buen corazon, era de esperar que se convirtiera a la religion cristiana. Tuvo con él el padre Olmedo algunas conferencias y en pocos dias lo dispuso á recibir el bautismo, cuya ceremonia se hizo con mucha solemnidad. Fué Cortés su padrino y el neófito tomó por su eleccion el nombre de Fernando (Hernan.) Estrechó este nuevo lazo los vínculos que con los españoles le unian, obligóse á acudir con todo su poder al ataque contra México y cumplió religiosamente su promesa.

Seguro Cortés de allí en adelante de la fidelidad de Tezcuco, dirigió sus armas contra los habitantes de Iztapalapa, quienes habianle atacado durante su retirada. Al acercarse se lanzaron al agua con sus canoas, abandonando sus casas construidas sobre diques en medio del lago. Penetraron los españoles con facilidad hasta la plaza principal, pero al anochecer observaron que estaban rotos los diques, y penetrando el agua por todas partes, iba á

inundarlo todo y á dejarlos ahogados. Retiráronse apresuradamente y fueron á refugiarse en una montañuela vecina, adonde no podia llegar el agua, pasando la noche allí con la mayor incomodidad. Viendo Cortés al dia siguiente que era imposible apoderarse de la ciudad inundada, volvió á tomar el camino de Tezcuco y fué atacado luego por masas innumerables; la marcha fué un combate contínuo, y como dice Solís, entróse en la poblacion despues de haber alcanzado durante el camino tres ó cuatro victorias.

Acontecimientos mas dichosos compensaron luego en cierto modo esta desgracia; muchas provincias vecinas enviaron embajadores para pedir proteccion contra los mexicanos. Recibiólos Cortés con agasajo y aceptó sus proposiciones de alianza, las cuales favorecian perfectamente sus proyectos. Era de la mas alta importancia la posesion de Chalco y de Otumba, puesto que estas poblaciones se hallaban situadas entre Tlascala y el cuartel general, pero era menester espulsar á los mexicanos que las ocupaban, lo cual logró hacer Sandoval con su destacamento; contentos entonces los habitantes de verse libres del yugo de Motezuma, se aliaron con los españoles. En consecuencia quedaron espeditas por este lado las comunicaciones con Tlascala y con la Vera-Cruz, lo que fué de la mayor utilidad.

Cuando estuvieron dispuestos los materiales para la construccion de los bergantines y cuando tan solo faltaba trasportarlos, encargóse Sandoval de operar este trasporte difícil. En este camino debia castigar de paso á los habitantes de Zultepeque, por haber dado muerte alevosamente á cuarenta españoles y á trescientos tlascaltecas que habian enviado á la Vera-Cruz para socorrer á Alvarado. Pero los indios no aguardaron á los españoles, puesto que huyeron; perseguidos en los bosques en donde se habian retirado, cayeron algunos en poder de los estrangeros, quienes al entrar en el pueblo, quedaron horrorizados á la vista de un cuadro desgarrador, propio á escitar y encender los furores de la venganza. Las paredes del templo y los ídolos estaban todavia manchados con la sangre de las infortunadas víctimas; dos cabezas humanas con sus cabelleras estaban colgadas como trofeos en medio de cuatro cabezas de caballo. Hallóse un rótulo escrito en la pared con letras de carbon, que decia: "*En esta casa estuvo preso el sin ventura Juan Fuste, con otros muchos de su compañía.*" Al ver los prisioneros á los españoles tan altamente indignados y enfurecidos, temiendo ser inmolados, se prosternaron á sus plantas, implorando su piedad y clemencia Conmovido Sandoval al ver su arrepentimiento y sus lágrimas, les perdonó, con la condi-

cion empero de que habian de esforzarse con su obediencia y su conducta sucesiva en hacer olvidar sus hechos pasados.

Desde este punto pasó Sandoval á Tlascala, en donde se hallaban ya reuidos los materiales. Aguardábale un numeroso ejércíto de tlascaltecas dispuesto á partir con él. Pretende Herrera que constaba de ciento ochenta mil hombres: es bien evidente que, si no es esto un error de imprenta, es una exajeracion monstruosa. Dice Diaz que se componia de quince mil, lo que ya es mas razonable, si se atiende principalmente al número de guerreros capitaneados por Cortés. Tomó Sandoval tres mil tamenes, quienes debian trasportar á cuestas durante un camino de 60 millas y á través de un país montañoso las piezas de madera, los mástiles, las jarcias, las velas, las herraduras, en fin, todo lo que era necesario para construir los bergantines.

Arreglóse la marcha con mucha disposicion. Colocáronse en el centro los tamenes con un cuerpo de tlascaltecas de vanguardia, otro de retaguardia y en los flancos una considerable guarnicion. En cada una de estas divisiones se hallaban algunos españoles. Caminaba este numeroso ejército muy pausadamente, pero en buen órden; en los bosques, en las montañas, en todos los parajes estrechos y reducidos, se estendia la línea mas allá de seis mi-

llas, y, segun la pintoresca espresion de Diaz, "se podia decir que fluctuaban estos navíos sobre las espaldas de los hombres entre las hondas formadas por los diferentes movimientos que hacia tomar á esta gente la desigualdad del terreno." Presentábanse algunas veces partidas de mexicanos en las eminencias vecinas, pero al ver los ejércitos enemigos tan numerosos y dispuestos á recibirlos, no tentaron ningun ataque. Hízose alto poco antes de llegar á Tezcuco para complacer al general tlascalteca, quien pidió á Gonzalo de Sandoval el tiempo necesario para que pudiesen todos sus oficiales componerse y adornarse de sus mas hermosas plumas y preciosas joyas. Acompañado Cortés del cacique y de todos sus capitanes, esperó fuera de la ciudad este convoy tan deseado, y despues de haber dado un cordial abrazo á los gefes, entraron triunfalmente en Tezcuco en medio de las aclamaciones y de los vivas de los soldados.

Habiendo declarado Martin Lopez, carpintero de marina, quien estaba encargado de construir los bergantines, que aun le faltaban veinte dias para concluirlos y poderlos ehar al lago, empleó Cortés aquel tiempo en reconocer personalmente las poblaciones cercanas que habian quedado fieles al gobierno de Guatimozin, encontró algunas reducidas á escombros y cenizas, cuyos habitantes, habiéndose defendi-

do contra las agresiones de los mexicanos, viéronse obligados á huir para poder salvar la vida, y fueron batidos muchas veces y rechazados hasta Tacuba; permaneció Cortés cinco dias en presencia de esta poblacion que competia con Tezcuco por su magnificencia, por su esplendor y por el gran número de habitantes. Estaba situada en la estremidad de la primera calzada tan fatal para los españoles, parecióle ventajosa esta posicion y se disponia á atacarla, cuando vió presentarse una partida de mexicanos que salian de la capital acaudillados por el emperador, como parecia iban á entrar en Tacuba, tuvieron los españoles órden de aguardarlos, dejarles libre paso y echarse sobre ellos cuando estuviesen entre el lago y la ciudad; pero los enemigos abrigaban otro designio, el cual ejecutaron con estrema habilidad, con la mas refinada astucia. Saltaron algunos en tierra y formaron sus filas con tanta confusion, que atribuyendo Cortés este embarazo á temor, dejó delante de la ciudad una partida de sus tropas y se marchó hácia la calzada. Los mexicanos que habian desembarcado aparentaron desmayarse y se retiraron en desórden seguidos del resto de su ejército que fué cediendo terreno poco á poco; mas luego que vieron á los españoles estacionados sobre la calzada, volvieron á reunirse; y mientras que los detenian con su resistencia, aparecie-

ron en las dos partes del dique un admirable número de canoas, dejando encerrados á los españoles. Pero el intrépido Cortés salió afortunadamente de tan terrible peligro, abrióse paso con la espada en la mano y volvió á penetrar en Tezcuco, mientras que quedaron burlados los mexicanos y se vieron reducidos á seguirle de lejos con grandes gritos é imponentes amenazas.

Durante esta ausencia habian llegado á la Vera-Cruz cuatro bajeles con 200 soldados, 80 caballos, dos piezas de artillería y con abunbante provision de armas y municiones de guerra. Escitó el entusiasmo de las tropas este refuerzo llegado en tan oportunas circunstancias, y empezaron todas á pedir el sitio. Cortés mismo se creyó ser el instrumento de los decretos de la Divina Providencia. Dios le habia destinado á ser el conquistador de este imperio para introducir en él las luces de la verdadera fé; vió en este socorro inesperado un nuevo indicio de la gloriosa mision que iba á desempeñar.

Pero antes de recurrir al funesto estremo de un sitio, quiso probar aun si lograria hacer un convenio amistoso. Opinaba que estaria dispuesto á ello el emperador intimidado tal vez por los reveses de fortuna que habia sufrido y por el imponente aspecto de los españoles; temia ademas que el sitio ocasionaria precisamente la destruccion de la capital, y queria

apoderarse de esta rica y magnífica ciudad, sin esponerse á los azares de un combate. Habiendo despreciado Guatimozin sus proposiciones, fué necesario decidir la cuestion por medio de las armas. Mas como no se habian conducido aun los bergantines, prosiguió Cortés la conquista de las poblaciones que rodeaban el lago, marchando en primer lugar sobre Quauhnahuac, ciudad rica y fértil, bien defendida por su situacion; rodeábanla por una parte montañas muy escarpadas, por otra un ancho canal, cuyos puentes habian sido derribados, lo cual hacia muy difícil el asalto porque no se sabia por que lado tentarlo. Buscábase un paso para atravesar el barranco, cuando Bernal Diaz acompañado de algunos soldados vió dos árboles, que pendientes de sus raices, descansaban de su mismo peso en la orilla contrapuesta. Sirvióse de este peligroso camino, subiendo por encima de ellos y logró de este modo pasar á la otra parte: imitaron todos sus compañeros su ejemplo, y cayendo de improviso sobre el enemigo, atacáronle vivamente, obligándole á refugiarse en los bosques. En seguida condujo Cortés á sus soldados á Suchimilco, en cuya entrada tuvo que luchar con un numeroso ejército; mas despues de un ataque terrible logró hacerlo retirar en la ciudad. Fueron á colocarse los fugitivos detras de los parapetos que en las calles ha-

bian formado y continuaron defendiéndose. Mandó Cortés romperlos, precipitándose él mismo sobre una de las principales avenidas, en la cual tenian los mexicanos mayores fuerzas. Arrojóse en medio de esta muchedumbre y se halló solo con el enemigo que por todas partes le rodeaba, mantúvose algun tiempo peleando valerosamente, hasta que se le rindió el caballo y dejándose caer en tierra, le puso en evidente peligro de perderse. Adelantáronse en este momento los mexicanos que estaban mas cerca, y como se hallaba muy embarazado para poder servirse de sus armas, iba á sucumbir irremisiblemente, cuando por fortuna observando el conflicto de su general uno de los soldados que se hallaba un poco distante, llamado Cristóbal de Olea, convocó á algunos tlascaltecas, y corriendo al paraje en donde se presentaba la escena, dió muerte con sus propias manos á los que oprimian á Cortés y tuvo la dicha de ponerlo en libertad. Cobrando este brios, atacó de nuevo á los enemigos, quienes se vieron precisados á salvar sus vidas echándose al lago, abandonando á los españoles las calles situadas sobre la tierra firme.

Permaneció Cortés cuatro dias en Suchimilco, durante los cuales estuvo siempre sobre las armas. Como esta ciudad se hallaba poco distante de México, de aquí es que acudian nue-

vos enemigos y multiplicaban los ataques; en uno de ellos se apoderaron de cuatro soldados que estaban saqueando una casa. Condujéronlos en triunfo; ordenó Guatimozin cortarles los pies y las manos y hacerlos pasear por todas las ciudades de su dominio. Conoció con esto el general la triste suerte que habria sufrido, si hubiese tenido la desgracia de caer vivo en poder de sus bárbaros enemigos, pero cuando se presentaron nuevas ocasiones de esponer su vida, estos pensamientos, estas reflecsiones, no le impidieron abandonarse á toda su impetuosidad natural; y sin embargo, sabia que en su existencia estaba cifrada tambien la de sus valientes compañeros; si él moria ó era hecho prisionero, ¿qué seria de ellos?





CAPÍTULO XXI.

Conspiracion contra Cortés.—Échanse al agua los bergantines.—Empiézase el sitio.

PREPARABA así Cortés la destruccion del imperio de México, reduciendo por grados los límites de su poderío. Parecia segura y cercana la ejecucion de sus mas grandes designios, cuando quedaron desbaratados por una conspiracion terrible é inesperada. Jamas habian tenido íntima fraternidad los soldados de Narvaez con los de Cortés, no mostraban el mismo celo ni el mismo entusiasmo, rendíanse facilmente en todas las ocasiones en que era menester algun esfuerzo extraordinario de paciencia ó de valor. Los mas antiguos compañeros de Cortés, aquellos que le habian permanecido fieles cuando todos los otros le habian abandonado, empezaban á desmayarse al pen-

sar en los peligros en que iban á esponerse para vencer una ciudad tan ventajosamente situada como era México, y defendida por un numeroso ejército. Llevados del temor se ponian á discutir con una libertad poco conveniente á simples soldados, los planes de su general y la dificultad de la empresa. Mas adelante atreviéronse á censurarlo, abandonándose á quejas é invectivas, en fin, trataron de mirar por su seguridad, puesto que parecia despreciarla Cortés del todo. Secundaba diestra y poderosamente estas murmuraciones Antonio Villafaña, hombre muy atrevido y acérrimo partidario de Velazquez. La casa en que vivia, fué el punto de reunion de los conjurados. Discurrieron que no habia otro medio de detener á Cortés en su carrera, sino el de quitarle la vida y dar el mando á otro oficial, con la condicion de que abandonase proyectos temerarios y estravagantes, segun ellos, y tomase medidas eficaces para la salud comun. Formaron luego los conspiradores un papel en que firmaron todos y se unieron entre sí con los mas solemnes juramentos; los oficiales que debian perecer, los que debian sucederles, todos estaban designados (30). Estaba ya determinado y fijado el dia de la ejecucion de estos horrorosos planes, cuando la víspera, uno de los antiguos soldados del ejército que habia asistido á estos clubs y tomado parte en ellos,

arrepintióse y se movió de compasion á vista del peligro que amenazaba á un hombre á quien adoraba, y horrorizado al pensar en su propio crímen, fué á hablar en secreto al general, descubriéndole todo el complot. Aunque quedó vivamente perturbado Cortés, no dejó sin embargo de discurrir al instante sobre lo que debia hacer; llamó en consecuencia á algunos de los capitanes de su confianza, y acompañado de ellos pasó á casa de Villafaña. Al presenciar el culpable esta visita inesperada, llenóse de asombro y confusion y no tardó en confesar claramente su negra culpa y pérfidos designios. Mientras que de él se apoderaban los oficiales, arrebatóle el general del pecho el papel del tratado, que contenia las firmas de los conjurados. Al leerlo, encontró nombres que no pudo ver sin llenarse de sorpresa y de pesar, y desesperado resolvió hacer caer el rigor de la ley sobre todos los autores y cómplices de tamaños atentados, pero conociendo despues que en tan críticas circunstancias era muy peligroso desplegar demasiada severidad, determinó castigar solamente á Villafaña. Como no eran equívocas las pruebas del delito, fué corto su proceso; fulminóse luego la sentencia de muerte, y dándole lugar para cumplir con las obligaciones de cristiano, al dia siguiente amaneció colgado en una ventana de su mismo alojamiento. Reunió en seguida

Cortés sus tropas, y habiéndolas manifestado el crímen y la justicia del castigo, añadió con cierto aire de satisfaccion que le eran totalmente desconocidos los detalles de este abominable complot, porque Villafaña en el acto de su prision habia destruido un papel y engullido los pedazos, y que á pesar del rigor de los tormentos nada habia confesado. Con esta artificiosa declaracion quedaron tranquilos los cómplices, á quienes atormentaba el temor de ser descubiertos, y evitó de este modo el general el derramar mucha sangre. Sacó Cortés de estos acontecimientos la ventaja de conocer á sus enemigos y de poder observar atentamente todos sus pasos, mientras que éstos, creyéndose que ignoraba toda la conspiracion, se esforzaron en destruir todas las sospechas, redoblando en su servicio su celo y actividad.

Pocos dias despues tuvo Cortés nuevo medio de ejercer su firmeza. Habia resuelto el general tlascalteca retirarse con dos ó tres compañías, á las cuales habia obligado le siguiesen; procuró Cortés hacerle obedecer valiéndose de la persuasion y de medios pacíficos, pero todo fué en vano, todo fué inútil; en consecuencia dió órden de prenderlo muerto ó vivo; defendióse este animosamente hasta el último suspiro, si bien los que le acompañaron, le prestaron muy pocos auxilios. Despues de

la muerte de su gefe cumplieron los soldados con sus deberes y obligaciones.

Durante estas intestinas discordias habia concluido Lopez los bergantines. Dos meses hacia que se ocupaban los indios en preparar el álveo de un arroyuelo que de Tezcuco iba á desaguar en el lago y á formar un canal de cerca de dos millas de largo. Concluido este trabajo, se echaron al agua los bergantines. Hízose esta ceremonia el dia 28 de Abril con la mayor pompa y á vista de todos los españoles y de todos los indios que habian ayudado en aquella obra. Celebró el padre Olmedo una misa, en la que comulgó Cortés con todos los españoles; despues á medida que los bergantines iban entrando en el canal, los bendecia el sacerdote ydaba á cada uno su nombre; penetrados de admiracion los espectadores seguíanlos con la vista hasta que habian entrado en el lago. Luego que se desplegaron las velas, resonó una salva de artillería; pobláronse los aires de gritos de alegría, y entonando el venerable padre Olmedo un solemne *Te Deum*, repetido piadosamente por todos los españoles, dió gracias al Todo-poderoso de la alta proteccion que habia dispensado á Cortés, favoreciendo los esfuerzos de su genio activo é intrépido.

Pasó Cortés revista general y volvió á inspeccionar sus municiones. 826 infantes, 900, segun Solís, los 194 armados de arcabuces y

ballestas, los demas de espada, rodela y lanza; 86 caballos, 18 piezas de artillería, mil libras de pólvora y balas, tales eran las fuerzas de que podia disponer. El ejército aliado era inmenso; dice Cortés que estaban bajo sus órdenes ciento cincuenta mil indios. Afirma Herrera que ascendia su número á doscientos mil, mientras que Diaz lo reduce á veinticuatro mil. Habia en México mas de doscientos mil combatientes.

Determinóse Cortés á formar el sitio por tres partes diferentes, por la de Tezcuco, por la de Tacuba y por la de Cuyoacán. Dirigia Sandoval el primer ataque, Pedro de Alvarado el segundo y Cristóbal de Olid el tercero. Cada uno de ellos tenia un número igual de españoles, un formidable cuerpo de aliados y dos cañones. Reservóse Cortés la direccion de los bergantines como operacion la mas importante y peligrosa; iba armada cada una de estas embarcaciones de un pequeño cañon y contenia 25 españoles.

El dia 10 de Mayo se adelantaron hácia Tacuba Alvarado y Olid con el designio de romper el acueducto de México. A pesar de la tenaz defensa de los mexicanos, acabaron su empresa logrando cortar todos los conductos del agua. Animados con este feliz éxito los dos capitanes, intentaron apoderarse del primer puente que habia en la calzada de Tacu-

ba; al acercarse fueron sorprendidos por los enemigos que la ocupaban y por infinitas canoas que cubrian el lago. Dispararon desde ellas los mas mortíferos tiros; los mexicanos desde el interior de los bosques hostilizaban con sus flechas sin errar el blanco y sin temor de ser atacados. No queriendo Alvarado y Olid tentar un ataque sin poder ser socorridos de Cortés, se retiraron en buen órden, previniéndose para defenderse.

Permaneció Alvarado en Tacuba y prosiguió Olid su viaje hácia Cuyoacán. En fin, el 30 de Mayo, segun las órdenes dadas por Cortés, empezaron realmente las operaciones del sitio.



CAPITULO XXII.

Relacion de las operaciones del sitio de México. —Tentan un asalto los españoles, esperimentan una derrota.

NTRETANTO se dirigia Cortés con su escuadra hácia una isla situada cerca de México, en donde habian buscado asilo muchos de sus moradores. Luego que tuvieron los enemigos conocimiento de este proyecto reunieron todas sus fuerzas navales, y mas de cuatro mil canoas embistieron animosamente contra los bergantines. Dispuso Cortés sus navíos formando una espaciosa media luna, á fin de dilatar la frente y pelear con mas libertad. Hasta entonces detenidas las embarcaciones españolas por una hermosa bonanza, no habian podido maniobrar sino por medio de remos; pero cuando se acercaron las canoas, dejóse sentir

una ligera brisa; en un instante quedaron desplegadas las velas, y los bergantines penetrando en medio de sus enemigos con una impetuosidad á la cual no podian resistir, echaron á pique una multitud de aquellos buques; destruyó tambien muchos la artillería, y los pocos que quedaron fueron perseguidos hasta que entraron en las acequias de la ciudad.

Luego que vió Olid desde lo alto del gran templo de Cuyoacán el resultado de este combate, marchó en órden de batalla siguiendo la calzada para tomar posesion de algunas trincheras y para derrotar completamente á los mexicanos. Al mismo tiempo atacó Cortés un fuerte inmediato y logró ganarlo á pesar de una ciega resistencia. Con la toma de este baluarte pudo dominar los dos caminos de la capital y establecer sus comunicaciones con el acantonamiento de Olid; en consecuencia estableció en él su cuartel general y para poner á sus tres divisiones al abrigo de los ataques de las canoas, dividió su escuadra en tres partes; de este modo tenia cada comandante cuatro bergantines para secundar sus operaciones.

Empezaron desde este momento contínuos ataques y retiradas, contínuas maniobras y escaramuzas. Todas las mañanas atacaban los españoles los parapetos que habia en la calzada y pasaban á la otra parte del canal y de las trincheras, esforzándose en penetrar den-

tro de la ciudad, y cuando quedadan inútiles todos sus esfuerzos, cuando eran rechazados por los valientes mexicanos, volvian á retirarse á sus cuarteles. Así renovábanse cada dia las fatigas y peligros, reparando los mexicanos por la noche lo que se habia destruido durante el dia y volviendo á ocupar los puestos de los que habian sido espulsados, porque los españoles rendidos de cansancio, no podian guardar sus posiciones. Pasóse un mes en estas alternativas; mostraban los mexicanos en sus defensas tanto valor como los españoles en sus ataques. Muchos soldados de Cortés habian sido muertos, la mayor parte heridos, y todos estaban próximos á sucumbir á los trabajos de un servicio que ningun descanso les dejaba y que venia á ser aun mucho mas difícil porque empezaban ya á caer las lluvias con su ordinaria violencia.

Por otra parte, el resultado que Cortés se habia creido poder obtener haciendo romper los acueductos, era eludido fácilmente, porque los naturales iban con sus canoas á proveerse de agua fresca en las poblaciones comarcanas, y como trasportaban al mismo tiempo provisiones de todo género, no podia concebirse la esperanza de rendir á México por hambre. Quiso Cortés impedir las comunicaciones destinando dos bergantines para recorrer el lago, pero los mexicanos obligados por la necesidad á

ser ingeniosos, enviaban sus canoas hácia diferentes direcciones, burlando de este modo la vigilancia de los bergantines. Se valieron ademas de una estratajema que prueba hasta qué punto habian sabido aprovecharse de las lecciones de los españoles. Hicieron construir treinta grandes piraguas, las cuales empavesaron con guesos tablones para recibir la carga y pelear menos descubiertos. Durante la noche salieron á ocupar unos carrizales ó bosques de cañas palustres, que producia en algunas partes la laguna, tan densas y elevadas, que venian á formar diferentes malezas impenetrables á la vista. Llevaron allí tres ó cuatro canoas llenas de víveres á fin de que sirviesen de cebo á la emboscada, y bastante número de gruesas estacas, las cuales fijaron debajo del agua, para que chocando en ellas los bergantines se hiciesen pedazos, ó fuesen mas fáciles de vencer. En efecto, al dia siguiente salieron á correr aquel paraje dos bergantines de la division de Sandoval, y al apercibirse de las canoas cargadas de bastimentos se adelantaron con todo el ímpetu de los remos arrojándose sobre la presa que juzgaban asegurada, mas á breve rato dieron en el lazo de la estacada oculta, quedando totalmente impedidos y en estado que no podian retroceder ni pasar adelante. Salieron al mismo tiempo las piraguas enemigas de en medio de los cañave-

rales y cargaron por todas partes con desesperada resolucion; tuvieron necesidad los españoles de valerse de todo su valor, de todos sus esfuerzos para sostener el combate, entretanto que algunos buzos armados de hachas iban apartando todos los estorbos; despues pudiendo maniobrar mas fácilmente, dispararon las piezas de artillería, cuyas descargas obligaron á las piraguas á retirase sin esperimentar ninguna pérdida, mientras que tuvieron los españoles muchos muertos, comprendiendo en ellos los dos capitanes que mandaban los bergantines.

La esperanza de lograr un éxito mas completo, mas satisfactorio impulsó á los mexicanos á emplear de nuevo el mismo ardid. No pasó desapercibido á Cortés su movimiento, quien cojióles en su propio lazo, envió sucesivamente seis vergantines á emboscarse en un paraje igualmente cubierto de cañas, poco distante del en que estaba oculto el enemigo Al amanecer salió un bergantin aparentando ir en busca de las canoas y se acercó á las piraguas ocultas todo lo que fué necesario para finjir que las habia descubierto, tomando en seguida la vuelta precipitadamente. Corrieron las piraguas á perseguir el bergantin fugitivo, celebrando ya con grandes y estrepitosos gritos de alegría esta gloriosa presa: cuando se hallaron á una distancia conveniente, adelantáronse á recibirlas los otros bergantines, sa-

ludándolas tan cruelmente con su artillería, que á la segunda descarga ya no existia mas que una de estas embarcaciones.

Los prisioneros que á cada instante iban llegando daban horrorosos detalles sobre la situacion de México, en donde empezaba el hambre á ejercer terribles estragos; con este motivo se veló mas en prohibir la introduccion de víveres. Puso entonces Cortés en libertad á tres de los principales prisioneros, encargándoles que hiciesen al emperador proposiciones de paz con la sola condicion de que reconociese la soberania del rey de España. Algunos dias despues manifestaron nuevos cautivos que habia recibido Guatimozin bastante favorablemente esta proposicion y que habiendo convocado á todos sus caciques, les representó el miserable estado de la ciudad y pareció estar dispuesto á aceptar la paz. Participaron desde luego los caciques de estos sentimientos, pero mudaron de pensar fácilmente, porque los sacerdotes, cuyas decisiones estaban acostumbrados á respetar, se opusieron á admitir la paz, fingiendo no lo querian sus dioses, y en consecuencia toda la asamblea no pudo menos de seguir su dictámen.

Luego que estuvo informado Cortés de esta resolucion, apresuróse á hacer un esfuerzo gigantesco para quedar dueño de la ciudad. Recibieron Alvarado y Sandoval órden de adelan-

tarse con sus divisiones, y él mismo se puso al frente del cuerpo que se hallaba estacionado en la calzada de Cuyoacán. Animados por su presencia y por la esperanza de algun acontecimiento decisivo, atacaron los españoles con una impetuosidad á la cual nada resistió, derribaron todos los parapetos, saltaron los fosos y canales y llegaron á la ciudad en donde fueron ganando terreno. No se olvidó Cortés en medio de la satisfaccion que le causaba la rapidez de sus progresos, de tomar todas las precauciones necesarias para la seguridad de la retirada; encargó á Julian de Alderete que cegara los canales, y á los bergantines que procurasen hacer la hostilidad que pudiesen, acercándose á la batalla por las acequias mayores. Juzgó este oficial que no era decente á su persona semejante ocupacion, y al ver á sus compañeros en lo mas reñido del combate y en el camino de la victoria, lanzóse á la pelea abandonando el importante cuidado que se le habia confiado. Tuvo al instante Guatimozin noticia de esta negligencia, y considerando las grandes ventajas que podia sacar de ella, se dispuso á aprovecharlas. Ordenó á las tropas que combatian de frente cedieran terreno poco á poco, á fin de que se adelantaran los españoles, y por diferentes partes envió un numeroso cuerpo á la brecha que en la calzada habia. A una señal convenida hicieron resonar los sa-

cerdotes el tambor consagrado al dios de la guerra; luego que oyeron los mexicanos esos lúgubres y solemnes sonidos, precipitáronse con nueva furia exaltada por el fanatismo y por la esperanza de vengarse. Retiráronse los españoles lentamente y en buen órden, mas los enemigos les persiguieron con encarnizamiento sin igual y de tal modo les acosaron, que viéronse perdidos, introduciéndose en sus filas el terror y la confusion; al llegar á la brecha de la calzada, españoles y aliados, infantería y caballería caian revueltos y confundidos; los mexicanos se aprovecharon entonces de este desórden y se arrojaron sobre ellos con rabia y frenesí. Inútiles fueron los esfuerzos de Cortés para detener á sus soldados y ponerlos en fila, porque el temor los hacia sordos á sus súplicas y á sus órdenes. No pudiendo en fin conducirlos al combate, ocupóse en salvar á algunos de los que habian caido en el agua, pero mientras que se entregaba á ejercer este acto humanitario despreciando su propia seguridad, se echaron sobre él seis mexicanos é iban á destinarlo al sacrificio de sus dioses; afortunadamente fueron á socorrerle dos de sus oficiales y lograron ponerlo en libertad, no sin haber recibido muchísimas heridas. Perdieron los españoles mas de 60 hombres, y lo que hacia esta pérdida mas cruel y mas dolorosa era el haber caido unos cuarenta en poder de los

enemigos, quienes iban á darles una muerte todavía mas terrible.

No habian sido mas afortunados Alvarado y Sandoval. Fué el primero viva y animosamente perseguido por los mexicanos, quienes despues de la derrota de Cortés habian reunido contra él todas sus tropas; á fin de atemorizarlo, de desmayarlo, le enseñaban las cabezas de muchos soldados, diciéndole que eran las de Cortés y de Sandoval, y que él y sus compañeros esperimentarian pronto la misma suerte. Temió Alvarado alguna catástrofe, ya por hallarse distante de las otras divisiones, ya por ver que sus enemigos iban aumentándose considerablemente, por consiguiente no le quedó otro recurso sino el de tocar la señal de retirada, la cual se operó con bastante dificultad; sin embargo ninguna pérdida tuvo que lamentar.

Sandoval por su parte hacia progresos rápidos, ya iba á quedar para él la victoria, cuando cambióse de repente la faz del combate con la derrota de las otras divisiones. Al encontrarse los mexicanos con solo un adversario, emplearon contra él todas sus fuerzas; á pesar de una heróica defensa vióse obligado á ceder al mayor número y á volver á entrar en su primera posicion. Así en todos los puntos salieron vencedores los mexicanos.

Al acercarse la noche encontráronse los es-

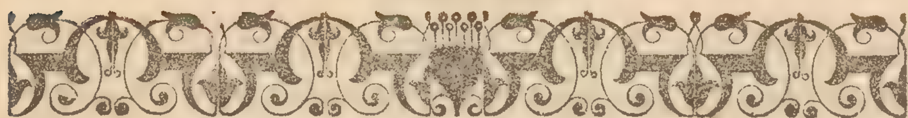
pañoles en una situacion deplorable, en una situacion tristísima. Oian los gritos de triunfo y el tumulto del horrible festin con que celebraban los mexicanos su victoria; estaba iluminada toda la ciudad y el templo principal resplandecia tanto, que se podian distinguir fácilmente todos los alrededores llenos de un inmenso gentío y los sacerdotes dispuestos á hacer los preparativos para la muerte de los prisioneros. Conocian los españoles á sus compatriotas por la blancura de la piel; veíanlos desnudos y obligados á danzar ante la estátua del dios al cual iban á ser inmolados; oian sus gritos, sus lamentos y creíanse distinguir cada víctima al sonido de su vos. Aumentaba la imaginacion el horror de estos cuadros; prorumpian los mas insensibles en copiosas lágrimas y temblaban los mas animosos al presenciar este horrible espectáculo. Diaz, que formaba parte del destacamento de Alvarado y que se hallaba cerca de la ciudad por estar estacionado en la calzada de Tacuba, describe así la impresion que le causó esta espantosa escena: "Antes de haber visto abierto el pecho de mis compañeros, sus corazones palpitantes ofrecidos á un asqueroso ídolo y devoradas sus carnes por nuestros crueles é implacables enemigos, estaba acostumbrado á marchar al combate con ánimo y resolucion. Pero desde este momento peleé siempre con los me-

xicanos con un secreto horror y me estremecia al pensar en la muerte cruel que habian sufrido nuestros amigos."

Partió Cortés con sus soldados los sentimientos que le inspiraba este funesto acontecimiento, tenia que padecer aun las tristes reflexiones que aflijen á un general que ha sufrido una derrota, y no podia consolarse como ellos dando libre curso á sus pensamientos. Para sostener el valor de sus compañeros, para reanimar sus esperanzas, veíase obligado á afectar una tranquilidad que no tenia; pero las circunstancias en que se hallaba exijian de su parte la mas grande firmeza. Altivos y orgullosos los mexicanos con su victoria, atacáronlo al dia siguiente por la mañana en sus cuarteles; enviaron las cabezas de las víctimas á los caciques de las provincias, asegurándoles que apaciguado el dios de la guerra por la sangre sobre sus altares derramada, habia manifestado en alta voz á todos los sacerdotes, que antes de ocho dias serian completamente derrotados los enemigos y restablecidas la paz, la dicha y la prosperidad en todos los puntos de su imperio.

Fué adoptada universalmente por un pueblo fanático y supersticioso semejante prediccion con tanta confianza publicada. Mientras que de todas partes corrian á empuñar las armas los habitantes de las provincias que habian

permanecido fieles á los mexicanos, los indios aliados abandonaban á los españoles, dejándolos casi solos. En vano se esforzó Cortés en disipar sus temores, y viendo que nada podia adelantar, suspendió todas sus operaciones hasta que hubiese pasado el tiempo fijado por el oráculo, confiando que podria demostrar de este modo la impostura y volver á reunir en torno suyo á sus aliados llenos de pánico terror.



CAPÍTULO XXIII.

Prision de Guatimozin.—Rendicion de México.

Espiró el término fatal sin que ninguna catástrofe sufriesen los españoles; avergonzados entonces los aliados de su credulidad volvieron al ejército: juzgando otras tribus que los dioses que de este modo acababan de engañar á los mexicanos habian abandonado este imperio, se declararon á favor de los españoles, y Cortés pudo reunir numerosísimas tropas, porque habia llegado al mismo tiempo á la Vera-Cruz un bajel con algunos hombres y cargado tambien de pólvora, la que empezaba ya á escasear. Adoptó Cortés otro sistema de ataque; en lugar de intentar apoderarse de un golpe, digámoslo así, de toda la ciudad, determinó ir acercándose y conquistar el terreno por gra-

dos. Fueron los aliados venciendo las fuerzas que habia en la calzada, y á medida que iban fortificándose en un cuartel, arruinaban todos los edificios contiguos, de modo que se encontraron por último los mexicanos encerrados en un estrecho círculo en donde no podian obrar. Ademas de cambiar Cortés su plan de ataque hizo tomar á los españoles armas nuevas; dióles las largas lanzas de Chinantlá con las cuales podian rechazar sin peligro á los enemigos que les atacaban sin órden. Perecieron en estos combates muchos mexicanos; devastada la ciudad por la guerra, estaba abandonada al propio tiempo á todos los horrores del hambre; dueños del lago los bergantines impedian la entrada de las provisiones que por aquella parte podian venir, y los aliados cerraban todas las avenidas de la tierra firme. Estaban exhaustos los almacenes que habia hecho llenar Guatimozin, la miseria cundia por todos lados, y por fin todas las enfermedades mortales y contagiosas llenaron para los mexicanos la medida de sus males, de sus desgracias.

Durante uno de estos ataques llegó la division de Alvarado hasta la plaza principal, en donde se vió envuelta en densas nubes de tiros disparados desde el atrio superior del templo que estaba ocupado por un sinnúmero de nobles y de sacerdotes; asaltó el intrépido Alvarado este importante puesto, puso fuego á los

ídolos y enarbolando sobre las murallas el estandarte de Castilla, enseñó á sus compatriotas el camino que debian seguir. Animado Cortés con este ejemplo redobló sus esfuerzos, y el 28 de Junio ocupó todo el ejército la plaza principal alojándose en ella. Estaba ya vencida la mayor dificultad del sitio; quedaba no mas á los mexicanos una cuarta parte de la ciudad, y en un círculo tan reducido no podian defenderse.

Solian algunas veces salir gefes enemigos con el intento de desafiar á los soldados españoles. Uno de estos arrogantes acercóse un dia al cuartel del general; indicaban sus adornos ser un sujeto de elevada categoría; iba armado de una espada y un escudo, lo que habria tomado indudablemente de algun español muerto por él. Repitió dos ó tres veces su reto con el mayor descaro, de modo que cansado Cortés de sus voces y ademanes, le hizo decir por su intérprete: "que si queria traer otros diez soldados como él, permitiria que pasase á batallar con todos juntos *aquel español*", señalando á su paje de rodela. Conoció el mexicano este desprecio, pero sin darse por entendido, volvió á la porfia con la mayor insolencia. El paje que se llamaba Juan Nuñez de Mercado y que tenia unos diez y siete años, persuadido de que le toca el duelo, como señalado para él, se apartó del concurso disimuladamente, pasó el

foso y cerró con el mexicano que ya le aguardaba prevenido. Recibió Nuñez con la rodela su primer golpe y le dió al mismo tiempo una estocada con tan briosa resolucion, que sin necesitar de segunda herida, cuyó muerto á sus piés. Fué luego á ofrecer á su amo la espada y la rodela del vencido, y Cortés quedó tan satisfecho del valor de este jóven que le abrasó repetidas veces, y él mismo le ciñó la espada que habia ganado, confirmándole de este modo el título de caballero que habia adquirido por su heróica accion, y alcanzado un gran renombre y fama entre los mas valientes soldados del ejército.

Establecido ya Cortés en la plaza principal confió el mando de la flota á Gonzalo de Sandoval, quien debia atacar la ciudad por la parte del lago, mientras que él tentaria un último asalto. Alarmados con estos preparativos los nobles de México y solícitos por salvar la vida de su emperador, le aconsejaron que abandonase una capital en la que ya no podia defenderse por mas tiempo y pasase á las provincias lejanas del imperio, en donde podria escitar á los pueblos á que tomaran las armas peleando de este modo con menor desventaja. Para facilitar la ejecucion de este proyecto, procuraron ocupar á Cortés con proposiciones de paz, á fin de que pudiese Guatimozin escaparse durante el curso de las negociaciones. Pe-

ro Cortés era demasiado esperto para dejarse engañar por sus artificios, sospechó sus designios, sus secretas intenciones y recomendó por consiguiente á Sandoval la mas exacta y escrupulosa vigilancia. Cumplió este puntualmente sus órdenes, no tardó á ver grandes canoas que atravesaban el lago con la mayor rapidez é hizo la señal de ataque. Alcansólas luego García Holguin que era capitan del bergantin mas ligero y se disponia á hacer fuego contra el mas adelantado en el que parecia iba un hombre al cual obedecian los demas; al instante soltaron los remeros sus remos, y todos los que estaban en la canoa, renunciando á hacer resistencia, pidieron con lloros y lamentos que no se disparase, que se detuvieran aquellas gentes, porque iba en su embarcacion el emperador. Saltó Holguin en la piragua acompañado de algunos hombres, y adelantándose hácia él Guatimozin: "Yo soy, díjole, vuestro prisionero y seguiré á donde querais: solamente os suplico que respeteis la persona de la emperatriz." Pasó inmediatamente al bergantin y dió la mano á su esposa para ayudarla á subir. Despachóse luego una canoa para ir á participar á Cortés esta interesante noticia; envió el general dos compañías para asegurarse de la persona del emperador y salió bastante lejos para recibirle, lo que hizo con grande urbanidad y reverencia.

Cuando llegaron á la puerta del alojamiento, entró Guatimozin el primero junto con su esposa, no mostrando ni la sombría ferocidad de un bárbaro, ni el abatimiento propio de un prisionero. "Yo he cumplido, dijo, con el deber de un rey, he defendido á mi pueblo hasta el último trance y solo me resta morir: toma, valeroso capitan ese puñal, clávalo en mi pecho y termina de este modo una vida que ya no puede serme útil." Al acabar de pronunciar estas palabras abandonóle su firmeza, ahogaron los sollozos su voz, copiosas lágrimas inundaron tambien el rostro de la emperatriz, y Cortés mismo vióse obligado á hacer violencia á la compasion que le causaba este triste y tierno espectáculo; respetó por algunos instantes el dolor de estos ilustres afligidos, esforzóse despues en consolarlos, asegurándoles que se les trataria con el mas profundo respeto y que continuaria el emperador en su reinado, si queria reconocer la soberanía del rey de España.

Era Guatimozin un jóven de unos 24 años; su talle de bien ordenada proporcion, alto y robusto al mismo tiempo; su tez mas blanca que la del comun de los indios y su aire noble y marcial. La emperatriz que seria al parecer de la misma edad que su esposo, tenia en sus maneras, en sus acciones algo de varonil, pero á la par de esto sus ojos eran muy vivos

y su cuerpo muy gracioso. Cuando supo Cortés que era hija del gran Motezuma repitió sus ofrecimientos volviendo á asegurarla su respeto, mostrándose mas estrechamente obligado á atestiguar á esta bella princesa la veneracion que conservaba aun á la memoria de su ilustre padre.

Luego que conocieron los mexicanos la suerte de su monarca, dejaron de hacer resistencia, suspendiéronse las hostilidades, y tomó Cortés posesion de la parte de la ciudad que no habia sido destruida el 13 de Agosto del año de 1521. Así quedó terminado este sitio, el mas memorable acontecimiento de la conquista del Nuevo mundo; habia durado setenta dias, noventa y tres segun Solís, durante los cuales ninguno pasó sin hacerse notable por algun esfuerzo estraordinario de valor, ya por parte de los sitiadores, ya por parte de los sitiados.

El estado en que se halló la capital probó evidentemente la bizarra y heróica defensa de los mexicanos. Por todas partes se encontraron escombros y ruinas; aquí y allí se veian parapetos derribados á balazos, montones de cadáveres, tristes despojos de la guerra; todas las calles y plazas estaban llenas de heridos, de infelices estenuados, macilentos; lástimas, horrores, miserias, he aquí lo que á la vista se presentaba. En todos los lugares reinaba un silencio sepulcral interrumpido de vez en cuan-

do por los ayes y lamentos de los que habian escapado de las catástrofes; el pálido aspecto de la muerte se reflejaba en todos los puntos de la ciudad; á dó quiera que uno se dirijiese, el cuadro sangriento y sombrío que se le presentaba, no podia menos de herir gravemente su imaginacion y causarle cierto miedo, cierto espanto. Encontráronse unos patios y casas yermas en donde estaban amontonados infinitos cadáveres, los cuales habiéndose corrompido con el calor y la lluvia, exhalaban un olor infecto y habian sido el jérmen de esa terrible epidemia que desoló por fin esta ciudad, en la cual causaba el hambre todo linaje de horrores Bajo ese aspecto no era tampoco muy dichosa la situacion de los españoles; como era tan grande el número de los aliados, era difícil darles regulares distribuciones de víveres, empezando ya á hacer algunos estragos la carestia. Obligados constantemente los españoles á estar sobre las armas, no tenian un instante de reposo, y para curar las heridas de las que estaban casi todos cubiertos, servíales de único remedio el agua fresca; pero todos estos males reales y verdaderos eran aumentados con el triste pensamiento de la suerte que les estaba reservada, si tenian la desgracia de caer vivos en manos de sus implacables enemigos.

El espantoso cuadro que presentaba la ciudad, el aire inficionado que en ella se respira-

ba, la falta de lo necesario que se notaba, otras causas en fin hicieron determinar á Cortés á retirarse mientras que se la limpiara. Mandó que salieran todos los habitantes que habian quedado aun, y durante tres dias y tres noches desfilaron por las calzadas, hombres, mugeres, niños, ancianos, escitando la compasion de los vencedores por la miseria y estrema flaqueza á que estaban reducidos.

No están de acuerdo los historiadores sobre la pérdida que esperimentaron los españoles durante esta espedicion; comparando atentamente sus relaciones, parece que ascendia aquella á mas de 100 hombres, muertos en los combates ó sacrificados á los ídolos. Perdieron los aliados muchos miles de soldados, los mexicanos sufrieron tambien por su parte una derrota de consideracion; pretende Cortés que tuvieron mas de 100,000 muertos en la guerra y que perecieron mas de cincuenta mil de hambre ó por enfermedad.

Despues de la rendicion de México, consideró Cortés como acabada la conquista del imperio; sabia que estaban reunidas las principales fuerzas del país para defensa de la capital, y que por consiguiente muy pocas dificultades encontraria para poder someter las provincias; privadas de su emperador, aterrorizadas por la suerte de México, las tribus aun mas guerreras ningun obstáculo opondrian á los pro-

gresos de las victoriosas armas de los españoles. Del modo como lo habia previsto Cortés, la rendicion de México debia ser necesariamente el punto culminante de la espedicion, y en efecto, de ella se derivó la entera conquista de este imenso país del Nuevo Mundo. Son dignos de todo elogio el valor, el denuedo y la perseverancia que desplegaron los españoles durante este memorable sitio. Sin embargo, á pesar de su ardiente entusiasmo y de su firmeza, que nada pudo abatir, es dudoso á lo menos que hubiesen podido llevar á cabo esta gigantesca empresa, sin el auxilio de sus aliados, 900 hombres por bien disciplinados y armados que estuviesen; la rivalidad de las provincias de Anahuac, la desunion que entre ellas y México reinaba, sirvieron admirablemente para secundar los planes de Cortés, quien supo adquirir sobre estos pueblos un ascendiente bastante poderoso para hacerlos servir á la ejecucion de sus grandiosos proyectos.



CAPITULO XXIV.

Acontecimientos que se operaron despues de la rendicion de México.

Pocos dias despues de la rendicion de México envió Cortés sus principales capitanes á las provincias no visitadas todavía para subyugarlas y formar en ellas establecimientos. Era altamente prudente esta conducta; ademas de que por este lado estendia sus conquistas y daba nuevas ocupaciones á sus soldados, haciéndoles de este modo distraer y olvidarse de sus quejas y lamentos. Marcharon hácia diferentes direcciones Sandoval, Olid y otros no menos ilustres oficiales, animados todos del deseo de ocuparse en gloriosas empresas para que pasara su nombre á la posteridad y de procurarse las riquezes que no habian encontrado en México.

Pero mientras que aumentaba Cortés las posesiones de la corona y añadia con sus victorias un nuevo esplendor á la gloria militar que ilustró el reinado de Cárlos V, influido este monarca por las intrigas y reclamaciones de los enemigos del ilustre caudillo, intentó arrebatarle su poder y su mando.

Fué revestido Cristóbal de Tapia de una comision que le autorizaba á destituir al general, á apoderarse de su persona, á confiscar sus bienes y á indagar todo lo que habia hecho y obrado hasta entonces para dar cuenta de ello al consejo de las Indias. Algunas semanas despues de la rendicion de México, desembarcó Tapia en la Vera-Cruz, siendo portador de una órden, en virtud de la cual se debia despojar á Cortés de toda su autoridad, tratándolo como criminal. Pero habia elejido Fonseca un hombre de muy pocas disposiciones para poder secundar su enemistad contra Cortés; nó tenia Tapia la reputacion ni el talento necesario para ejecutar la importante comision que le estaba encargada. Aparentando Cortés en público el mas grande respeto á la voluntad de su rey, tomó secretamente todas las medidas oportunas para hacer inútiles las órdenes que Tapia habia recibido. Entabló con él una negociacion tan complicada, multiplicó de tal modo las conferencias, empleó alternativamente las amenazas, las promesas y los

presentes con tanta habilidad y destreza, que por fin determinóse este hombre á abandonar un país que no era digno de gobernar. Pudo con esto Cortés entregarse sin temor á los cuidados que exijia su nueva conquista. Empleó toda su actividad en reparar á México sus ruinas y en embellecerla; mandó construir iglesias, conventos, casas, mercados y todos los edificios que pueden ser útiles á la capital de un gran imperio, ó servirla de adorno y ornato.

Desde el dia de su cautiverio, habia permanecido siempre Narvaez en la Vera-Cruz; pensando Cortés que no debia temerle, permitióle regresar á México; al llegar estrechóle afectuosamente el general en sus brazos y le pidió su amistad, pero Narvaez se mostró muy poco reconocido á estas muestras de aprecio y de benevolencia.

Las numerosas hazañas de Cortés, los grandes y eminentes servicios prestados á su soberano, no podian destruir las mortales inquietudes que desgarraban su corazon. Las clandestinas maquinaciones de sus antiguos enemigos que rodeaban el trono; podian en un instante, no oscurecer su gloria inmortal, pero sí quitarle el fruto de sus victorias; desde entonces estaba persuadido de que no tenia su poder un orígen léjítimo. Determináronle estas reflexiones á enviar á España á Dávila y Qui-

ñones para dar cuenta detallada y minuciosa de todas sus acciones, presentar al emperador ricas dádivas y pedir en recompensa de sus altos servicios el gobierno de un país que habian sometido á la corona de Castilla sus talentos, sus grandes trabajos y el valor de sus fieles compañeros. Era esta mision como se ve una repeticion de las otras dos que anteriormente habia despachado. No fueron estos sujetos afortunados en su viaje. Fué muerto Quiñones en un desafío en Tercera y fué preso Dávila por un corsario francés. Sin embargo de su prision pudo entrar Dávila en correspondencia con el padre de Cortés y ponerlo al corriente de todo lo que habia pasado.

Estaban pues frente á frente los protectores de Cortés y sus encarnizados enemigos, esforzándose los unos y los otros en lograr que se inclinase á su favor la decision del emperador. Empleáronse todos los medios que puede inventar el ódio para represantarlo como un usurpador, como un traidor. Llegaron en ese entretanto Narvaez y Tapia y engañados é influidos por Fonseca no tardaron á presentarse como acusadores del conquistador de México. Por otra parte defendian la causa de Cortés, don Martin Cortés, Francisco de Montejo y Diego de Ordaz, y eran secundados y apoyados eficazmente por los mas nobles y principales señores, sobre todo por el duque de Bejar.

Todos los corazones generosos y magnánimos no podian ver sin la mas alta indignacion las bajas intrigas tramadas contra un general, cuyos eminentes servicios merecian las mas grandes muestras de distincion. Los cargos, las calumnias que contra él se fulminaban, no eran suficientes para justificar el castigo que se pretendia hacer recaer sobre su cabeza; habia sido indispensable una escesiva severidad para lograr el feliz éxito de la espedicion; el modo algo irregular con que habia sido elevado al mando, era justificado hasta cierto punto por el esplendor y mérito de sus sus grandes y heróicas acciones. A estos argumentos de los amigos de Cortés uníase la voz pública entusiasmada por la relacion de esta guerra casi fabulosa. Convirtiéronse en intérpretes de la opinion general los mas eminentes cortesanos; y despues de tantos empeños cedió por fin el emperador á sus reiteradas solicitaciones, á sus vivas instancias, y nombró á Cortés capitan general de la Nueva España, juzgando que nadie era tan capaz de conservar la autoridad real, ó de establecer un buen gobierno entre los vasallos españoles é indios de aquella parte del Nuevo Mundo, como el mismo comandante á quien se habian sometido voluntariamente los primeros, y estaban acostumbrados á temer y respetar los últimos.

Libre Cortés de allí en adelante de toda in

quietud, de toda intriga, prosiguó con ardor sus proyectos de conquista y de civilizacion; mientras que continuaba sus trabajos en México, recorrian sus oficiales las provincias para descubrir minas y fundar establecimientos. Ayudábale en gran manera su constancia, y si hubiese sido tan desarrollada, digámoslo así, su ambicion como su talento, no dudamos que en breve tiempo se habria constituido dueño de este imperio que gobernaba en nombre de su soberano; pero su acendrada fidelidad hácia su príncipe y su país, alejaba de su corazon toda idea ambiciosa, y la autoridad de que estaba revestido le parecia suficiente para contentar sus deseos.

Casi en esta misma época partió Francisco de Garay, gobernador de la Jamaica, con una poderosa armada para conquistar la provincia de Pánuco; pero habiendo sabido que ya lo habia verificado Cortés, envióle al licenciado Zuazo para obtener que fuese agregado Pánuco al gobierno de la Jamaica. Prosiguió despues Garay su viaje, pero no pudo llegar sino hasta el rio de Palmas y se dirigió por tierra hácia Pánuco. Cuando llegó á la ciudad principal, la encontró totalmente desierta; desparramáronse sus soldados, difundiéronse los unos por el país y lo asolaron, fueron los otros á alistarse bajo las banderas de Cortés, y Garay hallándose casi solo, vióse obligado á abando-

nar su proyecto. Desde la aparicion de la flota, Vallejo, comandante de la reducida colonia de San Estévan, habia pedido instrucciones á Cortés, quien encargó á Alvarado, á Sandoval y al padre Olmedo que manifestaran de su parte á Garay que saliera de aquel país, pero este pidió algun tiempo bajo pretesto de que queria recojer sus desertores. En fin, despues de muchas negociaciones logró el padre Olmedo con su pacífica y amistosa intervencion allanar todas las dificultades, llegando á reconciliarse del todo los dos rivales con el casamiento que se efectuó entre la hija de Cortés y el hijo mayor de Garay.

Ocasionó sin embargo esta espedicion deplorables consecuencias: enteramente estraños los soldados de Garay á esta severa disciplina que distinguia á los veteranos de Cortés, se reunieron en distintas partidas, saqueando á los naturales y abandonándose á todo linaje de escesos y tropelías. Altamente indignados y exasperados los habitantes de Pánuco trataron de esterminarlos, y fué de tal modo oculto su proyecto que, segun refiere Herrera, en pocos dias mataron y comieron 500 soldados de Garay; pero no contentos de haber hecho un escarmiento con los que les habian obligado á este acto de venganza, quisieron dar muerte á los demas españoles y marcharon contra la colonia de San Estévan, á pesar de haber vivido hasta

entonces en buena armonia con los que la ocupaban. Perecieron al primer encuentro Vallejo y muchos otros veteranos, y mas de cincuenta fueron pasados á degüello en una sorpresa nocturna. Luego que Sandoval tuvo noticia de esta sangrienta conspiracion marchó con fuerzas suficientes para reprimirla; era ya tiempo de ello, los restos de la colonia de San Estévan iban á sucumbir. No tardó Sandoval á dispersar las gavillas rebeldes é hizo prisioneros al cacique y á los principales habitantes. Comisionóse al instante al juez Diego de Ocampo para que hiciese formacion de causa y se procediese luego al castigo de los culpables. Despues de los trámites ordinarios, despues de todos los requisitos indispensables, fallóse la sentencia y fueron condenados á la pena capital sesenta caciques, junto con algunos nobles.

Restablecida ya la tranquilidad, Cortés cuyo espíritu activo no podia estar en reposo, buscó nuevos trabajos en que ocuparse, nuevos peligros y sobre todo nuevas riquezas. Supo que las provincias de Higueras y de Honduras poseian minas muy ricas, muy abundantes, hasta se decia que los pescadores de estas monarcas cuando echaban sus redes al agua las volvian á sacar llenas de oro; se suponian en fin que cerca de allí existia un paso para penetrar en el Océano Pacífico; era este último indicio de la mas alta importancia. Cortés ha-

bia alimentado siempre la idea de encontrar este paso, y entonces tuvo márgen para concebir el plan de una espedicion dirigida hácia ese punto, porque ignoraba que hubiese ya llegado Magallanes al mar del Sur por el estrecho que lleva su nombre.

Partió Cristóbal de Olid con seis bajeles y 370 soldados, debia descansar en el puerto de la Habana y cargar de todo lo que faltaba en la Vera-Cruz; en lugar de dirigirse á la Habana, desembarcó Olid en Cuba, y ese cambio fué muy funesto, porque Velazquez con sus pérfidas sugestiones logró hacerlo apartar de su fidelidad, lo cual ocasionó su muerte, como diremos despues. Pero mientras que empleaba Cortés todos los recursos de su ingenio para estender ó afianzar el poder de Cárlos sobre la Nueva España, estaba constantemente rodeado de espías, quienes seguian é interpretaban todos sus pasos y pintaban su conducta con los mas negros colores. Cuando se le concedió el gobierno de su conquista, se enviaron allí empleados para recibir y administrar las rentas de la corona, los cuales eran independientes de su autoridad Incapaces estos hombres de grandes y heróicas acciones y de elevados pensamientos, envidiosos del indisputable mérito de Cortés, se convirtieron en otros tantos censores de su vida; todo lo que salia de los límites de las prácticas acostumbradas era pa-

ra ellos un crímen; si les admiraban y sorprendian, si escitaban su codicia el lujo, el fausto y la magnificencia que desplegaba Cortés en todas ocasiones, les escandalizaba, por decirlo así, aun mas la inmensa autoridad que ejercia sobre los españoles é indios, y el profundo respecto que estos le prestaban. Entre estos miserables detractores hacíase notar particularmente uno llamado Rodriguez de Albornoz por su encarnizado ódio contra el gobernador, quien se habia opuesto á su matrimonio con la hija del cacique de Tezcuco. Entretanto se vengaba, enviando á España las mas virulentas acusaciones contra Cortés: decia entre otras cosas, que hacia pagar las mas exhorbitantes contribuciones, cuyo producto guardaba para él, y que mandaba fortificar las ciudades para su propia seguridad y defensa, tomando todas estas medidas con el fin de hacerse independiente del soberano y ceñir sobre sus sienes la corona de la Nueva España. Fueron estas calumnias, bien que carecian de fundamento, hábilmente secundadas por los enemigos del gobernador. Se valieron de esta oportuna ocasion Narvaez y Fonseca para volver á encender los agravios, los resentimientos que contra él pudiese abrigar el emperador; combatió el duque de Bejar su pérfida influencia, y Cárlos, para salir de estos apuros, para satisfacer á los unos y á los otros, mandó hacer una inquisi-

cion solemne sobre los hechos, sobre la conducta de Cortés: en consecuencia recibió el licenciado Ponce de Leon en 1525 todos los poderes, todas las facultades necesarias para prender al general y conducirlo á España, si lo juzgaba conveniente.





CAPITULO XXV.

Espedicion de Honduras.—Marcha Cortés á España.

Mientras que se tramaban en la corte de España las palaciegas intrigas de que acabamos de hablar, estaba distraido Cortés de los cuidados de su gobierno por un acontecimiento de la mas alta importancia. Habiendo abandonado á Cuba Cristóbal de Olid, fué á fundar en la costa de Honduras (31) una colonia llamada *Triunfo de la Cruz* y se habia declarado libre é independiente. Luego que supo Cortés esta noticia, temió que si no se reprimia severamente esta culpable tentativa, no imitaran otros oficiales el ejemplo dado por Olid: en consecuencia honró con su confianza en estas críticas circunstancias á Francisco de Las-Casas, encargándole la mision de hacer entrar á Olid

en su deber. Los primeros pasos de esta empresa no fueron afortunados, porque encallaron sus navios en la costa de Honduras y los soldados que lograron escaparse fueron hechos prisioneros, pero Las-Casas habiendo quedado libre tuvo bastante influencia sobre las tropas para hacerlas obedecer y decidirlas á apoderarse de Olid: formóse á la mayor brevedad el proceso de este conspirador y se le condenó á la pena de muerte cuya sentencia fué ejecutada en Naco.

Mientras esto pasaba, ignorando Cortés cual habia sido la suerte de Las-Casas, fué herido de las mas vivas inquietudes, así es que determinóse á marchar en persona al frente de una espedicion que hacia tiempo habia concebido y para la cual desplegó un lujo admirable, un lujo del que no se tenia idea alguna en el Nuevo-Mundo; seguido de un numeroso tren de criados y esclavos partió con la mayor parte de sus marciales tropas y tres mil mexicanos al mando de Sandoval. La marcha de los españoles hasta Guazacualco parecia mas bien una pompa triunfal que una espedicion guerrera. Al llegar á esta ciudad fueron recibidos con demostraciones de la mas viva alegría y permaneció en ella Cortés por espacio de ocho dias. Convocó á una asamblea general á todos los caciques de los distritos circunvecinos haciendo comparecer en ella á la madre de doña Marina, con-

suró ágriamente su infame conducta hácia su hija y amenazó castigarla cual debiera, pero la generosa Marina léjos de vengarse de su madre intercedió por ella y obtuvo fácilmente su perdon.

Prosiguió Cortés su viaje y no tardó en encontrarse rodeado de una infinidad de peligros con los cuales no contaban ni él, ni sus compañeros. Fué sometido su valor á duras pruebas; hallábanse en un país cortado á cada paso por numerosos rios y cuyo suelo pantanoso era cubierto de inpenetrables bosques.

Llegaron un dia á un paraje en donde se unian á un brazo de mar tres rios; cuando despues de inauditos trabajos, de las mayores fatigas hubieron vencido estos obstáculos, presentáronseles otros de diferente naturaleza, descubrióse á su vista un inmenso bosque el cual era tan espeso, que tuvieron que abrirse paso á golpes de hacha, así es que adelantaban con estrema lentitud; dos de los guias se habian apartado ya del ejército y los que quedaban no tenian ningun conocimiento práctico del terreno; para colmo de desdichas, de desgracias, lcs víveres empezaban á escasear y ningun medio habia para procurárselos en medio de estas selvas. Cojióles la noche en tan crítica y angustiosa situaciòn; agotadas sus fuerzas, rendidos de cansancio y de hambre, espuestos á la mordedura de los reptiles, tan abun-

dantes en estos lugares, y á los ataques de las bestias feroces, cuyos rujidos oian, abandonáronse estos hombres valientes é intrépidos á la mas negra desesperacion, llenos de rabia y frenesí por haber salido victoriosos de tantos y tan reñidos combates y verse ahora próximos á terminar sus gloriosas vidas de un modo tan triste y deplorable.

Jamás habia padecido Cortés tan desgarradoras angustias, jamás se habia hallado en tan terribles trances; poca inquietud le causaba el cuidado de su propia existencia, pero no podia pensar sin estremecerse en la infortunada suerte que parecia estar reservada á sus compañeros, quienes no le habian abandonado, al menos la mayor parte, desde Cuba, y por consiguiente se veia obligado para no desmayarlos á ocultar sus temores bien fundados por cierto. Luego que amaneció, tomó una brújula y declaró que le serviria de guia para buscar la ciudad de Huyacala que debia hallarse poco distante de allí. Llenos de confianza en la voz que apreciaban, redoblaron sus esfuerzos los españoles y llegaron en fin á una reducida poblacion en la que encontraron provisiones, pero como estaba totalmente desierta, no pudieron encontrar personas que les dirijiesen, así es que de nuevo volvieron á presentarse ante su imajinacion exaltada los mismos peligros de que acababan de salir; cayeron muer-

tos de hambre muchos españoles y algunos indios. Reanimaba Cortés los espíritus abatidos por medio de su estraordinaria fuerza moral, por medio de la energía de su carácter, prometiéndoles que cesarian luego sus sufrimientos, sus quebrantos; en efecto, algunos naturales de quienes se apoderó, declararon que se hallaba cerca Huyacala, pero necesitábanse en la marcha tres dias y era casi imposible que llegasen hasta allá los soldados en vista de l estenuadas que se hallaban sus fuerzas. Eligió Cortés á los que conservaban aun algun vigo, algun aliento y les hizo marchar al mando de Diaz para procurarse víveres, mientras que aguardaria su vuelta el resto del ejército alimentándose entre tanto de ramas de árboles ó yerbas. Luego que se anunció la llegada de Diaz, estos infelices á quienes quedaba apenas un soplo de vida se precipitaron furiosos sobre las provisiones y se apoderaren de ellas de tal modo que nada absolutamente se retiró para Cortés; tuvo este que contentarse de lo que sobró á un soldado que ya se hallaba saciado.

Dos años y medio duró esta desastrosa marcha; jamas en toda la conquista sufrieron los españoles tantos trabajos, tanta sed y tanta hambre, y jamas al propio tiempo dió Cortés tan grandes pruebas de su valor, de la fuerza de su espíritu y de su perseverancia. No solamente careció esta espedicion de todo acon

tecimiento de gloria y esplendor, sino que fué completamente inútil, puesto que Las-Casas, como ya hemos dicho, habia sofocado la rebelion de Olid.

Al regresar á México, supo Cortés la llegada de Juan Ponce de Leon y tuvo conocimiento de las órdenes de que era portador, las cuales no habia podido ejecutar, por haberle arrebatado la muerte pocos dias despues de haber desembarcado. Aunque vivamente herido el amor propio de Cortés al ver esta prueda de ingratitud por parte del emperador, procuró volver á captarse su confianza; pero durante su ausencia habian continuado los espias en trasmitir sus falsas y calumniosas relaciones, las cuales aumentaron á tal grado los temores de Cárlos y sus ministros, que se determinaron á formar una nueva comision revestida de los mas ámplios poderes. Tomáronse aun diferentes precauciones para evitar la resistencia de Cortés y castigarlo con seguridad. Al ver formarse Cortés la terrible tempestad que le amenazaba, esperimentó todas las emociones violentas propias de un hombre que tiene un gran temple de alma y que en lugar del reconocimiento que se le debe, recibe un tratamiento indigno; pero si bien algunos de sus amigos le aconsejaban que hiciese valer la justicia de su causa contra un monarca ingrato y apoderarse de un golpe del poder que se decia codiciar,

sin embargo, supo refrenarse á sí mismo y conservar sus sentimientos de fidelid adde tal modo, que desechó con rostro sereno y altivo tan peligrosos como depravados consejos, y adoptando el único medio que le quedaba para conservar su dignidad ofendida sin apartarse de su deber, resolvióse á evitar, en cuanto estuviese de su parte, el esponerse á la vergüenza de ser llamado en juicio en un país que habia sido teatro de sus triunfos y de su gloria, y en vez de esperar á los jueces que se le enviaban, se volvió á España para confiar allí su causa y su persona á la generosidad ó mas bien á la justicia de su soberano.

Llegó Cortés á España con el fausto y la magnificencia correspondiente á un conquistador de un gran imperio; iba acompañado de sus mas valientes capitanes y de muchos oficiales de distincion. Venia cargado tambien de los mas preciosos tesoros y de ricas alhajas; consistia todo esto, segun Herrera, en 1500 marcos de plata labrada, en 210,000 pesos de oro fino, en diamantes de gran valor, uno de los cuales se estimaba en mas de 700,000 reales. Cuando se casó su hija con el hijo de Garay, la dió en dote 1.750,000 reales. Comparando estas inmensas sumas con la porcion que habia tenido cuando se repartieron los tesoros de Motezuma, "hay motivo para creer, dice Herrera, uno de los escritores españoles que

con mas acierto han redactado la historia de la conquista del Nuevo Mundo, que no carecian de fundamento las acusaciones de sus enemigos, cuando le echaban en rostro haberse apropiado injustamente una exhorbitante parte de los despojos de los mexicanos, de haber quitado algo del quinto del rey y de haber privado por consiguiente á sus compañeros de lo que les era debido:" esta opinion es confirmada por el exacto y verídico Diaz.

Habia sido dichoso el viaje de Cortés, pero al llegar á España un acontecimiento impre-visto turbó su alegría; el fallecimiento de su íntimo amigo Sandoval causóle un profundo dolor, un vivo desconsuelo. Era Sandoval uno de sus oficiales que mas se habian distinguido por su valor como por su talento en toda la conquista; su gloriosa carrera no fué manchada por ninguno de esos actos de injusticia, de crueldad ó de avaricia que tan comunes son en los militares y que eclipsan el brillo y esplendor que por otra parte adquieren. Tenia este ínclito varon unos 29 años, es probable que ocasionaron su prematura muerte los penosos servicios que prestó, porque Cortés siempre que trataba de una empresa difícil y arriesgada, le elejia para llevarla á cabo; ademas, estaba lleno de numerosísimas heridas, las cuales contribuyeron á acortar sus preciosos dias.

Recibió el emperador á Cortés con muestras de la mayor benevolencia, disipáronse todas sus sospechas, todos sus temores, cuando vió al magnánimo conquistador implorar su justicia y clemencia: entonces ofrecióse á reparar en cierto modo su ingratitud pasada por medio de su generosidad presente. Recibió Cortés el título de marqués del valle de Guaxaca y la propiedad de un estenso territorio en la Nueva España; fué admitido en fin en la intimidad real como los cortesanos mas eminentes, ya por su nacimiento, ya por su categoría

Pero no quedó ofuscada la perspicacia de Cortés por todos estos títulos y honores; á pesar de las grandes distinciones que se le prodigaban, recelaba que se tenia intencion de sacrificarle y que iba á perder en poder lo que habia ganado en dignidad. Esforzóse en cambiar las resoluciones de su soberano y en volver á obtener el cargo de capitan general; pero estaba convencido Cárlos de que una vez revestido del mando, daria Cortés libre curso á la ambicion; así es que persistió en su primitivo pensamiento. Ni la generosa conducta de este ilustre caudillo, ni las formales promesas de una fidelidad ya esperimentada, nada absolutamente fué capaz de disminuir sus recelos, justificados hasta cierto punto por el eminente mérito del conquistador y por la popularidad de que disfrutaba. Por último, despues de dos

años de fastidiosas solicitaciones y reiteradas instancias, consintió Cortés en una transaccion; se le encargó el mando de las tropas con el derecho de hacer nuevos descubrimientos, encomendándose toda la administracion civil á un consejo llamado *Audiencia de la Nueva España.*

Regresó Cortés á México en el año 1530, lleno de sentimiento y pesar por ver frustradas sus esperanzas; preveia que seria la division de los poderes una inagotable fuente de discordias y disensiones, y que jamas habria unidad de miras entre los cortesanos encargados de la administracion civil y los veteranos del ejército. En efecto, arrastrados los miembros de la audiencia por una baja envidia y mezquina vanidad, espiaban las menores acciones del general, y el temor de que traspasara los límites de su jurisdiccion, les hacia mezclar en negocios que realmente á él pertenecian y á contrariar los proyectos de un hombre tan grande y esclarecido.



CAPÍTULO XXVI.

Nuevas empresas de Cortés.—Descubre la California.—Su segundo viaje á España.—Su muerte.

Detenido Cortés de allí en adelante en su gloriosa carrera, resolvió abrirse otra nueva en la esfera del poder que no se le podia disputar, y en cuyo ejercicio ningun obstáculo debia temer por parte de la envidia y rivalidad de sus enemigos. Habia creido siempre que adelantándose en el golfo de la Florida á lo largo de la costa oriental de la América septentrional, se descubriria algun estrecho que condujese al océano occidental, ó que en el istmo de Darien se encontraria una comunicacion entre los dos océanos. Pero fueron frustradas sus esperanzas en ambas tentativas, á pesar de haber sido confiadas á comandantes hábiles y á pilotos es-

perimentados. Abandonando entonces Cortés sus vastos proyectos, redujo su ambicion á los límites mas estrechos, empleándose en las espediciones que podian hacerse en los puertos de la Nueva España sobre la mar del Sur: en consecuencia organizó muchas escuadras, de las cuales perecieron las unas, y volvieron las otras sin haber hecho ningun descubrimiento importante. Acostumbrado el gobernador á ver felizmente terminadas todas sus emprezas, atribuyó este mal éxito á la incapacidad de los que fueron destinados á aquel objeto, y por consiguiente se resolvió á ponerse al frente de una nueva flota y se hizo á la vela en 1536.

No habia debilitado el descanso su valor, ni disminuido su ardiente actividad. Despues de haber padecido grandes trabajos y esperimentado peligros de toda especie, descubrió Cortés la vasta península de la California y reconoció la mayor parte del golfo que la separa de la Nueva España y que se llama todavía *Mar de Cortés.*

Aumentaba considerablemente este descubrimiento las posesiones de España y hubiera dado al propio tiempo á cualquier otro nuevo brillo, nuevo esplendor, pero Cortés que habia conquistado el rico y poderoso imperio de México, ninguna gloria alcanzó con este interesante hecho, y las grandes esperanzas que habia concebido no fueron del todo satisfechas. Se

hallaba en una situacion tristísima; por una parte le causaban disgusto estos funestos resultados, por otra se hallaba altamente indignado por la constante oposicion de sus enemigos con quienes parecia vergonzoso verse obligado á disputar, y ademas estaba resentido profundamente por la poca consideracion y respeto que se le mostraba en un país, cuya conquista le era debida y que habia regado tantas veces con su sangre.

Aumentábanse cada dia las vejaciones de sus enemigos y su propio resentimiento, el ódio de sus rivales era intolerable, y no pudiendo en fin resistir á tamaña humillacion, regresó á España en 1540.

No se presentó esta vez con la pompa y magnificencia que habia desplegado en su primer viaje, ni con la brillante comitiva de que iba seguido entonces, sino como un simple particular que ha esperimentado un gran cambio de fortuna. Si bien no confiaba Cortés que le recibiera espléndidamente su soberano, sin embargo estaba lejos de preveer que se hubiese olvidado este monarca de sus servicios. Ninguna sensacion produjo su llegada; fué recibido en la corte de un modo propio á lastimar un corazon que sabe apreciarse; se le prodigaron muchos cumplimientos, muchas cortesías, pero en sentido muy frio, á la manera que se

hubiera hecho con un cortesano ordinario ó sin mérito.

Si fué impolítica la conducta del emperador, la de los ministros debia escitar la indignacion de todos los hombres generosos. Trataron á Cortés no solo con indiferencia, sino con cierto desprecio, con cierto desacato. Segun su modo de pensar, obrando de esta suerte, favorecian los intereses de su rey, porque ninguna consideracion, decian estos espíritus egoistas, se debe á un hombre que tiene ya una edad muy avanzada, y que por consiguiente no puede prestar servicios útiles, siéndole ademas adversa la fortuna.

La auréola de gloria que resplandecia en Cortés empezaba ya á ser eclipsada por la de nuevas conquistas mas jigantescas, si se quiere, y mas importantes, hechas en la América del Sur. Pizarro y Almagro, descubriendo el Perú, habian proporcionado á España un inagotable manantial de riquezas, y estaban preocupados todos los ánimos por los acontecimientos que tenian lugar en esta parte del Nuevo Mundo. Ya no brillaban tanto las hazañas de Cortés y empezaban á ser miradas con cierta indiferencia, y México estaba subyugado y reunido á la corona. Habia pasado el tiempo en que podia reclamar Cortés un poder que no se habia tenido valor para negársele tanto como habia parecido necesario. Para nuevas em-

presas necesitábanse caudillos jóvenes y cuyo valor no se hubiese debilitado por los años. Que el emperador nada debia esperar de Cortés, y que por consiguiente ninguna gracia debia concederle, tales eran las manifestaciones que hacian los ministros. Triunfaron en fin los enemigos de Cortés, y bajo pretesto de hacer un gran servicio á su rey, lograron que fuese destituido un hombre cuya pérdida habian jurado desde largo tiempo.

Empleó Cortés los últimos años de su vida en largas é inútiles instancias cerca de los ministros del consejo de las Indias, pero no fueron escuchados sus clamores, ni tenido en consideracion el recuerdo que de sus servicios pasados hacia. Rechazaron constantemente sus justas demandas las eminentes personas que estaban al frente de los negocios de América, y á pesar de todas las razones y argumentos que espuso, no le fué posible volver á encargarse del mando, viendo arrebatado el fruto de sus hazañas, de sus heróicos esfuerzos por cortesanos sin mérito, por cortesanos envidiosos. En su edad madura hubiera soportado los desdenes, los desprecios de una corte ingrata, si no con indiferencia, al menos con resignacion, con valor; pero los años habian amortiguado el fuego de la juventud, y las contínuas humillaciones que cada dia sufria, contribuyeron á abreviar la carrera de una vida sembrada de

disgustos, y que se hallaba ya debilitada por estraordinarias fatigas. En los últimos dias de su existencia, cuando hubiera debido disfrutar de un descanso que á costa de su sangre habia comprado, era triste, era cruel ver al conquistador de México aguardar en las antecámaras el favor de una audiencia que con harto trabajo habia solicitado. Cuéntase que pasó un dia por en medio de la multitud para acercarse al carruaje del emperador, y que oyó como este finjiendo no conocerle preguntó en alta voz, quién era aquel hombre. "Decid al emperador, repuso Cortés, que le ha dado este hombre mas reinos que ciudades sus padres." La contestacion era arrogante, pero no podia captarse con ella la benevolencia de Cárlos V.

Despues de siete años de una existencia tan desgraciada, tan llena de pesares, rasgó la ingratitud ese noble y magnánimo corazon; murió Cortés el 2 de Diciembre de 1547, contando la edad de 62 años. Espiró la envidia sobre su tumba; hiciéronsele brillantes y pomposas exéquias, y conducidos sus restos mortales á México, fueron depositados en una capilla del hospital de Jesus que en vida habia hecho construir.

Estuvo casado Cortés dos veces, la primera en Cuba con doña Catalina Suarez, que falleció poco tiempo despues de la toma de México. La segunda vez desposóse con la herma-

na del duque de Bejar, y tuvo de ella un hijo que heredó sus títulos y honores, pero al cabo de cuatro generaciones se perdió el nombre de Cortes por falta de descendientes varones.

Tuvo Cortés otro hijo cuya suerte fué por cierto muy desdichada, el cual debió su existencia á la célebre Marina; si bien rechaza la religion semejantes enlaces, sin embargo no debe pasarlos la historia en silencio. Parecia haber heredado este hijo las brillantes cualidades de su ilustre padre; en consideracion á la nobleza de su madre se le concedió el hábito de caballero de San Jaime. Durante su permanencia en México fué implicado injustamente en una revolucion que estalló en 1568, y sus jueces olvidando el nombre de su padre tuvieron la crueldad de dejarlo perecer en medio de los tormentos. Casóse con doña Marina un caballero castellano y fijó su morada en México, de cuya ciudad habia sido nombrado correjidor el intérprete Aguilar.

Sobrevivió Cortés casi á todos sus mas caros amigos. Perecieron antes de la toma de México Velazquez de Leon, Morla, Escalante y otros. Hemos contado ya el prematuro fin de Sandoval y el triste resultado de la rebelion de Olid; Alvarado tuvo aún una muerte mas terrible, mas desastrosa, pues habiéndole arrojado su caballo en un profundo precipicio, pe-

reció en él y se halló su cadáver hecho pedazos.

Es la historia de la vida de Cortés un tejido de hechos tan estraordinarios y gloriosos, que parece haber sido inventada por la brillante imaginacion de los escritores de novelas y de libros de caballería. La destruccion de su flota en Vera-Cruz, su entrada en México, la prision del monarca Motezuma en medio de la capital, la derrota de Narvaez, la victoria de Otumba, el sitio de México y otras mil y mil gloriosas hazañas, son por cierto acontecimientos maravillosos y casi sin ejemplo. Entre los hombres que han figurado en la carrera de las armas, pocos han poseido en tan alto grado como Cortés la sabiduría en los consejos, la facilidad en concebir ó preparar el plan de una empresa y el talento necesario para ponerlo en ejecucion. Era hábil en las negociaciones, poseia un tacto notable para penetrar en el corazon del hombre, conocer sus debilidades y valerse de ellas para alcanzar sus fines convenientes, y estaba dotado ademas de una elocuencia natural y de una admirable actividad de espíritu. Tenia mas instruccion y conocimientos que ninguno de los otros conquistadores del Nuevo Mundo, y para convencerse de ello, no hay mas que leer las mismas relaciones, cartas y despachos que sobre su espedicion publicó.

Segun dice Robertson, juez competente, "hacen honor estos escritos al talento de Cortés."

En sus relaciones sociales era Cortés tambien una persona eminente y distinguida. Por su noble, generoso y magnánimo corazon, por su afable trato, por sus finos modales, se atraia el afecto y amistad de todos. Algunos le han acusado de haber sido bastante duro, bastante cruel, pero esta imputacion es fácil desvanecerla, porque si en algunas circunstancias, en ciertas ocasiones hizo derramar sangre de los indios, debemos confesar que se vió obligado á ello por una imperiosa necesidad, ó para ejercer represálias merecidas. En muchas acciones de su vida manifestó, es cierto, una terrible severidad; pero reflexionemos, hagámonos cargo de que tenia que luchar con enemigos belicosos, feroces é implacables. Pocos héroes, pocos hombres grandes nos presenta la historia, que no ofrezca su vida algunas manchas que ofuscan en parte su gloria; pero cuando quedan recompensadas estas por otros hechos memorables y que han traido inmensos beneficios, cuando han sido á veces hijas de las circunstancias, conviene echarlas un velo y condenarlas al eterno olvido.

De todos modos, el nombre de Cortés brillará eternamente entre los conquistadores del Nuevo Mundo. Su talento, sus felices disposiciones, sus grandes conocimientos militares,

su valor, su gigantesca espedicion de México, todas sus victorias y hazañas en fin, rodean su vida de una aureola de gloria que nada jamas podrá oscurecer. Y sin embargo, ¿cuál fué la recompensa de un mérito tan eminente, de tantos y tan esclarecidos servicios? La ingratitud y el desprecio. Trató Cárlos V. á Cortés, como habia tratado Fernando el Católico á Cristóbal Colon. Tanto aquel como este fueron rechazados, fueron menospreciados por reyes que por vanos motivos de temor ó de envidia, no se atrevieron á confiar á estos hombres superiores el ejercicio de un poder que ellos mismos habian conquistado.

Apenas Cortés abandonado de sus compañeros y víctima de la ingratitud de su monarca, habia bajado al sepulcro, cuando se le tributó tardía justicia, y la posteridad, entre los hombres grandes que hacen honor á España, ha colocado y colocará siempre en primer lugar al valiente é intrépido conquistador de México (32).

FIN.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

(1) No solo estos bárbaros y supersticiosos sacrificaban á los infelices que caian en sus manos casualmente, digámoslo así, sino que ponian en juego todo linaje de medios para proporcionarse hombres con el fin de inmolarlos á sus divinidades. Segun afirman varios autores que han escrito la historia de aquel país y entre ellos Herrera, cuando los sacerdotes no tenian persona alguna, iban á encontrar á los reyes diciéndoles que los ídolos se morian de hambre, que por consiguiente se acordasen de ellos: en seguida los monarcas se avisaban unos á otros, manifestando que los dioses pedian de comer y que era por tanto necesario disponer sus ejércitos para ir á la guerra. Puestos en el campo batallaban encarnizadamente, no para matarse, sino para prenderse unos á otros, á fin de traer á las falsas imágenes de sus cultos hombres vivos para que se alimentaran. ¡A tan alto grado llegaba la ceguedad de estos pueblos feroces y salvajes!

(2) Horror causa la lectura de estos hechos. No sabemos porque el hombre en su estado natural, en su estado primitivo, se ha creido que para honrar á su divinidad, era preciso sacrificar á sus semejantes y causar toda clase de barbaridades. La religion cristiana en consecuencia ha hecho un gran bien al linaje humano, desterrando las tinieblas de su entendimiento, destruyendo sus preocupaciones y aboliendo tan crueles y espantosos sacrificios.

(3) Los reyes de México tenian tambien sus correos; al efecto destinaban á los indios mas veloces cuidándolos desde la niñez y educándolos en toda clase de ejercicios. Segun refiere el venerable padre José de Acosta, en el principal adoratorio de México habia un ídolo á la altura de ciento y veinte gradas de piedra, y el primero que llegaba allí alcanzaba un premio que se tenia señalado. De este modo aprendian á ser ágiles; por lo demas, estaban distribuidos estos correos por los principales caminos del reino y se iban mudando de lugar en lugar: así no se fatigaban y duraba sin cesar el primer ímpetu de la carrera.

(4) Véase con esto como siempre todos los pueblos, aun los mas salvajes, han mirado con horror el adulterio, castigándolo con los mas atroces tormentos: si hoy dia en que tanto ha cundido la ilustracion y en que ha llegado á su apogeo la civilizacion, como dicen los panejiristas del siglo XIX, se habia de aplicar la misma pena, ¡á cuántos, á cuantos no comprenderia!....

(5) Jamaica fué descubierta por Cristóbal Colon en 3 de Mayo de 1497. Su poblacion asciende en la actualidad á unos 375,000 habitantes. Muchas son las vicisitudes por las que ha pasado esta isla; en 1692 fué víctima de un terrible huracan acompañado de un terremoto que destruyó la ciudad de Puerto-Real, dejan-

do sepultadas en sus ruinas unas 2,000 personas. En 1824 apareció tambien algun temblor de tierra y Kingston sufrió pérdidas de consideracion; vése azotada asimismo frecuentemente de la fiebre amarilla, la cual causa grande estrago principalmente entre los blancos. Despues de haberla invadido los ingleses en 1596 y en 1636, siendo inútiles sus ataques, sus tentativas, fué por último conquistado en tiempo de Cromwell y empezaron á fundarse algunos establecimientos.—El suelo de la Jamaica es calizo y arenoso, y bien cultivado produce todo cuanto es de desear. En las cuevas se encuentran muchas y curiosas estaláctitas; sobre las cumbres mas elevadas se ven grandes lechos de conchas y de otros fragmentos marinos. La religion dominante en este país es la anglicana; hay sin embargo bastantes católicos, metodistas, moravos y judíos. En cuanto al gobierno de Jamaica, se compone de un gobernador y un consejo instituidos en 1660: el consejo consta de doce miembros; tiene tambien una asamblea compuesta de 43 personas; esta habiéndose negado á pagar un derecho de cuatro por ciento por razon de los productos de la isla, fué suprimida, restituyéndose el sistema que anteriormente habia rejido, por el cual residian todas las facultades de un gobernador absoluto, hasta que en 1728 hubo una transaccion, arreglando Jorge II todas las controversias que se habian suscitado entre la metrópoli y la colonia, mediante un derecho anual y perpétuo de 800,000 reales, pagaderos por esta última.

(6) Hispaniola, Santo Domingo ó Haití, es la segunda de las Grandes Antillas con respecto á su estension; fué descubierta en 6 de Diciembre de 1492 por Cristóbal Colon, quien la apellidó Hispaniola. Encontróla dividida en cinco reinos unidos entre sí con la mas cordial fraternidad, y gobernados por caciques, cuya autoridad sobre sus súbditos era ilimita-

da. Los naturales de este país eran de la raza caribe, se alimentaban de la caza y de los frutos que espontáneamente producia la tierra. Su estado era muy inculto y grosero y las costumbres eran asimismo muy toscas. La poligamia estaba en uso entre ellos. Los hombres se pintaban el cuerpo de varios y estraños cololes, cuya sola presencia infundia terror, é iban enteramente desnudos; las mugeres solo usaban de algunas vestiduras, tan escasas sin embargo que las dejaban en el estado de naturaleza. Este país sufrió tambien como todos los del mundo muchas conmociones, muchas guerras, muchos desastres. Cuando la horrorosa revolucion de Francia, revolucion que derramó á torrentes la sangre de los franceses, se imbuyeron los hijos de esta colonia de las nuevas ideas de regeneracion, de libertad y de independencia y se sublevaron contra los blancos, haciendo en ellos una terrible mortandad y carnicería. Pasaron estas escenas por los años 1791 y 1793; los negros lograron salir victoriosos, y fundaron una república denominada Haití. Largo seria esplanar los diversos acontecimientos que en el órden político acaecieron despues de esta insurreccion, cuyos detalles no pertenecen á este lugar.—El clima de esta isla, por ser su territorio muy montañoso, ofrece gran variedad. En los llanos el calor es insoportable y suele ser mortífero á los europeos, al paso que en los valles se respira un aire muy fresco y en las cumbres de los montes se deja sentir tanto frio que es necesario á veces encender hogueras para resistirlo. El suelo es muy feraz, sus producciones son muy abundantes, y á medida que la agricultura va haciendo jigantescos progresos y adelantos, prospera la riqueza de esta comarca, digna por cierto de merecer el dictado de reina de las Antillas. Los naturalistas encuentran en esta isla objetos muy curiosos que pueden servir para engrandecer mas la ciencia;

á mas de las varias especies de animales acuátiles que llaman la atencion del hombre investigador, se hallan tambien numerosos insectos, y entre ellos una especie de gusano de luz an brillante, tan refulgente que bastan dos ó tres para leer en la noche mas lóbrega, mas oscura; esto es un fenómeno bastante admirable. Finalmente, el comercio en este país se halla bastante desarrollado, la instruccion igualmente se ha difundido por todas las clases de la sociedad y la civilizacion ha hecho en él progresos portentosos, aboliendo bárbaras y estravagantes costumbres y poniéndolo al nivel de las naciones mas adelantadas, mas cultas del mundo.

(7) El propio Grijalva fué quien dió á esta isla el nombre que lleva. Hay en ella un fuerte muy imponente, desde el cual hicieron los naturales una heróica y gloriosa resistencia á todos los ataques que contra ellos dirigieron los republicanos á fines de 1823. Por lo demas no hay en ella nada digno de notarse.

(8) No creemos que Cortés se valiese de estos medios innobles y rastreros para conseguir el destino á que aspiraba, no creemos que á este fin sobornase á estos amigos, prometiéndoles dinero; era Cortés demasiado elevado, demasiado grande para hacer esto: cuando su mérito era al propio tiempo innegable, cuando su mérito resaltaba á la vista de todo el mundo, ¿no era él bastante para alcanzar lo que quisiese? Pensemos mas bien que será una invencion del autor, ó un desliz de su pluma, ó una falsa interpretacion; de este modo quedará en su puesto el verdadero honor de Cortés.

(9) Véase la nota anterior.

(10) Parece achaque de los hombres grandes el que se vean siempre perseguidos; el mérito, el verdadero mérito tiene siempre rivales, enemigos envidiosos y raquíticos que intentan eclipsar el brillo, el esplendor de aquellos que son el blanco de sus tiros, no

movidos por otra causa sino por el sentimiento que tienen de no poder igualarlos, de no poder competir con ellos; Cortés, como hombre grande, como héroe esclarecido no podia verse libre de esta plaga, y al intentar evadirla, estuvo en su derecho, cual es el de conservar y defender la honra propia, sin la cual la vida es una vana sombra, una mera efijie. Si él no hubiesè puesto en juego los medios de conjurar la tormenta que amenazaba estallar sobre su cabeza, si hubiese cedido á las maquiavélicas intrigas y tenebrosos planes de los partidarios de Velazquez, tal vez la conquista de la Nueva España no se hubiera llevado á cabo: bien debió de conocerlo, y por tanto se mantuvo firme, porque sentia el ardor necesario para ejecutar tan grandiosa obra, obra que dió gloria y prez á las armas, á la nacion española, que la colmó de riquezas y que al propio tiempo contribuyó á civilizar y convertir á la religion cristiana á los habitantes de aquellos paises: á buen seguro, pues, volvemos á repetir, que si hubiese Cortés desistido de tan magna y grandiosa empresa, semejantes resultados no se hubieran alcanzado. No hagamos por tanto caso de los escritores que intentan denigrar en este punto la conducta de Cortés, por cuanto tenia altos y poderosos motivos que le justificaban, ademas de que esto de adquirir y averiguar lo peor de las acciones y contar como verdad lo que á veces tan solo se imajinó, demuestra mala inclinacion del ingenio y arguye en el que lo hace dañadas intenciones, pérfidos y miserables sentimientos.

(11) Algunos escritores y entre ellos Antonio de Herrera, afirman, pero sin razon, que Cortés se embarcó furtivamente en medio del silencio de la noche sin dar parte siquiera á Velazquez. Esto únicamente puede sentarse con el maligno objeto de manchar á Cortés, por que es enteramente falso, y el simple sentido comun lo dicta. Bernal Diaz del Castillo que era

testigo ocular lo niega, y asi debe de ser, por cuanto no es creible que un hombre tan prudente, tan previsor como era Cortés, se atreviese a tomar está resolucion, pues fácilmente hubiera sido descubierto al tocar con la armada en otros lugares de la misma isla para recojer los bastimentos y la gente que le aguardaba en ellos; mas, aun cuando supusiéramos que en realidad hubiese caido en esta inadvertencia, lo que negamos absolutamente, imposible parece que en un lugar de tan corta poblacion como era entonces la villa de Santiago, se pudiesen embarcar á escondidas 300 hombres, y entre ellos Diego de Ordaz y otros amigos del gobernador, sin que hubiese uno entre tantos que cometiese traicion, ó fuese á advertirle de aquel suceso, de aquella marcha furtiva. Creamos mas bien que son estas suposiciones muy gratuitas, muy aventuradas y que se han propalado ó escrito con siniestro fin.

(12) Lo que Alvarado se habia permitido tomar, consistia en cuarenta gallinas, en unos paramentos de mantas viejas que se encontraron en un adoratorio de ídolos, en unas arquillas llenas de diademas y de otros adornos de oro no muy fino, y ademas en dos indios y una india muy graciosa. Luego que lo supo Cortés, reprendió severamente, como dice el autor, á Alvarado, manifestando que no era usurpando á los naturales su hacienda y haciendo correrias, del modo como se habian de apaciguar aquellas tierras y conquistarlas, en consecuencia mandó devolver los indios, la india y todo lo demas; en cuanto á las gallinas, como ya se las habiañ comido los soldados, es claro que no pudo hacerlas restituir, y en su defecto regaló á los caciques varios objetos de diferentes colores de ellos desconocidos y á cada indio una camisa de Castilla. De este modo quedaron contentos aquellos isleños, se restableció la traquilidad y Cortés pudo ejercer sobre ellos un poder ilimitado.

(13) Terrible y sangrienta fué, como se ve, esta batalla. En ella se hacen admirar el valor y las felices disposiciones del caudillo español, no menos que el arrojo y denuedo de sus fieles compañeros. Imposible parece que tan pocos hombres, que un ejército tan reducido pudiera no solo sostenerse contra aquellas hordas salvajes, sino aun salir victorioso; bien es verdad que militaban á favor de los españoles varias ventajas que suplian en cierto modo su fuerza física. El reputarlos los indios cual fantasmas, el quedar preocupada su imajinacion á la vista de los caballos y de las armas de fuego de que no tenian noticia, contribuyó todo esto muy poderosamente á hacer amenguar su valor y á desmayarse. Gomara y algunos otros escritores píos no pudiendo esplicar de una manera satisfactoria este feliz éxito de las armas españolas, afirman que se debió á un milagro; que aparecieron en un caballo los apóstoles S. Pedro y Santiago, cuando lo mas crudo de la batalla, pero Bernal Diaz del Castillo, que se hallaba en esta misma accion, lo niega rotundamente, diciendo que no vió ni oyó hablar á sus compañeros de tan maravillosa aparicion. De todos modos, esta victoria por Cortés alcanzada es gloriosa y ella sola basta á formar su elogio y encomio.

(14) De esta manera iba introduciendo poco á poco la religion cristiana en aquellos paises é iba adquiriendo prosélitos. La conquista de Cortés fué doblemente útil, así por las riquezas inmensas que de ella alcanzó la corona de España, como por el mismo bien que reportó á aquellos naturales, desterrando el cristianismo sus horrorosas costumbres, y para decirlo en pocas palabras, haciéndoles salir de la noche de la barbárie á la aurora de la civilizacion.

(15) Siempre hay cabezas volcánicas, almas bajas y miserables que se dejan arrastrar del torrente

de las pasiones y que no dudan sacrificar los mas caros intereses, dando cualquier paso por innoble que sea. En toda corporacion, en toda reunion de hombres nunca faltan génios rebeldes y descontentos, que se lanzan á cometer cualquiera perfidia, cualquiera traicion. Los hombres grandes y esclarecidos son los que principalmente se ven mas espuestos á ser el blanco de los tiros, de las traiciones de estos espíritus infernales. La vida de Cortés se halla sembrada de estos ejemplos; en todos los actos de su gloriosa carrera tuvo que tropezar con los obstáculos que le oponian viles amigos convertidos en enemigos, y mas de una vez fué señalado como víctima espiatoria en los tenebrosos clubs fraguados por hombres idignos y perversos. Pero felizmente logró en todas ocasiones librarse de las empozoñadas armas de sus adversarios, descubriendo todos sus planes, todos sus intentos. No fué menos feliz esta ocasion. Coria, sintiendo los estímulos de la conciencia que le acusaron del infame paso que iba á dar, fué á encontrar á Cortés y descubrióle todos los secretos, todos los designios que abrigaban sus compañeros. A mas de Coria, parece que estaban complicados en la conspiracion Diego Escudero, Juan Cermeño, Gonzalo de Umbria, piloto, los Peñales, naturales de Gibraleon, el padre Juan Diaz, clérigo y algunos otros partidarios de Velazquez, de cuyos nombres no hace mencion la historia.

(16) Hé aquí una de las acciones mas grandes, una de las hazañas mas brillantes y mas heróicas que campean en la vida militar de Hernan Cortés. Mucho arrojo, mucho denuedo se necesita para ejecutar tamaño hecho; era preciso que se sintieran revestidos estos hombres de un valor admirable y de un portentoso entusiasmo para consentir en encerrarse en un país lleno de bárbaros, de seres feroce á los sumo y axacerbados aun mas á causa de las pssionea

de un monarca soberbio y poderoso, quien les incitaba á la resistencia de las armas españolas. Ellos veian claramente que ningun humano socorro podrian alcanzar, no se les ocultaba que no podrian ser ayudados por otros españoles en tierras estrañas y que, caso de tomar la retirada, no tendrian camino para escaparse, sino que deberian sucumbir irremisiblemente á los golpes de sus encarnizados y crueles enemigos; mas á pesar de esto permanecieron firmes en su propósito y desafiando todos los peligros que pudiesen sobrevenir, se lanzaron en brazos de la suerte. ¡Oh! Confesemos que un fuego celestial les animaba, confesemos que estos hombres estaban dotados de un valor hercúleo, de un valor mágico é irresistible. Cortés al pensar sobre este grandioso proyecto, como sus compañeros, cinsintiendo en ponerlo en ejecucion, se sintieron arrebatados de la pasion de la gloria y quisieron en esta parte no imitar, sino superar mas y mas á los denodados caudillos que en semejantes ocasiones practicaron igual hazaña y que se encuentra encomiada en los autores de la antiguedad. Justino, uno de los ingenios mas eminentes refiere en sus obras que desembarcando Agátocles con su ejército en las costas de Africa, destruyó su armada, incendiando los bajeles con que habia sido conducido á aquellas tierras, á fin de quitar á sus soldados todo ausilio de fuga y de que desplegasen con este motivo todo su valor, toda su energía para poder salir vencedores. Igual ejemplo encontramos en la historia de Polieno, quien al describir las conquistas, las victorias de su héroe Timarco, capitan de los Etolos, hace de él un elogio elevado, digno de la heróica accion á que se refiere. Quinto Fabio Máximo, segun se lee en Solís, nos dejó tambien entre sus advertencias militares otro incendio semejante, si creemos á la narracion de Frontino, mas que al silencio de Plutarco. Estos ejemplos y otros varios

que tal vez encontrariamos, si registrásemos mas detenidamente las historias, no eclipsan por ningun estilo el brillo ó el pensamiento de Cortés, antes debemos decir que comparando caso por caso, circunstancia por circunstancia, veremos cómo les escedió y superó en mucho. El que quiera ver descrito con elocuentes rasgos este glorioso hecho de nuestro Hernan Cortés, lea el poema que sobre las *Naves de Cortés destruidas*, publicó el distinguido literato D. Nicolás Fernandez de Moratin.

(17) Si hemos de dar crédito á Francisco Lopez de Gómara, parece que el mismo Francisco de Garay iba en aquellos navíos y que estos eran en bastante número; pero Bernal Diaz del Castillo, como testigo de vista y otros que se hallaron presentes, niegan positivamente que estuviese allí Garay, sosteniendo que en su lugar venia Alonso Álvarez Pineda y que tan solo se presentó un navío.

(18) Zempoala es una ciudad que está situada á 17 leguas de México; parece que *Zempoala* quiere decir *veinte*, y tomó este nombre ó de *Cempoalcán*, que significa estar dividido en veinte partes, ó de *Cempoaltianquiztli*, esto es, de ferias ó mercados de veinte en veinte dias.

(19) La presencia de estos embajadores zempoales en el Senado de Tlascala produjo gran sensacion y dió lugar, si hemos de creer á Solís, á largos cuanto acalorados debates. Este célebre é insigne historiador español, queriendo sin duda imitar á los autores antiguos, ó lucir las galas de su ingenio, de su elocuencia, inserta en su historia pomposos discursos, que ya pone en boca de Hernan Cortés, ya de otros personages. El buen sentido comun dicta que las tales peroratas son invenciones suyas. Así en esta embajada de que hablamos, es curioso ver el modo como Solís la pinta; con una autoridad magistral enarra la oracion que se supone dijo el mas despeja-

do y elocuente de estos embajadores zempoales, y al mismo tiempo cita las controversias y dificultades que suscitó en el Senado, controversias que tuvieron incremento con el discurso de Magiscatzin, quien hizo variar la faz de la asamblea. Recomendamos á los inteligentes la lectura de estas discusiones, porque cuando menos encontrarán bellísimos rasgos, en que era pródiga la imaginacion de Solís.

(20) En este capítulo hay varios acontecimientos alabados por unos, altamente vituperados por otros, ó disimulados por los mas. No podemos negar que Cortés se dejó arrastrar de su vivacidad natural, cometiendo en la persona del monarca algun insulto, ajando su dignidad y reduciéndolo á un estado indigno de la magestad que suele rodear á un rey. Aunque españoles debemos ser justos y no preocuparnos ó cubrir nuestros ojos con una venda. Solís, contínuo panejirista de Cortés, á pesar de ser español, al referir este hecho de su héroe, dice que fué *ignominia*, y en verdad que tiene razon. Cierto es que si apuramos las cosas, militaban hasta cierto punto á favor de Cortés razones que cohonestaban su accion, mas sin embargo no la justifican del todo. La persona del rey es para los pueblos lo mas sacrosanto y sagrado y su violacion irrita y enciende los ánimos. A buen seguro que si Cortés se hubiese valido de otros medios, hubiera evitado indudablemente el posterior derramamiento de sangre, los nobles no hubieran conspirado, el pueblo no se hubiera enfurecido y su conquista hubiera sido mas fácil. Pero ¿por eso deberemos vituperar á Cortés? Por ningun estilo. ¿Qué hombre hay en el mundo que no haya cometido algun desacierto? La naturaleza humana es imperfecta y eso es la causa de que todas sus acciones no lleven el sello de la justicia, de la virtud ó de la equidad. Todos los hombres grandes han cometido errores mas ó menos trascendentales, pero estos que-

dan compensados por otros bienes que habrán producido. Podemos decir que estos errores, estos lunares son, valiéndonos de una espresion de un escritor moderno aplicada á un caso análogo, las manchas del sol.

(21) No es esta la primera vez que se halló Cortés en circunstancias críticas y apuradas, en situaciones terribles que hubieran hecho sucumbir á cualquier otro que no se hubiese hallado dotado de las brillantes cualidades, del genio activo que le animaba. Gracias á él, Cortés pudo salir victorioso siempre en todos sus planes, venciendo todas las dificultades que se le presentaban, todos los obstáculos que le hacian frente. Sus grandes talentos militares siempre le sugerian recursos de qué valerse, recursos atrevidos las mas veces y que sobrepujaban las fuerzas humanas, pero ellos eran puestos en planta y surtian buen efecto; se puede decir que el cielo secundaba su obra. En esta ocasion su grande entereza, su valor, su energía, su prudencia, su magnanimidad, todas las dotes en fin de su bello espíritu decidieron á su favor la crisis mas peligrosa, mas terrible tanto para él como para la empresa. ¡Admiremos la sabiduría y acierto de tan insigne capitan!

(22) A primera vista, si diésemos crédito á esta narracion, no podriamos menos de estremecernos y confesar que Alvarado cometió una de las atrocidades de que no hay ejemplo en la historia. Como españoles, cúmplenos salir en defensa de todo lo que á nuestra nacion puede denigrar ya en lo presente, ya en los hechos de nuestros antepasados. Bien sabido es de todo el mundo que los escritores estrangeros al hacer mencion de la conquista de las Indias procuran desacreditarnos pintándola como una espedicion bárbara y suponiendo en los ilustres guerreros que la llevaron á cabo, que cometieron atrocidades sin cuento. En este punto el Autor se deja

arrastrar del ciego espíritu que en los demas de su nacion domina, describiendo con negros colores la accion de Alvarado. Tal como la esplica es falsa, y sabemos muy bien de donde ha tomado la copia. La ha sacado pues del P. Fr. Bartolomé de las Casas ó Casaus, obispo de Chiapa, quien escribió una obra sobre esta conquista y en toda ella respira saña y animosidad contra los españoles. Así al describir este paso de Alvarado dejó correr desapiadadamente la pluma, dando por cierta la version que hizo, version inventada por su imaginacion, á no dudarlo, y que no se funda en prueba alguna. La mayor parte de nuestros escritores españoles la rechazan y le convencen de malignidad ó de mal informado, por consiguiente no debemos darle crédito alguno. El que quiera ver dilucidado bien este punto y esplicada satisfactoriamente la conducta de Alvarado, lea á Solis, escritor recto y concienzudo.

(23) Nada hay que acarree tanta responsabilidad como el cargo de historiador. Ha de ser este veraz, concienzudo, imparcial, no ha de doblegarse á mezquinas pasiones ni á raquíticas miras. El que no cumpla con estos requisitos, no emprenda semejante obra. Muy sensible es el ver cómo los historiadores á cada paso se contradicen y en la mayor parte de los puntos se hallen diametralmente opuestos. Si todos al tomar la pluma se hallasen guiados por un santo fin, á buen seguro que tales divergencias no aparecerian. En la historia de la conquista de Cortés es en donde abundan mas particularmente las contradicciones á que aludimos. Así este paso, esta muestra al parecer de poco respeto ó de ingratitud por parte de Cortés, la encontramos de distintos modos esplicada en diversos publicistas. Ya se ha visto como Antonio de Herrera desaprobando la conducto del general prorumpe en aquella espresion de Tácito; por el mismo estilo la censura Diaz, como se

desprende por estas palabras; "Cortés se mostraba tan airado y descomedido por tener consigo tantos españoles." No es creible que tan bruscamente se portase el ilustre caudillo español, ni que afectase tamaño desprecio. Muy al contrario lo dicen Francisco Lopez de Gómara y el mismo Hernan Cortés en sus relaciones sobre su conquista. Quede al arbitrio de la sinceridad el crédito que se debe dar á los autores y séanos lícito dudar en Cortés una sinrazon tan fuera de propósito. No es verosimil siquiera que despreciase éste á Motezuma en momentos en que tal vez podia haberlo menester, y no era tampoco propia de su carácter la destemplanza que se le atribuye. Lamentemos entre tanto el desliz ó la falta de esactitud de tales escritores

(24) Hay momentos en que el hombre á fuerza de luchar á brazo partido con las adversidades de la fortuna, no puede menos de sucumbir, de desmayarse, pero cuando felizmente son esplotados, escitados sus instintos por una de esas inteligencias superiores que todo lo saben dominar, entonces se recobra el aliento y se llega á hacer prodigios de valor. Tal sucedia con los soldados de Cortés. Así en esta ocasion, gracias á la firmeza, serenidad y energía que resplandecian en tan magnánimo gefe, sus leales compañeros se reanimaron y siguieron adelante en su gloriosa cuanto difícil empresa, á pesar de las hostiles al par que horrorosas demostraciones de sus enemigos. Si examinamos con cuidado y detencion las historias, á buen seguro que no encontraremos ejemplo de tal heroicidad, de tamaño denuedo, de semejante arrojo, de otras dotes en fin que caracterizaron á los españoles que llevaron á cabo tan gigantesca conquista.

(25) Algunos escritores mal intencionados y con el siniestro fin, como ya hemos dicho otras veces, de denigrar á Cortés, de ofuscar el brillo de nuestras

glorias, le atribuyen la muerte del monarca Motezuma, afirmando que lo hizo con el objeto de desembarazarse de su persona. Esta calumnia se desvanece por sí misma. ¿Con semejante atentado qué es lo que iba á ganar? ¿No le era mas conveniente que estando ya sujeto al imperio de España Motezuma, conservase su vida, para poder con su influencia, con su prestigio dominar las fuerzas insurgentes de su país, contribuyendo con la amistad que le dispensaba, á que llevara mas fácilmente á cabo la obra que con tanto trabajo habia empezado? ¡Oh! Estas calumnias por lo absurdas deben despreciarse, pues no es presumible en Cortés maldad tan insigne, aunque la cohonestase en cierto modo la política, y las pruebas de buen corazon, de sus sentimientos honrados, filantrópicos y religiosos de que dió tan repetidos ejemplos, bastan á librarle de este cargo, fruto á no dudarlo, de una refinada malicia.

(26) Se llamaba éste Juan de Salamanca; en virtud de su gloriosa accion le hizo algunas mercedes el emperador y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte

(27) Esta victoria, que alcanzó Cortés es verdaderamente admirable y portentosa. Todos los escritores españoles y estrangeros la ensalzan y con sobrada justicia. El lauro que valió á Cortés es inmarcesible.

(28) Esta relacion impresa en 1522 es la primera que se ha publicado; se encuentran en ella los mas minuciosos y auténticos detalles sobre esta importante parte de la historia de América. Dice Robertson que es algo exagerada, pero con poco fundamento.

(29) Eran estos Alonso Dávila y Francisco Alvarez Chico.

(30) Los que estaban destinados á ser víctimas de sus malvados é infernales planes eran Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y

sus hermanos Andrés de Tapia, los dos alcaldes ordinarios, Luis Marin, Pedro de Ircio, Bernal Diaz del Castillo y otros soldados amigos de Cortés

(31) Este país fué descubierto por Cristóbal Colon en el año 1502. Es muy fértil y produce en abundancia maiz, arroz, uvas, cacao, azucar y toda clase de frutas y legumbres. Su clima es cálido y húmedo, y mal sano, especialmente en la costa oriental. Su suelo encierra ricas minas de oro y plata. Las bellas artes se hallan bastante adelantadas, sobre todo, la arquitectura y escultura, y lo que lo prueba son las minas de un templo de Copan, en las que se observan aún algunos trabajos de un esquisito gusto y delicado primor. Este templo se halla adornado de varias estátuas cubiertas con airosos y elegantes trages. En la gruta de Tibulco se observan tambien diferentes bellezas, varios caprichos del arte y sólidas y hermosas columnas. Todo esto parece fué trabajado, fué esculpido antes de la llegada de los españoles. Los naturales de Honduras eran antes de frecuentarse con estos en estremo perezosos, vivian tan solo de la caza y de los frutos espontáneos de la tierra. Sus costumbres eran, como no podia menos de ser así, muy toscas y sencillas al par que salvajes. Mas desde que se introdujo con la conquista la civilizacion, desde que las luces de nuevas creencias y doctrinas invadieron ancho campo, ha cambiado el aspecto de este país, sustituyéndose otros usos y otras ceremonias

(32) Véase cómo terminó sus preciosos dias el valiente y nagnánimo conquistador de México. El que debia ser llevado en triunfo, el que debia ser respetado y venerado por todo el mundo á causa de sus insignes proezas militares y de los eminentes servicios que á su patria prestó, el que á espensas de su sangre logró añadir un nuevo timbre y blason á las glorias de su país, el que en fin, gracias á su constancia, serenidad é intrepidez proporcionó nuevos triun-

fos á la religion y nuevas riquezas y esplendor al trono, se vió despreciado, víctima de la ingratitud de su monarca y de la indiferencia de su siglo. ¡Oh! Parece achaque de todos los hombres grandes y florecientes el que la desgracia les persiga, el que sus méritos no sean recompensados cual corresponde durante su vida. Mas la posteridad imparcial que despreocupadamente juzga las acciones de los héroes que la han precedido, les da el honor que se merecen y los admira, perpetuando ya por medio de monumentos artísticos, ya por medio de escritos las hazañas ó los grandiosos hechos que han prestado. Así Cortés no ha descendido de la elevada altura á que él mismo se lanzara en el concepto de las generaciones que le han sucedido, antes al contrario, á medida que mas lo estudian, mas causa su admiracion, mas le engrandecen y llegan á colocarle al apogeo de la gloria, levantando un templo para inmortalizar su nombre.

Gloríese pues la España de haber tenido en su seno un génio tan estraordinario, un héroe tan insigne; pocas naciones del mundo pueden blasonar de haber poseido un hombre tan grande como era Hernan Cortés. Perpetuemos su memoria, recordemos al menos sus ilustres victorias, ya que en el estado en que se halla la sociedad moderna no podemos ver semejantes rasgos de heroismo y valor. Lamentemos la degradacion en que hemos venido á parar, despertemos la abatida energía de nuestra juventud, poniéndola al frente el ejemplo de las virtudes y de las beneméritas acciones del caudillo español, y quizá, quizá vendrá un dia en que alguien sienta los vigorosos estímulos del entusiasmo y la gloria, y se lance á acometer portentosas empresas, cual las de nuestros antepasados, empresas que acaben de dar brillo al nombre y á las armas españolas, ofuscado hasta cierto punto por la envidia estrangera.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE VOLÚMEN.

